This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

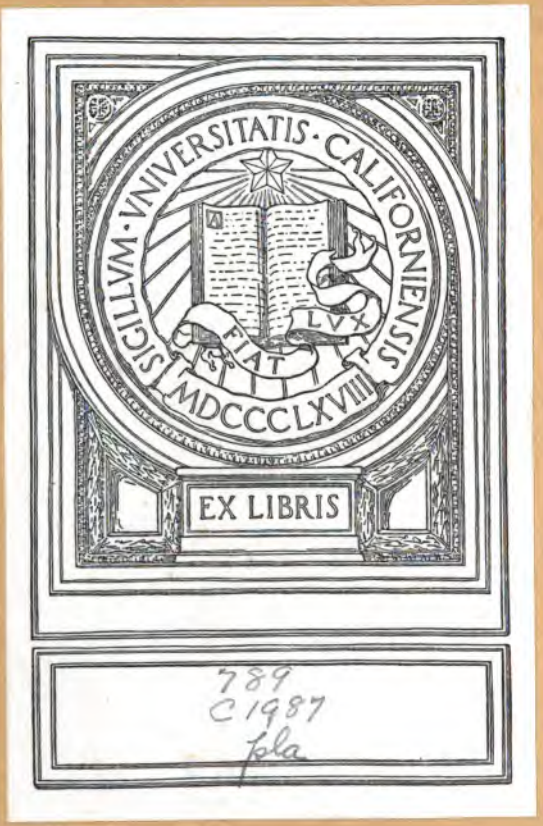
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



789
C1987
fpla

Plácido

BIBLIOTECA ECUATORIANA

VOLUMEN IV.

PLÁCIDO

Novela original por

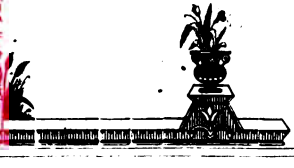
FRANCISCO CAMPOS

Publicada por entregas anexas á la Revista "Guayaquil"

GUAYAQUIL

EMPRESA EDITORIAL, PICHINCHA 77.

1896.



PRESERVATION
COPY ADDED
NOV 6/91

UNIV. OF
CALIFORNIA

INDICE

INTRODUCCION.

			Páginas
Cap.	I.	El viaje á Capua	3
"	II.	Pompeya	13
"	III.	La erupción del Vesubio	33

PRIMERA PARTE.

Cap.	I.	La última cena de Domiciano	45
"	II.	El enigma	53
"	III.	El triente	63
"	IV.	El pueblo rey	69
"	V.	El combate de los gladiadores	81
"	VI.	Dos filosofías	91
"	VII.	El Pontífice Clemente	109
"	VIII.	El pacto entre dos domonios	117
"	IX.	Primer dolor	127
"	X.	El dedo de Dios	135
"	XI.	Segundo dolor	143
"	XII.	Historia antigua, siempre nueva	155
"	XIII.	La nieta de un Emperador	173

SEGUNDA PARTE.

Cap.	I.	Fé	189
"	II.	El último de los Escipiones	197
"	III.	Tarde siempre	209
"	IV.	La última lágrima	219
"	V.	En las galias	229
"	VI.	El iris después de la tormenta	239
"	VII.	La muerte de Nerva	251
"	VIII.	Los funerales	255
"	IX.	El amo del mundo	261
"	X.	El sueño de Trajano	269
"	XI.	Omma vincit amor	275
"	XII.	Un capítulo de historia	281
"	XIII.	El sucesor de Trajano	287
"	XIV.	Dicha—La madre	291
"	XV.	La última nube	305
"	XVI.	Confesión de la fé	311
"	XVII.	La nueva cristiana	319
"	XVIII.	La cruz	325
"	XIX.	El toro de bronce	331

M96516

PLÁCIDO.

(51)

UNIV. OF CALIFORNIA

PLÁCIDO.

INTRODUCCIÓN.

CAPÍTULO I.

El viaje á Capua.

Corría el año 79 de la éra cristiana, y 832 de la fundación de Roma. Tito era Emperador, después de haber subyugado á los judíos, sometiéndolos, de nuevo á la dominación de la ciudad de los Césares. En calma se hallaba el mundo, pues el águila soberbia que le tenía bajo su garra poderosa, no encontraba nueva presa, y el orbe entero besaba aquella garra.

Era una tarde. El sol se ocultaba detrás de las colinas, iluminando débilmente con sus rayos casi horizontales el desierto campo: la noche se acercaba veloz, y las estrellas de primera magnitud comenzaban á aparecer en la inmensa bóveda azul, como diamantes engastados en lapizlázuli. La atmósfera estaba sofocante, y las débiles corrientes de aire apenas estremecían las copas de los escasos árboles que dominaban el valle.

Estamos en la vía Appia, inmensa arteria que desde Roma se estiende hácia el Sur, hasta Minturno y Sinuessa, en el golfo Cajetano, y desde allí, dirigiéndose al Este, atraviesa la península, llega á Barium, en las orillas del Adriático, y corriendo paralelamente á aquella orilla pasa por Brundusium, y va á terminar en el estremo oriental de la península de Lapygia.

Dos hombres se dirigen por aquella vía, en una elegante litera conducida por esclavos. El uno podrá tener cincuenta años: su frente espaciosa revela una poderosa inteligencia, y en el brillo de sus ojos hay algo que fascina. Es el romano de pura raza, cuya vida ha pasado en los campos de batalla, al frente de valientes cohortes: alma noble encerrada en un cuerpo donde circula sangre noble también.

El otro es un joven de diez y nueve años, dulce y simpática fisonomía, pero músculos de acero y corazón de oro.

—Y bien, noble Fabio, dijo el más joven, vos que os encontrabais en el sitio de Jerusalén, cuando las legiones romanas, bajo las órdenes de nuestro mag-

apoderaron de aquella joya de
jeran un... uréis decirme si es cierto lo que se re-
... acerca de ese fabuloso sitio? ¿No hay exage-
ración en lo que se dice respecto de las horribles
matanzas que hubo allí, del hambre espantosa que
diezmó á los judíos?

—Todo es cierto, mi querido Plinio; allí estuve,
y lo ví. ¡Ojalá no lo recordara! Un hecho solo os
referiré, que pasó delante de mí, y me persigue has-
ta hoy, como una monstruosa pesadilla. Oidlo, que
tenemos aún tiempo, pues Capua está distante.

Había muy próxima á Jerusalén, una humilde
choza, cercada también por nuestro campamento.
Siempre estaba sola, y nuestros soldados no pudie-
ron encontrar jamás en su pequeño recinto el me-
nor vestigio de habitantes. Pero una noche, des-
pués de una lluvia espantosa, acerté á pasar por
allí y oí un pequeño ruido. Me acerqué, y empu-
jando la mal entornada puerta, pude distinguir un
bulto informe, que cayó de rodillas delante de mí.
Hice fuego, reuní algunas débiles ramas y formé
una especie de antorcha, á cuya luz vacilante reco-
rrí de nuevo la cabaña. En un ángulo yacía un sér
humano, en estado completo de postración. La luz
de mi antorcha le hizo levantar la cabeza, y reconocí
una mujer. Jamás había visto un sér más aban-
donado y miserable. Sus demacradas facciones, sus
ojos hundidos, su espantosa palidez, revelaban su-
frimientos inmensos; esa mujer era la encarnación
de la miseria.

Casi no podía moverse, tal era su abatimiento.
La hablé dulcemente; pero sus respuestas ininteli-

gibles, no eran palabras: sonidos [illegible]RIANA.
paban de su oprimido pecho, semejantes [illegible] de las
de un moribundo. Observé, sinembargo, que entre sus harapos tenía oculto un objeto.

—¿Qué tienes allí? la pregunté.

La mujer se estremeció, y con voz cavernosa me dijo:

—Tengo hambre!

—Comerás, repliqué yo; pero qué guardas allí entre tus girones?

No contestó, pero escondió con más ahinco aquel objeto.

—Oh! yo lo sabré, continué yo, y adelantando, levanté el harapo que la cubría. La resistencia que hizo fué extraordinaria, para la estenuación en que se encontraba; mas, viendo que debía quedar vencida, lanzó un grito de angustia, y cayó desmayada.

Un objeto cayó al suelo. Acerqué mi hachón, y un estremecimiento corrió por mis venas: era la pierna de un niño!

—Horror! esclamó Plinio.

—Horror! sí, horror, porque aquella mujer, dominada por el furor del hambre, se convirtió en sér antropófago: esa pierna estaba en parte roida por los dientes de aquella mujer; y esa mujer, era su madre!

—Su madre!

—El hambre ahogó los instintos del sér racional; el hambre venció á la ternura maternal, y el hambre puso bajo el diente voraz de la madre, el palpitante miembro del hijo. Desde entónces tuve horror á la guerra; me pareció imposible que los dioses bendi-

jeran un sitio que producía tan atroces resultados, y temblé por el porvenir.

—Sinembargo triunfasteis.

—Algo misterioso fué todo eso. Yo no dudo que en esa victoria hubo la intervención de un poder superior. Si la esplicación de aquel hecho no ha podido darse todavía; más tarde, creo, estoy persuadido, esa esplicación será dada, ese problema será resuelto. Ese pueblo, amigo mío, ha cometido un gran crimen, de esos crímenes que dan por resultado, el esterminio de toda una raza. No concibo cuál pueda ser, pero debe ser tan grande, que ha atraido la justa cólera de los dioses; nosotros no hemos sido sino el instrumento de sus venganzas.

—¿Y vos habíais estado en Jerusalén antes del sitio? ¿conocéis la historia de aquel pueblo? ¿no podríais buscar en su pasado, algo que os dé una luz sobre su presente? objetó Plinio.

Allí, he estado tres veces, contestó Fabio. La última fué tres años ántes de la toma de aquella ciudad. Convidado á comer en casa de un rabino, oí decir que la ruina de Jerusalén estaba ya anunciada, y que la muerte del Nazareno, á quien los judíos crucificaron, desconociendo su misión divina, sería causa de la destrucción de la ingrata ciudad que le turturó cruelmente, y le hizo morir del modo más bárbaro y atroz. El rabino mismo no lo dudaba.

—¿Y vos lo creis?

—El templo de Jerusalén ardió, y Jesús lo predijo, contestó Fabio.

—Talvez os queréis convertir al cristianismo?

—Jesús predicó una moral purísima; su vida fué perfectamente santa; perdonó á los que le mataron, y cuando murió, ocurrieron cosas portentosas. Jesús no era un hombre como vos y yo.

—Vos le conocisteis? preguntó ávidamente Plinio.

—Jamás le ví: cuando fuí por la primera vez á Jerusalén, ya había muerto. Asistí, sinembargo, muchos años después, al entierro de Miriam, la madre del Nazareno.

Me dirijía á la aldea de Getsemaní, cuando ví adelantar un cortejo fúnebre. Hombres venerables, envueltos en largas capas, traían sobre sus hombros un modesto ataud. Sus voces graves se elevaban al cielo, sonoras y armoniosas, en un canto sublime. Multitud de pueblo seguía aquel cortejo, que más que fúnebre, parecía un paseo triunfal. Aquel espectáculo me conmovió: jamás habría creido que la muerte pudiere revestirse de tanto encanto.

Inclinéme respetuoso delante de ese grupo sagrado, y reconociendo entre los acompañantes á Dionisio, miembro del Areópago de Atenas, á quien amaba como á un hermano, me acerqué á él, y tendiéndole la mano, le dije:

—¿A quién habéis perdido, Dionisio? ¿Qué cadáver es aquel, á quien tanto pueblo acompaña, cuya vista inspira respeto, y al que también acompaño, vencido por un irresistible poder, á su última morada?

Una lágrima brotó del párpado de Dionisio, y rodó lentamente por su mejilla.

—Oh Fabio! tu no puedes comprender la esten-

ción de nuestra pérdida. Con ella todo era luz; ella era nuestro amparo y nuestra guía; hemos perdido á nuestra madre y protectora: la paloma de blancura sin mancha, ha tornado al cielo su patria.

—¿Y quién era ella?

—La madre del Salvador del mundo: la Santa Vírgen Miriam.

—¿Sois pues, cristiano, Dionisio?

—Veinte y tres años há, me contestó, elevando una mirada al cielo, con espresión sublime, murió un hombre en la cruz: las tinieblas envolvieron la tierra, y el mundo se desquició hasta su centro. Yo esclamé entonces, en medio del Areópago, asombrado: *Aut Deus naturæ patitur, aut mundi machina disolvitur.* El Dios de la naturaleza padecía entonces, y moría por el hombre rebelde. Desde entonces creí en Jesús, y le adoré como Dios. Aquellas tinieblas fueron para mí una luz inmensa, y guiado por esa luz, mi alma encontró la verdad. Fabio, *soi cristiano.*

Dionisio no habló más, y yo, incorporándome al grupo sagrado, llegué con ellos al lugar de la sepultura. Depositóse el cuerpo con el mayor respeto en un lecho de piedra, y los fieles oraron largo tiempo sobre esa tumba.

Tres días después llegó Tomás, uno de los príncipes de la religión del Nazareno, según le llamaba Dionisio: hizo abrir el sepulcro para poder contemplar el venerable rostro de Miriam por la última vez; y los circunstantes, asombrados, encontraron el sepulcro vacío: el cuerpo no estaba allí: los fieles no dudaron que ese cuerpo santo había ido

á reunirse con el alma pura que le había animado, en la región de beatitud eterna reservada á los justos.

—Todas vuestras palabras, amigo mío, observó Plinio, revelan una inclinación decidida á la religión del Crucificado.

—No lo dudes: en esa religión encuentro la verdadera filosofía, una lógica invencible unida á todas sus doctrinas; y muy poco me falta para declararme abiertamente á su favor.

—¡Cuidado con una persecución nueva!

—No la temería, contestó Fabio: morir por la verdad es triunfar. En ese martirio habría el triunfo del espíritu sobre la materia; la lucha entre el dolor físico y el convencimiento moral: si el alma vence, nada más noble: allí la víctima se convierte en héroe.

Dibujábanse en el horizonte las casas de la deliciosa Capua. Fabio preguntó á Plinio si quería permanecer algunas horas en aquella ciudad

—Imposible, respondió Plinio. Debo verme lo más pronto con mi padre adoptivo, sea en Pompeya, ó en la flota que manda en el mar.

En este momento un ruido sordo, como el de un alud que se precipitara impetuoso, en las profundidades de la tierra, hizo temblar la superficie.

—¿Qué es esto? se preguntaron pálidos los dos nobles romanos.

Un númida, montado en un caballo veloz, pasó como un meteoro delante de la litera. A la vista del grupo, gritó con voz de trueno:

—Huid! el Vesubio arde, y las cenizas del vol-

cán, caen en este momento sobre la ciudad de Capua! Y desapareció.

Plinio y Fabio, aterrados, no articularon palabra, mientras los esclavos, detuvieron institivamente su marcha, esperando el fatal desenlace de tan espantoso trastorno.

CAPÍTULO II.

Pompeya.

Viva el vino de Chipre!

—Esclavo! llenad las ánforas del delicioso falerno, y haced que las copas rebosen, y la espuma de oro se esparza y derrame! ¡Que las flores deshojadas é impregnadas de perfumes, caigan de la cúpula y cubran el triclinium ¡Que aquellas flores suban, suban lentamente! que la lluvia siga! que nos ahogue con su olor de ambrosía! ¡Morir ahogado por las rosas y los lirios, qué dicha!

—Hola, hermosa Tirsis! tomad vuestra lira y hacednos oir los armoniosos acordes de vuestra voz divina! Siga la fiesta! Viva el placer!

Y continuaban los brindis, y el néctar generoso circulaba en vasos de oro; y todo era dicha y contento en casa del noble Calpurnio, en la noche del 24 de Agosto del año 79 de la era cristiana. Lo más escogido de la nobleza de Pompeya celebraba el natalicio del poderoso romano.

—Apolonio! dijo un senador, casi ébrio, inclinando su cabeza: vamos, joven! tú que hoy comienzas tu vida pública, hoy que llenas tu noble misión, y has adquirido el nombramiento de procónsul, levanta tu voz en medio de nosotros, haznos oir bellos discursos que te inspirarán los dioses.

Y Apolonio, levantando su copa de pie de ágata, llena de vino de Chio, dijo:

—Viva Baco! apuremos el rosado licor que la madura uva nos brinda en su doble cosecha anual! ¡Que se eleve una estatua frente á este palacio, á aquel que apure mayor cantidad del delicioso néctar! ¡Que jamás le abandonen sus penates! Y al noble Calpurnio, que nos ha preparado tan espléndida fiesta, tributémosle el justo homenaje de nuestro reconocimiento. Venid, esclavos, traed en ricas almohadas, cubiertas de púrpura y oro, las estatuas de los lares de Calpurnio, para que esta augusta asamblea las bese respetuosamente.

A esta invitación, apareció un cortejo de esclavos, llevando en sus manos las estatuas de oro, que fueron besadas por los nobles huéspedes de Calpurnio. La bella Tirsis puso al pie de la estatua la corona de flores que adornaba su cabeza.

Los concurrentes aplaudieron estrepitosamente.

—Noble Calpurnio, añadió Tirsis, hacednos oir

una de vuestras encantadoras historias. Vos que tanto habéis viajado; vos que habéis recorrido la hermosa Grecia, la Galia con sus druidas y sus sacrificios sangrientos; vos que habéis visitado la bárbara Germania que adora á los dioses del Glashein, á los que llama *Ases*, debeis tener en vuestra cabeza una colección brillante de episodios, abundancia de aventuras curiosas ó terrible.

—Sea, dijo Calpurnio, enderezándose á medias en su lecho; un deseo de mis nobles huéspedes, es una orden para mí. Voy á referiros la triste historia que decidió mi suerte. En ella está encerrada la historia de mi vida. Yo era alegre y feliz; hoy soy desgraciado y triste: voy á revelaros el secreto de este cambio, porque presiento que esta es la última que vez nos veremos juntos.

Recorría yo una noche una selva espesa é inculta, que se estiende al pie de las montañas Penninas; un río la baña, y es el Duria; á su orilla se encuentra el pueblo de Eporedia. Allí me dirigía, con el objeto de acercarme al golfo Ligustico, y regresar á Italia. La noche era oscura, y yo viajaba acompañado de un esclavo. Adelantaba en medio de la floresta, donde árboles colosales parecían fantasmas inmensos, cuyas copas tocaban las espesas nubes: ruidos salvajes llegaban de cuando en cuando á mis oidos, y hacían un fúnebre concierto.

De repente, á aquellos ruidos mezclóse un confuso rumor de voces humanas: un canto cadencioso y solemne, compuesto de voces graves y armoniosas. Llegaba entonces al límite de la floresta: más allá seguía un grupo de encinas seculares. Al pié de

esas encinas había un altar de césped; sobre él un toro blanco yacía muerto, y torrentes de sangre inundaban el altar. Multitud de hombres, separados en cinco grupos, rodeaban á una mujer que de pie sobre un trípode, elevaba en su mano una hoz de oro. Su vestido rojo me hizo comprender se hallaba en comunicación directa con la divinidad. Dominada por la inspiración, salían de su boca palabras entrecortadas y como esforzándose para lanzarlas á la multitud. Y todos aquellos hombres la escuchaban con religioso respeto, mientras elevaban con su mano izquierda, hachones encendidos que iluminaban profusamente aquella escena.

Conocí que me hallaba en una selva druídica. Recorrí los grupos y pude clasificarlos. A mi derecha estaban los bardos ó poetas galos; más allá los baormedos; en seguida los eubagios; al frente los druidas, coronados de hojas de encina, y al lado de éstos los causídicos, apoyados en enormes lanzas. Un coro de vestales aparecía detrás de la sacerdotisa que evocaba al dios.

La luna apareció detrás de las nubes, iluminando la selva con su angosto disco del cuarto día. Semejaba á una hoz de oro sujeta al firmamento. Entonces habló la vestal inspirada, mientras los druidas se ponían de rodillas.

Yo me acerqué lo más que me fué posible. Temblaba de ser descubierto, pues siendo un profano, no podía penetrar en el recinto sagrado. Si hubiera sido visto, mi muerte era segura. Sinembargo, la curiosidad me dominó, y arrastrándome como una serpiente, á través de los inserticios de los árboles,

seguido siempre de mi esclavo, que imitaba mis movimientos, pude situarme en un punto, desde donde podía verlo y oirlo todo. Entonces me detuve, y conteniendo mi respiración escuché el inspirado acento de la sacerdotisas.

"¡Oh luna poderosa, reina de la noche, cuya pá-
"lida luz, suave y llena de encanto, disipa las ne-
"gras nubes del cielo y las tempestades del corazón!
"Tú haces desaparecer las dolencias del alma; tú
"llenas de consuelo á los que te invocan. Tu faz
"purísima es el emblema del amor y de la inocen-
"cia: en tu carrera al través de los cielos, vas segui-
"da de millares refuljentes estrellas que te acompa-
"ñan en tu paseo triunfal. Te invocamos, diosa su-
"prema, para que nos dés la paz y la felicidad; para
"que el pueblo galo sea siempre vencedor, y la frá-
"mea del druida, siempre domine y triunfe. Luce
"suave sobre nuestras florestas: llena de poder pasa
"tu fuerza á los hijos que te aman y saludan tu lle-
"gada. ¡Que jamás el orgulloso romano, huelle con
"su impura planta la sagrada selva, y que nuestra
"raza, la más noble que puebla la tierra, sea tam-
"bién la más guerrera y potente!"

Su voz se perdió en un lúgubre gemido. La selva entera resonó con el canto que siguió á esta invocación. Todos los druidas se habían levantado, mientras la sacerdotisa cortaba con su hoz de oro las ramas de encina que distribuía á los asistentes. Estos la recibían con respeto, y la ponían sobre sus cabezas en forma de corona.

El sacrificio había concluido y yo iba á regresar con las mismas precauciones para evitar que me vie-

ra, cuando una mano de hierro se posó en mi hombro con tanta fuerza, que me hizo caer de rodillas.

Delante de mí se encontraba un galo, dominándome con su elevada estatura y su mirada irritada. Una enorme frámea pendía de su cinto.

—¿Quién eres? le pregunté vacilante.

—No os toca preguntar, sinó responder, dijo el soldado. ¿Con qué objeto venís, orgulloso romano, á descubrir nuestras reuniones? ¿por qué holláis nuestros ritos y sacrificios arrojando curiosa mirada entre las seculares encinas de nuestra selva druídica, para espiar el momento en que, al caer la víctima herida por la hoz sagrada, podais por el número de sus convulsiones conocer el tiempo que seremos aún libres? ¿No sabéis qne vuestra indiscreción es la muerte para vos? Venid, pues, á ser juzgado por el tribunal druídico, compuesto de los ancianos sacrificadores. Vuestra suerte está en sus manos.

Y me levantó del suelo con la misma facilidad que si hubiera levantado á un niño de dos años.

Busqué con la vista á mi esclavo y no le hallé. El galo comprendió, sin duda, mi pensamiento, porque me dijo, con voz solemne:

—No busqueis á vuestro esclavo, porque ha muerto. Quiso hacer resistencia y le ahogué

Un estremecimiento pasó por mis venas. Veía que resistir era imposible. Todas mis armas se reducían á una flecha á la manera de las que usan los Partos. Aquella arma me era completamente inútil. No habría podido escapar, sinó dominándole con mi fuerza física; y aquel galo era diez veces más fuerte que yo. Ni lo intenté siquiera.

Penetramos, de nuevo, en la selva. El cielo estaba despejado, y el segmento lunar iluminaba muy débilmente la floresta. El galo iba detrás de mí, espiando todos mis movimientos.

El soldado entonaba, á media voz, una canción guerrera:

"Llegará algún día en que la Galia poderosa dominará al mundo. La Galia Narbonesa, la Retia, la Vindelicia, la Nórica, la Panonia, la Iliria, la Jermania y la Sarmacia, serán nuestras esclavas. Después iremos á Italia: la orgullosa Roma y la insolente Cartago, humilladas por nuestros guerreros, serán nuestras tributarias. ¡Oh, cuándo llegará aquel día! ¡Dioses justos! ¡cuándo podrá nuestra sacerdotisa leer en las entrañas de las víctimas, la fecha venturosa en que las frámeas galas reflejarán triunfantes el sol de aquella tierra! Y, mientras tanto, guerra al extranjero que quiera dominarnos! Guerra y exterminio á todos los que espían nuestras reuniones y se ocultan detrás de los árboles para saber nuestros secretos!"

La voz calló.

De repente, un grito de espanto se oyó cerca de nosotros. Ese grito desgarrador revelaba una agonía espantosa. El galo quedó clavado en el suelo como una estatua de bronce.

Esperamos.

El grito se repitió más angustioso y terrible. Esta vez el galo se estremeció.

—Corramos, me dijo.

Y entramos en lo más espeso de la selva.

Allí se nos ofreció á la vista un espectáculo terrible.

Una joven, vestida de blanco, la cabeza ceñida con la corona de hojas de encina, se encontraba al pié de un árbol, presa de un terror espantoso. Al frente de ella se extendía un espacio desnudo de árboles, iluminado por la luna. En la orilla opuesta, y medio oculto en la penumbra, movíase un cuerpo que el ojo experimentado del galo, pudo distinguir.

—¡Es un lobo, me dijo con voz trémula, y aquella mujer es mi hermana!

Y quiso lanzarse sobre el animal, levantando la frámea por encima de su cabeza.

Yo le detuve.

—Antes que llegueis, el lobo habrá destrozado á vuestra hermana.... Aguardad!

Y rápido como el pensamiento, armé mi flecha, la ajusté en el arco, y apunté hácia el punto negro. Pero más rápido todavía, el lobo dió un salto, precipitándose sobre la joven.

Mi flecha le encontró en el camino. El animal aulló espantosamente, y cayó. Mi flecha le había partido el corazón.

La joven estaba de rodillas. Iba á caer desmayada, cuando el galo la recibió en sus brazos.

—Salvada! dijo con voz vibrante; salvada!

Y volviéndose á mí, tendióme su mano:

—Desde hoy sois mi hermano y mi huésped! Lo juro por Teutátes y Nior. Venid á mi cabaña, beberémos juntos agua del Duria: mi padre os abrirá sus brazos, y sereis su hijo como yo. Partamos!....

Anduvimos como dos horas por entre los árboles

sombríos: el galo llevaba en sus hombros la joven desmayada. La aurora aparecía, cnando llegamos al frente de la cabaña.

Un anciano sentado en el tronco de un árbol, limpiaba un casco de bronce. A su lado, un perro enorme lamía sus patas con complacencia. A la vista del grupo que se acercaba, el viejo galo se levantó rápidamente y corrió en nuestra dirección.

—Velleda ha muerto! desgracia sobre nosotros!

—No ha muerto, padre mío, contestó el joven; sólo está desmayada. Este extranjero la ha salvado de un peligro cierto, Amadle, padre mío, como si fuero vuestro hijo; sin él habríais perdido á Velleda, el consuelo de vuestra vejez.

—Venid, dijo el anciano, dirijiéndose á mí: entrad en mi humilde choza, extranjero amado de los dioses; el día que habeis entrado es día de placer para mí, y lo recordarán los hijos de mis hijos.

Entré en la cabaña.

Allí permanecí algún tiempo. Cuidado esmeradamente por aquella familia; rodeado de atenciones de parte de los numerosos amigos del joven galo, veía pasar mis días en medio de la más completa calma. Los encantos de Velleda, su dulce voz, que de cuando en cuando me hacía oir, entonando las bellas canciones de su tribu, todo hacía de mí el mortal más dichoso de la tierra.

Me preguntaba á mí mismo cómo podría pasar en adelante mi vida, sin gozar de su dulce presencia. La idea de regresar turbaba mi sueño y me ponía triste. Poco á poco, insensiblemente, fué apoderándose de mi corazón aquel amor puro y ardiente. Ul-

timamente se apoderó de todo mi ser, dominó mi alma, y olvidé todo: patria, hogar y familia, para no pensar sino en sentarme á los pies de Velleda, como Hércules á los de Onfala, mirando sus negros ojos, jugando con su suave y poblada cabellera, admirando sus dulces armonías, llorando con ella cuando lloraba, riendo cuando reía.

Aquel amor me hizo niño.

Temblaba á la idea de una separación.

Mi vida estaba ligada á la suya con un lazo indestructible.

Por ella habría abjurado de mi religión.

Por ella habría hecho traición á mi patria,

Por ella habría muerto.

Dulce y tierna Velleda! flor purísima, que te encontraste en mi camino; tú que en el cielo gozas de una dicha eterna, mira ahora mi corazón, y verás si es cierta la palabra que sale de mis labios; á tu dulce sombra sólo he podido descansar; tu mirada sola me ha hecho vivir; los únicos instantes de dicha, á tí los he debido! ¡Pero, oh dioses, y qué cortos fueron! ¿por qué no permanecería siempre en aquel rincon de la Galia? Descubierto el tesoro, ¿por qué no hice mi choza al lado de él para guardarle, vivir siempre á su lado, en la soledad, sin más testigos de mi amor que las dulces y suaves emanaciones de las flores de la tierra y las rutilantes estrellas del cielo? Fuera de tí, querida Velleda, no ha habido en mi camino, sino espinas y malezas; fuera de tí, mi corazón está vacío como un inmenso cáos!

Y una lágrima brotó del párpado de Calpurnio á este recuerdo, lágrima que rodó tranquila por la me-

jilla, y fué á caer en la copa que llena de vino de Falerno tenía en su mano derecha, y se confundió con el perfumado licor.

Ahogó un suspiro en su pecho, y continuó:

—Así pasaron seis meses. Una mañana, el viejo galo me llamó aparte y me dijo:

—"Querido huésped: tiempo es ya de buscar un esposo para Velleda; pronto tendrá diez y nueve primaveras, y es preciso que escoja al que ha de ser el compañero de su vida. Esta noche se reunirán en mi cabaña todos los jovenes que aspiren á su mano: vos, que sois su salvador, no dejaréis de concurrir. Según nuestros ritos, la persona á quien hará beber la mitad del agua contenida en una copa que ella llevará, será su esposo. Así se hace la elección en nuestra tribu. Aunque Velleda os ha de invitar á asistir á la elección de su esposo, he querido hacerlo yo también."

A estas palabras me puse tan pálido como el sudario de un cadáver. El corazón me latió tan fuertemente, que temí se rompieran todas las arterias de mi pecho. Sin contestar al anciano, caí vacilante sobre una piedra, con la cabeza entre mis manos.

Y lloré.

Sí; lloré lágrimas amargas y dolorosas; lloré como una mujer; lloré como un niño. Lloré con la angustia del condenado á morir; lloré con la desesperación del dolor agudo y cruel. Me parecía oir la fatal palabra; me parecía ver ya la copa en los labios de otro ser que no fuera yo. Habría querido entonces ahogar entre mis brazos á todos los hombres de la tierra, para no verme en la duda de una

elección que me haría feliz ó desgraciado para siempre.

Y las horas pasaban, y Velleda no venía. Estaba resuelto á hablar antes, con ella, á decirla cuanto pudiera sugerirme de tierno y dulce mi ardiente corazón; á asegurarla que la elección de otro hombre era mi sentencia de muerte.

Pero Velleda no vino.

Y la noche sí.

Sonó la hora. Lentamente fué llenándose la choza del anciano, de apuestos jovenes, que aspiraban á la mano de la hermosa Velleda. Yó entré, también y me senté en lo más oculto del hogar. Allí, solo con mi angustia, esperaba la hora solemne en que debía comenzar mi infortunio ó mi felicidad.

Los bardos prepararon sus instrumentos para entonar cánticos en honor del esposo elegido.

Vino el instante. Velleda se adelantó, vacilante y sonrojada, llevando en su mano la copa simbólica. En el centro de la sala, apuró lentamente la mitad del cristalino licor.

Y se detuvo.

Todas las respiraciones se hallaban suspendidas. La joven paseó su mirada por la numerosa asamblea. Durante ese instante, que fué un siglo para mí, el corazón dejó de latir dentro de mi pecho.

De repente avanzó la joven. Parecía que buscaba con la vista algún objeto. Me vió entonces; y acercándose rápida en la dirección en que yo me encontraba, se detuvo delante de mí y poniendo la copa entre mis manos, me dijo;

—¿Querrá el noble extranjero unir su suerte á la

de una pobre mujer que le amará siempre?

Lancé un grito de júbilo, y caí de rodillas.

La multitud aplaudió estrepitosamente.

Entonces un bardo entonó el siguiente canto:

—"¡Viva siempre la dichosa pareja! Que su felicidad sea eterna! Que jamás la tristeza y el dolor se sienten en el umbral de su cabaña! Que sus hijos sean dignos descendientes de la noble Galia, héroes intrépidos, y que ejerzan, siempre, la hospitalidad! Que los dos esposos vean, ántes de morir, á los hijos de sus hijos, llenos de vida y de salud, jugar con la frámea y el escudo de su abuelo!"

Y el coro repitió:

—"Así sea!"

El gran sacrificador se acercó á mí para llenar el rito religioso.

—Creeis en la inmortalidad del alma?

—Creo, respondí.

—¿Creeis que Teutátes es la diosa que rije los destinos del mundo?

—Creo en el sér que rije al orbe y dirije sus destinos: llámese Teutátes, Júpiter ó Thor, siempre es el mismo: Poderoso y Eterno. ¡Gloria á él!

Los druidas aprobaron mi respuesta.

—Juráis amar á vuestra esposa?

—Velleda será la estrella de mi vida: á su dulce resplandor ¿quién buscará la sombra? La amaré con todas las fuerzas de mi alma. Si ella muere, yo moriré.

Entonces el gran sacrificador, de pié, pronunció solemnemente estas palabras, mientras ponía la mano de Velleda en las mias:

—"Uníos, pues, en nombre de Thor, que es la fuerza; en nombre de Teutátes, que es la dulzura. Vivid siempre felices durante todos los dias de vuestra vida."

Entonces un guerrero entonó el siguiente canto: [*]

"Gloria á la Galia poderosa! ¡Honor á Dis, primer rey y padre de nuestros padres.

"Magog fué el segundo, fundó Rhotomagus (Rouen,)Noviomagus (Noyon)y Nomagus(Nevers.)

"Sarrón fué el tercero; Dryus el cuarto; Bardo, padre de la música y poesía, el quinto.

"A Bardo sucedió Leuco, fundador de Lutecia, cuyo sucesor fué Celta, padre de los celtiberos.

"Vienen después los nombres de Sicambro, que dió su nombre á un gran pueblo; Teuto, de donde trae su origen la nación teutónica; Cimbrio, padre de los cimbrios.

"¿Sabéis lo que han hecho nuestros padres?

"Oidlo.

"Nuestros padres descubrieron la Celtiberia; atravesaron los Alpes, y poblaron Saturnia (Italia.)

"Ellos recibieron la visita de los Argonautas, á su regreso de Colchos; fueron á Asia, cuando Nabucodonosor mandaba en Babilonia, y fundaron la ciudad de Mediolanium Insubriæ.

"Nuestros padres atraviesan el Pó sobre barcas de mimbre; llegan á la Etruria, arrojan de allí á los habitantes, y se establecen.

(*) Este canto ha sido traducido de la obra intitulada «Un viaje entre los galos.» por C. Roland.

"Nuestros padres entran en la soberbia Latium, y se apoderan de todos sus tesoros.

"Nuestros padres hacen irrupción en la Jonia y dominan en Efeso.

La voz calló.

Poco después continuó dulce y armoniosa:

" Los galos han ejercido siempre la hospitalidad. Oh joven! si por la tarde encuentras un viajero extraviado, arrójate á sus piés, para obtener la visita con preferencia á tus hermanos. Hazle preparar por tus hijas el baño que quita el cansancio.

"Deja abierta tu puerta durante la noche, para que el caminante encuentre un abrigo donde reposar su cabeza; y cuando le hayas oido, levántate, y caliéntale con las pieles de bisonte y de ovejas.

"No tendrás otros templos para adorar al Eterno, sino el silencio de las florestas: penetrarás bajo la bóveda santa como un esclavo, los brazos cargados de cadenas en señal de humildad. Si tu pié desliza y caes, no te levantes; arrástrate hasta que te halles fuera del bosque sagrado.

"Adorarás á los dioses, y no harás jamás daño á ninguno de tus hermanos."

El canto terminó con estas palabras.

Durante este canto, Velleda y yo habíamos caido de rodillas sobre el pavimento cubierto de odoríficas flores.

La ceremonia había concluido. Siguieron danzas galas, que durante toda la noche entonaron himnos guerreros....

El padre de Velleda me hizo dón de una cabaña nueva, construida á la margen del Duria, y durante

mucho tiempo fuí el afortunado esposo de Velleda.

Una tarde, después de puesto el sol, nos hallábamos sentados en el umbral de nuestra choza.

—Velleda, la dije, quieres ir á Massalia? (*)

—Y donde está Massalia?

—Massalia es una gran ciudad que se encuentra á la orilla del mar. De allí pasaremos á Roma; allí verás suntuosos palacios, ricos templos, maravillosos jardines: te haré ver el mundo y después regresaremos á nuestra Galia, que es mi patria por ser la tuya.

—¿No amas, pues, yá nuestra choza y familia? ¿Deseas abandonar la nación y raza de mis abuelos? Sea; yo te seguiré: cualquier lugar del mundo que escojas para tu residencia, será bello para mí.

—Te engañas, Velleda. Deseaba solamente hacerte conocer la hermosa Italia: mi ánimo era regresar, para vivir entre los tuyos: si algo ha podido entristecerte mi proposición, no hablemos más de esto.

—Un deseo tuyo es una orden para mi... Partamos!

—Irás contenta?

—No voy contigo? me contestó.

La estreché entre mis brazos, y partimos. El hermano de Velleda quiso acompañarnos.

Treçe dias después, estábamos en Massalia.

En aquella ciudad existía un hombre llamado Lázaro. Lanzado de su patria en un buque sin velamen y sin remos, con sus dos hermanas, atravesó el mar de una manera misteriosa, y después de una navegación terrible, arribó al puerto de Massalia. En Judea habia predicado la doctrina del Nazareno.

(*) Marsella.

crucificado algunos años antes, y á consecuencia de esta predicación fué arrojado de su país. A su arribo á Massalia continuó su obra, buscando prosélitos para su nueva secta.

Su vida ejemplar, la pureza de la doctrina que enseñaba, y la relación misteriosa que hacía de su resurrección, verificada en virtud de la palabra omnipotente de Jesús, hacía que le siguieran millares de hombres. Refería que habiendo muerto, fué sepultado en una gruta de piedra: tres dias después, y á las súplicas de Marta y María, sus hermanas, Jesús se acercó al sepulcro; le hizo abrir delante de inmenso pueblo: el cadáver apareció putrefacto á la vista del asombrado gentío: Jesús habló, y el muerto, libre de sus ligaduras, se levantó y echó á andar. Esta historia prodigiosa era atestiguada por infinitos testigos de vista, y el héroe de ella debía inspirar, naturalmente, una gran curiosidad. Así, Lázaro gozaba en Massalia de inmensa reputación. Yo le ví; su voz hizo en mí una profunda impresión: la verdad estaba en sus labios; aquel hombre no podia mentir.

Velleda le oyó también: volvió á oirle; y poco á poco la nueva doctrina fué dominando en su corazón. Su grande alma absorbía lentamente, el perfume purísimo que emanaba de la doctrina del Crucificado; y un día se acercó á mí y me dijo:

—Calpurnio, amigo mío; yo soy cristiana, y quiero bautizarme.

Me quedé aterrado. La nueva doctrina me agradaba: encontraba lógica en su ley, pureza en su moral, santidad en sus principios; pero había estallado

entonces una horrible persecución contra esa secta naciente. Nerón mandaba el mundo, y había jurado hacer desaparecer la doctrina del Crucificado. Cada día aumentaba el número de víctimas en todas las ciudades del imperio. Velleda cristiana, era perdida.

Por eso temí. Lágrimas abundantes derramé á sus piés, para separarla de un camino que la llevaba á la muerte. Todo fué inútil. Velleda fué bautizada, y cinco meses después, murió mártir de su nueva fé.

Cuantos esfuerzos son posibles al hombre acá en la tierra, hice para salvarla. Marché á Roma; hablé al emperador; ofrecí llevarla al extremo del mundo y vivir allí separado del resto de los hombres. Súplica inútil!

Que abjure y se salvará! fué su última resolución. Entonces me dirijí á ella: penetré en el oscuro calabozo; la recordé mi amor, su padre anciano que la esperaba para cerrar sus ojos, nuestra choza, oculta por los árboles á la margeñ del Duria, su tribu, sus recuerdos, su pasado. Inflexible á mis lágrimas, á mis suspiros y á mis súplicas, sólo contestaba:

—Moriré ántes que abjurar. ¿Cómo quereis, amigo mío, que habiendo encontrado la luz, cierre los ojos para no verla? He hallado lo que buscaba; el amor de Jesús es sobre todo amor, y bien grande cosa debe ser cuando á la vista de tus lágrimas no vacilo.

Y arrodillándose dulcemente, añadió:

—Oh Señor Jesús! tú que del fondo de la Galia pagana me has traido en virtud de tu misericordia in-

finita á conocer la verdad que predicaste en Oriente, oye mi súplica postrera y suprema. Mi esposo idolatrado ha sido mi compañero en la tierra; haz que lo sea en el cielo, Que sus ojos se abran á la luz: que su claro entendimiento encuentre la fuente de verdad! Te lo pido, oh Señor, por tu santa Madre, cuyo nombre sagrado me fué puesto en el bautismo. ¿Me oirás, Señor?

Y quedó un momento en muda contemplación.

Pocos instantes después, se levantó. Su mirada estaba radiante: en su rostro había una dicha inmensa.

—Calpurnio! me dijo; déjame morir. Más tarde bendecirás mi martirio: Jesús me ha oido; tu alma ciega, verá; tu corazón lleno de duda, créerá; y entonces el porvenir aparecerá para tí esplendente de luz.

Murió Velleda con la tranquilidad de una conciencia pura, con la fé y la esperanza del que verdaderamente cree y espera.

CAPÍTULO III.

La erupción del Vesubio.

Poco me resta que contaros, continuó Calpurnio. Desde aquella época me establecí en esta ciudad, donde he vivido aislado del bullicio y sumerjido en el dolor. Hoy os he reunido, amigos míos, os he referido la historia de Velleda, cuya muerte dejó huérfana á mi alma, y un vacío inmenso en mi corazón. Cuando os separeis de mí, acordáos de este día, y pensad alguna vez en vuestro antiguo amigo. Mañana parto á Oriente. Esta es la última vez que estaremos juntos.

Triste fué la impresión que produjo en los amigos de Calpurnio, la relación de esta historia. Tirsis, la hermosa griega, enjugó las lágrimas que inundaban su rostro.

—Gracias por esas lágrimas ¡oh amiga mía! dijo Calpurnio; las lágrimas que la amistad vierte, son el rocío suave que mitiga el dolor. Pero yo no deseo veros tristes; si mi alma está llena de angustia y aflicción, no es justo que vosotros, para quienes el camino de la vida está sembrado de rosas, lloreis también. ¡Gozad y sed felices! Que mi morada no sea una sombría tumba para vosotros!—Esclavos! haced circular de nuevo el licor perfumado y embriagador; que una música suave nos regale con sus dulces armonías! ¡Cantad, bella Tirsis! el canto alegra el corazón, y es un bálsamo para las dolencias del alma.

En este momento, un esclavo africano se presentó en el umbral del triclinium.

—Noble Calpurnio,—dijo inclinándose respetuosamente—una dama velada desea hablaros á solas; espera que no os neguéis á esto, porque asegura ser de la mayor importancia lo que tiene que deciros.

—Id, Calpurnio, dijeron á una voz todos los convidados; una hermosa dama, nunca debe esperar. Pero no os tardéis mucho: pues mañana ya no os veremos, hoy debéis estar todo el día con los amigos que os aprecian.

—Vuelvo al instante, dijo Calpurnio.

Y salió del triclinium.

Apenas Calpurnio había desaparecido, cuando una conmoción súbita estremeció el palacio. Las

macisas paredes del aposento vacilaron un instante, como si estuvieran ébrias, y los vasos de oro chocaron, produciendo un sonido argentino. Los convidados se levantaron pálidos y sobresaltados.

—¿Qué ocurre? preguntó uno de los que, habiendo apurado excesivamente el falerno, vagaba hacía tiempo en las regiones superiores.

Nadie contestó. Los nobles romanos, de pié, trémulos, no osaban articular palabra. Parecía que la muerte había pasado por aquella sala, paralizando con su soplo el movimiento y la respiración. Eran estátuas.

Entonces ocurrió una cosa espantosa. La ciudad de Pompeya apareció iluminada súbitamente: el cielo tomó un color rojizo, y las nubes que vagaban en el espacio, se empurpurecieron, arrojando sobre la tierra un resplandor siniestro. El Vesubio abrió su cráter, y comenzó á arrojar torrentes inflamados que descendían por sus flancos, impetuosos, devoradores, asolando la campiña é incendiando la vecina pradera, que en pocos instantes se convirtió en un mar de fuego.

Las piedras, incandescentes, subían en gran número, cual meteoros brillantes, á una altura prodigiosa, y caían en forma de ardiente granizo sobre la angustiada población. Un clamor inmenso se elevó del seno de la ciudad, y los habitantes atribulados corrían en desórden en todas direcciones, lanzando gritos desgarradores, dominados por un vértigo espantoso.

¡Horrible espectáculo! Veíanse jóvenes robustos sosteniendo el vacilante paso de sus ancianos pa-

dres; mujeres en la flor de sus años, suelta al viento la flotante cabellera, la vista extraviada, llevando de la mano á tiernos é inocentes niños.

¡Desventurados! ¿á dónde irán? Por todas partes les cierra el paso la ardiente lava; por todas partes aparece el espectro amenazador del volcán, dominando á la ciudad que ha resuelto destrozar.

Por último, la montaña lanza su último gemido; se levanta en los aires una columna de humo espeso y negro; cruje la tierra como si fuera á despedazarse, y todo queda después en calma: la lava cesa de correr; el fuego se apaga en el cráter; el volcán se calla.

—¿Habrá esperanza? se dicen los habitantes. ¿Habrá cesado ya el peligro? ¿Podremos contemplar aún el sol de mañana?

¡Error! La noche está sombría y terrible: una lluvia empieza á caer; pero no es el agua que se necesita para refrescar las baldosas que arden bajo los piés de los fugitivos: es ceniza que se precipita sobre la ciudad y comienza á llenar las calles y las plazas, y cual marea creciente amenaza sumerjirla.

Entonces no hubo gritos: el exceso del terror apagó la voz en aquellos séres desgraciados. Un silencio de muerte sucedió á tanto tumulto.

Y la ceniza continuaba cayendo y la terrible marea aumentaba. Ya los habitantes no pueden andar; la escoria del volcán llega á sus rodillas; sube aún: sólo los bustos aparecen; sube más todavía: ahóganse sin poder respirar aquel aire impregnado de betún y de miasmas volcánicos; y la marea sigue.

Pocos instantes después, llega á la altura de un hombre. Algunos escalan las paredes de los edificios; los más ajitan sólo sus brazos por encima de sus cabezas: más tarde, la ceniza invade todos aquellos lugares de salvación.

Ya nada aparece; la soledad, el silencio, la tumba.

¿Quién podrá referir las desgarradoras escenas que tuvieron lugar debajo de aquella ceniza? ¿Quién podrá concebir aquellos extremecimientos, aquella agonía espantosa? Nadie.

La ceniza ha cubierto, cual inmenso sudario, aquel gigantesco cadáver; y el Vesubio, cuya ira se ha calmado, contempla tranquilo todo aquel trastorno. El cielo se despeja; las nubes huyen ante un sol radiante que envía sus rayos sobre aquella vasta tumba: la alegría y la vida encima; la agonía y la muerte debajo.....

Pompeya ha desaparecido.....

No lejos de la ciudad se mecían, sobre las olas, cuatro triremes. Los tripulantes contemplaban, horrorizados, tan tremendo espectáculo.

El Jefe de aquella escuadra se llamaba Plinio. De pié, con los brazos cruzados, la mirada fija sobre la costa, que se extremecía á cada instante como un ser vivo que agoniza, dominado por la emoción, luchaba en silencio entre el deseo y el terror. Quería contemplar más de cerca ese horroroso cataclismo; pero temía, al mismo tiempo, verse envuelto en aquel torbellino de lava y de humo.

Venció el deseo de ver y estudiar el imponente fenómeno, y levantando su voz, exclamó:

—Levad las anclas; sacad de la *casteria* (*) los remos, y acercáos á la costa.

—¿Qué vais á hacer?—preguntó un joven que estaba al lado de Plinio.

—Lo habeis oido, Plácido: acercarme á la costa para estudiar mejor el efecto. Si vos queréis acompañarme, subiremos juntos hasta el cráter.

—Os acompañaré, si tal es vuestro deseo; pero me parece una locura lo que intentáis.

—¡Locura, Plácido! Locura, cuando puede la Ciencia adelantar un paso más! El hombre que estudia los fenómenos de la Naturaleza, no trepida jamás, no se detiene ante ningún obstáculo.

Y repitió: ¡Levad anclas; cortad los cables!

Ante una orden tan extraña, los marineros aterrados, no sabían qué hacer.

Hubo por un momento el peligro de una insurrección.

Pero la voz vibrante de Plinio, se oyó de nuevo.

—¿Vaciláis?—dijo; pues os aseguro que al primer hombre que resista le mataré.

Ante aquel hombre, cuyas órdenes habían sido siempre obedecidas, los marineros callaron.

Pocos instantes después, los remos cortaban las aguas del golfo, acercando la nave al horrible teatro donde ocurrían escenas tan espantosas.

Plácido permanecía al lado de Plinio.

—¿Ves, amigo mío? decía el gran naturalista, mientras con mano segura guiaba el trireme, al través de aquella lluvia de candente ceniza que caía

(*) Llamaban así el lugar donde depositaban los remos.

sobre el buque y el mar; ves aquella columna de humo negro que se levanta? Pues es el último estertor; es la furia vencida; es el gigante que muere.

Escribe lo que te digo: (*)

"El antiguo pueblo de los Lestrigones y de las Sirenas, cantado por Homero, tiene un azote terrible: un volcán que guarda en sus entrañas un nuevo Encélado, como el que hace extremecer á la Sicilia.

Hace diez y seis años vomitó por vez primera sus torrentes de lava abrasadora; hoy lanza sus fuegos con más vigor, con más furia. ¿Qué habrá sido de Herculano, de Stabia y de Pompeya? Tal vez han desaparecido bajo una capa de ardiente escoria."

La nave se acercaba velozmente; dos empujes más la pusieron tan próxima á la costa, que de un salto se podía llegar á tierra.

Los marinos se detuvieron jadeantes; estaban inundados de sudor.

Plinio y Plácido se prepararon para lanzarse á la costa.

—Espera, dijo el primero. He pensado mejor; veo un peligro cierto en esta exploración, y no quiero exponerte. Quédate en la nave y espérame.

—Imposible, respondió Plácido; si vos váis, yo iré; si vos morís, yo moriré.

—Y yo no quiero que mueras; te suplico que permanezcas aquí hasta mi vuelta.

—Y yo os suplico que me permitáis acompañaros.

(*) Plinio iba siempre acompañado de un secretario que escribía las observaciones que hacía, ó las reflexiones que le sugería su mente.

Plinio miró fijamente al joven.

—Oye, Plácido, añadió; aquí hay un peligro real y terrible: la muerte se cierne bajo esta ceniza; este país está maldito; quien huella esta costa, anda sobre un abismo. Siempre he tenido por tí el cariño de un padre; obedéceme, pues, ahora, como siempre me has obedecido; es la última y mayor prueba que puedes darme de tu respeto filial.

—Os obedeceré, contestó Plácido, enjugando sus ojos húmedos de llanto. ¿Pero no será mejor abandonar vuestra temeraria empresa? Volvamos á las otras naves; vuestra vida es preciosa á la humanidad; no la expongáis al furor del volcán.

—Sirvo á los hombres en la empresa que acometo. No creas que es una insensata curiosidad la que me arrastra; hay algo más noble en mi obra. Si salvo, ya verás el bien que reportará al mundo lo que tú llamas locura. Pero déjame aprovechar de estos momentos de calma.

Tendió su mano al joven, que la estrechó con efusión, y rápido, de un salto, se halló en tierra.

Ninguno de los tripulantes se atrevió á seguirle.

Plinio se volvió, hizo una última seña de amistad al joven, que de pié lo contemplaba con angustia, y continuó su marcha en dirección al volcán. Poco después desapareció detrás de una colina.

Pasó algún tiempo. Plácido permanecía inmóvil, mirando fijamente el extremo de aquella colina, espiando el momento en que viera regresar á su anciano amigo.

Más tarde, la tierra se extremeció de nuevo: el volcán gimió sordamente, y de su cráter volvió á

precipitarse un torrente de materias ignífera. El aire abrasador ahogaba á los marinos, quienes lanzando gritos de espanto, sordos á las súplicas de Plácido, empezaron á alejarse de la costa á fuerza de remos. El agua hervía bajo la nave que se separaba, mientras Plácido miraba con desesperación aquella tierra fatal, donde quedaba su amigo abandonado de los hombres. Lágrimas, súplicas, promesas, todo fué inútil ante aquellos marinos aterrados que tiplicaban sus fuerzas pora ponerse fuera del alcance del terrible volcán.

Plácido cayó de rodillas: lágrimas de dolor brotaron abundantes de sus ojos, sollozos desgarradores salieron de su pecho.

Poco después, la nave encontró á los otros triremes, y juntos bogaron hácia la alta mar.

FIN DE LA INTRODUCCIÓN.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I.

La última cena de Domiciano.

El día 18 de Setiembre del año 96, una inmensa muchedumbre estacionaba en las calles adyacentes al Palacio del Emperador Domiciano. Algo grande se preparaba; pues multitud de libertos cruzaban en todas direcciones, con una agitación que revelaba la importancia de las funciones que desempeñaban; las escalinatas del palacio, estaban ocupadas por una numerosa cohorte; la guardia pretoriana dominaba la ancha galería que comunicaba por siete puertas con las habitaciones del Emperador.

Poco después apareció un brillante cortejo. Quince Senadores atravesaron por entre la multitud, que se separaba respetuosamente á su paso, y entraron en el palacio, al són de armónicos instrumentos.

Allí se les presentó un espectáculo, cuya significación no pudieron comprender. El triclinium se hallaba espléndidamente adornado; varios pebeteros arrojaban perfumes, y los más ricos vinos, en ánforas de oro, abundaban por todas partes. Pero todo ese aparato no bastaba á tranquilizarlos, cuando la mirada de los senadores se fijaban en uno de los extremos del salón. Allí aparecían quince objetos cubiertos con mantos negros, sobre cada uno de los cuales, se veía escrito el nombre de uno de los senadores.

—Marcelo, dijo uno de ellos á su vecino, en voz muy baja: ¿sabeis con qué objeto nos ha invitado el Emperador á este festín? ¿de dónde le ha venido la idea de cenar en nuestra compañía?

—Sé tanto como vos en este asunto, Cornelio, respondió; sinembargo, temo.

—¿Temeis?

—Temo. Cuando un hombre se encuentra frente á frente con la hiena, es muy natural temer que le destroce. Sobre todo.....

—Sobre todo.....

—Cuando pudiera muy bien haber sabido algo de la conjuración que se prepara; es muy posible que Domicia nos haya vendido. Pero, aquí viene Quintiliano; él puede darnos alguna luz, acerca de este asunto.

—¡Hola, Quintiliano!—dijo Marcelo.

Quintiliano se acercó.

—Decid, poeta, ¿podreis comunicarnos con qué objeto nos ha convidado el Emperador?

—Pues á comer, contestó Quintiliano, riendo.

—No es para eso sólo. Domiciano no es de los que gastan cien mil sestercios, sólo por tener el gusto de cenar en nuestra compañía. Y principalmente, añadió el senador, aquellos objetos no me parecen viandas.

Y señaló al extremo de la sala.

—Serán platos nuevos, dijo Quintiliano, riendo más fuerte.

—Vos sabeis algo, replicó Marcelo.

—Nada absolutamente; os lo aseguro.

Pocos instantes, después, ajitóse una gran cortina de púrpura, que cubría una de las puertas, y un soldado, de estatura hercúlea, descorrió aquella cortina, diciendo en alta voz:

—¡El Emperador!

Todos los senadores se inclinaron profundamente sin atreverse á mirar la puerta por donde debía aparecer el Príncipe; hubo en la sala un silencio de muerte.

Domiciano entró, y paseó su mirada de hiena sobre aquellos hombres encorvados; una sonrisa de triunfo vagó por sus labios.

Domiciano tenía entonces cuarenta y cuatro años. Todos los buenos sentimientos que había revelado al principio de su reinado, no existían ya: era un hombre cruel, cobarde y altanero. Su diversión favorita, era matar moscas, con dardos pequeños, sumamente afilados, é hizo matar un día á Vibio

Crispo, porque habiéndosele preguntado si estaba solo el Emperador, contestó:

—"Está solo; ni una mosca hay con él."

Como Calígula, llevó su locura hasta hacerse elevar estátuas, para ser adorado como Dios; como Nerón, hacía degollar víctimas delante de sus estátuas, complaciéndose en contar los suspiros y los gritos de dolor, de los que condenaba al último suplicio.

Cobarde en los campos de batalla, hacía representar, en el Anfiteatro, acciones de guerra, donde combatían millares de hombres; y no contento con esto, formaba, á veces, ejércitos de mujeres, que luchaban unas contra las otras, en la arena del Circo, para gozar con la agonía y la desesperación de aquellas infortunadas.

Tal era el hombre que hacía su entrada en el triclinium de su palacio.

Iba espléndidamente vestido: una túnica de blancura deslumbradora, estaba sujeta á su hombro, por un broche de zafiros; sus piés estaban calzados por elegantes coturnos con filitos de oro.

Se apoyaba en el brazo de un soldado joven aún.

—Nobles senadores, dijo por fin el amo del mundo: levantad vuestras cabezas; os he invitado á cenar conmigo, y tanta etiqueta no sienta bien en hombres que van á beber juntos, el famoso vino de Creta, guardado, hace mucho tiempo, en urnas de la Cyrenáica. ¿No es verdad, Plácido? añadió dirijiéndose al soldado que le acompañaba, ¿no es cierto que todo debe ser hoy alegría y contento?

El soldado se inclinó sin responder.

—Vamos, continuó Domiciano; será preciso que Flavio Clemente, mi colega en el consulado, dé hoy el ejemplo al noble cuerpo romano: sentáos á mi derecha, y que los demás senadores ocupen sus lugares, por orden de su antigüedad.

—¡Que los dioses conserven la preciosa vida del hijo de Minerva! dijeron los senadores, ocupando sus asientos.

—¡Que los dioses prolonguen vuestros días, padres conscriptos! contestó el Emperador, con risa sarcástica. Os he preparado un festín digno de mí. Todos los países del mundo han contribuido con sus frutos, á la cena que da el César á sus más caros amigos. Teneis faisanes, pavos, pollas de Guinea y gallinas de Numidia. Podeis escojer, entre los hígados de escaro, lenguas de aves, y peces tomados en lagos de agua dulce. No os faltarán sargos, esturiones, ostras y caracoles. Entre los *bellaria* (*) hallareis manzanas, peras, nueces, higos, aceitunas, uvas, dátiles, almendrados, frutos del palmero y sestas escojidas durantes las noches húmedas. Sobre los vinos, podeis regalaros con el falerno, marisco, albano, sorrentino, ó con los de Chio, Lesbio, Leucadio, Tasio, Naxio y Mareótico. Veis, pues, padres conscriptos, que el hijo de Minerva, es digno sucesor de Vitelio,(**) cuya vida fué siempre tan bien empleada. Aquel grande hombre hacía

(*) Postres.

(**) Vitelio sucedió á Othon en el Imperio. Su vicio dominante, fué la glotonería. En un convite dado por su hermano Lucio, le prepararon dos mil platos de pescados, y siete mil de aves, las más exquisitas del mundo.

cinco comidas diarias; todas eran espléndidas, y salían de los bolsillos de sus amigos. ¡Cinco comidas! ¡Bravo hombre! Aquellos eran buenos tiempos; Roma degenera, amigos míos: Roma está moribunda. Es necesario darle vida, calor, fuerza; y por Apolo, que yo lo he de conseguir. ¿Qué decis, Marcelo?

—Minerva habla por vuestra boca, César; y todas vuestras palabras son oráculos; mas, permitidme que en esta ocasión, no sea de vuestro parecer.

—¿Por qué?

—Porque Roma nunca se ha encontrado más grande y poderosa: vos la gobernais, ¿qué más puede desear? La gloria de vuestro reinado, es la primera de sus glorias.

Los demás Senadores aplaudieron.

Domiciano sonrió.

—Bien veo que me quereis, dijo; y esto me alienta en mi difícil empresa. Pero sabed, que gobernar al mundo, es una carga bien pesada.

—Nó para los que, como vos ¡oh divino Emperador! reciben las leyes que dictan, de manos de los dioses, observó uno de los Senadores.

Domiciano hizo una señal á uno de los esclavos, quien llenó de vino de Chipre, el vaso del Senador que había hablado.

—Bebed, pues, á la salud del hijo de Minerva; sois elocuente, P. Cornelio.

—Quintiliano, querido poeta, añadió el Príncipe, os encargo hagais unos buenos versos, en honor del Senado, que tan buena voluntad me manifiesta. A propósito, vos que sois tan hábil, quiero me desci-

freis un enigma latino, cuya solución, hace mucho tiempo, estoy por encontrar.

—Si vos no habeis podido hacerlo, observó Quintiliano, ¿cómo quereis que un simple mortal lo haga?

—No me aduleis, poeta. Bien sabeis que yo no soy fuerte en enigmas. Oidme, pues, y procurad complacerme; es un dístico:

Totum sume, fluit; pugnat cervice revulsa;
Caudam deme, volat; viscera tolle dolet.

—Algo difícil me parece, dijo Quintiliano; sinembargo, pensaré algunos instantes.

—Teneis todo el tiempo necesario; mas, os prevengo, que si alguno de los Senadotes, le resuelve antes que vos, la corona de laurel que os destinaba, le pertenecerá. Procurad, pues, ser vos el Edipo.

CAPÍTULO II.

El enigma.

Quintiliano se recogió algunos momentos, para meditar acerca del doble sentido que podían encerrar las palabras del Emperador.

Este continuó:

—A vosotros, padres conscriptos, os reservo también algo nuevo y sorprendente: deseo que todos tengais hoy un enigma que descifrar; el premio está esperando al que primero le resuelva, y os aseguro que es digno de un rey.

A una seña de Domiciano, aparecieron quince nombres desnudos hasta la cintura, untados de negro, y haciendo brillar cada uno en su mano una cortante espada de dos filos. La lúgubre procesión comenzó á desfilar al rededor del salón, y después aquellos hombres se situaron delante de los quince objetos cubiertos con paños negros. Parecían estátuas de bronce.

—¿Qué os parece, padres conscriptos? dijo el príncipe. Meditad, profundamente, sobre lo que habeis visto; pero, os aseguro, que todavía es más curioso lo que os falta que ver.

Los senadores estaban aterrados. Presentían un desenlace terrible de aquel principio burlesco.

Domiciano sonreía, como sonriera la loba que contempla la segura presa paciendo tranquila la verde yerba, mientras prepara el asalto que ha de ser mortal para su víctima.

—¿Habeis pensado ya algo, Senador Marcelo? Tengo entendido, que vos quereis ganar el premio.

—Dadme aún tiempo, contestó el Senador, procurando dar serenidad á su fisonomía, que revelaba, sinembargo, un profundo terror; algunos instantes todavía, ¡oh clemente Príncipe!

—¡Clemente! sin duda que lo soy; ¿por ventura he dejado de serlo alguna vez? ¿Siempre no he sido dulce como un cordero? ¿Esta fiesta á que os he invitado, no es una prueba palpable de mi bondad y del afecto que os profeso?

—Siempre habeis sido grande y magnánimo, y ninguno mejor que vos, ha merecido el glorioso título de Padre de la Patria. Por eso los pueblos os

bendicen, y hacen votos porque tengais un largo y próspero reinado.

—Yo amo tambien á mi pueblo, con la ternura de un padre; y si Roma desea que viva largo tiempo, yo abrigo el mismo deseo para hacer la felicidad de Roma. Algunos obstáculos tengo que vencer; pero tengo la seguridad de que pronto los venceré.

Y el Emperador guiñó el ojo de cierta manera, que le era familiar, pero que en aquellos momentos, podía tener una significación terrible. En aquella mirada había sangre.

—Vamos, Quintiliano, añadió Domiciano ¿qué significa el dístico? ¿Renunciáis á la corona de mirto?

—Nó, César, contestó el poeta: he descifrado ya el verso latino. La solución, es esta:

Totum sume, fluit: VULTURNUS; *pugnat cervice revulsa:* TURNUS; *caudam deme, volat:* VULTUR; *viscera tolle, dolet:* VULNUS. La palabra es, pues, VULTURNUS.

Todos los senadores aplaudieron. Un esclavo puso en la cabeza del poeta, una corona de mirto.

—¡Bravo! hábil vate, dijo Domiciano: habeis dado una espléndida prueba de vuestra facilidad en resolver enigmas. Veamos si el Senado hace otro tanto, con el que le ha tocado descifrar. Mas, para que le sea más fácil, voy á exponerlo con más claridad.—Bebamos, entre tanto, á la salud del poeta Quintiliano.

Y levantando su copa, añadió en voz alta:

Bene mihi, bene vobis.

A estas palabras, que parecían una señal aparecieron dos esclavos, tocadores de flauta, seguidos de un tercero que llevaba una sculeta de oro. Los tres iban con coronas de flores.

La preciosa fuente cubierta, fué colocada en el centro de la mesa.

Poco después entró en la sala un hombre. Llevaba puesta una *trábea* (vestido de escarlata) con listas de púrpura; sobre su cabeza aparecía el bonete cónico de los pontífices, y daba vuelta entre sus manos, á una varita curva de madera.

Adelantó, lentamente, y se arrodilló en el centro de la sala.

Los padres conscriptos, reconocieron al jefe de los augures.

Domiciano, dijo entonces:

—Antes que termine esta cena, he querido manifestaros el respeto que me inspira el noble cuerpo á que perteneceis, al mismo tiempo que el interés con que deseo saber el porvenir de cada uno de vosotros, que no puede ser sino favorable. Por eso he convocado aquí al jefe de los augures, para que en virtud de su misteriosa ciencia, os lo revele.

A estas palabras, los esclavos coronados de flores descubrieron la scutela de oro. En el centro había una urna llena de agua; al lado de aquella urna, estaba una caja pequeña, también de oro, que encerraba tres dados de madera con inscripciones griegas.

—¡Ah! dijo el Emperador, ¿vais á hacer el horóscopo con los dados, Ruspina? Mejor habría sido

por medio de la suerte que los germanos nos han enseñado, y que según creo, se hace por el corte de las ramas de un árbol, en menudos trozos, los cuales se arrojan en un lienzo blanco, donde, por la situación en que caen, adivinais lo futuro; ó empleando el sortilegio; pero, en fin, ya que habeis preparado este medio, valéos de él, comenzando por mí.

El augur, entonces, tomó los tres dados, los puso en una copa de bronce, cubrió la copa con el bonete cónico, que quitó de su cabeza, y con la vara de madera hizo tres círculos en el aire, procurando que la copa ocupara el centro de aquellos círculos. En seguida entregó la copa al Emperador, quien arrojó los dados en la urna llena de agua. El augur miró dentro de la urna, y lanzó un grito de espanto.

—¿Qué es eso? dijo Domiciano.

—¡Oh, César! comienza un mal presagio: una conjuración se prepara contra vuestra sagrada persona.

El César sonrió.

Seguid, Ruspina; ved quiénes forman parte de esa conjuración, y procurad indicarme el modo de *conjurar* aquella *conjuración*

Los Senadores se extremecieron. Ya no podían dudar; el Emperador lo sabía.

El augur continuó:

—Leo un nombre ilustre, y un nombre plebeyo; las cifras griegas se enlazan de un modo terrible; la conjuración sale de vuestro mismo Palacio.

—Decid siempre.....

—Ese nombre ilustre, es de vuestra esposa Domi-

cia; el nombre plebeyo, el de vuestro liberto Esteban. Pero hay más todavía.....

Y el augur movió el vaso de agua.

—Aquí aparecen otros nombres, añadió; veo surgir burbujas de agua que se posan sobre las inscripciones; el licor se enrojece; hoy debe derramarse sangre en esta sala.

—¿Qué otros nombres leeis? interrumpió Domiciano.

—Magnífico Emperador, contestó el augur, voy á deciros:—Escuchad.....

Y, en medio de un silencio sepulcral, pronunció lentamente los nombres de los Senadores que se hallaban presentes.

El Senador Marcelo, iba á responder á esa acusación terrible; mas, el Emperador se lo impidió, y alzándose erguido, espantoso en su cólera.

—Augur, dijo; descifrad aún, en los dados misteriosos, cuál es el porvenir de esos hombres.

Y señaló con su dedo, al grupo de Senadores.

El augur se inclinó de nuevo sobre el vaso cabalístico, y después de un ligero examen.

—Morirán hoy, contestó.

—Pues bien; es preciso cumplir esa predicción. ¡Hola, Plácido!—añadió dirijiéndose al soldado que le acompañaba: haced venir á mi querida esposa Domicia, y á mi liberto Esteban.

Descorrióse la cortina de una de las puertas, y apareció una mujer, cubierta con un velo negro.

—Aquí estoy, dijo aquella mujer, adelantando lentamente y descubrieudo su rostro: hacedme morir también.

—¡Domicia! dijo el Senador Marcelo.

—Sí, Domicia, repitió la mujer con tranquilo acento; Domicia, que viene á morir con vosotros. Si la culpa es igual, la pena debe serlo también. ¿No es cierto, querido esposo?

—Tan cierto, replicó Domiciano, que hoy pasareis con ellos la Estigia, en la barca de Carón; hoy tiene trabajo aquel buen barquero, añadió con sonrisa feroz.

Hip, dijo al esclavo etiope, descubre eso; y señaló los objetos que tanto habían preocupado á los Senadores.

Un grito de horror, estalló en la sala; eran diez y seis féretros, alumbrados débilmente, por lámparas funerarias.

—¿Qué os parece? ¿No os agradan aquellos blandos lechos? Pues, á fé mía, no los he podido encontrar más cómodos; fuerza será que os contenteis.

—Quintiliano, continuó el Emperador: habeis descifrado muy bien el enigma que os propuse; pero yo le esplicaré, á mi vez: *vultur*, el buitre, como me llamáis, se levanta hoy erguido y terrible, bate sus negras alas sobre vosotros, su graznido es el canto de muerte; temblad, porque el amo del mundo, no es el sér débil á quien quereis herir, y detrás del cual conjuráis. Ese buitre os ahogará con sus garras y diezmará el *respetado* Cuerpo de ilustres Senadores, causando una herida profunda, *vulnus;* y vuestros mutilados cadáveres serán arrastrados por la corriente del río; ese río no se llamará *Vulturnus*,

pero se llamará *Tiber*. ¿He descifrado bien, hijo de las musas?

El Emperador estaba espantoso en su cólera.

—Aguardad un momento, dijo Domicia, tranquila, como si asistiera á un espectáculo teatral.... El augur, no ha revelado sino la mitad de lo que sucederá hoy; yo que he estudiado algo la misteriosa ciencia de las predicciones, voy á ayudarle; descifraré á mi vez un enigma, que ni el hijo de Minerva, podrá descifrar.

El Emperador la miró sorprendido.

Domicia se acercó á la urna, y miró dentro, con toda la gravedad de una sibila:

—El Alpha aparece solamente; todas las demás letras se borran; los dados se precipitan al fondo del vaso..... aquí hay una cifra que sube á la superficie; varias letras la componen: descifrad, Senadores.....

La primera, es una *Ny*, la segunda, *E*, la tercera, *Rho*, la cuarta, *Y*, la quinta, *Alpha*.—Verted del griego al latín, aquella palabra.

—¡NERVA!— dijo Cornelio, estremeciéndose de angustia.

—¡Nerva! repitió el Emperador estupefacto.

—Sí, replicó Domicia; Nerva, que os sucederá hoy en el trono del mundo, porque vos sereis el que morirá. Llamad á los soldados que os rodean; nadie vendrá á vuestro socorro; todos nos pertenecen. Invocad á los dioses; ninguno os oirá, porque vues-

tros crímenes les han hecho sordos á las plegarias que les dirijais.....

—¡A mí, soldados! gritó el Emperador.

Ni uno sólo se movió.

Los Senadores se levantaron: la esperanza brillaba en sus rostros.

Domiciano, quiso acercarse al pórtico que daba á la calle, para llamar á la guardia pretoriana.

Dos Senadores le detuvieron.

—¡Qué venga mi liberto Esteban! añadió Domicia en alta voz: *yá ha sonado la hora.*

—Entonces, hubo un momento de dignidad en aque hombre cruel y cobarde. Detúvose; abrió lentamente su túnica, y enseñando su desnudo pecho.

—¡Herid! dijo.

—Tú lo has querido, contestó Domicia; ya era tiempo. El crimen que preparabas hoy, ha precipitado el castigo. Muere, pues, ya que no has sabido reinar.

Esteban entró; brilló una luz en su mano, como reflejada de un acero; oyóse un sordo gemido, y pocos momentos después, Domiciano, yacía cadáver, en medio del triclinium.

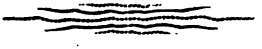
La predicción del augur se había cumplido; el triclinium debía mancharse con sangre aquel día, y en efecto, sangre fué derramada.

Ni un grito, había revelado al pueblo, que el tirano ya no existía.

Los Senadores se agruparon en el pórtico, y uno de ellos, levantando la voz, dijo:

—Nobles romanos, Domiciano ha muerto. ¡Viva Nerva!

—¡Domiciano ha muerto! ¡Viva Roma libre y feliz! contestó el pueblo, corriendo en todas direcciones. (*)



(*) Domiciano murió asesinado en una conjuración, preparada por su esposa Domicia y su liberto Esteban.

CAPÍTULO III.

El triente.

Aquel pueblo que acogía, con muestras de regocijo, la muerte de Domiciano, y aclamaba con tanto entusiasmo á Nerva, como á padre de la Patria, bien poca esperanza debía tener, sinembargo, de mejorar de condición al pasar á otras manos. La serie de emperadores que le habían precedido, probaba, que más bien debía temer que esperar.

En efecto, después de Augusto, vemos por un la-

do á Tiberio, cruel y sanguinario; el demente Calígula; Claudio, rey débil é imbécil, en cuyo nombre Mesalina, su esposa, y sus libertos, cometieron toda clase de crímenes; Nerón, tigre feroz, que excedió á sus antecesores en cuanto puede haber de bárbaro y atroz; Galba, que aunque menos sanguinario, se dejó dominar por una sórdida avaricia, haciendo gemir al pueblo durante ocho meses; Vitelio, cruel, glotón y cobarde; y Domiciano, cuya historia está manchada de crímenes. Por el otro lado, sólo aparecen tres: Othon, Vespasiano y Tito. ¡Cuán justos motivos no tendría el pueblo, para temer que el sucesor de Domiciano, siguiera más bien por la senda de crímenes trazada por tantos de sus predecesores! Y, sinembargo, le bendecía lleno de júbilo, y corría á los templos á dar gracias á los dioses.

Mientras Roma se entregaba á la alegría, y la noticia de la elección de Nerva, era llevada á las más remotas partes del Imperio, el cuerpo de Domiciano, yacía abandonado en una de las salas del palacio. Un solo hombre le contemplaba, de pié, sumergido en profundas meditaciones.

—¡He aquí, decía, el último cuadro de toda vida humana! Este hombre, que hace pocos instantes hacía temblar el mundo con su nombre, cuya voz poderosa resonaba en todos los ángulos de la tierra, é infundía el pavor y el espanto en la ciudad y en la selva, yace aquí solo, abandonado, cubierto de sangre helada, sin que haya un sér, entre tantos que ayer le incensaban como un dios, uno sólo, que arroje un sudario sobre su cuerpo!

Ha muerto, y de tanta gloria, sólo ha quedado un nombre envilecido, que pasará á las futuras edades, reprobado y escarnecido. ¡Domiciano, y qué habrá sido de tí en aquel abismo sin nombre, que se abre delante de todo aquel que atraviesa el dintel de la vida!

Has sido rey, y rey criminal; tal vez hoy mismo ha muerto algún mendigo en el atrio de un templo, ó sobre la cloaca inmunda; ambos, pues, habreis entrado en ese porvenir misterioso, lleno de sombras, que se llama la tumba. Habrá allí quien distinga al rey, del mendigo?

Quedó un instante pensativo, contemplando el cadáver, cuyos ojos apagados, le hablaban tan elocuentemente, y continuó:

—Sí; existe el principio que pertenece al soberano, lo mismo que al súbdito; ese principio vital que caracteriza á toda la raza humana, y que la hace racional y libre. Ese principio no puede morir; más allá de esta existencia, hay otra existencia, llena de oscuridad para nosotros, pero esplendente de luz para los que se van. Allí no hay gerarquías; allí no hay trono para el rey, no hay látigo para el esclavo. Sólo aparece en las profundidades misteriosas de lo infinito, la terrible balanza donde se pesan las acciones del hombre, y cuyo fiel está en la mano de Dios.

Un pequeño ruido, le hizo extremecer. Levantó los ojos y vió una mujer que se acercaba al cadáver.

Reconoció á Domicia.

—¿Qué buscais aquí, Emperatriz de Roma?

—Ah! exclamó Domicia, ¿sois vos, Plácido? Venid, pues, á ayudarme.

—¿Qué vais á hacer?

—Ya lo vereis. Pero venid pronto.

Plácido se acercó.

—Levantad un poco la cabeza de Domiciano. Ved si podeis abrir su boca.

El joven hizo un esfuerzo y separó las mandíbulas del cadáver. Domicia le introdujo en la boca un *triente*. (*)

—Ya tiene con qué pagar su pasaje.

—¿Y vos qué haceis aquí? añadió la Emperatriz. Yo os creía en compañía de los Senadores, victoroando al nuevo César.

—Y me encontrais en compañía de un cadáver, compadeciendo su infortunado fin. Parece que hemos cambiado los papeles, Domicia.

—Ya veis que no he olvidado al muerto por el vivo, pues he venido á asegurar su entrada en los Campos Elíseos. Ya no vagará en las sombras, pues el flete de la Estigia, está pagado

—Domicia, interrumpió Plácido, mirando fijamente á la noble romana; mal sienta el sarcasmo en presencia de un cadáver, y con mayor razón en vos, que le habeis hecho morir.

—No me juzgueis! ¿Quién os dá derecho á ello? Yo le he hecho morir, decís... no he sido yo, sino el destino. ¿Sabeis cuál era su determinacion? Hacerme asesinar. Tenía una lista, donde se encontraban los nombres más ilustres de Roma, cuyas cabezas de-

(*) Moneda de seis maravedíes.

bían ser segadas por la cuchilla del verdugo; mi nombre era el primero de aquella lista. Un niño se apoderó de ella, mientras dormía y me la entregó; entonces me puse, á mi vez, á la cabeza de una conjuración, que debía herirle de muerte. Comenzó en las tinieblas una lucha entre el tigre y la leona; la leona venció ¿dónde está el crimen? He pisado la cabeza del áspid que se enderezaba para morderme, y la he aplastado ¿dónde el delito?

Adios, Plácido. Si quereis seguir el consejo que voy á daros, seguidle. Salid de este palacio; salid sin mirar atrás, porque este palacio está maldito.

Dichas estas palabras, recogió los pliegues de su largo manto, en el que había algunas gotas de sangre, y desapareció en las tinieblas que ya invadían la sala, con el paso magestuoso conque habría desaparecido una estátua antigua.

Plácido, á su vez, huyó sin mirar atrás, según el consejo de Domicia; abrió una puerta de ébano que daba á una escalera tallada en la muralla del palacio, y pocos instantes, después, se encontró en una callejuela extraviada y sola.

CAPÍTULO IV.

El pueblo rey.

Las fiestas del día, con motivo de la elección de Nerva, habían cesado; prepárábanse para el siguiente, un combate de gladiadores en el Circo, carreras de caballos, combates de fieras, y pueblo, ansioso de distracciones, se había recogido á descansar para estar preparado á las nuevas diversiones que le aguardaban.

Las calles de Roma estaban casi solas. La noche era oscura; ni una estrella en el firmamento enviaba á la tierra su pálida y vacilante luz.

Pero si quereis acompañarnos, os guiaremos por ese laberinto de calles estrechas que caracterizaba á la antigua Roma. Lleguemos al Tíber; á su orilla hay una casa más baja que las demás; su aspecto exterior no revela ni la opulencia, ni la pobreza; quien allí habita, vive en la mediocridad.

Adelantemos en nuestra investigación.

Penetremos en aquella morada.

A la luz de una lámpara etrusca, que alumbra muy débilmente, dos hombres se hallan en animada conversación. El uno de ellos, es un anciano de venerable aspecto, el otro, parece que acaba de llegar de un largo viaje.

—Os aseguro, amigo mío, dijo el viajero, que es inútil os empeñeis en buscar más á ese hombre. He recorrido toda la Grecia, según vuestro deseo, y en Atenas me han dicho, que difinitivamente uno de los jueces del Areópago se llamaba Dionisio; pero que aquel hombre desapareció, hace mucho tiempo, asegurándome que hace lo menos treinta años, no se ha oído hablar más de él. Por consiguiente, si es aquel el Dionisio á quien buscáis, será preciso que Orfeo recorra nuevamente las profundidades del sombrío reino de Plutón; allí puede encontrarse; en la tierra, ya veis que no.

—Os equivocáis, contestó el otro hombre; Dionisio vive. La voz que me habló, ordenándome le buscara, no ha podido engañarme. Yo he de ver á ese hombre ántes de morir.

—¿Pero dónde le hallareis?

—Aunque tuviera que atravesar la Italia y el Oriente; aunque me fuera necesario subir hasta la

Galia, internarme en las sombrías florestas de Germania y llegar hasta el límite del mundo, allá iría.

—¡Cuánta fé en una voz que tal vez fué obra del delirio! En aquel día, terrible, en que vuestro palacio y la ciudad toda de Pompeya, quedaron sepultados bajo la ceniza y lava del Vesubio, siendo vos uno de los pocos que escaparon de una muerte segura y horrible ¿quién no puede atribuir á una delirante fantasía, la voz que escuchó vuestro oído?

—¿Y fué también delirio, contestó el anciano, aquella mujer velada que me hizo llamar, mientras cenaba con mis amigos en mi palació de Pompeya, y que me dijo: "Velleda me envía á salvarte; huye, que esta ciudad está condenada, va á perecer ahogada en las cenizas;" y que arrastrándome, como llevado por el huracán, me puso á las puertas de la ciudad en un rheda (*) que arrancó á galope tirado por dos caballos? Nó, amigo mío; existe un problema en mi vida, cuya solución no debe tardar; aquella voz que me dijo: "Busca á Dionisio, escúchale con humildad y síguele," la oí como os oigo ahora; ese hombre debe vivir, y yo debo buscarle.

—Pues bien; seguiremos buscándole, si tal es vuestro deseo; bien sabeis que por satisfaceros daría cuanto poseo.

—Gracias, amigo mío; por eso me he valido de vos, porque contaba con vuestra abnegación.

—A propósito, continuó ¿cómo está vuestra hermana Taciana? ¿La habeis visto yá?

(*) Nombre galo dado á un carruaje de cuatro ruedas, que se usaba para los viajes largos.

—La he visto; está algo inquieta por Plácido su esposo. El terrible drama que ha ocurrido en el Palacio de Domiciano, la tiene aterrada. Plácido, como sabeis, era soldado de la guardia del Emperador, y en la sangrienta trajedia de hoy, teme le haya sucedido alguna desgracia, pues aún no ha vuelto.

—Nada debe temer. Se sabe positivamente que sólo ha muerto Domiciano. Probablemente se habrá detenido por alguna necesidad imperiosa.

—Eso mismo la he dicho yo; pero no es posible tranquilizarla. Por eso, voy ahora al Palacio á buscar á Plácido, ó á lo menos tener noticias ciertas de él.

—Pues iremos juntos; os acompañaré, y á mi regreso haré también una visita á Tàciana.

Envolviéronse en sus capas y salieron.

Al llegar al extremo de la calle, encontraron á un hombre de edad avanzada, que los miró fijamente, aunque sin dirijirles la palabra.

—¿Sabeis quien este hombre, que acabamos de encontrar, Calpurnio?

—Nó, y aún creo que no le he visto ántes.

—Pues jurara por Júpiter que es Apolonio.

—¿Apolonio, el jefe de los pitagóricos; el hombre maravilloso de Tiana?

—El mismo.

—Pues yo le creía en Efeso.

—Y yo también. Pero no está en Efeso, pues se halla en Roma.

—¿Sabeis que deseaba mucho conocerle? Dicen que es un hombre prodigioso.

—¿Quereis verle más de cerca?

—Pues sino fuera difícil....

—No lo es. Si efectivamente es él, el que acabamos de encontrar (y yo lo sabré ahora) mañana os pondré en su presencia.

—Acepto. Pero decidme, ¿es cierto lo que de él se dice? ¿Qué clase de hombre es aquel taumaturgo de quien se refieren tántas cosas sorprendentes?

—No me atrevo á juzgarle; ignoro qué puede haber de cierto en su vida misteriosa. La última vez que visitó á Roma, causó tal terror á Domiciano, que no animándose á hacerle morir, le desterró.

—¿Habeis hablado con él?

—Nó; soy amigo de Dimas, su discípulo predilecto. Por su medio, pienso solicitar la entrevista que deseais.

—Pues hablad con Dimas; mañana, después de puesto el sol, os esperaré en la entrada del anfiteatro Flavio....

Habían llegado al Foro. Numerosos grupos de hombres del pueblo, que engrosaban por momentos, vociferaban, gesticulaban, lanzaban imprecaciones: era el preludio de una insurrección, el primer mugido de esa tempestad popular, más temible que la que se forma en medio del Océano.

—¡Abajo los Senadores! gritaban algunos soldados con voz de trueno.

Y el pueblo repetía:

—¡Abajo los Senadores! Perezca, por fin, esa reu-

nión de hombres que hacen morir de hambre al pueblo, mientras ellos viven en la abundancia! ¡Viva la guardia pretoriana, que sostiene nuestros derechos!

Calpurnio y su compañero se acercaron á uno de los grupos.

—¿Qué ocurre? preguntaron.

Entonces un soldado de talla hercúlea, contestó:

—Lo que sucede, es que el Senado quiere arrogarse el derecho de nombrar al Emperador. Desde la muerte de Nerón, las legiones romanas lo han hecho, y lo harán en adelante. El Senado ha elegido á Nerva, y por todos los dioses del averno, Nerva no será Emperador!

Poco después, entró una columna de soldados germanos; á su vista, el pueblo vociferó más fuertemente; se hallaba apoyado por aquella tropa disciplinada y terrible. Tenía fé en su triunfo.

—¡Muera Nerva, el extranjero! ¡Muera el poeta! ¡No queremos rey que haga versos!

Calpurnio, que se había retirado aparte, contemplaba con interés aquella muchedumbre que crecía por momentos y se agitaba como un tempestuoso mar.

—¡Oh pueblo! niño terrible, cuya voluntad cambia, como cambia el Océano; por la mañana terso y limpio como un pálido mármol; por la noche, una ráfaga de viento le convierte en un espantoso abismo. Hoy has aclamado con entusiasmo á aquel á quien ahora insultas y cuya muerte deseas; hoy has corrido en todas direcciones, exclamando lleno de gozo ¡viva Nerva! y ahora te agrupas al pié de estos pór-

ticos, vociferando lleno de furor: ¡muera Nerva!

¿Y todo por qué? Porque algunos hombres le han hecho recordar un pretendido derecho; porque cree que él sólo debe nombrar al sucesor de Domiciano, y este derecho le hace rechazar al que él no ha nombrado, aunque ese hombre sea el más digno de ocupar el trono. Pobre pueblo ¿á quién elegirás?

Entonces el amigo de Calpurnio, acercándose rápidamente, le dijo:

—Venid, voy á hablar al pueblo; quizás me oirá; los dioses me inspirarán.

Y parándose sobre el pedestal de una de las columnas del Foro, para dominar la multitud, exclamó, con voz vibrante:

—¡Oid!

Los más próximos á él, hicieron silencio, y se agruparon en torno del orador improvisado.

El joven habló, entonces:

—Noble pueblo, cuya voluntad es la ley para el mundo; raza poderosa, que ha sabido someter á todas las naciones de la tierra, venciendo á los reyes con la potencia de sus armas, y que ha extendido sus fronteras más allá de los mares: oid lo que os dice uno que no es extranjero para vosotros, aunque hace largo tiempo ha estado ausente de su Patria. Libre estais ya de la infame y vergonzosa dominación del tirano. ¡Domiciano ha muerto! os dijeron hoy á la puerta del palacio, y el eco ha repetido, en todas partes, la fausta nueva: ¡Domiciano ha muerto! Entonces os habeis adornado con vues-

tros vestidos de gala, y habeis recorrido las calles cantando el triunfo de vuestra libertad.

Pasado ese momento de entusiasmo, habeis pensado en elegir al sucesor. ¿Quién puede censurarlo? ¿Quién es el que, osado, pretende arrebataros ese derecho que habeis conquistado derramando vuestra sangre en los campos de batalla? ¡Desgraciado de él! porque si lucha contra el león, el león le vencerá y le destrozará. El pueblo romano es el león, león terrible cuya melena erizada infunde el temor; á cuya rugiente voz, el mundo tiembla.

La voz sonora de orador, se oía clara y armoniosa en todo el Foro. A cada instante, el círculo de hombres que le rodeaba, crecía, silencioso, escuchando, con toda el alma, aquella palabra llena de majestad, que recordando al pueblo sus derechos, estaba en armonía con sus ideas.

El joven continuó:

—Pero ese león terrible, es noble en su cólera; seguro de su victoria, jamás oprime entre sus garras poderosas, sinó á adversarios dignos de él. Desprecia á la víctima débil, porque la vencería sin trabajo, y él busca la emoción de una lucha.

¿Quiénes son los que se oponen á la voluntad del pueblo romano? Algunos Senadores imprudentes que pretendiendo arrebatarle sus derechos, no han comprendido que aquel pueblo, en su justa cólera, puede aplastarlos. Pero él no lo hará, y en lugar de vengarse como pudiera, se contenta con lanzarles una mirada de desprecio. Son la víctima débil del león de Roma.

Dejad, pues, á esos hombres, que en su necia lo-

cura pretenden erigirse en árbitros del destino de Roma, que es el del mundo. Mientras tanto, seguid hácia adelante en vuestra justa causa; no os dejeis arrebatar vuestros derechos, y elegid libremente el rey que ha de mandaros.

—Los dioses le inspiran, dijo un soldado germano; salud al orador!

—¡Salud al orador! gritó el pueblo entusiasta con voz de trueno.

—Oidme aún, exclamó el joven. ¡Oh raza de héroes! escuchadme algunos instantes más.

La mezquina venganza no puede entrar en nobles pechos; la grande alma de Roma no anidará jamás rencor alguno; la justicia del pueblo rey, no puede herir al inocente, ni confundirle con el culpable.

¡Muera Nerva! decís; ¿y por qué? ¿Ha habido crimen en el anciano que jamás ha inferido agravio á los romanos, sólo porque fué elegido por un Cuerpo que no tenía derecho á elegirle? ¿De qué podeis acusarle? Su larga vida ha sido empleada en hacer el bien; en su pasado no hay una falta de que pueda acusársele. ¿Quién será el romano que quiera llenarse de baldón, condenando á un hombre inocente? Decid.... ¿Hay alguno aquí?

Nadie contestó.

—No me había equivocado, continuó el orador; siempre el pueblo de Roma, es el pueblo grande y noble. Si yo os dijera, ahora: la magnitud del desagravio debe ser proporcionada á la magnitud de la ofensa; habeis querido hacerle morir; elevadle

ahora sobre vosotros; si buscando entre los patricios de Roma, no encontrais quien sea superior al anciano cuyas virtudes le hacen acreedor al trono; si decís entonces, sea el padre de la patria, ¿qué diría el mundo?

—Diría que era temor al Senado, dijo una voz.

—Os equivocais; diría que era justicia al mérito. Si en adelante procediese mal en su reinado; si cegado por la adulación no corresponde á la confianza que en él habeis depositado, y se apartare de la senda del deber y de la virtud, entonces juzgadle. Mientras tanto, elejidle rey, y dareis al mundo la más esplendente prueba de que, si sois el pueblo invencible, el primero de los pueblos en la guerra, también lo sois en vuestras deliberaciones interiores, sin odios, sin venganza y sin rencor; distinguiendo y premiando al mérito, donde quiera que lo encontrais.

—Que nos entregue á los Senadores conjurados, á Domicia y al liberto Esteban, para vengar en ellos la muerte del Emperador, y le proclamarémos César, dijo un soldado de la guardia pretoriana.

—Esteban ha muerto ya, contestó un hombre.

—¿Quién le mató, bribón? dijo uno que estaba á su lado.

—Yo, repitió el hombre.

—¿Tú, asesino? pues acompáñale en su viaje.

Y levantando su mano, le asestó tan furioso golpe al que había hablado, que le hizo caer como una masa.

El pueblo se precipitó sobre aquellos hombres

que luchaban en la sombra, y reinó de nuevo la confusión y el desorden en el Foro.

—¡Que nos entregue á los asesinos! gritaron de nuevo los pretorianos.

—Los juzgará, os lo aseguro.

—¿Y quién responde de vuestra palabra?

—Yo, contestó una voz; si son criminales, serán castigados; pero si no lo son, serán absueltos.

Y un anciano de barba blanca dominó á la multitud con su elevada estatura.

—¿Quién sois vos?

—Me llamo Apolonio; soy natural de Tiana, en Capadocia.

Aquel nombre, lanzado á la multitud, la calmó como por encanto. Apolonio gozaba de inmensa reputación, y la fama de los hechos milagrosos que le atribuían, le daban un poderoso influjo en el pueblo, quien le llamaba el *taumaturgo de Tiana*. A su voz, pues, todos callaron; á su palabra, todos cedieron.

La conjuración que iba á estallar é inundar de sangre las calles de Roma, fué sofocada. El pueblo comenzó á retirarse, tranquilo, á sus hogares. La tempestad cesó, y Nerva fué proclamado padre de la patria y amo del mundo.

Cuando el Foro estuvo casi sólo, Apolonio se acercó al grupo donde estaban los tres patricios, y dirijiéndose al orador, le dijo:

—¿Cómo os llamais, joven?

—Me llamo Dion.

—Pues yo, á mi vez, os digo, sereis en adelante Dion Crisóstomo. (*)

Dichas estas palabras y sin esperar respuesta, el anciano filósofo se internó en una de las estrechas calles que avecinaban al Foro.

Los dos jóvenes y Calpurnio, tomaron, á su vez, distinto camino y se perdieron en la oscuridad.

(*) Boca de oro. Dion Crisóstomo calmó una conjuración pronta á estallar, cuando murió Domiciano.

CAPÍTULO V.

El combate de los gladiadores.

A la mañana siguiente, el sol salió radiante de luz, anunciando un hermoso día. También para los romanos era hermoso, pues se les había ofrecido el espectáculo que más amaban: un combate de gladiadores. Así, al amanecer, yá, se agolpaban á leer los carteles públicos que anunciaban la hora en que debían comenzar los ejercicios.

A las dos de la tarde, una inmensa muchedumbre ocupaba las gradas del anfiteatro Flavio, donde podían estar cómodamente ochenta y siete mil espectadores. El lugar de la lucha, estaba ya cubierto de arena; el *podium* era ocupado por los Senadores; y por los *vomitoria*, se precipitaba como un alud de cuerpos humanos.

Poco después, entraron los *designatores*, para disponer el orden de la ceremonia, y más tarde, las trompetas sonaron, anunciando la llegada de los gladiadores.

Estos entraron; eran cuatro hombres robustos, ágiles, habituados á la lucha; dos debían luchar contra los otros dos. Los primeros iban con una túnica corta, llevando en la cabeza un casco que remataba en un pez; los segundos, tenían un vestido idéntico, pero el casco terminaba figurando un buho. Los cuatro llevaban una red en la mano derecha, y un tridente en la izquierda. La lucha debía ser, pues, á muerte.

El pueblo aplaudió con frenesí.

La trompeta sonó de nuevo; los gladiadores se prepararon al combate.

Entonces comenzó esa guerra de dos hombres contra otros dos, que debía terminar con la muerte; lucha terrible, en que no podía esperarse compasión, ni del armado enemigo con quien se combatía, ni del pueblo arrogante, cuyo goce mayor, era ver sangre. Terrible era ver aquellos hombres llenos de vida y de fuerza, precipitarse, unos contra los otros, las redes en una mano para envolver al enemigo y hacerle rodar por la arena, el tridente en la

otra para darle la mortal herida, los ojos chispeantes de cólera, las narices dilatadas, lanzando el grito de guerra de sus robustos pechos, sedientos de sangre como los furiosos leones de Numidia. Y el pueblo respondía con un aplauso á cada golpe que hacía vacilar á uno de los atletas, y con un grito de placer, cuando veía correr la sangre por el cuerpo de un gladiador, y empapar la arena con sangre humana.

Ya dos habían muerto, uno de cada banda, y sus mutilados cuerpos fueron arrastrados con garfios al *spoliarium*. Quedaban de pié, todavía, otros dos que por su vigor y destreza, prometían divertir aún más tiempo con su agonía, al pueblo más culto de la tierra.

De repente, sonó un grito terrible, que fué ahogado por los vítores de la multitud. Uno de los gladiadores acababa de caer, pesadamente, como una masa, y había lanzado su primero y su último gemido. Yá el vencedor aplicaba la punta de su tridente sobre el corazón del vencido, cuando el pueblo exclamó impetuosamente:

—HABET. (*)

El maestro de ceremonias, se acercó entonces, y cerrando su dedo pulgar, indicó por este medio, que el pueblo deseaba dejar con vida al gladiador expirante.

Entonces el vencedor se inclinó, respetuoso, ante la multitud, llevando su mano al corazón, en señal de que obedecía la orden que había recibido.

(*) Palabra empleada, cuando el pueblo romano concedía la vida al vencido.

Frenéticos aplausos le contestaron, mientras él, inclinándose modestamente, salió del anfiteatro, encorvado bajo el peso de su gloria.

Pero el grito lanzado por el gladiador moribundo, había hallado eco en una de las gradas del vasto edificio. Un grito, un gemido de dolor, le contestó, y un anciano se precipitó con vacilante y temblorroso paso, y la angustia pintada en su semblante, á la puerta del anfiteatro. Era Calpurnio.

Plácido se dirijió á su encuentro.

—¿A dónde vais, amigo mío? le dijo.

—¡Dejadme! ese grito ha resonado en mi corazón; yo conozco aquella voz; debo ver á ese hombre.

—¿Al gladiador?

—Sí, al gladiador! cuya muerte victorea el estúpido pueblo. Dejadme, os digo, porque ese grito ha destrozado todas las fibras de mi corazón.

—Vamos, pues, juntos, contestó Plácido.

Y ambos salieron del anfiteatro y descendieron las escalinatas. Pocos instantes, después, estaban delante del gladiador moribundo.

Las sombras de la muerte invadían yá aquella noble cabeza, que poco antes rebosaba vida y fuerza; un cerco azulado rodeaba sus ojos apagados, y el estertor de la agonía levantaba su oprimido pecho.

Los dos hombres se inclinaron sobre aquel sér que yacía expirante, abandonado, en medio de dos cadáveres.

Calpurnio se arrodilló, y con temblorosa mano descubrió el rostro que estaba medio cubierto por los largos cabellos.

Un sordo gemido se oyó.

—¡Todavía vive! Plácido, levantad un poco la cabeza del moribundo! Tal vez podamos salvarle. Buscad agua fresca para humedecer sus sienes, un médico que examine sus heridas,una camilla en qué transportarle á mi casa. Pronto.... pronto.... tal vez dentro de una hora, será demasiado tarde.

Plácido salió apresuradamente, y poco después, volvió con el hombre de ciencia. Este examinó detenidamente al gladiador, observó sus heridas y movió lentamente la cabeza.

—No hay remedio, dijo; este hombre morirá antes de dos horas.

—¡Dadme agua! exclamó el moribundo, retorciéndose de dolor. Y abrió sus ojos, velados yá por las sombras de la muerte.

El herido, se incorporó penosamente para beber el agua que le presentaba Calpurnio. Y bebió con avidez.

—¡Siniestro recuerdo! dijo Calpurnio, contemplando fijamente al gladiador.

Con suma dificultad, el facultativo hizo tragar al gladiador expirante, unas gotas de un vigoroso cordial.

Tuvo lugar una reacción; un prolongado suspiro se escapó de su pecho.

—¡Voy á reunirme á mi padre! exclamó dolorosamente.

—¿De dónde sois? le preguntó Calpurnio,con profunda emoción.

—De la Galia.

—¿Dónde nacísteis?

—A la márgen del Duria.

—¡Dioses.... mi presentimiento es cierto! ¿Teneis familia?

—Todos han muerto, contestó con un gemido: mi padre murió llamando á su hija; mi hermana murió llamando á su padre. Yo estoy solo en el mundo y voy á morir también. Todos hemos visto llegar nuestro último instante sin que una mano amiga estreche nuestra mano, sin que un corazón amante recoja nuestro último suspiro. ¡Mejor! me presentaré más tranquilo á la región donde mora Thor.

La mirada de Calpurnio expresaba un dolor indecible

—Una última pregunta....

—No puedo ya hablar.... mi boca está seca; un dolor agudo despedaza mis entrañas; voy á morir.

—Una palabra más.... por favor.... ¿Teníais una hermana? Decid.... decid....

Y pálido, jadeante, se inclinó sobre el rostro del moribundo, que se descomponía rápidamente.

—Oh! sí.... una hermana que el romano libertó de la muerte.... Una loba la sigue, se precipita sobre élla.... deteneos.... es mi hermana. El romano arma su flecha; el animal cae herido de muerte; salvada.... gracias noble joven, gracias.... Mi hermana querida fué la esposa de Calpurnio.... pero ya murió también.... ¿oís?.... Calpurnio era su esposo.... y mi padre murió porque élla se fué.... Yo voy á unirme á ambos.

Y siguió hablando, pero su voz yá no era inteligible.

Calpurnio lanzó un rugido que no tenía nada de

humano; desgarradores sollozos brotaron con impetuosidad de su pecho.

—Plácido, amigo mío; ese hombre que muere es mi hermano, el hermano de Velleda; yo no le había vuelto á ver desde que nos separamos en Massalia, y le encuentro para verle morir.

Plácido lloraba, también, y estrechaba la mano de su anciano amigo.

—Calmáos, Calpurnio; no os entregueis así al dolor; llorad, es muy justo que lloreis. Las lágrimas hacen bien al corazón que sufre; pero la desesperación mata.

Calpurnio no le oía. Inclinado sobre el rostro del hermano de Velleda, estrechándole contra su corazón, le decía:

—Oyeme antes de morir; no estás abandonado.... yo soy tu hermano Calpurnio, el esposo de Velleda.... Entre tanto insensato que ha aplaudido hoy tu caída, hubo un hombre que sufrió hondamente; entre ese estúpido pueblo que contestó con un grito de júbilo á tu grito de agonía, hubo un anciano que sintió, á ese grito, el dolor agudo del dardo que despedaza el corazón; por que ese hombre era tu hermano ¿me oyes? tu hermano, que te estrecha contra su pecho. Hermano de Velleda, responde....

Todos los circunstantes lloraban.

De repente, el herido se incorporó de nuevo; una plácida sonrisa iluminaba su rostro.

—¡Qué celeste visión contemplan mis ojos! ¡Qué claridad tan suave ilumina la tenebrosa noche en que yacía! ¡Qué celestial música embarga mis oí-

dos! La azul bóveda se abre, una luz purísima inunda mi alma, y á su diáfano resplandor, una forma humana, envuelta en manto de gloria, sonríe á mí. ¿Quién es? acercáos: ¡que yo os contemple! Yá no sufro; la calma ha sucedido á la tempestad; mi corazón late tranquilo; delante de tanta luz, mis ojos se apagan á la vida del mundo, pero vén radiantes más allá.

La visión se acerca! es.... oh!.... no me engaño; es Velleda, mi hermana querida! acercáos todavía; yá viene, se sienta á mi lado, me contempla con amor. ¡Bendita tú, que velas por mí!

Todos los presentes le miraban con asombro; deliraba, sin duda.

El enfermo se inclinó, como si escuchara una voz.

—¿Qué decís.... sera cierto? ¿La fé del Cristo te ha salvado? La brillante corona que rodea tu cabeza, como una aureola, la debes á tu martirio? ¿Me dices que Jesús me espera? Allá voy, pues, allá voy....

Pero no puedo ir todavía, dices.... no puedo formar parte de aquel cortejo luminoso que te acompaña.... ¿por qué?

¡Ah! me falta algo todavía.... el agua que regenera y purifica; el agua santa que abre las puertas de un paraíso de eterna dicha.... ¿Quién verterá aquella agua sagrada sobre mi cabeza?.... Venid, venid pronto.... no me priveis de tanta felicidad.

¡Ah! le habeis llamado.... yá se aproxima.... sube las gradas del *vomitoria*, penetra en el recinto

del anfiteatro, yá se acerca, yá está en el umbral... HÉLE ALLÍ.

Todas las miradas se dirijieron á la puerta, impulsadas por las palabras del moribundo.

Un anciano de blanca barba, de fisonomía venerable, estaba de pié, en el umbral. Con sus brazos cruzados sobre el pecho, adelantó lentamente y se detuvo frente al moribundo.

—¡La paz reine entre vosotros! dijo por fin, con voz grave. Los circunstantes estaban mudos de asombro.

El anciano continuó:

—Aquí me teneis, he venido.... ¿Qué deseáis?

—Creer en Jesús y morir en su fé.

—¿Quereis bautizaros?

—Sí, contestó el gladiador; con todas las fuerzas de mi alma, sí, padre mío.

—Pues bien, feliz mortal; yo os abriré las puertas de la celeste mansión.

Y, tomando un poco de agua que estaba á la cabecera del moribundo, la vertió sobre su cabeza en medio de un solemne silencio.

—Yo os bautizo, dijo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El agua cayó sobre aquella cabeza desgarrada y sangrienta; y las puertas del cielo se abrieron á aquel nuevo elegido.

La mirada del enfermo expresaba una dicha inmensa. Quedó en una especie de éxtasis, durante algunos instantes, y después continuó:

—¡Visión celeste! todavía no te retires, espérame, ya voy contigo. ¿Qué más me falta? ¡Ah! veo á

mi lado á Calpurnio, mi hermano querido. Calpurnio, escucha la voz que te habló, mientras tu casa se desplomaba sobre la cabeza de tus convidados en Pompeya; esa voz la repite hoy tu hermano expirante, en nombre de Velleda que me mira y sonríe; Calpurnio, busca la luz; vagas entre sombras, puedes caer. Busca á Dionisio, para que él te dirija é instruya. Búscale con ardor....

—¿Pero, dónde hallarle, Dios mío? exclamó Calpurnio.... Hermano mío.... pregunta á Velleda, tú que gozas del placer inmenso de verla.... pregúntale dónde le halló.

—Oye, replicó el moribundo, tomando la mano del anciano, oye mi última palabra; ya voy á morir.... acércate más.... así. ¿Quiéres encontrar á Dionisio? Pues bien, él viene á buscarte. Arrodíllate delante del que acaba de verter el agua santa sobre mí; ese es Dionisio!

Calpurnio lanzó un grito y cayó de rodillas delante del anciano. Plácido estaba á su lado.

Lágrimas abundantes corrieron por las mejillas del sacerdote, mientras levantando con uno de sus brazos al que estaba de rodillas, y abrazándole con ternura, le mostraba con el otro, el cadáver del gladiador, cuya alma acababa de subir al cielo.

—Venid, hijos míos, añadió el anciano; yo haré que ese cuerpo tenga una sepultura cristiana. Ya pertenece al gremio de la verdadera fé, y su cuerpo debe reposar en lugar santo.

Y tomando á los dos asistentes á esta triste escena, les hizo salir del vasto anfiteatro.

CAPÍTULO VI.

Dos filosofías.

Mientras los aplausos de la multitud resonaban en el anfiteatro, victoreando al vencedor, Dion Crisóstomo, descendía lentamente las gradas del vasto edificio, que estaban frente á la gran entrada. Dirijióse hácia la izquierda, y llegó á una segunda puerta que comunicaba con varias otras habitaciones. En una de ellas, encontró á sus dos amigos que, acompañados de Dionisio, salían tristes y sombríos del aposento de muerte, donde quedaba el cadáver del hermano de Velleda.

Dion se acercó á Calpurnio.

—Venid, le dijo.

Calpurnio le miró.

—¿A dónde vamos?

—A casa de Apolonio.

—¡Ah! lo había olvidado; vamos, pues.

Y dirijiéndose á Dionisio, añadió:

—Velad, pues, padre mío, por el pobre gladiador que ha divertido, con su agonía, al pueblo romano. Vos que habeis abierto las puertas de la vida eterna á su alma, haced que se abran las del sepulcro para su cuerpo.

—Descuidad, hijo mío, contestó Dionisio, velaré por él como por un hermano.

—¿Dónde os volveré á ver? añadió Calpurnio.

—Dentro de pocos días parto á las Galias, por orden del Pontífice Supremo; venid, pues, mañana á este mismo lugar; aquí me encontrareis.

—Bien, padre mío, no faltaré.

Y los tres romanos continuaron su camino, guiados por Dion. Poco después llegaron frente á una casa de modesta apariencia.

—Aquí vive, dijo Dion, una noble romana, llamada Salustia; en esta casa está hospedado Apolonio. Entremos.

Y los tres hombres entraron.

—Venid, dijo la romana, cuando los vió. Apolonio no ha regresado todavía; pero aquí tengo un tesoro; el protector y amigo de mi familia, el hombre de corazón más noble que he conocido, el anciano Ignacio, que habiendo venido á Roma, no ha olvidado á la pobre mujer que le venera como á su pa-

dre, y le ha dedicado algunos instantes de su vida, siempre tan bien empleada.

Los recien llegados saludaron, respetuosamente, al anciano.

—Sed bien venidos, les dijo éste; que la paz reine en vuestros corazones!

—Gracias, noble anciano, contestó Dion; vuestras palabras revelan que conoceis mucho á los hombres, pues deseáis para nosotros lo más precioso que existe, pero también lo más difícil de encontrar.

—Nó cuando se busca donde debe encontrarse, hijos míos, continuó el anciano. La paz existe para el hombre, cuya conciencia está tranquila, y á quien ningún remordimiento turba en su sueño.

—Esa es la gran máxima de Pitágoras, dijo una voz.

Y un hombre apareció en el dintel de la puerta. Era Apolonio.

Su severo traje, su barba blanca y poblada y sus largos cabellos, blancos también, le daban un aspecto venerable.

Ante aquel hombre de inmensa reputación, cuya vida misteriosa era objeto de curiosidad de Roma, Calpurnio, Dion y Plácido, se levantaron.

Ignacio contestó:

—Pitágoras lo dijo; pero como no pudo encontrar esa paz del alma, tampoco le fué posible enseñar el verdadero camino. Como filósofo, comprendió que la verdadera felicidad estriba en el testimonio de una conciencia pura; como maestro, no supo llevar

á sus discípulos al umbral de aquel templo. Porque no es dado al hombre encontrarla aquí abajo.

Ignacio miró fijamente á Apolonio.

—Mas si hay algún sér, añadió el filósofo, que se haya acercado más al perfeccionamiento moral, fué Pitágoras; su doctrina encierra todo lo grande, todo lo bello, todo lo sublime. Perfeccionarla más, es elevarse sobre la esfera en que el hombre ejerce sus facultades, y eso no es posible á la limitada razón humana.

Ignacio no contestó.

—¿Estais versado en la doctrina de Pitágoras? añadió Apolonio. Pues oidme, y vosotros también; oid esa doctrina que os revela el discípulo de aquel grande hombre, yo, Apolonio, oráculo de Tiana.

Los tres romanos escuchaban con interés al anciano filósofo.

Salustia miró á Ignacio, cuya noble fisonomía revelaba una emoción profunda.

Apolonio continuó:

—Dios es uno, el monada, la unidad primordial; el alma humana es el principio inmaterial, que pasa de un cuerpo á otro, sin descomponerse, purificándose á medida que adelanta en sus transformaciones, hasta hacerse digna de contemplar á su Creador. La tierra no es su único elemento. Atraviesa las regiones etéreas, habita sucesivamente los astros que giran en la bóveda azul como puntos luminosos; allí se perfecciona, en su contacto con otros séres de su misma naturaleza, y la inteligencia, que es su dote más noble, adquiere un desarrollo mayor, más esplendor y más brillo. El bien mo-

ral, es la unidad;el mal, la diversidad; la justicia, la igualdad. Los orbes que pueblan el espacio, tienen por centro el sol; la creación entera, gira al rededor de aquel centro, formando una armonía celeste.

La tendencia á la unidad, es el perfeccionamiento.

El alma es un número; número misterioso que se mueve por sí mismo; la creación entera, es otro número; los números son los principios de las cosas.

El número *diez*, es el número por excelencia; la *década*, encierra los principios de todas las ciencias.

¿Sabeis cuáles son los principios morales y religiosos, del gran pensador de Samos?

Huid de la ociosidad; el trabajo es la vida del sér racional; la ociosidad, es la muerte.

Cultivad la inteligencia, desarrolladla por medio del estudio.

Acostumbráos á no hablar; en el silencio, el alma se concentra en sí misma,y tiene más completa percepción. Y sus discípulos, callaban durante mucho tiempo. Yo, que os hablo, he permanecido diez años, sin que una sílaba saliera de mis labios.

Vivid frugalmente; absteneos de la carne de los animales, porque existe la transmigración, y bien podríais herir á un sér racional, en el cuerpo del bruto á quien matáis; alimentáos solamente con yerbas, raíces y frutas.

Y esta doctrina del gran filósofo, ha atravesado seis centurias, y se ha extendido por todas partes. ¿Ha habido, pues, un hombre más pensador, más

racional en sus principios, más puro en su moral?

Ignacio contestó:

—Habeis hecho la apología de una filosofía material; habeis levantado muy alto á vuestro ídolo, y creeis que nadie es capaz de poner la mano sobre su pedestal. Pues bien; yo, que os hablo, anciano como vos, voy á presentaros otra filosofía, y quiero haceros juez; ved cuál es más brillante, cuál se acerca más á Dios.

Y pues sois hombre hábil y conoceis la historia, quiero referiros en pocas palabras, la del gran Pensador, que predicó la verdadera filosofía, inmaterial, pura, llena de luz, para llevaros después al umbral de aquel templo, que vuestro maestro no pudo encontrar.

Apolonio sonrió; sinembargo, se dispuso á escuchar.

—No lejos del mar, y encerrada entre montañas, existe una ciudad, cuya opulencia y esplendor, rivalizaba con la de Roma. En su vasto recinto, había palacios sin número, templos suntuosos, una muchedumbre inmensa, que cruzaba por sus calles, llena de dicha y de placer. Esa ciudad era Jerusalén, la capital de la nación judáica, la primera de las naciones, la de más antigua gloria, la de más nobles tradiciones. Llegó un día, y de tánto esplendor, sólo quedaron ruinas humeantes; de tánta gloria, una humillación dolorosa; de tánta dicha, sólo luto y lágrimas. Otro pueblo la venció, la hizo desaparecer de la tierra, arrancando hasta las losas de sus templos. Desapareció, como desaparece el campo de trigo que el labrador siega con su

hoz cortante; como la selva secular que un incendio reduce á impalpable ceniza; como el árbol que el huracán arranca de la tierra, con todas sus raíces. Fué, y ya no es.

En esa ciudad, y no há mucho tiempo, casi os refiero hechos contemporáneos, apareció un hombre nacido en Bethlem, pueblo de sus cercanías. Su traje era sencillo; su virtud de una austeridad suma; sus palabras de una unción maravillosa. Seguíanle algunos hombres de humilde linaje y de pobre aspecto, y durante tres años recorrió todo el país, acompañado de ellos, instruyendo á la multitud que se agrupaba para contemplarle y oirle.

El decía:

" Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Amad á vuestros enemigos. Haced bien á los que os aborrecen. Bendecid á los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. A quien te hiriere en una mejilla, preséntale asímismo la otra. Si haceis bien á los que bien os hacen, ¿qué mérito es el vuestro? Puesto que aún los pecadores hacen lo mismo [*].

"Yo os doy un precepto nuevo: que os ameis los unos á los otros, como yo os he amado. Sereis discípulos mios, si os amáis mutuamante. Yo vine al mundo para dar testimonio de la verdad."

¿Qué filosofía hay más sublime, que aquella que

(*) San Lúcas, C. VI.

dice: amad á Dios sobre todas las cosas, amad á los hombres como á vuestros hermanos, basando en el amor su gran doctrina? aquella que elevándolos á una esfera superior, los presenta á todos como hermanos, hijos todos de un mismo padre, con iguales derechos, con igual premio? aquella que dice: ¿queréis ser felices? Pues sabed, que la felicidad no consiste, ni en la gloria, ni en el rango social, ni en la fortuna, ni en el nacimiento: todo eso cambia, todo eso es vano, todo concluye. Haced el bien; hé aquí el gran precepto: si lo cumplís, yo os ofrezco un eterno porvenir de gloria y de felicidad, en que el alma, libre de las trabas de la corteza terrestre, contemplará en éxtasis inefable, al Dios omnipotente que es mi Padre y el vuestro."

¿Qué podeis encontrar de más espiritual y puro en vuestras filosofías y en vuestros filósofos? Poned á su lado los epicúreos, los estóicos, los excépticos, los platónicos, los cínicos y los pitagóricos, ¿qué encontrais? Viciosas costumbres en los unos, doctrinas absurdas en los otros, y orgullo é hincharon en todos. ¿Lo negareis?

—El profeta de quien hablais fué un gran profeta: no desconozco sus virtudes, y yo mismo le veneno, contestó Apolonio: Jesús de Nazareth era un grande hombre; pero Pitágoras en nada cede á vuestro maestro, en lo tocante á la virtud y el saber.

—Escuchadme aún, continuó Ignacio; pues yo conozco también la doctrina del filósofo de Samos, y puedo presentar el paralelo entre ella y la del Cristo.

Toda filosofía que no descansa en verdaderos principios religiosos, carece de base, vacila y cae. La armonía de la razón y el principio, es la más sólida de las bases, y la ley de Pitágoras carece de ella

Pitágoras dijo:Dios es *uno*, el *monada*, esta es mi primera ley filosófica; y contradiciendo su ley, se arrodilla ante centenares de dioses de absurdo origen y de escandalosa historia.

Pitágoras dijo: el bien *moral* es la unidad, y reduce su doctrina á la armonía física de un mundo material, y convierte sus principios en números, y procura encontrar soluciones morales en demostraciones geométricas.

Pitágaras dijo: mi ley estriba en el perfeccionamiento de los séres, y no bastándome para esto el vasto mundo donde poso mi planta, abarco los astros que giran en el espacio, los pueblo de espíritus sedientos de perfeccionamiento, y los rodeo de una aureola esplendente de luz; y después, descendiendo de lo más alto á lo más bajo, admite, también,la absurda doctrina de la transmigración de esos mismo séres en el vil cuerpo del cerdo, del asno y del jumento. Decidme, ¿no hay contradición?

Jesús, por el contrario, de pié, delante de inmenso pueblo, dice:

" Abajo los ídolos! no hay sinó un Dios, perfecto, sabio, omnipotente y eterno. Todos los hombres son sus hijos. El que quiera ser feliz, el que quiera ver á mi Padre. sígame. Yo no os ofrezco fortuna, ni gloria, ni placeres: una vida de abnegación, de caridad, de lucha constante, es vuestro

tiempo de prueba; pero yo os sostendré, yo velaré por vosotros, y si caéis, arrepentíos, yo os levantaré. El que anda tras de mí, el que sigue mis huellas, debe hacer lo que yo he hecho: tome su cruz y sígame á mí, que llevo también la mia. La cruz, símbolo de eterna memoria, es la poderosa llave que abrirá las puertas de la mansión celeste; porque el que llora será consolado. Ejerced las virtudes, orad siempre ante Dios que es mi Padre, que él os oirá; sed castos, sed hermanos de vuestros hermanos, haced el bien al que mal os haga, sed sobrios, y cuando las puertas de la vida se cierren delante de vosotros, vereis allá en las profundidades de la eternidad,á vuestro Padre y Juez, que lleno de amor os abrirá las puertas de su celeste morada."— ¿Hay algo más bello?

Y ved lo que sigue á su muerte. Los príncipes y reyes proscriben la santa ley del Hijo de María, y amenazan de muerte al que se atreva á seguirla. ¡ Inútil precepto! La secta cristiana, cual luminoso faro, ilumina con sus fulgentes rayos, cada día, mayor porción del globo, y nuevos pueblos se agrupan silenciosos y recojidos, al pié de esa cruz, donde agonizó tres horas el Salvador del mundo. Entonces, á la amenaza sigue el tormento: véuse por todas partes, cruces, horcas, garfios, parrillas, puntas aceradas, todo lo que la más refinada crueldad puede inventar de bárbaro y horrible. Comienza una espantosa carnicería: niños, ancianos, mujeres, son arrebatados de sus hogares, llevados á las plazas públicas, aherrojados, cubiertos de sangre, para experimentar los mayores sufrimientos; pero la

más inalterable tranquilidad, la satisfacción más completa brilla en sus rostros. Mueren héroes; y al golpe del martillo que desgarra sus miembros y pulveriza sus huesos, y á la horrible cuchillada que despedaza su cuello, contestan con la sonrisa del triunfo y con el canto de victoria: son mártires de su fé.

Todos los que se hallaban presentes, callaban fascinados con la palabra de Ignacio. Había tal convicción en su alma, que aquella palabra inspirada irradiaba llena de esplendor en la conciencia de todos los oyentes. Apolonio, mismo, bajaba la cabeza ante la mirada luminosa del anciano.

Ignacio era el verdadero apóstol de la fé del Cristo.

—Los siglos pasarán, y las generaciones también: llegarán épocas lejanas, muy lejanas. Entonces no será necesario que el cristiano se oculte en la cripta para ofrecer su incienso á Dios: profesará su culto á la luz del sol, y la cruz, instrumento de ignominia, se verá sobre la corona de los reyes. Los nombres de Pitágoras, de Epicuro, de Platón y de Sócrates, se pronunciarán en las escuelas para esplicar las doctrinas absurdas que enseñaron; mientras el de Jesús atravesará los siglos, brillante, esplendoroso, augusto, y su doctrina se extenderá por el mundo y lo cubrirá con su manto puro y sagrado. A su poderoso influjo cesará la barbarie; se borrarán de los códigos las leyes injustas y crueles; desaparecerán las supersticiones; existirá la fraternidad universal, y la fé se sentará augusta en medio de los pueblos regocijados y felices. Las naciones es-

trecharán sus lazos de amistad, vínculo poderoso que las hará avanzar, á grandes pasos, hácia su perfeccionamiento intelectual; cadena jigantesca, cuyos eslabones de diamante se enlazan con la perfecta armonía para ir á desatarse en Dios; y de todos ángulos del mundo, subirá el suave concierto de un himno de amor, reconocimiento y adoración hácia el Cristo, que expirante, bendijo al mundo y le redimió con la sangre de sus heridas. ¿Hay algo más grande? ¿Hay algo más sublime?

Y el anciano paseó su vista sobre aquellos que le habían escuchado con profundo silencio.

Calpurnio, entónces, se levantó: dos lágrimas brotaban de sus párpados y rodaban por sus mejillas; la emoción ahogaba su voz.

—Ignacio habla verdad; su boca no miente, y la doctrina que predica es la más santa de las doctrinas; no es tampoco la primera vez qne la oigo predicar, y su dulce moral y su amorosa ley, han dejado yá en mi corazón profunda huella. Yo tenía una esposa, pura como la flor que abre su cáliz al rocío de la mañana; bella como el astro de luz pálida que ilumina las florestas de la Germania. Un dia, su cuello de cisne fué bárbaramente cortado por orden de Nerón, y su cabeza rodó por el suelo desprendida, como la flor que arranca de su tallo, mustia, sin vida y sin calor. Murió, padre mío, añadió dirigiéndose á Ignacio, murió cantando la fé del Cristo, y estrechando entre sus brazos una cruz.

Quedé aislado en el mundo, solo. Podríase creer que la desesperación se apoderó de mí; que el furor entró en mi pecho; que si hubiera podido vengar su

muerte habría incendiado el mundo, para gozarme en el espectáculo del dolor ajeno, yá que le sentía desgarrar mi corazón; pero nó: hubo en mi alma un cambio súbito; entró en mí la suave resignación, y cuando contemplo, tristemente, el cielo azul, me digo: "allí está velando por mí." ¿No es verdad que es el Cristo quien ha puesto ese bálsamo en mi herida, quien ha vuelto la calma á mi pecho?

—No lo dudeis, hijo mio, contestó el sacerdote, mirando con interés á Calpurnio: no lo dudeis.

—Hay más todavía: hoy, hace pocos instantes, el hermano de esa mujer ha muerto, á su vez, y antes que la muerte le tocara con su ala, el agua santificada por el Cristo ha humedecido su cabeza.

—Y yo os digo, interrumpió Ignacio con voz profética, que vos sereis el tercero de vuestra familia que abrazará la secta naciente. Sois de la raza de que salen los mártires.

—Adios, señores, añadió el anciano; voy muy lejos; tal vez jamás volveré á Roma. Pero acordáos de este día y pensad en el anciano que habeis oido y en la doctrina que os ha predicado. Esa sola, salva.

Y vos, continuó dirigiéndose á Apolonio, cuya palabra ha calmado hoy una tempestad popular, meditad en lo que os digo: os acercais rápidamente á la tumba; el dia en que vuestro cuerpo inerte yazga en la fosa común, el alma se desprenderá de la materia terrestre que la envuelve y contemplará la faz de Dios. Toda vuestra elocuencia no os salvará, si no morís llamando al Cristo vencedor, y si el agua del bautismo no ha humedecido vuestros blancos

cabellos. Esta entrevista es, talvez, la última llamada que él hace á vuestro corazón; cuidado con rechazarlo.

Y,saludando de nuevo, el santo anciano salió lentamente de la estancia.

Apolonio se levantó también.

—Es sorprendente, dijo....delante de ese pobre anciano, siento vacilar mi alma....sus palabras me conmueven, sino me convencen; necesito reflexionar de nuevo sobre esa doctrina que está desarrollándose de una manera prodigiosa y que cada dia reune nuevos prosélitos, delante de su naciente altar. ¿Será Jesus algo más que un mortal? ¿Su doctrina eclipsará,algun dia, la de Pitágoras? ¿Sus altares se elevarán en el porvenir sobre las ruinas de nuestros templos? ¿Quién me dará una luz poderosa para buscar, á su resplandor,la verdad, oculta aún para mí, detrás de un misterio impenetrable?

—Yo, respondió Salustia.

—Vos? ¿Cuál es esa luz?

—La fe....respondió la romana.

—Dónde y cómo? ¿La ciega fe es la antorcha luminosa que debe guiarme? Un ciego no puede conducir al que está dotado de vista penetrante; sería invertir el orden.

—Escuchadme un momento, interrumpió Salustia. En la ciudad de Damasco habitaba un hombre ciego de nacimiento, y cuya edad pasaba de ochenta años. Siempre estaba sentado en un banco de piedra en un estramuro de la opulenta ciudad, y con voz temblorosa pedía limosna á los transeun-

tes. Una mañana acertó á pasar por allí un rico extranjero que, por primera vez, atravesaba las murallas de aquella ciudad. Oyó la voz del anciano; se acercó á él, puso una moneda en la mano que le tendía y le dijo:

—Anciano, ¿podréis decirme dónde habita aquí un célebre filósofo, cuyo doctrina ha llegado hasta el confín del mundo, y cuyos milagros le han dado una inmensa celebridad?

—Sí, respondió el anciano, y si queréis yo os guiaré.

—Acepto, dijo el extranjero.

Y ambos se internaron en las estrechas calles de la ciudad.

El anciano había tomado la mano del joven.

Poco después llegaron á un parador, donde se reunían opulentos mercaderes extranjeros y los ricos vecinos de la ciudad.

—Buscadle en esta casa, dijo el anciano; preguntad por él; todos le conocen aquí.

—¿Y vos le conocéis?

—Yo nó; soy ciego de nacimiento, señor extranjero; mis ojos jamás han visto sino las tinieblas, y ni aún á esas puedo conocerlas, pues no he podido compararlas con aquello que, los que ven, llaman *Luz*.

—Desgraciado!

—No lo soy, contestó el ciego. Si es verdad que mis órbitas vacías no me permiten contemplar las maravillas de la creación; si jamas podré ver la flor que exhala suave perfume; si no me ha sido dado conocer el vistoso plumaje del pájaro cuyo canto

embarga mis oidos, también es cierto que con la mirada interior de mi alma, veo cosas más hermosas aún; escucho en lo íntimo de mi corazón la promesa sagrada de Jesús y espero tranquilo el momento en que mis ojos se abrirán más allá de la tumba, para contemplar las bellezas que El ha ofrecido á los hijos que, como yo, confían en su palabra divina.

—Sois cristiano? preguntó el extranjero.

—¿No lo conocéis en la serenidad de mi semblante? ¿No veis la fé del Cristo retratada en mi faz? Sí, señor extranjero, soy cristiano; y soy feliz porque tengo fé.

—Aquel hombre, añadió Salustia, era un ser desgraciado para los que le contemplaban bajo el sol; pero él era feliz porque su mirada iba más allá, y la ciega fé había iluminado su corazón. Haced como él, creed y veréis como él.

—Y cómo creeré? preguntó Apolonio.

—Escuchad con humildad la palabra de los que enseñan la doctrina de Jesús, y cuando hayais escuchado, entrad en vos mismo, reflexionad en cada una de las palabras que habéis oido y lentamente vuestra alma irá despojándose del fango terrestre que la envuelve, y purificándose, cada vez más, veréis con claridad lo que ahora os parece oscuro é incomprensible. La fé y la humildad son los dos ojos misteriosos que hacen ver y comprender lo bello de la doctrina de Jesús, lo puro de su moral, lo santo de su ley.

Apolonio no contestó. Permaneció un momento absorto en profundas reflexiones, y levantándose, poco después, salió lentamente de la habitación.

—Dios mio! exclamó Salustia, haced que el demonio del orgullo huya del corazón de ese hombre.

Y dirigiéndose á Calpurnio y Plácido:

—Señores, dijo, os ofrezco un lijero desayuno. ¿Queréis aceptarlo de mí, que no puedo ofreceros sino la comida del pobre?

—Lo aceptamos con renococimiento, señora, dijo Calpurnio. Y mientras tanto, hablaremos algo más sobre el asunto que nos ocupa; quisiera oiros siempre, porque vuestras palabras han calmado el agudo dolor que atormentaba mi corazón.

Salustia señaló con su dedo una puerta entreabierta. Los dos hombres entraron, y un grito se oyó, lanzado por los dos romanos. Ese grito era de admiración y asombro. Salustia sonrió, y entrando tras ellos, juntó de nuevo la puerta del comedor.

CAPITULO VII.

El Pontífice Clemente.

Treinta años habían pasado desde que el primero de los Apóstoles y el primero de los Pontífices, había sellado con su sangre la santa doctrina que recibió de boca del mismo fundador. La piedra que debía servir de fundamento al sólido edificio de la religión cristiana, fué humedecida con la sangre del Jefe augusto á quien el Hijo de Dios elijió entre todos, diciéndole: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y te daré las llaves del reino de los cielos". Sucedióle

Lino; á Lino, Anacleto, y á éste el papa Clemente, quien debía terminar el primer siglo de aquella dinastía pontificia, que se ha sucedido sin interrupción hasta nuestros dias, firme, majestuosa, inmoble como la roca, cuya base de granito no pueden hacer vacilar los esfuerzos reunidos del huracán y el mar; brillante faro á quien Dios puso tan alto, para que la humanidad entera pudiera contemplarle; colosal figura,á cuya sombra hay un luyar para que descanse cualquier hijo de Adan, sea cual fuere la zona en que habite; centro de luz, cuyos rayos irradian en todas las direcciones y envuelven al mundo con su suave resplandor. Los siglos han pasado; unas naciones han sucedido á otras naciones; el cetro de la supremacía ha pasado de un pueblo á otro pueblo, á una raza ha seguido otra raza, una familia á otra familia, y familias y razas y naciones se han hundido para siempre en el polvo, para dar lugar á otras nuevas, que á su vez cederán el paso á las que aparecerán en el porvenir.

Tal es la ley suprema del artífice omnipotente; tal debe cumplirse. Todo pasará; pero su palabra nó; y El dijo: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". Esa piedra, pues, no vacilará, porque Dios la sostiene con su diestra poderosa, y la Iglesia se mantendrá firme sobre aquella piedra. Sostenida por aquella mano, ¿podrá caer?.....

Penetremos,un momento,en la humilde estancia del venerable Pontífice. Allí está, de pié, con sus manos extendidas sobre la encorvada cabeza de un anciano que, de rodillas recibe la santa bendición.

"Id, pues, Dionisio, partid á esa tierra lejana, donde aún no impera la fé de Jesús. Id á la Galia; allí encontraréis mies abundante: bautizad, instruid, predicad. Yo os envío á aquella fértil región; apacentad aquel rebaño; sed su pastor. Mis oraciones os acompañarán."

—Vuestra bendición, Padre Santo! dijo Dionisio.

—Recíbela, hijo mio. Yo te bendigo en el nombre del Padre, que es el poder, en el nombre del Hijo, que es la sabiduría, en el nombre del Espíritu Santo, que es el amor.

Dionisio besó, respetuoso, la mano del pontífice y salió lentamente con la fé del confesor, con la abnegación del mártir. El comprendía que aquella despedida sería la última; que iba á emprender su postrer viaje, y que allá, en las remotas regiones adonde se dirijía, iba á abrirse el sepulcro donde debía descansar su cuerpo, despedazado y sangriento, víctima del furor de los enemigos de la fé de Jesús. Pero su alma estaba tranquila; su pensamiento, fijo en otro mundo de dicha eterna, no fué entristecido por una idea sombría, y libre y alegre, tomó el báculo del peregrino para emprender el largo viaje.

Clemente le vió alejarse, y sus labios murmuraron una oración.

Presentóse un diácono á la puerta.

—Santo Padre, dijo; un soldado romano solicita veros; dice que tiene necesidad imperiosa de hablaros, i que lo conseguirá aunque tuviera que permanecer veinte años en vuestras puertas.

—No es necesario eso, dijo el pontífice sonriendo.

Mi casa está abierta para todo aquel que desee verme; para todo aquel que necesite algo de mí. Hacedle entrar.

El soldado romano entró. Adelantó silenciosamente y se arrodilló delante de Clemente.

—Levantáos, hijo mio, dijo el anciano. ¿Qué queréis?

—Referiros, padre mio, una visión que he tenido y pediros su explicación.

—Hablad.

—Soy un soldado romano y mi nombre es Plácido. Nutrido desde mi infancia en las lecciones religiosas de mis antepasados, crecí creyendo en Júpiter y en Apolo, y en esos centenares de dioses, cuyos templos á cada paso encontraba, oyendo los discursos de sus sacerdotes y observando ciego su ley. Sin embargo, allá en las profundidades de mi corazón, encontraba absurda aquella doctrina. Vacilante, desde entonces, buscaba con ardor algo más puro y santo que aquella religión, mezcla informe de vicios autorizados por los mismos dioses que adorábamos en los templos, cuando oí por vez primera predicar una nueva ley: la ley del Cristo, y mi alma, entonces, vió en ella un rayo de purísima luz, y presintió que ese rayo emanaba directamente del foco inmenso de claridad que es el trono de la fé y de la verdad. Seguí buscando, y mi convencimiento aumentaba, y el horizonte cubierto de espesas nubes iba despejándose ante mí, y el cielo aparecía azul, y mi corazón me decía: "sigue adelante."

—Continúa, hijo mío, dijo el pontífice.

—Así he pasado algunos dias, como el náufrago

—Esperad un momento, contestó Félix.

—¿Y por qué?

—Porque vuestro esposo se halla, ahora, ayudando á Vindex y al resto de la tripulación. Corremos un gran peligro; si el buque encalla, somos perdidos.

—¡Dios mío! exclamó Teopista.

—No os asusteis; dentro de algunos instantes, estaremos, de nuevo, lejos de la costa.

Teopista quedó un momento silenciosa, contemplando vagamente el mar.

De repente, exclamó:

—¡Mis hijos!

—Vuestros hijos duermen, respondió Félix.

—Voy á verlos.

—Aguardáos.

—Pero, ¿por qué me deteneis? ¿Qué os importa que yo vea á mis hijos?

—Aguardáos, os digo. Y con mano de hierro sujetó á la joven, que procuraba desasirse de él.

—Poro, ¿qué quereis? dijo la angustiada Teopista; ¿por qué oprimís mi brazo, por qué me impedís que vea á mis hijos? ¿Qué horrible cosa meditáis?

— Y Vindex, que no dá la señal todavía! murmuró sordamente el piloto. ¡Torpe calma!

—¿Qué señal es esa? ¡Horror! ¿maquináis algo contra mí y contra mi esposo? ¿Qué mal os hemos hecho, Félix? Si en algo os hemos ofendido, perdonadnos; pero no nos hagais mal; os lo pido de rodillas.

Y la pobre joven, se arrodilló delante del inflexible piloto.

Hubo un momento de silencio.

De repente se oyó el gemido ahogado de un niño.

Teopista, extraviada, se levantó de nuevo, é hizo un supremo esfuerzo para salir del círculo de hierro que rodeaba su brazo.

—¡Oh! no os moveréis.

—¿Pero no veis que asesinan á mis hijos; habeis oído ese grito ahogado; es mi hijo el que llora, mi hijo! ¿lo entendéis? ¡el hijo de mi corazón!.... Ved mis lágrimas, Félix.... compadecéos.

—No van á asesinar á vuestros hijos,.señora. Os lo aseguro, á fé de hombre de honor.

—Entonces, ¿qué van á hacer? ¡Dios mío, amparadme, protejedme, conservad mi razón, que vacila yá. Yo me voy á volver loca, ¿oís, Félix? loca!

De repente resonó un silbido. Casi inmediatamente, la barca se separó de nuevo de la costa. Una brisa suave la impelió de nuevo al mar.

Vindex, apareció delante de Félix.

—Está hecho, dijo. El buque se halla sin lastre, y yá no os importunará el mendigo romano.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó Teopista, con la mirada extraviada, de una loca; ¿de qué mendigo habláis?

—Esto quiere decir, contestó Félix, que yo os amo; os amo con el frenesí de la locura, con el furor de la desesperación. Un hombre se interponía entre vos y yo; ese hombre debía desaparecer, y ha desaparecido. Ya no hay obstáculos; yo triunfo, y vuestro Dios, no os ha protejido, no ha impedido la consumación de mi obra; estais en mis manos, Teopista; dejáos, pues, amar, y sereis feliz. Yo os

ofrezco un porvenir brillante; si un deseo abrigáis, será inmediatamente satisfecho; os rodearé del esplendor de una reina. No creáis que, porque visto este humilde traje y habito esta miserable barca, soy un pordiosero; nó. Lo hago por hábito; soy corsario en estos mares, y así evito que me persigan. ¿Quién puede creer, que esta pobre nave encierra al temible corsario, que ha hecho temblar á los navegantes de Italia y de Africa? Pero allí, en las costas de Egipto, vereis si mi poder es grande; contareis los palacios que son mi propiedad; los cofres llenos de oro y de preciosas piedras, con cuyo valor, podría comprarse una provincia; la multitud de esclavos, que escuchan encorvados mis órdenes. Todo eso es mío; todo eso, os lo ofrezco; seréis la reina en esos palacios, la reina absoluta de esos tesoros, la soberana de esos esclavos. Yo seré el primero de ellos, pero amadme; olvidad á vuestro antiguo esposo, que ya no existe; empezad una vida nueva, y que un velo oscuro oculte, para siempre, ese pasado, ante el porvenir que os ofrezco. ¿Me escuchais?

Y aquel hombre infame se arrodilló delante de su víctima, convulsa y palpitante.

Teopista no le escuchaba. Fija la vista en el mar, permanecía de pié, en la inmovilidad más completa. La intensidad del dolor, la había convertido en una estátua.

—Respondedme, Teopista, continuó Félix; no os entregueis á la desesperación; esa insensibilidad, me dá miedo; llorad, más bien, eso os calmará.

Teopista, fijó su mirada en aquel hombre, que la hablaba de rodillas.

—¿Quién es ese hombre? dijo por fin, ¿qué haceis aquí, de rodillas, delante de mí; no veis que el mar se agita, que la tempestad y el viento hacen silbar las cuerdas de la nave; no veis la costa, erizada de peñascos, donde puede hacerse pedazos, si no la dirijís con diestra mano; no veis que mi marido y mis hijos no se hallan aquí? ¿Qué quereis de mí?

Y con la mayor serenidad, se puso á contemplar de nuevo el mar, entonando la dulce canción, con que acostumbraba arrullar á sus hijos, al hacerles dormir en su regazo.

—Esta mujer se ha vuelto loca, dijo Félix, levantándose.

—Mucho lo temo, contestó Vindex.

—La emoción ha sido muy fuerte.

—Y la culpa es vuestra: os habeis quitado la máscara, demasiado pronto; bien podíais haber esperado un poco más.

—No era posible ocultarlo. Vos habeis sido el tonto; uno de los niños lloró, y la madre oyó el gemido de su hijo.

—¡Bah! ¿quereis ahora hacer recaer la falta sobre mí? contestó Vindex.

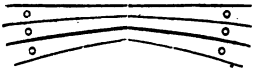
—Nó, no os acuso; pero habeis andado demasiado novicio. En fin, esto no tiene ya remedio, y lo que importa, es salvar á la madre.

—Ese es tu negocio. Yo voy al timón, porque parece que las palabras de esa mujer, han evocado el huracán. Se prepara una tempestad, y es preciso alejarnos de la costa. La ráfaga será corta;

sinembargo, no será inútil tomar algunas precauciones.

Vindex, se alejó.

El patrón, quedó de nuevo frente á la joven.



CAPITULO X.

El dedo de Dios.

Félix, se acercó á Teopista, y tomando una de sus manos, y mirándola fijamente, contempló extremecido aquel rostro tan bello, y sintió, en su conciencia, el peso del remordimiento.

—¡Soy un infame! dijo por fin.

—¡Teopista! añadió en voz tan baja, que apenas la oyó él mismo.

La joven movió melancólicamente su cabeza, y sus ojos se fijaron indiferentes en aquel hombre.

En este momento, un relámpago surcó el cielo y

el mar, iluminando el espacio con su luz fantástica. Y allá, en el horizonte, el fuego eléctrico se desprendió de la nube inflamada, y cruzó rápido, acompañado de un ruido sordo, y fué á apagarse en el inmenso mar, que hirvió.

Aquella luz, aquel rayo y aquel trueno, hicieron extremecer á la joven. Volvió de aquel letargo, miró al patrón, que estaba aún de pié, delante de élla, se acordó, entonces. y lanzó un grito desgarrador.

—¡Salvada! dijo Félix, radiante de gozo.

—¡Ay! ya me acuerdo, dijo, torciendo sus brazos de dolor; este hombre me ha hablado, me ha contado una historia terrible.... ha abandonado á mis hijos y á mi esposo en una costa desierta.... Pero eso no es cierto, ¿no es verdad? añadió, oprimiendo con fuerza el brazo de Félix..... ¡vos no habeis hecho eso! ha sido una pesadilla espantosa; es un desvarío de mi cerebro..... Pero responded.... responded.... ¿no veis que vuestro silencio me mata?

—Yo os amaba, Teopista, contestó Félix, en voz baja.

—¿Con que es cierto? ¡Horror!.... ¿y por qué lo habeis hecho; qué causa os ha impelido á cometer tan negro crimen? Porque es un crimen, arrebatar de los brazos de una madre al esposo de su corazón, á los hijos de su amor, ¿lo entendéis? Un crimen horroroso; un crimen que hiere de muerte al mismo criminal; el gemido de una madre, resuena allá....

Y con su mano temblorosa, señaló el cielo, que iba cubriéndose de espesas nubes.

—Yo os amaba, Teopista, y era forzoso hacer desaparecer á vuestro marido. Era necesario dejaros viuda.

—¿Vos me amábais? ¡Misericordia, Dios mío! Este hombre está loco. ¿Y por eso asesináis á mi Eustaquio?.... ¿Será para que libre, os ame?.... ¿Con que vos me amáis? Pues bien, toda la dósis de desprecio que puede abrigar el alma de una esposa y de una madre, os lo arrojo á la cara. No os aborrezco.... os desprecio.

—¡Cuidado, Teopista! dijo Félix, temblando de cólera.

—¿No oyes ese gemido ahogado, en medio del mar? Ese es el grito de angustia que lanzan mis hijos, luchando entre las olas, por arribar á la nave.... ¿oyes?.... lleva tu barca en esa dirección.... acércate á éllos.... tú los has arrojado allí.... sálvalos, pronto.... ya sus débiles fuerzas se agotan.... ya sucumben.... apresúrate, miserable, ¿no oyes cómo me llaman?.... ¡Allá voy, hijos míos, allá voy!....

Y la pobre joven tendió sus brazos al mar, que bramaba sordamente.

—¡Pobre mujer! dijo Félix, sujetándola, para impedir que se arrojara al agua.

—Pero nó, no son mis hijos; mis hijos han muerto yá, asesinados por tí.... me he equivocado.... esa es la voz atronadora del huracán.... ¿ves esa nube negra, que sube.... que sube lentamente, que domina el espacio, que le llena con sus espirales in-

mensas? Ese es el trono de Dios.... allí viene, terrible en su justicia, á pedirte cuenta de su acto criminal.... véle.... trae en su mano el rayo.... va á lanzarlo sobre tí.... ya te habla.... ¿dónde están los hijos de esta mujer? dice.... respóndele, miserable.... arrodíllate ante él.... ¿tiemblas?... pues yo hablaré por tí.

Y Teopista cayó de rodillas sobre el puente.

—El es, Señor.... él es el que ha asesinado á mis hijos, quien les ha abandonado en una playa desierta, para hablarme luego de su amor. El mendigo romano, como él le llamaba, era el obstáculo que existía, y lo ha hecho desaparecer cobardemente.... mientras yo.... pobre mujer, he quedado aquí sola.... entre las garras del buitre.... Pero vos, Señor, me amparáis.... ¿no es verdad?

Y se puso á escuchar, como si una voz le respondiera, de las profundidades del firmamento.

Un ruido sordo retumbó en el espacio, y las nubes negras y tempestuosas, se aglomeraron rápidas, alineándose primero, y confundiéndose en seguida, formando una cúpula sombría y terrible, surcada, á cada instante, por aquel espantoso meteoro que se llama el rayo.

Mas tarde, el mar gimió, y abriendo sus flancos, enseñó sus abismos á la aterrada tripulación. El viento aumentó su furor, y comenzó á agitarse la barca, que se extremeció, como un sér agonizante. Y las olas inmensas, terribles, amenazaban destrozar, á cada instante, la débil nave.

De repente, un ruido dominó á los demás ruídos.

Una ola se precipitó sobre la barca, y enormes trozos de madera, flotaron en el mar.

Estaba perdida.

El agua entró á torrentes.

Gritos de desesperación se escaparon de todos los pechos. Imprecaciones, lágrimas, sollozos, votos, se oían por todas partes.

La espantada tripulación, veía acercarse el espectro terrible de la muerte, envuelto en el huracán, y no podía huir de él; era necesario esperar el golpe mortal, de frente y sin mirar atrás. Veían el abismo abierto, para recibirlos, y no les era posible alejarse de esa orilla sombría.

Y la nave gemía, sordamente, y se hundía, cada vez más, en aquel abismo.

Algunos hombres, en su desesperación, se arrojaron al irritado mar.

Félix, de pié, contemplaba la tempestad, con aire feroz. Hubiérase dicho, que aquel hombre era el amo del mar.

Teopista, de rodillas, oraba en silencio. Su fisonomía, estaba tranquila; para élla, aquella muerte expresaba el término de un dolor, el principio de una eterna alegría.

Félix la contempló, un momento, con aire sombrío.

—¡Mujer! exclamó..... tú has evocado el huracán sobre nosotros..... para escaparte de mi poder, aún á costa de la muerte.

—Y ya ves que ha venido. En tu insensato orgullo, has creído poder luchar con Dios, y El te ha

respondido con la voz del huracán: "Aquí estoy.... yo protejeré á mi sierva contra tí."

—Todavía nó.... contestó Félix; aún falta saber si Neptuno, el poderoso dios de las aguas, me sostiene á mí. Siga, pues, la lucha entre tu Dios y el mío.

—¡Oh Neptuno! añadió con voz vibrante; he aquí el momento de mostrar tu poder, y hacer ver á esta pobre loca, su insensata necedad. Yo creo en vos; calmad el temporal que nos amenaza, salvadnos del naufragio; haced que los tritones y las nereidas, nos conduzcan á la orilla próxima, y yo os ofrezco sacrificar veinte esclavos en vuestro honor. Os lo ruego, en nombre de vuestra esposa amada, la divina Anfitrite, cuyos hermosos labios, son formados con el rojo coral que guardáis en vuestro palacio submarino, cuyos cabellos destilan las perlas de mejor oriente, y cuyo aliento es más suave que la ambrosía con que los dioses perfuman el Olimpo. Una lucha se empeña; salid vos el vencedor.

Teopista, oraba de rodillas, y repetía humildemente: Que vuestra voluntad sea hecha, ¡oh Señor! así en la tierra como en el cielo.

Y dirijiéndose á Félix, añañió:

—Os perdono los dolores que me habeis hecho sufrir: os perdono la muerte de mis hijos, por vos abandonados en un desierto horrible, donde morirán destrozados por las hienas y los lobos. Voy á reunirme á ellos en la patria común de los que han creido en Jesús.

El huracán, era cada vez más terrible. El piloto escudriñaba,con su mirada de águila,el negro espa-

cio, enrojecido, de tiempo en tiempo, por serpientes de fuego.

De repente se irguió, con energía suprema, y un grito terrible, se escapó de su pecho.

—¡La muerte viene! exclamó, impetuoso, y señaló á Teopista una ola inmensa, que se hiba acercando como una montaña, acompañada de un ruido sordo.

—Sea en buena hora, contestó la joven; la aguardo sin temor.

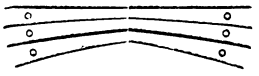
—¡Esperad no se dirá, jamás, que he sido vencido sin luchar.

Y dominado, por el vértigo de la desesperación, se lanzó hácia adelante, empuñando, con mano vigorosa, á la hermosa joven.

La ola se interpuso entre los dos, y cayó acompañada de un fracaso horrible sobre el buque, que se extremeció, en la última convulsión, y comenzó á girar sobre sí mismo, envuelto en torbellinos de espuma, para desaparecer en las profundidades del mar.

Pero, rápido como el pensamiento, Félix se lanzó al agua, sin abandonar á Teopista, y se asió, con desesperación, de un mástil roto que flotaba cerca de allí, y que había sido arrancado de la nave, por la violenta sacudida de la ola. Aquellos dos cuerpos, desaparecieron un momento, ahogados casi, respirando apenas, envueltos por las olas, que cual séres animados, parecían contemplarles, para recojer su último suspiro, mientras el trueno sordo resonaba sobre sus cabezas, tan imponente y terrible, que parecía que los ejes del mundo, se habían desquiciado.

Tan suprema emoción, era superior á las fuerzas de Teopista. La joven levantó sus ojos al cielo, en una última plegaria; después los cerró, su brazo se desprendió del mástil, sus nervios se aflojaron, y sin valor, ya, para luchar, iba á morir arrebatada por la ola, cuando Félix, enderezándose, por un poderoso esfuerzo de su voluntad, que triplicó su vigor, rodeó, con su brazo de acero, el talle de la joven, con la otra mano el flotante mástil, y esperó, intrépido, el último empuje, que debía llevarle á la costa próxima, y allí, destrozarle ó salvarle.



CAPITULO XI.

Segundo dolor.

Eustaquio había sido abandonado por el feroz patrón, sobre la desierta orilla. Largo tiempo permaneció dominado por el poderoso narcótico, suministrado por Vindex. Los dos niños, asustados al principio, lloraron desesperadamente, llamando á su madre, que no podía oirles; hasta que, al fin, vencidos por el sueño, se acostaron al lado de Eustaquio, y se durmieron, con la tranquilidad de la inocencia.

Pasó la noche. Después, poco á poco, fueron apareciendo esos tintes violáceos, precursores del sol, y la naturaleza despertó, para saludar, regocijada, al astro, hasta que apareció éste, acompañado de un cortejo de nubes, embellecidas con los colores más variados y brillantes. Mil cantos sonoros de los alados habitantes de la selva, formaron suave concierto, y, hasta los árboles, cual dotados de vida animal, se extremecieron moviendo su follaje, á impulsos de la brisa impregnada de perfumes.

Eustaquio no fué insensible á los encantos de tan bella mañana. El efecto del narcótico, había cesado, y el soldado romano, abrió lentamente sus ojos, dirijiendo miradas indiferentes á lo que le rodeaba. Creyó, sin duda, que soñaba, pues volvió á cerrar sus ojos, permaneciendo un instante en esa actitud, como para reconcentrar su pensamiento, y bien seguro de que ya no dormía, abrió de nuevo sus ojos. Nada había cambiado; en lugar de encontrarse al lado de su esposa Teopista, en la pequeña cámara de la nave, se veía tendido sobre la húmeda tierra, rodeado de árboles seculares, y al frente estaba el mar, que en calma yá, venía á azotar sus moribundas olas, sobre los arrecifes de la costa.

Quedó un instante silencioso, inmóvil. Después se incorporó, y al hacerlo, su mirada se fijó en dos objetos, que yacían á sus piés. Inclinóse, extremecido, sobre aquellos cuerpos, y reconoció á sus dos hijos que estrechamente abrazados, dormían aún, y cuyos débiles miembros, humedecidos por el rocío de la noche, temblaban convulsamente. Entonces lo comprendió todo, la luz se hizo paso en su

debilitado cerebro, y abarcó, de una ojeada, la extensión de su desgracia. Se levantó vacilante, oprimió su frente entre sus manos, para impedir que huyera la razón, y, entonces, se escapó de su pecho destrozado el primer gemido, cuyo eco doloroso resonó en las profundidades de la selva.

—¡Me han abandonado! repitió con angustia; me han dejado aquí, solo, con estos dos inocentes niños, para que muramos extraviados en estas soledades! ¿Qué les he hecho yo, Dios mío, para que me entreguen á una muerte segura y horrible? ¿Quién es el que me odia así?

¡Teopista! ¿dónde estáis? añadió con voz desfallecida. Porque si me han arrojado aquí, con mis hijos, mi esposa debe haber sido abandonada como yo. Tal vez, en su delirio, se ha internado en la selva, y allí se habrá perdido.

Vamos á buscarla.

Pero, ¿cómo dejo aquí, solos, á estos dos niños, que al despertar morirán de terror, viendose solos? ¡Oh! los despertaré yo, y llevándolos en mis brazos, buscaré á mi esposa y escudriñaré la selva, árbol por árbol, hoja por hoja. Yo la encontraré.

Se inclinó sobre sus hijos, les despertó; levantó en sus brazos á esos dos tiernos séres, que sonrieron tranquilos á su padre, y llevando aquella dulce carga, adelantó hácia la floresta.

Si Félix, hubiera podido ver á aquel hombre, encorvado bajo el peso de sus hijos, adelantando penosamente, lleno de angustia el corazón y de lágrimas los ojos; si hubiera podido escuchar los sollozos desgarradores que se escapaban de su pecho, á

cada paso que adelantaba en su dolorosa marcha, llamando á su Teopista, con gritos que hacían extremecer á los árboles de la selva, sin duda que hubiera tenido lástima de su víctima.

De repente se detuvo. Una sospecha terrible se apoderó de él, y una nube pasó por sus ojos.

¡Si me habrá engañado! si habrá partido lejos de mí, y tendrá parte en el complot terrible de que soy víctima!.... ¡Dios mío! libradme de esta idea, que me desgarra el corazón, como si un hierro candente le atravesara.... Nó, eso no es posible, añadió.... élla tan buena, tan dulce.... no puede engañarme así; en esa alma no puede caber el dolo y la mentira. Ha sido otra víctima más; mientras yo gimo aquí, abandonado, élla llorará también, y me llamará en su socorro. Pero, ¿dónde estará, Dios mío?

Y quedó un instante pensativo, adelantando siempre, hácia lo más espeso del bosque.

Así anduvo largo rato. Los niños llamaban, á veces, á Teopista, y cada vez que ese nombre resonaba en aquella silenciosa selva, un extremecimiento corría por el cuerpo del soldado romano. Entonces se detenía, acariciaba dulcemente á sus hijos y les decía, entre sus lágrimas:

—¡Ya vendrá, hijos míos, vuestra madre, ya vendrá!

De repente, un rio que corría entre los árboles, llevando sus tranquilas aguas al mar, le cerró el paso. Era necesario atravesarle, para poder salir de aquel bosque sombrío.

Eustaquio no vaciló.

La doble carga, que llevaba sobre sus hombros, le habría estorbado demasiado. Depositó, suavemente, á uno de los niños sobre la orilla, encargándole no se moviera y, poniendo al segundo sobre sus hombros, se arrojó resueltamente al agua, y comenzó á nadar con vigor, hácia la opuesta orilla.

En pocos momentos atravesó el río, depositó cuidadosamente á su hijo sobre el verde césped, y se lanzó de nuevo á la corriente. Nadaba con vigor, y adelantaba con rapidez. De repente le pareció oir un gemido ahogado, hácia el punto donde acababa de dejar á su hijo; volvió con angustia la cabeza, y un grito terrible se escapó de su pecho; vió, espantado, á una gigantesca loba, que se acercaba al niño, le levantaba del suelo, asegurándole entre sus poderosas mandíbulas, y la vió, también, huir con la presa y esconderse en las profundidades de la selva. Un vértigo se apoderó de Eustaquio. Cerró sus ojos y á travez de sus párpados, vió nubes sombrías, con manchas de sangre; creyó todavía aquello, una ilusión; abrió sus ojos, miró hácia la orilla, y con indecible angustia, comprendió que todo era cierto: su hijo no estaba allí.

Entonces, apoderándose de él una energía suprema, retrocedió, dispuesto á internarse en la selva, y luchar con la fiera, y arrebatarle su hijo, ó morir también. Un nuevo gemido, se hizo oír en la orilla opuesta; dirije su mirada hácia aquel lugar, y temblando, pálido, vé lleno de horror á un león, que acercándose lentamente, la melena erizada, llega al lugar donde estaba el segundo de sus hijos, le levanta y desaparece con su presa, lanzando un

rugido ahogado. Ante este espectáculo, aquel hombre de dolores, vacila; una gota de sudor, brota de cada uno de sus cabellos; sin fuerzas para arrojar, siquiera, un grito, mira hácia el cielo, presa de angustia terrible; y le vé tempestuoso, como si fuera á desplomarse sobre él; siente que la vida se apaga; que su corazón cesa de latir; se vé arrastrado al fondo, como si un peso enorme le llamara á aquellas profundidades, y mira, con una especie de placer aquella puerta entreabierta que se llama la agonía, al travez de la cual, puede verse algo de aquella morada sombría, denominada la tumba. Ya nada espera, ya nada desea, ya nada teme. Su horizonte se estrecha cada vez más; un círculo de sangre le rodea; percibe misteriosos ruidos desconocidos que, sin duda, vienen de la eternidad, y espera, con júbilo, el momento en que sus ojos se cierren para siempre. Sinembargo, el instinto de la conservación le obliga á hacer movimientos automáticos y, sin darse cuenta de cómo sucedió, al cabo de algunos instantes, se encontró tendido sobre el verde césped de la orilla.

Permaneció largo tiempo, presa de aquella atonía moral; su mirada vaga adquirió, al fin, expresión; dirijó su vista á su alrededor, la razón volvió lentamente y, con ella, el sentimiento de la realidad. Acordóse, de nuevo, del terrible drama que acababa de verificarse, en tan pocas horas; y, en el exceso de su postración, sólo pudo, entonces, inclinar la cabeza; una ola de lágrimas subió impetuosamente, se abrió paso por entre sus párpados cerrados, y lloró abundantemente.

¡Qué queda para mí en el mundo! exclamó al fin, con voz desfallecida. Yo era feliz; tenía una esposa amada, y dos hijos, cuya sonrisa era mi alegría, cuyas caricias eran mi orgullo. Ayer contemplaba el cielo, lleno de contento, porque mi alma era dichosa; hoy lo contemplo sombrío y terrible, porque mi alma está despedazada. Teopista, mi adorada Teopista, me ha abandonado; su amor era mentira, sus caricias, una farsa cruel. Hoy, sin duda, llegará feliz á tierra hospitalaria, donde yo pensaba pasar años de dicha á su lado, mientras por el contrario permanezco aquí, solo, extraviado, en medio de este horroroso desierto. Teopista, ¿por qué has hecho eso; en qué te había ofendido? Siempre te he amado, esposa mía, y jamás se había oscurecido la aureola de cariño con que envolvía tu blanca frente. ¿Por qué has cambiado? Otro amor.... pero, nó.... separad, ¡oh Dios mío! esta idea de mi alma, porque á ese dolor yo no resistiría. Vengan dolores, más agudos todavía, pero que la pura imagen que yo conservo aún en mi pecho, no se empañe con esa terrible sospecha. Teopista, ha sido engañada, como yo; sí, eso es; ella sufre.... no hay duda.... me llama á su lado, como yo la llamo; y no puedo volar á su lado.

Y Eustaquio, oprimía su frente húmeda, entre sus manos, y se esforzaba en imprimir en su cerebro aquella idea, como la única consoladora esperanza; gota de bálsamo, con que quería mitigar el ardor de las cien heridas que laceraban su corazón.

¡Quedaban mis hijos! añadió, al cabo de algunos instantes de silencio. ¡Mis hijos, las dos mitades

de mi corazón! Y yo, yo mismo, les he visto desaparecer en las opuestas orillas de este río, arrebatados, el uno por un león y el otro por una loba! ¡Y no he podido salvarlos! Y les he visto arrebatar por aquellas dos mostruosas fieras, y no he volado á su socorro, y no he muerto con ellos! ¿Quién me ha detenido aquí; qué mano invisible me ha contenido?

¡Vamos, añadió levantándose presa de un vértigo, vamos, todavía hay tiempo; buscaré al león, buscaré á la loba, lucharé con ambos, los ahogaré entre mis brazos, apagaré la vida en ellos, y de entre sus sangrientos cadáveres recojeré á mis hijos! Me encuentro con fuerzas bastantes para luchar con todos los monstruos de la selva y vencerlos.

Y el soldado se levantó rápido, aspirando con fuerza el aire perfumado del frondoso bosque, vigoroso como un atleta, dispuesto á la pelea, semejante al Hércules de la fábula.

De repente, percibe una luz que se acerca lentamente; la divisa al travez de los intersticios de los árboles; esa luz viene hácia él, le fascina, y sin poder hacer un movimiento, espera lleno de indecible terror.

Por fin, sale de la orilla del bosque, y entonces vé un cerpulento ciervo que viene hácia él, y entre sus astas, una cruz brillante inunda con suave resplandor el verde césped. A su vista, Eustaquio se turba, recuerda que no es esta la primera visión que ha tenido; ya aquel siervo le ha visto en otra parte, y una voz celestial le ha anunciado grandes desven-

turas, y él ha ofrecido aceptarlas con resignación, y humillarse ante la voluntad omnipotente que así lo ha ordenado. Vé, y recuerda que no ha sido tan fiel como lo había ofrecido, y abriéndose paso el arrepentimiento por entre los tumultuosos sentimientos que le dominaban, sólo tuvo fuerzas para caer de rodillas y exclamar:

—¡Perdón, Señor! He olvidado vuestra promesa; no he luchado, Señor, y quise morir. La voz de Clemente, quedó ahogada en el torbellino de dolores que envuelve mi alma, y mi fé ha vacilado. Pero héme aquí otra vez fuerte; sostenedme, Señor, porque en medio de mis angustias yo os bendigo.

Hubo un momento de silencio solemne. Parecía que la vida había terminado en toda la selva. Ni una hoja se movía; la brisa misma calló, enmudecida por el soplo de Dios. Algo grande debía suceder allí.

El ciervo misterioso permanecía inmóvil, mientras el soldado romano, de rodillas, elevaba sus brazos al cielo en expresión sublime de arrepentimiento y de resignación. Entonces corrió un extremecimiento por el bosque; los árboles se agitaron, sin que el aire les meciera; las flores se enderezaron sobre sus tallos; el césped se movió formando olas de verdura, y toda la selva como dotada de vida, pareció que iba á escuchar. Y las nubes se movieron en fantásticas espirales y se agruparon formando una cúpula sombría, envolviendo las copas de los troncos seculares. Luego después, todo quedó en reposo.

Entonces se oyó una voz de infinita armonía, que resonó vibrante en aquel recinto sagrado.

—Escucha, ¡oh mortal! dijo, para que la fé en mi promesa no te abandone, para que no huya de tí la esperanza en mi palabra. Te he hecho sufrir para purificar tu alma; te he hecho apurar la copa del dolor, para que ese dolor consuma, cual fuego devorante, el fango terrestre que aún había en tí. Has perdido á tu esposa, porque yo lo he dispuesto; pero quiero que sepas que élla es inocente y digna de tí; has visto desaparecer á tus hijos; humíllate ante mi voluntad soberana, que así lo ha decretado. Te hallas solo, abandonado; ten fé y espera.

Cesó la voz. Eustaquio levantó su cabeza, que había conservado inclinada sobre el césped, y miró. El ciervo había desaparecido.

Entonces, lleno de fé y de esperanza, conforme ya con la voluntad soberana que se le había revelado, de una manera tan milagrosa, se levantó, siguió por en medio de la selva, atraveséla, y después de algunas horas de marcha, distinguió, á lo lejos, las casa de una pequeña población.

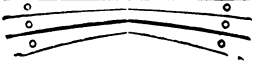
—Amigo mío, preguntó á un esclavo africano, que iba cargado con un haz de leña, ¿cómo se llama aquella aldea?

—Es Badissa, contestó el esclavo, contemplando asombrado á aquel hombre de fisonomía severa, en la cual brillaban aún algunas lágrimas.

Eustaquio, enjugó con su mano temblorosa aquella lágrima, última expresión de la lucha entre el cuerpo y el espíritu, entre el dolor y la esperanza. Esa última lucha fué corta, pero al fin venció la fé

del cristiano, y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus descoloridos labios. El alma se cubrió, desde entonces, con la fuerte coraza, en la que debían embotarse, en adelante, los dardos de la adversidad, por agudos que fueran.

El soldado romano, solo ya en el mundo, entró en Badissa, y se sentó en un banco de piedra, que estaba en el umbral de la primera casa.



CAPITULO XII.

Historia antigua, siempre nueva.

En la costa setentrional de Africa, en frente de Sicilia y en el fondo de una vasta bahía, descansa la ciudad de Timelia, á corta distancia de Utica. Lo delicioso de su clima, y la feracidad de los campos que la rodean, la hizo prosperar rápidamente, y muchos nobles romanos construyeron suntuosos palacios y encantadoras villas, que rivalizaban con las de Tívoli y Campania.

No lejos de Timelia, y á las orillas de un hermoso rio, cuyas aguas cristalinas se deslizaban sobre

un lecho de oro, circundado de elegantes palmeras que elevaban al cielo sus flexibles ramas, aparecía medio oculto entre el follaje de árboles frondosos, uno de esos palacios que sólo los opulentos romanos sabían construir y adornar, con esa elegancia y lujo que hoy son desconocidos.

Un rico pórtico, sostenido por columnas de mármol, daba acceso al atrio principal, rodeado de pilastras, de donde se pasaba, por medio de una galería, al *impluvium*, cubierto de una cupulina con ventanas ojivales, por donde penetraba suave luz. El pavimento del atrio, era un mosaico, compuesto de finísimos mármoles, y la techumbre se hallaba adornada con elegantes labores de oro, donde había incrustadas, figuras de marfil. Ricas cortinas dividían este *atrio* en tres habitaciones separadas, la última de las cuales se hallaba al extremo del edificio, con ventanas circulares, desde donde podía gozarse de la vista de los jardines que se extendían á ambos lados del palacio.

Entremos en esta última sala. Las sombras de la tarde comienzan á invadirla; pero una lámpara de alabastro suspendida á la techumbre, derrama suave luz.

Allí está una joven de extraordinaria belleza, sumergida en una profunda meditación. Sus ojos, de un azul clarísimo, estaban velados por largas y sedosas pestañas. Su tipo, es el tipo griego, ese tipo de correctas formas, que Fidias nos ha hecho conocer, en las bellísimas creaciones de su atrevido cincel. A su lado hay un laud, cuyas cuerdas vibran aún por las últimas melodías que les ha arrancado

aquella mano divina; pero esa música debe haber sido muy triste, porque un suspiro se exhala, á veces, de su pecho, y un aire de profunda melancolía baña aquel puro semblante.

Pasaron algunos instantes; la joven levantó su hermosa cabeza, la movió dulcemente, como para separar de ella los pensamientos dolorosos que la dominaban; tomó, de nuevo, el laud y comenzó á recorrer sus cuerdas sonoras, que vibraron, produciendo sonidos armoniosos. Pero al mismo tiempo resonaron, hácia la orilla, los acordes de otro instrumento. La hermosa griega, levantándose rápidamente, se acercó á la ventana y pudo ver, á la luz vacilante del crepúsculo, una lujosa barca que tocó en la orilla. Un joven ricamente vestido, saltó á tierra, se encaminó precipitadamente al palacio y en pocos instantes estuvo á la puerta del atrio.

—¿Sois vos, Escipión?

—Sí, Athenais, contestó el joven, yo soy. Me he hecho esperar algo más hoy, pero os aseguro que no ha sido culpa mía.

—Mucho he sufrido con vuestra ausencia, amigo mío. Siempre temo que un desgraciado accidente me separe de vos. Hoy, sobre todo, he estado más inquieta; no sé qué presentimiento doloroso, se ha apoderado de mí; creí no volver á veros más.

—¡Oh! Athenais, siempre estáis con esas tristes ideas; debeis estar persuadida de que el cariño que os profeso, es verdadero, y que sólo un imperioso motivo, como el de hoy, podía retardar los dulces momentos, los únicos instantes de felicidad que yo tengo en la tierra, y que son los que paso á vuestro

lado. Yo os contaré eso, amiga mía, y vos misma seréis mi juez.

—Venid, Escipión, continuó la joven; tengo hoy mucho que hablaros. Tiempo ha, quería haberlo hecho, pero siempre he tenido no sé qué temor, que me ha hecho vacilar. Pero ya no es posible retardar más tiempo esta confesión, porque de ella depende que mañana sea un día de júbilo para mí, ó el último de mi vida.

—Me haceis temblar, Athenais, exclamó Escipión, poniéndose pálido ¿qué noticias vais á darme que puedan influir de una manera tan terrible en vuestro porvenir? Tengo deseo de saberlo, y sinembargo, vacilo en oirlo. Hablad, sinembargo, añadió Escipión, conduciendo á la joven á una de las ventanas y poniéndose á su lado. ¿Qué funesta noticia teneis que darme, á juzgar por la palidez de vuestro rostro?

—¡Oh, Escipión! bien corto es lo que tengo que deciros, pero los dioses saben cuán doloroso me es anunciároslo, y cuánto tiempo he vacilado en hacerlo.

Escipión, tembló.

—¿En verdad, dijo, teneis algo grave que comunicarme, Athenais?

—Sí, muy grave: mañana salgo para Aténas, de donde jamás volveré.

—¿Y eso es lo terrible que teneis que decirme?

—Sí, y me sorprende que recibáis la noticia con tanta tranquilidad.

—¿Y por qué había de alarmarme? Si vos vais á Aténas, yo iré también. ¿No sabéis que soy

vuestro esclavo? Venderé mis propiedades de Roma, y me estableceré en Grecia. Vos sois mi vida y mi alegría; con tal de estar á vuestro lado, me importa muy poco ver salir el sol detrás del Palatino ó del Himeto. Grecia ó Roma, son dos nombres; tú eres mi tesoro, y como el avaro, yo sigo ese tesoro.

—¡Oh, Escipión! tú no me seguirás. Yo no podré ya, en adelante, ser tu tesoro, porque ya pertenezco á otro.

—¿Os burláis?

—Nó, amigo mío, no me burlo. Ved mis lágrimas, y juzgad si la que las derrama tan amargas, puede jugar con ellas.

—¿Y qué imperioso deber os obliga á ceder vuestra mano á otro, cuando á mí es á quien amáis? Athenais, en esta circunstancia, no podeis salir del círculo de hierro de este dilema terrible: ó vos no me amáis, y entonces bien comprendo que podáis *resignaros* á ser la esposa de otro; ó me amáis, y entonces, no conozco fuerza suficiente poderosa en el mundo, que obligue á una boca á decir *sí*, cuando el corazón dice *nó*.

—Pues hay una, Escipión, que vos no conoceis, que nunca podreis saber; y vencida por ella, me *resigno*, como vos decís con expresión sarcástica, á sacrificar mi amor á esa razón.

—¿Y no puedo yo saberla, decís? ¿No puede saber el condenado á muerte, la causa de su sentencia, el crimen porque se le condena? ¡Oh! eso es falso; por terrible que sea esa causa, yo quiero saberla, porque de ningún modo puede ser más espan-

tosa que la duda que roe mi corazón. Decidla, Athenais, aún cuando yo deba morir.

—¡Jamás! dijo Athenais con esfuerzo.

—¿Jamás, decís? Pues bien, sea; ya habeis dicho, sinembargo, bastante para que yo pueda comprenderos. De hoy en adelante, el velo que estaba delante de mis ojos se ha rasgado, y puedo lanzaros, con el poder de la evidencia, la tremenda palabra que hace largo tiempo se presenta en mis sueños con caractéres de fuego.

—¿Y cuál es ésa, amigo mío? preguntó Athenais, fijando en el joven sus dos ojos azules, de dulzura infinita.

—¿Queréis oirla? Pues bien, Athenais: vos amáis á otro, y quereis, por medio de una prudente reserva, y rodeándoos del misterio, evitar vuestro enlace conmigo, para tejer con libertad la corona de rosas que ha de adornar la frente de vuestro elegido. Pero tened cuidado; esas rosas tienen espinas, y esas espinas pueden herir cruelmente.

Los dos jóvenes, quedaron un momento en silencio. Parecía que contemplaban, tranquilamente, la luna, que aparecía brillante, rodeada de nubes, en medio de un cielo sereno, mientras se formaba la tempestad en aquellos dos corazones, que latían con vehemencia.

Escipión, habló el primero.

—Escúchame, Athenais, exclamó: escucha por la última vez, lo que hace tanto tiempo he querido guardar en el fondo de mi alma, pues es, probablete, la última vez que os vea y os hable.

—Decid, amigo mío.

—Sí; hablaré, aunque cada una de mis palabras destroce mi garganta al salir de mis labios. He sido burlado, cruelmente burlado. He creido, durante mucho tiempo, que mi cariño hácia vos hubiera infundido, no amor, no exijía tanto, sino un sentimiento de piedad; pero hoy, ya veo claro en ese horizonte sombrío, y he comprendido que he sido el juguete de vuestra imaginación fantástica, sin comprender que ibais secando, lentamente, un corazón, y deshojando, traidora, una existencia digna de comprenderos.

—¡Horror! exclamó Athenais.

—¡Horror! teneis razón; porque de hoy en adelante, ya no creeré más en ese puro sentimiento que se llama el amor, como tampoco creeré en ese bello ideal que se llama la mujer!

—¿Pero por qué sois tan injusto hácia mí?

¿Por qué, preguntáis? pues bien, yo os responderé, y sed vos misma el juez. Yo era feliz; tranquilo vivía en el fondo del palacio de mis antepasados, joven, lleno de vida, sin que una lágrima hubiera jamás, empañado mi brillante pupila. Creía en la dicha, porque la sentía en mi seno; no sospeché el amor, porque jamás lo había experimentado. Las mujeres pasaban ante mí como fantásticas visiones, y como tales, se borraban, sin que dejaran un recuerdo en mi mente, sin que me viniera la idea de extender la mano hácia una de éllas, para decirla: "ven, yo te amo." Se confundían sus sombras allá en el horizonte, y ninguna de esas sombras se hizo luminosa para mí, ninguna de aquellas almas habló á mi alma. Llegó un día, y en aquella danza

fantástica de bellas mujeres, que contemplaba en los salones de los palacios, ví una mujer, érais vos, que extendiendo su blanca mano hácia mí, me llamó dulcemente. Temblé al sonido de vuestra voz; una corriente desconocida circuló por mis venas, y comprendí que algo grande acababa de pasar en todo mi sér. ¿Sabeis lo que era eso? Pues ya amaba; desde entonces, hubo un fin en mi existencia: amaros; y todos mis pensamientos y todas mis ideas iban como radios del inmenso círculo de mi existencia, hácia ese centro luminoso que tenía ya un nombre, que era el vuestro. Creía yo que cuando así se amaba, forzoso era también ser amado así, sin comprender, desventurado de mí, que muchas veces aquel centro luminoso que se cree amor, y del cual salen brillantes resplandores, se convierte en pirámide de fuego donde el corazón se carboniza como el dorado insecto que revolotea al rededor de la llama y pierde allí el brillo de sus alas, y cae, al fin, al pié de aquella antorcha, mustio y sin vida. Así os amaba yo, y vos, ¿qué habeis hecho? ¡Oh! decidlo, siquiera por justificaros. Segura de mi amor, íntimamente persuadida de la lealtad de mi corazón, gozándoos con haber infundido tan noble cariño, habeis oprimido en vuestras manos aquel corazón que os amaba, y os complaceis en verle así oprimido, y en contar, una á una, las gotas de sangre que brotan de sus heridas. Bárbaro juego, señora, en que vos apostábais una sonrisa, y yo..... la vida.

La joven, hizo un movimiento doloroso, miró fijamente á Escipión, y le dijo:

—Permitidme una pregunta.

—Hablad, señora.

—¿Después de lo que habeis dicho, qué quereis de mí?

—Yo..... nada, absolutamente nada, señora. Habeis oscurecido mi porvenir; le habeis convertido de sereno y plácido, en tempestuoso y terrible; dejadme, pues, en medio de esos relámpagos y rayos, mientras vos permaneceis á la tranquila luz de una aurora serena y sin sombras. Bien sabeis que siempre os he visto grande y noble; así os quiero ver en adelante; quiero que la bella imagen que guardo yo en mi pecho, sea hermosa y pura. Sed, pues, de otro, todo vuestro amor dádselo á él; dejad sólo la piedad para mí. Mientras vuestra vida sea feliz, no me mireis; mas si algún día el dolor viene á sentarse á vuestra puerta, acordáos de mí, y si mi sangre toda pudiere ahorraros una lágrima, os aseguro que no la verteréis. Adios, Athenais, adios. Ya no debemos vernos.

—Deteneos un momento, Escipión, exclamó Athenais, levantándose impetuosamente y mirando al romano con arrogancia. No se dirá, jamás, que yo os he dejado salir de aquí con una sospecha en vuestro corazón. Me había ofrecido á mí misma callar; pero en vista de vuestro dolor y de vuestras injustas palabras, hablaré, y recordad bien las mias una por una.

Escipión, la miró sorprendido; jamás había visto tanta majestad en su semblaute, tanta serenidad, tanta nobleza. Aquella mujer no podía mentir.

—Tiempo ha que os he visto, Escipión, y siem-

pre os he amado; jamás, en mi pensamiento ha aparecido otra imagen que pudiera borrar la vuestra; vos habeis sido, siempre, el primero en mi corazón. Joven y libre, he pasado en medio de la nobleza romana mis años más hermosos, sin que sintiera palpitar mi seno con un cariño extraño. Os ví, y os amé, bien lo sabeis, y de ninguna manera hubiera preferido á vos otro mortal.

—¿Qué decís?

—La verdad, la verdad pura, tal como se encuentra en mi corazón. Yo jamás he mentido, debeis saberlo, Escipión, y aún cuando en mis horas de fiestas, he podido pareceros indolente y frívola, jamás, os lo aseguro, mintió mi alma. Os dije que os amaba, y os dije la verdad, y os lo repito hoy, en este momento solemne en que mi porvenir se decide.

—¿Pero entonces.....?

— Oh! no me interrumpáis, os diré yo. á mi vez, dejadme concluir.

Huérfana, desde mi infancia, pasé los primeros años de vida en la hermosa Atenas, mi patria, bajo el cielo más bello del mundo, rodeada de todas las seducciones que ofrecen la riqueza y un nombre ilustre. Bajo la vigilancia de un tutor que apenas me miró dos veces, bien podeis suponer si fuí libre, y tanto, que un día, presentándome á él, le dije: os confieso, francamente, que me fastidio en Aténas; quisiera ir á Roma. Y mi tutor, sin oponerse, dispuso mi viaje á Roma. Quince días, después, estaba en la Capital del mundo.

Una tarde, ¿lo recordáis? fuí al anfiteatro Flavio,

donde se daba un combate de gladiadores, con motivo de la elevación de Nerva, al Imperio. Era el quinto espectáculo de este género que se daba al pueblo, desde la muerte de Domiciano Una muchedumbre inmensa llenaba las extensas galerías del vasto edificio. Arrastrada por esa ola viva que se llama el pueblo, me ví, de repente, envuelta en un torbellino de gente ebria, loca de entusiasmo, que corría, para apoderarse de las gradas del anfiteatro, las cuales gemían bajo el enorme peso de tantos millares de espectadores. Vacilante, arrastrada por aquella hirviente marea de séres humanos, iba á caer, y sin duda habría muerto, cuando un hombre, joven todavía, apartó á la multitud, que retrocedió ante él, fascinada por su mirada, y levantándome casi del suelo, atravesó la galería y me condujo á la puerta del *Podium*, detrás del trono imperial.

—Entrad aquí, me dijo precipitadamente, y nada temáis.

Y arrodillándose delante de mí, ató los lazos de mi coturno, que en aquel encuentro se habían desatado.

—¿Aquí? le dije, no es posible, este es el sitio imperial.

—Por eso mismo es sagrado. Os traigo, porque puedo traeros á él; me llamo Trajano, y soy hijo adoptivo del Emperador.

Y tomándome por la mano, se acercó hasta el trono.

—Señor, dijo entonces; permitid que ponga bajo

vuestra guarda á esta joven, que sin mi apoyo, hubiera muerto hoy.

El Emperador se volvió, me miró, y con suave ademán me hizo sentar á su lado.

—Hija mía, me dijo, venid, el César os proteje.

Miré á aquel hombre, á quien el pueblo romano acababa de poner en el más excelso trono del mundo. Era un anciano que revelaba en su fisonomía la bondad de su corazón. En su rostro venerable existía la huella de un pesar profundo, y su mirada serena reflejaba, al mismo tiempo, una conciencia tranquila y pura. Si hubiera visto á mi padre, á quien no he conocido, hubiera sentido á su vista la misma emoción. El Emperador no habló más, y yo me senté al pié de su trono, delante de los caballeros romanos. Algunos me miraban con sorpresa, como preguntándose de dónde me venía aquel inmenso honor. Ese honor no lo había buscado yo; pero os confieso, que sentía una especie de satisfacción interior. El espectáculo comenzó. Varios gladiadores habían luchado yá, y su sangre enrojecía la arena del anfiteatro. Aquel espectáculo atroz me llenaba de terror, y mi cabeza sentía vértigos. Un velo de sangre pasaba por delante de mis ojos, cada vez que resonaba un grito de agonía. Habría querido huir; pero el espanto mismo me tenía inmóvil. Hubo un momento de descanso. Nerva se levantó para retirarse del sitio, y acercándose á mí, me dijo:

—¿Queréis retiraros también?

—¡Oh! sí, le contesté; esto me hace daño. Mi alma sufre con el que sufre, y no hallo placer en ver derramar la sangre humana.

—Teneis razón, me contestó el César, y juro por los dioses inmortales, que mientras yo mande en Roma, no se repetirán estos espectáculos. Venid, hija mía.

Ambos descendimos las gradas del anfiteatro, y al entrar en la litera que los esclavos me acercaron, Nerva me dijo:

—Os suplico vengáis un momento al palacio, porque deseo hablaros. Tengo el derecho de haceros esta súplica, porque si no me equivoco, sois de Grecia como yo.

—Iré, señor, le contesté. En efecto, Aténas me vió nacer, y he pasado todos mis años bajo el puro cielo de aquel bello país.

—Pues venid; hablaremos de nuestra patria y de vos.

Mis esclavos recibieron la orden de conducirme al palacio imperial. Pocos momentos después, penetraba bajo las arcadas de mármol de Corinto, guardadas por numerosa y brillante cohorte.

Entraba, por la primera vez de mi vida, en el espléndido palacio del amo del mundo. El Emperador me habló con bondad, me interrogó sobre mis primeros años, y cuando supo que era huérfana, me manifestó aún mayor benevolencia. Hubo un momento en mi narración, sinembargo, en que observé mayor atención de su parte. Parecía que eso le interesaba notablemente. Sinembargo, guardó silencio.

De repente, gritos deecompasados y ruido de armas, como si hubiera una lucha, resonaron hácia afuera. El ruido creció, y se acercaba. Entonces

Nerva se levantó y se dirijía á la puerta, cuando ésta se abrió con fracaso, y en su dintel aparecieron varios romanos armados, que penetraron en la habitación. Detrás de éstos, otros y otros, y al fin, toda la sala se llenó de hombres feroces, cuyas fisonomías estaban alteradas y revelaban un plan siniestro. Nerva permaneció tranquilo, delante de aquella turba invasora de la sagrada mansión.

—¿Qué quereis? dijo por fin, adelantándose á ellos. ¿Con qué derecho habeis insultado mi persona y profanado mi palacio, penetrando en su recinto sin permiso de vuestro amo?

—Venimos, César, contestaron los hombres, á pediros condeneis á muerte á los senadores que tuvieron parte en el asesinato del Emperador Domiciano. Bien sabeis que el día de vuestra elección también se levantó una voz pidiendo lo mismo, y que si fuistéis elevado al trono, hubo la condición precisa y formal de que habíais de pronunciar sentencia contra ellos. Venimos á reclamar el cumplimiento de esa promesa.

—Os equivocáis, respondió Nerva, extremeciéndose, jamás he hecho yo semejante promesa. Se os ha ofrecido que serán juzgados, y si son culpables, sufrirán la pena de su crimen. Pero condenarlos sin que esté probado el delito, jamás ¿lo entendéis? jamás.

Un murmullo terrible sucedió á estas palabras.

—¿Queréis hacerme vuestro cómplice? añadió el César: no lo seré. Vedme encanecido por la vigilia más que por la edad; no he intrigado para subir al trono; tampoco cometeré un crimen para conser-

le. Dejad, pues, al anciano, el derecho de llevar erguida su frente. Retiráos, pues, y si no quereis hacerlo sin llevar en vuestras garras una presa que devorar, aquí me teneis, matadme á mí.

Y se adelantó, erguido, hácia los asesinos, algunos de los cuales, en su ciego furor, levantaron sus puñales contra el indefenso anciano.

Yo, entonces, casi sin conciencia de lo que hacía, lancé un grito, y corriendo precipitadamente, cubrí con mi cuerpo el cuerpo del Emperador. Pero más rápido aún, un soldado de la guardia imperial, se interpuso, á su vez, entre el puñal de los asesinos y yo.

—A vos no os toca morir, sino á mí, dijo arrogante. Yo soy el soldado del César, y mi deber es defenderlo ó morir por él.

Los hombres retrocedieron bajo la ardiente mirada del joven soldado. La vida del Emperador estaba salvada.

Entonces Nerva, que se hallaba ya rodeado de su guardia entera, sin turbación ninguna, por el peligro que le había amenazado, sereno el rostro, se dirijió al jefe de los conjurados y le habló así:

—Me habeis elejido vuestro rey para asesinarme, bien está. Yo no he buscado el esplendor del trono; si me habeis colocado tan alto, para hacerme el blanco de vuestra saña, si quereis que inaugure mi reinado con un crimen, porque es un crimen lo que queréis que yo ordene, descenderé gustoso de este trono, y volveré á mi patria, libre y feliz, sin el remordimiento de un delito, sin el peso de un crimen. Raza corrompida es la raza romana; yo no puedo

mandarla; elejid otro amo para vosotros; un hombre honrado no puede sentarse en el trono de Roma, sin que las manchas que le cubren, dejen de mancharlo también.

Y lleno de majestad, se abrió paso por entre la alborotada turba, sin que un solo hombre se atreviera á interrumpir el silencio solemne que sucedió á las palabras del Emperador.

Al retirarse, sinembargo, se dirijió á mí, y me dijo:

—Venid, señora, tengo que hablaros aún.

Iba á seguirle, cuando el soldado que había salvado mi vida y la del Emperador, tomándome por el brazo, me dijo rápidamente al oido:

—¿Vos también sois?.....

—¿Qué cosa?..... le pregunté sorprendida.

—Cristiana, me contestó.

—¿Cristiana yo? y por qué suponeis que pertenezca yo á esa secta que las leyes del Imperio reprueban, y que se trata de exterminar?

—He visto á vuestro cuello una alhaja de preciosa materia, pero que simboliza un recuerdo más precioso aún; por ese símbolo se reconocen los hermanos que profesan idéntica fé..... la ví á vuestro cuello, y por eso creí.....

—¿Y cuál es esa alhaja?

—La cruz que lleváis allí.

—¡Oh! sí, le contesté, teneis razón; esta alhaja vale para mí todos los tesoros de la tierra, porque es el precioso legado que me dejó mi madre al morir. Yo no sé qué valor tendría para élla, ni qué dulce recuerdo encerraba; pero lo que sí sé, es que,

viniendo de mi madre, es para mí la más preciosa de mis joyas.

—Guardadla, pues, señora; pues además de ese valor, tiene otro que vos no conocéis, que tal vez conoceréis un dia. Ese talismán sagrado, os ha salvado hoy, no lo dudéis.

Y el soldado, haciéndome un respetuoso saludo, salió del palacio.

Quedé un momento pensativa, recordando las misteriosas palabras del romano. Cuando levanté mis ojos, la sala estaba desierta. El Emperador se hallaba de pié, delante de mí, y me miraba fijamente.

CAPITULO XIII.

La nieta de un Emperador.

Llego al fin, Escipión, tened paciencia.

—Gracias, señora, me dijo el Emperador; gracias por la abnegación con que no habeis vacilado en sacrificaros por mí. Jamás olvidaré que un día habeis puesto vuestro pecho entre el mío y el puñal de un asesino.

—Señor.... balbucié....

—De hoy en adelante, el interés que me inspirábais, se ha convertido en gratitud profunda. ¿Qué quereis?.... ¿qué deseáis? Si algún día abrigáis

un deseo, señora, y si ese deseo puede satisfacerlo el amo del mundo, venid á mí, y por todos los dioses del Olimpo os juro que será satisfecho.

Era tiempo de retirarme. Me levanté conmovida. Ni una sola palabra habría podido hablar; tal era la emoción que me dominaba.

—La última pregunta, antes de retiraros, señora, añadió el Emperador ¿vuestro nombre?

—Athenais, señor.

—¿Athenais, y nacida en Aténas?- ¿El nombre de vuestra madre?

—Mi madre murió, señor, en Pompeya, en la terrible noche en que el Vesubio la cubrió con lava ardiente. Yo no la he visto jamás, pero sé su nombre. Se llamaba Athenais, como yo.

—¿Athenais? ¿Y dónde había nacido vuestra madre?

—En Creta, señor.

El Emperador se acercó con interés creciente.

—¿Vuestro padre?

—Lo ignoro, señor. Huérfana desde mis primeros años, sólo he conocido al hombre que me cuidó en mi infancia, quien lo hacía bajo el carácter de tutor, y nunca me ha querido revelar el nombre de mi padre.

—¿Y no teneis algún recuerdo de vuestra madre? ¿No conserváis alguna alhaja ó prenda que venga de élla?

—Sí, señor, tengo esta cruz.

Desaté, entonces, el lazo que ataba la cruz á mi cuello, y entregué, vacilante, la joya al Emperador.

Nerva tomó la cruz, la miró por todos lados con visible interés, y no encontrando, sin duda, nada que pudiera exclarecer sus investigaciones, incomprensibles para mí, me la volvió á entregar. Sinembargo continuaba pensativo. Había ocultado su cabeza entre sus manos y meditaba. Yo permanecía siempre de pié delante de él. Algunos instantes después, se levantó, y mirándome fijamente, me dijo:

—Por favor, señora, haced un esfuerzo de reminiscencia. Buscad en vuestro pasado, cuando aún érais muy niña, alguna escena de vuestra vida, por insignificante que sea, y tal vez eso será una luz para mí. El nombre de vuestra madre y la época de vuestro nacimiento, son datos que han producido un recuerdo tierno para mí, y por nada en el mundo, quisiera dejar de exclarecer una duda que se ha fijado en mi mente.

La voz del Emperador estaba conmovida. Parecía que suplicaba, y aunque yo no comprendía la causa, sentía, sinembargo, un vehemente deseo de satisfacerlo. Concentré mis ideas, y trasladé mi pensamiento hácia aquella época en que jugaba tranquila con mis amigas de infancia, al pié del Himeto, y pasé, sucesivamente, por todas las faces diversas de mi vida, tan corta sinembargo, haciendo esfuerzos por recordar algún hecho culminante que pudiera servir de punto de partida en las investigaciones del Emperador. ¡Nada, absolutamente nada! Nerva me envolvía con su profunda mirada. Parecía que quería infundir en mi sér su vida entera, para darme más luz, á fin de exclarecer mi

pasado. Pero en aquel momento una voz resonó en las antecámaras, y una palabra pronunciada entre los soldados de la guardia, me hizo extremecer.

—Narni, dijo la voz.

Y ese nombre lo repetí yo, y una escena de mi infancia apareció ante mí, luminosa, como si hubiera pasado en aquel mismo día.

—Señor, señor, dije entonces, ¿habeis oído ese nombre?

—¿Cual? preguntó el Emperador.

—¡Narni!

—Y bien, dijo Nerva ¿qué puede significar ese nombre para vos?

—Señor, contesté, ese nombre trae á mi memoria un recuerdo de mi pasado. Era una noche. La tempestad había estallado con furor, y el viento gemía sordamente, azotando las hojas de los árboles, produciendo un ruido siniestro. Yo era muy niña entonces y, sinembargo, me acuerdo perfectamente de lo que sucedió.

Nerva se había acercado más y me escuchaba con interés creciente.

—En lo más recio de la tempestad, señor, ábrese con estrépito la puerta de mi alcoba, y entra mi tutor acompañado de un hombre empapado en el agua de la tempestad. Venía de muy lejos, pues su respiración estaba apresurada, y casi no podía articular una palabra. Este hombre, era joven todavía; se acercó á mi lecho, me miró tiernamente, y después se sentó á mi lado. Habló largo tiempo con mi tutor, en lengua extranjera, y después se

levantó para retirarse. Pero antes de hacerlo, se acercó de nuevo á mí y, besando mi frente, me dijo al oido estas palabras, que ahora recuerdo con tanta claridad, como si me las acabara de pronunciar:

—"Hija mía, eres muy niña todavía, pero mírame bien. Has visto á tu padre por la primera vez, y tal vez por la última. Guarda, sinembargo, estas palabras que voy á pronunciar, y procura grabarlas en tu memoria. Tu padre se llama Marco, y es hijo de un hombre á quien una secta de gran valía (*) ha vaticinado que será el amo del mundo. Yo no lo veré quizá, pero tú sí. Si lo ves algún día, dile que el último pensamiento de Marco, ha sido para su hija y para su padre. Adiós. I dirijiéndose á mi tutor, continuó en lengua griega:

—Que salga mañana mismo de Narni y de Creta. Llevadla á Atenas, donde está su madre que la espera.

Y salió de la estancia.

Yo había hablado, hasta entonces, sin mirar al Emperador. Cuando terminé mi historia, levanté mis ojos hácia él, y un grito se escapó de mi pecho. La fisonomía de Nerva revelaba júbilo inmenso.

—Athenais, exclamó la sangre ha hablado en vos como habló en mí. El interés que me inspirábais, era fundado en el recuerdo que acabáis de evocar, y ha abierto mis ojos á la luz.

—¿Qué decís, señor?

—Soy un anciano encorvado bajo el peso de los dolores y los años; pero mírame, ahora, y me verás

(*) Los estóicos vaticinaron á Nerva su advenimiento al trono.

rejuvenecido. La dicha hace circular mi sangre libremente por mis venas; el júbilo hace palpitar mi corazón, con el vigor con que palpita en el pecho de un joven de veinte años. ¿Y sabéis por qué? Sois mi hija, Athenais, porque sois la hija de mi hijo.

Y levantándome en sus brazos, con una fuerza sobrenatural, dijo con voz sonora:

—¡Aquí mi guardia!

En un instante llenóse la sala de guardias y de nobles romanos.

—Señores, dijo el Emperador; declaro ante vosotros que he arrogado hoy por hija mía á esta joven, y mando que goce de todos los honores que la corresponden como hija del César. ¿Me admitís como vuestro padre, señora? añadió, dirijiéndose á mí. Vuestro asentimiento es indispensable para la validez del acto.

—Acepto el honor que el César me dispensa, dije yo entonces, y de hoy en adelante le reconozco por padre.

Los nobles romanos se inclinaron.

El Emperador dispuso, entonces, que se extendiera un rescripto donde constara la arrogación con todas las formalidades que exijía la ley, y yo fuí, desde aquel día, la hija del César por arrogación, como era su nieta por la sangre.

Escipión, que hasta aquel momento había escuchado lleno de ansiedad, la relación de la joven, no pudo contener un grito de dolor á las últimas palabras, y levantó su rostro, pálido é inundado de sudor.

—¡Ah, señora! dijo, ya veo claro delante de mí.

Podía ofrecer mi mano y mi corazón á la huérfana de Atenas; pero nunca podría pretender el alto honor de enlazar mi nombre al nombre de la hija del César. El obstáculo está ya muy visible; es un muro terrible, bien lo veo; y sinembargo, añadió el joven con orgullo, y echando hácia atrás los rizos de su cabellera negra, la sangre que circula por mis venas, es sangre tan noble como la sangre de los Césares. Verdad es que la gloria que ha cubierto mi nombre, se ha eclipsado por la ingratitud de Roma; pero yo descorreré el velo que le cubre y le haré aparecer á la vista del mundo en todo el esplendor de su gloria. Yo soy, señora, el descendiente oscuro, es cierto, pero al fin el descendiente de esa raza de hombres que han llenado de brillo las páginas de la historia de Roma, durante seis generaciones, y el nombre de los Escipiones, pasará á las futuras edades, y vivirá tanto como la memoria de los hombres. ¡Necio sería yo, sinembargo, si después de lo que acabo de oir, tuviera aún alguna esperanza en el corazón! Un poco de incienso y un jirón de púrpura eran suficientes para separar dos corazones que se habían jurado amor á la faz del cielo.

Athenais le había dejado hablar sin interrumpirle. Solamente, mientras el exaltado jóven exhalaba sus quejas, ella desarrollaba, lentamente, una hoja de papiro, en que había escritas algunas líneas, y cuando él hubo pronunciado la última palabra, la joven, levantándose, le miró fijamente con una mirada tan llena de majestad, tan impregnada de dulce reproche, tan tierna y tan dolorosa, que Escipión sintió extremecerse todas las fibras de su alma.

—Leed, dijo Athenais.

Y Escipión leyó, turbado y confuso, las siguientes palabras:

"M. C. Nerva, á su amada hija Athenais:

Venid á Roma. El peso de la púrpura me ahoga, y mis piés vacilan en las gradas del trono. He resuelto descender de él para no volverle á subir. Dejo el mando del Imperio á un joven que pueda llenar dignamente tan altos deberes. Mas, como yo deseo hacer feliz á mi hija querida, he resuelto sentaros á su lado en el trono de Roma. Trajano os espera; venid pronto.

El octavo día de las calendas de Agosto."

—¿Y qué habeis contestado? ¿Cuál es la sentencia que me aguarda?

Athenais, desarrolló una segunda hoja de papiro, y leyó ella, entonces, la siguiente carta:

"Padre mío muy amado:

Habéis hablado y estoy pronta á obedeceros; pero al hacerlo, habéis destrozado mi corazón. Nunca os he revelado un secreto de mi alma, y ahora lo hago llena de fé en vuestro amor paternal. Amo, padre mío, y si debiera yo ser algún día la esposa de un hombre, lo sería de él. Ese nombre es digno del mío, y hoy, si por una de las vicisitudes de la suerte, me hallo delante del trono de Roma, él tiene que ofrecerme la gloria con su nombre. Es el descendiente de aquel Escipión que dijo delante de Roma asombrada: "Rechazo el consulado que me ofrecéis, porqne no lo necesito; pero sepa la ingrata ciudad que hoy me acusa,que yo la he hecho rica y poderosa, y durante muy poco tiempo, he hecho

entrar en sus arcas doscientos millones de sextercios, mientras yo me retiro pobre á mi villa de Literno, y la ciudad que tanto he amado, no tendrá ni mis huesos. Llevo un nombre que equivale á todas las glorias. La Historia me apellidará *Escipión el Africano.*" Ved, padre mío, cual es el nombre que se unirá al mío. Pero si siempre disponeis de otro modo, vedme siempre dispuesta á obedeceros."

—¿Esto habéis contestado? exclamó Escipión delirante; y yo que os he acusado y calumniado! Si algo puede excusar mi falta, es porque la he cometido dominado por el vértigo del amor. Perdonadme, sinembago, Athenais, perdonad al pobre loco su temeraria precipitación. Os amo tanto, que mi razón vaciló y hablé como un insensato.

—Nada digáis, Escipión, y tened la seguridad de que en mi corazón, no hay para vos sino profunda ternura y cariño. Siempre os había ocultado el acontecimiento que acabo de referir y que todos ignoran, pues si aparezco como la hija adoptiva del César, ninguno sabe que estoy unida á él por los vínculos de la sangre; pero he debido decíroslo, hoy, para apagar la sospecha que ardía ya en vos. Ahora bien, recordad que os he dicho: mañana parto á Grecia para no volver jamás, y he añadido que hoy sería un día de júbilo ó de infelicidad para mí. Dejadme explicaros también estas palabras.

—Hablad.

—Prometedme ejecutar fielmente lo que voy á proponeros.

—Os lo prometo.

—Pues bien; aquí teneis una carta, que os entrego cerrada. Mientras yo me dirijo á Atenas, encamináos á Roma, y sin deteneros un instante, id al palacio del Emperador; esta sortija que os doy, os abrirá todas las puertas. Hablad con él, entregadle la carta de que sois portador, y encargáos de su contestación. Entonces, sin deteneros un instante, id á Atenas. Os esperaré día por día, hora por hora. Mi corazón abriga la esperanza de que seréis conductor de una nueva que regocijará nuestros corazones.

—Parto ahora mismo, dijo Escipión.

—Esperad aún.....

—Escipión, añadió la joven, en este momento solemne en que vamos á separarnos, quizás para siempre....

El romano palideció.

—Quizás para siempre, repito, amigo mío, porque ¿quién puede responder del porvenir? quiero repetiros una palabra, que ya ha salido, otra vez, de mis labios. Si no me volveis á ver más, si la desgracia nos separa, acordáos de mi recomendación suprema. Si haceis fortuna, empleadla en beneficio de la secta naciente y perseguida, que se llama la secta cristiana; si tenéis algún día poder y valimiento en la córte, protejedla con todas vuestras fuerzas, porque tengo el presentimiento de que mi madre murió cristiana.

—Os lo juro por los dioses inmortales.

—Nó, exclamó Athenais, con esfuerzo; juradme por Cristo cumplir esa promesa.

—Os juro por Cristo, Dios de los cristianos, pro-

tejer con todas mis fuerzas esa secta injustamente perseguida. ¿Estáis contenta?

—Sí, porque sé que lo cumpliréis.

—Ahora, adios, Athenais.

—Adios, amigo mío. Puede ser que al fin seamos felices, y tengan término nuestros dolores.

Escipión se había levantado para retirarse, cuando Athenais, tomando rápidamente una de sus manos, señaló, extremecida, la puerta del *Atrium*. El joven miró hácia ese lado, y á la dudosa claridad que esparcía en la sala la luz encerrada en el globo de alabastro, percibió, distintamente, una sombra que adelantaba con dificultad. Un frío glacial se apoderó de sus miembros, y aunque valeroso, como la raza de que descendía, aquella aparición era tan inesperada, avanzaba en tal silencio, que parecía que se deslizaba sobre el pavimento; había tal solemnidad en su fija mirada, que el joven se creyó el juguete de una alucinación, y cruzó por su mente la idea de una aparición sobrenatural.

—Espero, pues.

La sombra se acercó aún; la luz la iluminó por completo, y los jovenes vieron al fin, delante de ellos un anciano, cuyo tembloroso cuerpo y facciones demacradas, revelaban un desfallecimiento completo. Adelantó algunos pasos más, vacilante, y mirando á los jovenes de una manera extraña, dijo:

—¿Quién habla de dolores delante de mí? ¿quién desespera cuando yo confío? Dejad al espectro que hoy se presenta delante de vosotros, jóvenes llenos de dicha; dejadle, os digo, desarrollar en vuestra

presencia unas cuantas páginas de su vida llena de tormentos y combatida por recios huracanes; y no le digáis *atrás*, como le han dicho tantos otros, sin haberle escuchado antes.

Y con una energía de que no se le habría creido capaz, sacudió, con movimiento rápido, su capa raída, humedecida con el rocío de la noche.

Los dos jóvenes olvidaron sus propios dolores, y contemplaban llenos de sorpresa y de terror á aquel hombre que parecía salido de la tierra, como una aparición fantástica.

—He sido joven como vosotros; pero joven como era, sufrí mucho. Yo he visto desaparecer á mi padre adoptivo envuelto en la lava de un volcán, y ahogado por la ceniza que vomitaba la tierra por la boca inflamada del Vesubio, en un día de luto para la Campania; y como él era todo para mí, quedé solo en el mundo, sin amigos, sin familia y sin hogar. Ingresé en el Ejército, y después de haber servido con la abnegación más completa, y expuesto la vida cien veces en servicio de la patria y del César, soy separado del Ejército, y arrojado ignominiosamente al medio de la calle y reducido á la mendicidad. Los pocos amigos me abandonan en mi desgracia, y viéndome solo en Roma, resolví salir de Italia y dirijirme al Africa. Un recio huracán azota el buque á su partida, y más tarde soy abandonado en una playa desierta, mientras mi esposa era arrebatada de mis brazos, víctima de una infame traición. Solo, en medio de una selva inculta, levanto en mis brazos á mis dos hijos, tiernos niños, y me interno en el bosque. Un rio me detiene en mi camino; re-

suelvo atravesarle, dejo á uno de mis hijos en la orilla, levanto en mis hombros al segundo y emprendo, á nado, la peligrosa travesía. Deposito mi dulce carga sobre el césped, y cuando regresaba para conducir al otro que me tendía los brazos y lloraba, veo con espanto, á un león que arrebata al uno, y una loba que se apodera del otro.

El hombre enjugó, con el reverso de su mano, dos lágrimas que brotaron de sus ojos, levantó éstos al cielo con expresión sublime de conformidad, y continuó:

—Solo, ya, en el mundo, continué mi marcha con el corazón desgarrado, y atravesando una parte del Africa, á pié, mendigando el pan, que muchas veces se me negaba, durmiendo sobre las baldosas de los templos, recibiendo la lluvia del cielo sobre mis miembros ateridos, y los rayos ardientes del sol, que han tostado mi piel y la han ennegrecido. Ayer he caminado durante muchas horas; y,sin alimentarme, me he acostado á la orilla del camino; hoy he vuelto á tomar el báculo del peregrino, he andado mucho tiempo, también, y llego aquí desfallecido, muerto de hambre y de sed, pues en esta devoradora tierra, ni un manantial brota de su seno, y os digo: ¿Queréis darme un pan? ¿queréis apagar mi sed con unas gotas de agua?

Y tendió su mano enflaquecida y trémula á los dos jóvenes, que le miraban profundamente conmovidos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I.

Fé.

Pasado el primer momento de sorpresa, la joven griega levantó sus hermosos ojos, y fijando su límpida mirada en aquel anciano, que temblaba de inanición y de cansancio, le dijo:

—¿Quién sois, y como os llamáis? Pero antes, sentáos, os lo suplico. Descansad, mientras os preparan algún alimento. O mejor, añadió incorporándose, hablaréis después de haber cenado.

Y levantándose, precipitadamente, se dirijió á las habitaciones interiores, murmurando:

—¡Yo he visto á este hombre!

Escipión quedó solo con el mendigo.

Pocos momentos después, y en el mismo atrio, el pobre anciano, satisfacía su hambre, servido por Athenais, con la solicitud é interés que infunde la desgracia en toda alma elevada y noble.

En seguida, dirijiéndose á Athenais, y después de darle las gracias por la hospitalidad que de ella había recibido, añadió:

—Satisfaré á vuestras dos preguntas, señora. Quién soy, os lo ha revelado la triste relación de mis infortunios: soy un desgraciado en la tierra; un hombre, cuya vida ha sido un largo y doloroso martirio, pero que no cambiaría esa vida por la opulencia, esplendor y gloria del que se sienta en un trono.

—¿Qué decís?

—¿Mi nombre, continuó el anciano, sin contestar, directamente á la pregunta de Athenais, mi nombre, señora? He tenido dos nombres, como he tenido dos fases en mi vida, como he tenido dos existencias. En la primera, me llamé Plácido; entonces fuí grande de la tierra; el brazo del César, el soldado de fortuna. Mi nombre se repetía en los salones de los palacios; una mirada mía llenaba de orgullo á aquel en quien se fijaba; ocupaba el primer lugar en los festines, y hubo día en que mi litera era llevada en hombros de nobles romanos. El Emperador me llamaba su amigo, y la corte entera aplaudió un día mi triunfo, cuando en carro dorado hice mi entrada en Roma, llevando sobre mi cabeza la corona de laurel del vencedor; porque fuí

soldado, y gané batallas, y serví á mi patria, conquistando pueblos que sometí á su dominación. Pero llegó un día, y el hombre de fortuna, ante quien todos se encorvaban, salió de su palacio, proscrito y miserable, sin apoyo y sin hogar; y comenzó, desde entonces, la segunda existencia, existencia de dolores, de tormentos y de agonías. Y así como cambié de vida, y así como cambié de fortuna, mudé también de nombre, y el soldado Plácido se llama hoy Eustaquio, es decir, "varón fuerte," para que mi segundo nombre me recuerde, cuando vacilo, que tengo otra misión, como tengo otra existencia, y me haga fuerte cuando me sienta sucumbir. Y, sinembargo, señora, me siento feliz, mil veces más feliz,con mis andrajos, que envuelto en el manto de púrpura; dichoso cuando una palabra de desprecio resuena en mis oídos, mil veces más dichoso, que cuando las aclamaciones de un pueblo entero me llamaba padre de la patria.

—No os comprendo, dijo Athenais, asombrada.

—Justo es que no comprendáis; mas por medio de una parábola, os daré una sencilla explicación. Héos aquí vos misma, en este espléndido palacio, rodeada de brillo fascinador, descansando vuestra mirada sobre los mosáicos y dorados; aspirando el perfume de las flores de vuestros jardines, la suave fragancia del aroma que se desprende de vuestras lámparas de alabastro; haciendo una señal,ser comprendida de vuestros esclavos que previenen vuestros menores deseos; dejando la huella de vuestros piés sobre ricos tapices de Arabia y de Persia; alimentándoos con los más escojidos y raros platos,

que á fuerza de oro os traen de los extremos de la tierra; mirando el sol al travez de trasparentes cristales, que dejan pasar su brillo sin que les pueda atravesar el calor que abruma; suavemente reclinada en el invierno, durante la estación cruda de las nieves, sobre muelles cojines, dormir tranquila al calor de estufillas de plata, mientras otros séres se agrupan al pié de los pórticos para darse calor unos á otros, y tuercen sus manos de desesperación, y exhalando gemidos que se hielan al salir de los labios; toda esta dicha, todo este bienestar, señora, pero, al mismo tiempo, teneis vuestros ojos sin luz, apagados para siempre, sin poder contemplar jamás el sol brillante, la luna apacible y serena, las estrellas que centellean en el firmanto azul, las flores, cuyo perfume aspiráis, pero cuya forma y colores no veréis; el canto armonioso de los pájaros, pero no su vistoso plumaje; oir la voz amada, pero sin que vuestras órbitas vacías puedan mirar jamás ese rostro querido. Y mientras sumergida en esa noche eterna, pasáis vuestras horas de insomnio y de tristeza, oir el canto de la mendiga, que pasa delante de vuestro palacio, recojiendo con la una mano los andrajos de que está vestida, pero mirando, al mismo tiempo, con sus claros ojos, la rica, variada y hermosa naturaleza que la rodea, decidme, señora, ¿os cambiarías con la mendiga?

—Sin vacilar respondo *sí*, contestó Athenais.

—Pues bien, señora, dijo el anciano, yo era antes el opulento romano, sin luz en mis ojos; ahora soy el mendigo que vé. ¿Comprendéis por qué soy más feliz?

—Misterioso sois, añadió la joven, y vuestra parábola no me ha dado una gran luz; porque vos no habéis sido ciego en vuestra opulencia y no comprendo por qué, gozando de la dicha, inmensa es cierto, de ver, durante vuestra privanza, os encontréis más feliz, habiendo perdido esa privanza.

—Ciego fuí, señora, no lo dudéis, y ahora veo; hay ceguedad en el alma, como hay ceguedad en el cuerpo: no es siempre la más brillante pupila la que más claro vé.

—Pues bien, no os exijo que me aclaréis este punto, que no alcanzo á comprender: decidme, tan sólo, si vos recordáis haberme visto en alguna otra parte, porque creo yo, á mi vez, haberos visto yá en Roma.

—En efecto, señora, vuestras facciones no me son desconocidas. Y en verdad, vos fuísteis, si no me engaño, la noble romana que se interpuso entre el emperador y las espadas de los asesinos, en aquella conjuración contra el César.

—Verdad es, contestó la joven. Escipión, añadió, hé aquí el soldado romano que salvó mi vida. Sed su amigo, pues sin él Athenais habría muerto.

—Desde hoy sois mi hermano, dijo Escipión, estrechando con efusión la mano al anciano, porque no solamente habeis salvado la existencia de esta joven, sinó la mia. Si ella hubiera muerto, habría muerto yo también.

Athenais le dió las gracias con una mirada, y sus manos se estrecharon silenciosamente.

—Os digo lo mismo, continuó Athenais, dirijiéndose á Eustaquio. Mañana comenzaré un largo viaje: voy á Atenas. Acompañadme. Voy sola;

sed mi apoyo y mi guarda. Que vuestro infortunio cese: os ofrezco un asiento en mi mesa, una habitación en mi palacio, un lugar en mi corazón. ¿Aceptáis?

—Gracias, señora, contestó Eustaquio; pero yo tengo una misión que llenar. Busco á mi esposa y mis hijos, y les buscaré hasta encontrarles.

—¿Pero no decís que vuestros hijos han muerto?

—No, señora, desaparecieron; pero sé que no han muerto. Cruzaré el mundo de un extremo al otro, atravesaré los mares, me internaré en las selvas; pero yo he de encontrar á mis hijos y á mi esposa. Abrigo esta esperanza en mi corazón.

—Pues bien, no os detengo. Solamente para que os pueda ser más facil esa peregrinación, me permitiréis ofreceros algún oro. Es la amiga quien os suplica le aceptéis, sólo como un medio que os facilite llevar á cabo vuestra obra.

—Acepto, señora, con gratitud lo que me ofrecéis. Dadme ese oro con el cual podré continuar mi triste y dolorosa marcha. Bendígaos el cielo por tanto bien, y que seais siempre dichosa.

—Dormid esta noche en mi palacio, y mañana seguiréis vuestro camino. Descansad ahora.

Y llamando á uno de sus esclavos, hizo conducir á Eustaquio á un pabellón aislado, donde se le había preparado un muelle lecho para su descanso. Sobre un rico mueble incrustado de marfil, había una bolsa llena de oro.

Era el dón de Athenais.

Eustaquio cayó de rodillas, y dió gracias á Dios en fervorosa oración. Después se levantó, y diri-

jiéndose á una ventana ojival que daba al camino, se puso á contemplar el cielo azul, engastado de estrellas, esos diamantes del trono de Dios, y respiró con placer el aire puro de la noche, embalsamado con el perfume de las violetas y jazmines que abrían sus pétalos para recibir el suave rocío nocturno.

Poco después, oyó una especie de quejido ahogado; y, fijándose en la dirección en que lo había oido, vió una sombra de mujer que adelantaba penosamente, medio oculta por la sombra de un muro que se alzaba frente á la ventana.

Esa mujer sufre como yo, pensó Eustaquio; aliviémosla en cuanto nos sea posible. Comparta el pobre con sus hermanos la limosna del rico.

Y tomando una moneda de oro del pequeño saco, la hizo caer á los piés de aquella mujer. El ruido la hizo levantar la cabeza, vió una sombra que se apartaba de la ventana, se inclinó, tomó la moneda, lanzó un grito, y desapareció en la oscuridad.

Eustaquio, entonces, cerró la ventana, hizo una nueva oración y se acostó, no sobre el mullido lecho, sinó sobre el mármol del pavimento.

Mientras tanto, Escipión se despedía de Athenais, para dirijirse inmediatamente á Roma; llegó á la orilla, entró en la barca; volvió á oirse el cadencioso canto de los remeros y, poco después, barca y remeros desaparecieron á la vuelta del río.

El canto se oyó aún algun tiempo, como un eco quejumbroso, que se fué debilitando lentamente. Más tarde reinaba ese imponente silencio de la naturaleza dormida, interrumpido tan sólo por esos ruidos débiles y sordos, que no se sabe de dónde vie-

nen, ni qué causa los produce, y que tal vez son la voz de séres desconocidos, que el hombre jamás ha visto.

Athenais enjugó una lágrima, y comprimió un sollozo que subía como una ola de lágrimas de su pecho, y dijo en voz tan baja que ella misma no la oyó:

—Madre mia, cuya sombra vela por mí, vela también por él.

Y entró en sus habitaciones, seguida de sus esclavas, á las cuales dijo:

—Mañana saldrémos para Atenas; preparad lo necesario para la marcha. Retiráos: ahora quiero estar sola.

CAPÍTULO II.

El último de los Escipiones.

Era día solemne. La corte de Roma, esa corte brillante y fastuosa, estaba de gala, y las avenidas del palacio imperial se hallaban cubiertas de pueblo, que rugía como ruge el mar en una tempestad.

La voz robusta de las masas, aún en sus horas de de alegría, impone.

Aquel día, Nerva iba á dividir con otro el trono que había ocupado durante veintidós meses, y la diadema imperial debía ceñir las sienes de Trajano, hijo adoptivo del César.

El pueblo iba á adquirir otro amo, y gozaba. Al fin tenía el espectáculo de una fiesta, é iba á ver qué tal llevaba la corona y el manto de púrpura el nuevo rey. Las distracciones de los pueblos tienen siempre algo de lúgubre, pero no sabemos si son más lúgubres las del poderoso. La risa del pueblo es franca á veces; ¿sucederá lo mismo con la del magnate?

En el atrio del palacio, los senadores arrastraban sobre los finos mosaicos sus largos mantos de púrpura;los pretores cruzaban las galerías, adornados con su toga pretesta;allí estaban los ediles,los cuestores, los tribunos militares, los triunviros, y por último los tribunos del pueblo, quienes, en la época á que se refiere nuestra historia, no conservaban yá el menor prestigio, habiendo perdido el elevado carácter que investían durante los Cónsules. Los emperadores se apoderaron de la autoridad tribunicia, y desde entonces el César fué llamado el gran tribuno. Pero el pueblo aún conservaba esos magistrados á cuya sombra creía conservar los derechos, que yá había perdido; y,aunque él permanecía sobre el embaldosado de las calles, sufriendo el sol y la lluvia, se resignaba, viendo á sus tribunos bajo la la techumbre dorada y hollando los mármoles del pavimento. Creía de ese modo tener derecho á su parte de sombra en el palacio, á su lugar en el festín. Y no murmuraba,y se contentaba,por eso,con la sombra que proyectaban los altos muros del edificio, y sastifacía su hambre con las miajas que le arrojaban por las ventanas.

Nerva apareció,por fin, en el atrio, y todos los senadores y demás magistrados saludaron profunda-

mente. El emperador llevaba á su derecha á Trajano, con quien iba á dividir el imperio del mundo.

Sentóse el anciano, y con una emoción que se revelaba en su voz, dijo:

—Padres de la patria, ediles, cuestores, triunviros, y tribunos del pueblo: SALUD!

"Escogido por el senado y el pueblo para suceder á Domiciano en el trono de Roma, acepté sin vacilar, esperando que los dioses me acordarían la fuerza y energía suficientes para llenar cumplidamente tan altos deberes. Mas, encontrándome cercano á la tumba y deseando dar á Roma una nueva prueba de mi afecto, he resuelto sentar á mi lado, en el trono, á Trajano, mi hijo adoptivo, para que, durante mi vida, le divida conmigo, y después de mi muerte haga feliz al pueblo gobernándole con justicia y engrandeciéndole cada dia más. Os presento, pues, á mi sucesor."

—Viva Trajano! esclamaron los senadores levantándose impetuosamente; ¡viva Nerva!

"Hay más, padres conscriptos, continuó el emperador con voz aún más conmovida. Trajano no sólo revestirá hoy el manto imperial, sinó que adornará el trono de Roma con la más preciosa joya que le haya adornado jamás. Mi hija adoptiva, Athenais, será su esposa y, desde hoy, la emperatriz de Roma. He enviado un mensagero á Grecia, y muy pronto estará entre nosotros. Recibidle, aclamadle, porque por su belleza, talentos y virtudes, es digna de ocupar un trono."

Una inmensa aclamación sucedió á estas palabras.

Pero á esa aclamación se mezcló un ruido sordo,

como una especie de lucha, en una de las puertas que daban acceso al atrio.

Un hombre cubierto de polvo, y sus vestidos en desorden apareció, y adelantándose rápidamente, se detuvo delante del trono imperial, donde se inclinó profundamente, y esperó:

—¿Quien sois? dijo Nerva.

—Señor, contestó el desconocido, sin responder directamente á la pregunta: hé aquí la llave poderosa que debía abrirme todas las puertas de vuestro palacio. Escudado con ella he penetrado hasta vuestra sagrada persona, á pesar de la oposición de la guardia que me estorbaba el paso.

Y, adelantándose aún, presentó respetuosamente al César una sortija de topacios, de rara y elegante forma.

—Esta sortija es de Athenais, dijo el emperador. ¿os envía ella? Sed bien venido. ¿Venís de Grecia? ¿La habeis visto? Hablad.

—Estaba en Timelia, cerca de Utica, sobre la costa de Africa; ahora debe hallarse en Atenas. La he visto, señor, y os traigo una carta que debe enteraros del objeto de mi venida.

—Dádmela.

—Héla aquí, señor, añadió el joven.

Y, pálido como un espectro, entregó al Emperador la perfumada carta, cuyo contenido él sabía.

Nerva desarrolló la hoja de papiro, y leyó lentamente la carta de Athenais, en medio del silencio de los circunstantes.

Después, volvió á enrollarla sin hablar, sin que un

sólo músculo de su fisonomía revelara la conmoción de su alma.

Escipión esperó.

El emperador se sentó en el trono, y entregó á Trajano, que estaba cerca de él, la hoja de papiro.

—Señor, dijo Escipión, con voz temblorosa ¿qué debo contestar? Salgo ahora mismo para Aténas, donde debo encontrar á vuestra hija adoptiva; ¿qué le diré?

—¿Qué debeis contestar? Yo lo haré cuando á bien tuviere hacerlo. ¿Sabeis por ventura el contenido de esta carta?

—Sí señor.

—¿Lo sabeis? Pues me alegro; seréis entonces la carta viva que yo envíe. Decidla que la espero para hacerla ocupar el primer trono del mundo. Que deseo verla para hacerla feliz. En cuanto á aquel sueño de que me habla, decidla que al despertar, yá no se acordará más de él

—Señor....dijo Escipión, vacilante como una estatua arrancada de su base.....no era esa la respuesta que ella esperaba.

—Lo sé.....pero esa es la que yo envío. Ahora bien.....estais cansado de vuestro largo viaje, debeis prepararos para el que emprendeis hoy..... retiráos, pues, á descansar.

Escipión sentió herido su corazón. No sólo era la negativa, sinó el desprecio. Su alma noble se rebeló contra esa humillación; luchó un momento, y tomando una resolución desesperada, en lugar de retirarse, avanzó un paso hácia el trono.

—¿Qué haceis? dijo el emperador, sorprendido.

—Una palabra aún, señor, dijo Escipión, cuya fisonomía tomó una expresión de energía que hizo impresión en los circunstantes. He atravesado el mar lleno de huracanes y de abismos; he cruzado el desierto, envuelto en su candente arena; he luchado con los elementos, contento siempre y satisfecho mi corazón, porque abrigaba una esperanza, y esa esperanza era mi fuerza. Vos la habeis hecho desaparecer, y me siento sucumbir. Llamo, pues, en mi auxilio todas las fuerzas de mi alma, para deciros, delante de vuestra corte entera, lo que aún era un secreto entre vos y yo. Athenais me ama, señor. ¿Queréis que sea mi esposa?

Nerva palideció.... la audacia de aquel hombre era inaudita..... había lanzado un reto al César delante de la nobleza romana; había revelado el esclavo lo que el amo quería ocultar. Aquello era un crimen horrible.

Levantóse.

Paseó una mirada irritada por aquella multitud de cabezas encorvadas, se fijó por último en Escipión, que permanecía tranquilo como un mártir, esperando la sentencia que debía fulminar contra él el soberano, y con voz reposada le dijo:

—Podría aplastaros bajo mi planta, como un gusanillo que sois; pero seré clemente. Os perdono vuestra audacia, no por vos, sinó por mi hija querida; pero retiraos. Athenais nunca será la esposa de un advenedizo, porque yo la reservo más espléndido porvenir, y no sereis vos quien destruya el bello sueño de mi vida: Entre ella y vos existe un abismo

que todo vuestro oro y toda vuestra opulencia no podría llenar.

—Sé cual es ese abismo, señor, dijo Escipión, en lengua griega, que muy pocos de los circunstantes comprendieron. Dignáos concederme un momento de audiencia á solas, porque aún me permitireis deciros algo que debe quedar guardado entre vos y yo.

Los ojos de Nerva lanzaron llamas. Sin embargo, hizo una seña, y todos los nobles romanos, inclinándose profundamente, salieron uno por uno de la estancia imperial, ardiendo en vivos deseos de saber lo que iba á pasar entre esos dos hombres, de los cuales el uno era el amo y el otro el esclavo.

Nerva quedó solo con Trajano, á quien hizo sentar á su lado.

Escipión permaneció de pié.

—Hablad ahora; dijo el emperador. He dicho que entre vos y Athenais existe un abismo. ¿Sabeis cuál es ese abismo?

—Lo sé, señor, Athenais es vuestra hija por arrogación, pero es vuestra nieta por la sangre porque es la hija de vuestro hijo Marco.

—¿Lo sabíais? dijo el emperador, trémulo de furor. ¿Quién os lo ha dicho?

—Lo sabía, señor, y básteos eso.

—Muy temerario sois, entonces, si sabiéndolo, aún os atreveis á continuar en vuestra insensata pretensión.

—¿Y por qué no? César de Roma, continuó Escipión, decidido á llevar á cabo una lucha en que jugaba el porvenir y á arrostrar la cólera del emperador: podeis hacerme morir, pero me oiréis aún. He

dicho ¿pórqué no? y voy á probároslo. Mi nombre, señor, no os es desconocido, y bien sabeis que soy tan noble como el hijo de un rey. Nobleza de muy distinto género, es verdad, porque es nobleza adquirida por mis abuelos en los campos de batalla, y sellada sobre sus cuerpos en cien cicatrices gloriosas. Me llamo Escipión, señor, y este nombre se halla grabadó con letras de oro en el gran libro de la historia de Roma. Un Escipión conquistó la Lucania; otro Escipión venció y se apoderó de Córcega y Cerdeña; otro tomó la ciudad de Panorma, y otro batió á los cartagineses y tomó á Castulón y Sagunto. Un Escipión hizo la guerra en la Galia Cisalpina, y un Escipión reconquistó la España entera, y venció á Aníbal en Zama. Un Escipión, por último, señor, se apoderó de la ciudad de Numancia, después de una resistencia vigorosa y prolongado sitio; y yo, que os hablo, he luchado, también, varias veces, contra los enemigos de la patria, y he vencido. Decidme ahora, si soy el miserable gusanillo que se aplasta, ó el gigante que encierra, con su nombre, la gloria de seis generaciones, y si no puede haber alianza entre el soldado que se llama Escipión y vuestra hija adoptiva, cuando sólo teneis que ofrecerle un girón de púrpura que recojísteis ayer, y un trono carcomido y cuyo contacto puede manchar la virginal pureza de vuestra hija querida.

—Audaz sois, dijo Nerva, y muchos habrían pagado con su vida tan insolente discurso. Habéis abusado, porque estais escudado con el amor de Athenais. Retiraos, y no abuseis de mi clemencia, ni jugeis con mi cólera. La cólera del César es la

tempestad que derriba los árboles y siembra por doquiera el espanto. Como Júpiter, yo tengo rayos en mi mano, y puedo lanzaros uno que os reduzca á polvo. Fuera, pues, y olvidad ese insensato amor; ha sido un sueño; así debeis creerlo porque así lo quiero yo.

Y Nerva pronunció aquella última frase, con tal energía y poder, que el joven romano conoció que no había esperanza alguna para él.

—HO ANTHROPOS EUERGETOS PEPHUKOS, dice un proverbio en vuestra hermosa lengua. Señor, *el hombre es naturalmente benévolo*, y con más razón el César y el padre. En nombre, pues, de vuestra hija, cuyo infortunio haceis, no labreis nuestra desgracia, porque responderéis de las consecuencias como padre y como César.

—Si tan bien conoceis la lengua de Homero, debeis haber oido aquel otro proverbio que dice: GNOTHI SEAUTON, que vertido al latín significa: *Nosce te ipsum.*

—Señor ¿á quién aplicais aquel proverbio: á vos, ó á mí?

Nerva sintió un sacudimiento eléctrico ante aquel insulto. Pero dominando su ira se levantó y en silencio señaló la puerta al romano, con tal magestad, que el intrépido joven sin poder resistir aquella mirada de fuego, se dirijió hácia la puerta sin articular una sola palabra.

Cuando hubo desaparecido, Nerva se dirijió á Trajano, quien durante este largo diálogo, no había abierto sus labios, y mirándole fijamente:

—¿Que decís á esto, señor mio? ¿Se os ha pegado

la lengua á las fauces,que no habeis podido hablar?

—No señor, pero.....

—Pero.....

—Ese hombre ha defendido su derecho en campo leal. Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo.

—Decís.....

—Que habría hecho lo mismo,señor.Quereis luchar contra el amor; mal haceis; esa lucha es desigual, porque vos sois un hombre, y el amor es un dios.

—Venceré, sinembargo.

—No lo digo yo solo, sino un proverbio latino: *Omnia vincit amor*, y en la palabra *omnia*.....

—¿Qué?

—Entran los Césares, á pesar de su trono,de su cetro, de su corona.

Y Trajano,levantándose tranquilamente, añadió:

—Podíais darme un trono y me lo habeis dado; pero darme un corazón, no conseguireis con toda vuestra omnipotencia. Ese hombre que ha salido, puede más que vos y más que yo.

Y salió lentamente del aposento, dejando al emperador sumergido en una profunda meditación.

Al llegar al umbral de la puerta, Trajano se detuvo, y mirando á Nerva de una manera estraña:

—¿Quereis que os dé un consejo sobre lo que debeis hacer, señor?

—¿Cual es?

—Terminad el pensamiento del poeta de Mantua, y conformáos con él.

—¿Cómo?

—OMNIA VINCIT AMOR, dice Virgilio.

—¿Y bien?

—ET NOS CEDAMUS AMORI.

—Jamas! contestó Nerva.

Trajano saludó profundamente y salió, murmurando en voz baja, pero que sin embargo fué oido por el emperador:

—Si Athenais le ama, no seré yo quien labre á un tiempo la desgracia de aquella joven, la de su amante y la mia.

CAPITULO III.

Tarde siempre.....

Escipión salió del palacio imperial, llevando la muerte en el alma. La esperanza que había abrigado su corazón lo abandonaba, y en su lugar entraba la sombría desesperación. Todas sus ilusiones, todo ese porvenir risueño que comtemplaba á lo lejos, y que debía embellecer su existencia, había desaparecido, quedando sólo el negro velo del luto y del dolor que la envolvía en sus fúnebres pliegues, oscureciendo, borrando todas sus ilusiones, esas estrellas del puro y azul cielo del alma. Su vida estaba en adelante sin porvenir: yá

no existía el lazo de flores perfumadas que le ataba á la vida; ese lazo se había arrancado violentamente, y las flores yacían marchitas sobre la fria tierra; la mujer, la única mujer que le había mostrado la felicidad, se iba y le abandonaba; de pié en el umbral del templo de la dicha, le hacía señas de adelantarse y atravesarle con ella, pero una mano de hierro le detenía diciéndole:

—Atrás!

Y la puerta se cerraba, y él quedaba solo en medio de una noche tempestuosa y horrible, mientras la mujer á quien él amaba, desaparecía detrás del umbral bendito.

Pensó en morir.

Pero después pensó en luchar.

El que muere sin luchar es cobarde.

El que triunfa luchando es héroe.

El que muere luchando es mártir.

Y si no podía ser héroe quiso ser, mártir antes que cobarde.

Resolvió, pues, luchar contra el emperador, contra Trajano, contra todo el mundo; defender su amor contra todos los obstáculos que se le presentasen, y vencer; sostenerse de pié, como los antiguos héroes, quienes cubiertos de heridas, se enderezaban aún pujantes, aunque el frio de la muerte invadiera sus miembros é infundían así exámines, el pavor entre las huestas enemigas; como los gigantes, que al tocar la tierra, adquirían nueva fuerza, vigor nuevo.

Tenía, en su favor, una égida poderosa, más poderosa, que todos los obstáculos.

El amor de Athenais.

Con ese amor se encontraba fuerte. Y al recordar que poco antes quería morir, tuvo vergüenza de sí mismo.

—Si así pienso, se dijo, efectivamente que no soy digno de ella. Un cobarde no debe amar á esa mujer.

Y como yo la amo, no debo ser cobarde; no debo, pues, morir.

Viviré.

Pero debo hablar con ella. He ofrecido ir á Atenas, donde me espera.

Y sin vacilar más, tomó el camino de Ostia. Algunos dias después, entraba al amanecer en la ciudad de Minerva, y se dirijía rápidamente, á una espléndida casa en las faldas del Pireo.

Allí debía encontrar á la hermosa griega.

Pero, con asombro indecible, vió que la casa estaba cerrada.

Llamó, y nadie le respondió.

Volvió á llamar, y el eco sólo respondía. El sol doraba ya la cima del Pireo, y los habitantes salían de sus casas, y la calle, poco antes silenciosa, comenzó á animarse.

Algunos se detenían; viendo al joven de pié, frente á aquella puerta, y cuyo rostro revelaba una desesperación sombría.

¿Quién será? se decían, y ¿qué buscará en esta casa?

Escipión, mudo como la estatua del dolor, contemplaba aquellas puertas cerradas, que debían haberse abierto á su llegada, tan pronto como el soni-

do de su voz hubiera penetrado en el interior. Pero había llamado, y la casa permanecía cerrada. ¿Qué habrá ocurrido, pues?

Por último, uno de los transeuntes, acercándose al joven, le preguntó:

—¿A quién buscais?

—¿Quién vive aquí? dijo Escipión.

—Pocos dias há, contestó el griego, vino una hermosa joven, se hospedó en esta casa, y permaneció en ella encerrada, sin haber podido saberse quién era. Acompañábanla dos esclavas, y durante el tiempo que la ocuparon, ni la joven, ni sus esclavas volvieron á atravesar el umbral. Mas no hace dos días, aparecieron algunos nobles romanos, y en nombre del emperador entraron. Lo que ocurrió no sabemos; pero algunas horas más tarde, la joven, escoltada por los nobles, salió del palacio y no ha vuelto.

—¿Qué decís? interrumpió Escipión.

—Lo que habeis oido, joven extranjero, es lo que ha sucedido. Es inútil, pues, que os molesteis en llamar, porque n die os abrirá. Si quereis, venid á mi casa, os ofrezco una buena habitación y por un precio muy módico.

Escipión no contestó

Permaneció absorto, contemplando la casa cerrada, con una especie de estremecimiento.

—¿Qué habrá ocurrido aquí? se preguntaba, ¿quién ha venido en nombre del emperador? Yo no he tardado en mi viaje, he venido sin detenerme en parte alguna y hé aquí, que á pesar de mi precipitación, llego después.

Y su corazón se oprimió con un doloroso presentimiento.

Quedó un momento pensativo y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

¿Qué debo hacer ahora? se dijo por fin. Si han llevado á Athenais por orden del emperador, deben haberla conducido donde él está. El está en Roma: debo, pues, volver á Roma. Adelante, entonces; y luchemos cuerpo á cuerpo, y mientras haya una gota de sangre en mis venas, y un rayo de luz en mi inteligencia y mi sangre, se emplearán únicamente en hacer triunfar mi amor.

A Roma!

—Oidme antes: dijo una voz en su oido.

Escipión se volvió sorprendido.

—Oidme antes, repitió un hombre envuelto en una larga capa, tomando por el brazo al joven romano.

Venid conmigo,

El joven se dejó conducir.

Llegaron ambos á una callejuela extraviada, y aún solitaria en aquella hora matinal. El desconocido se sentó sobre un banco de piedra, é hizo seña á Escipión de sentarse á su lado.

—¿Quién sois, y qué me queréis? dijo el romano.

—Inútil es que os diga quien soy; lo que os importa es saber lo que voy á deciros:

Hace dos dias pasaba por la calle que acabamos de atravesar, y ví frente á la casa á donde habeis llamado, inútilmente, una litera escoltada por algunos hombres. Miré á la casa, y ví á una esclava que me hacía señas. Sorprendido, me acerqué aún más y viendo que la señas se repetían, y no quedándome

duda de que se dirijían á mí, me encaminé á la puerta para entrar, cuando una seña imperiosa de la esclava me hizo comprender no era por allí por donde debía entrar.

Vacilé, entonces; mas comprendiendo que podría necesitarse de mí, vista la mirada suplicante de la joven, dí la vuelta al edificio, buscando otra entrada. En efecto, en una de las paredes laterales, había una pequeña abertura, y una blanca mano, que salía de aquella abertura, me hizo una nueva señal. Me acerqué, entonces, y un momento después giró una enorme piedra, dejando un espacio suficiente para entrar; entré, la piedra volvió á su lugar; y yo, siguiendo á la esclava, me encontré, poco después, delante de una joven de maravillosa hermosura y que lloraba.

—¿Qué deseáis, señora, le dije, y cómo podré yo enjugar vuestras lágrimas? Me habéis hecho llamar, sin duda, y héme aquí ¿en qué puedo serviros?

La joven me miró fijamente, permaneció un momento en silencio, mas tomando de súbito una resolución:

—No os conozco, dijo, y probablemente vos no me habeis visto jamás. Sé, sin embargo, que sois hombre de honor, y cumpliréis el encargo que os haga, porque es la súplica de una mujer cuya alma sufre hondamente. ¿Seréis bastante bueno para asegurarme que no vacilaréis en atender á mi súplica?

—Hablad, señora.

—Pues bien; soy una noble hija de Grecia, que por motivos poderosos, tiene hoy mismo que ir á Roma. Dentro de muy poco tiempo, debe venir un

joven romamo, creyendo hallarme aquí; encontrará cerrada una puerta que esperaba sería abierta á su llegada, y quiero instruirle de los motivos de mi rápida marcha. He aquí una carta que debe serle entregada por segura mano. ¿Atenderéis á mi súplica? ¿la entregaréis?

—Dadme esa carta, señora; y os prometo que se cumplirá vuestro deseo.

—Héla aquí, y los dioses os protejan. Ahora, adios, porque debo partir inmediatamente. ¡Pueda yo algún día recompensaros el servicio que me prestais hoy!

—Y esa carta, dijo Escipión ¿dónde está? Dádmela, os suplico.

—Aquí está. Pero escuchadme aún, primero.

—Dádmela, y después os oiré; pero dádmela pronto.

El hombre sacó una pequeña carta y la entregó á Escipión.

Escipión arrebató, más bien que tomó, la carta de Athenais, y leyó temblando las siguientes palabras:

" Amigo mio:

" Nerva me llama, y no puedo oponerme á sus órdenes. Cúmplase, pues, la voluntad del César, aunque sea mi sentencia de muerte. Compadecedme, y no os desesperéis. ¿Quién sabe lo que nos reserva el porvenir? "

—¡Que no me desespere! ¿y qué espero yo en la tierra? Mi porvenir tenía un punto luminoso, hacia el cual me dirijía. Apagóse aquella luz; he quedado á oscuras; si por desgracia encuentro algún

abismo y me hundo en él, ¿culpa no es de la tiniebla que me rodea? ¡A Roma, pues! y si Athenais no ha tenido valor para arrostrar la cólera del César, yo le tendré y lanzaré mi reto tremendo al hombre que no contento con mandar el mundo, quiere aún disponer de los corazones de sus esclavos. ¡Le haré ver que nací libre, y que á mi corazón sólo un lazo le aprisiona, y es la gratitud; sólo una esclavitud admite, y es el amor. El ha roto el primero, despreciándome delante de su noble corte; él ha pretendido arrebatarme el objeto de mi cariño, y tal vez lo ha conseguido. ¡Venganza, pues! Yo le haré conocer que aquí en mi pecho palpita un corazón de noble estirpe, y que la sangre de los Escipiones aún no se ha enfriado en mis venas. A Roma!

—Alto! imprudente joven; no es así como se adquiere la gloria, no es así como se triunfa. La venganza es ridícula é inútil. ¿Y de quién os vengaréis? ¿de Nerva, es decir, del abuelo de la joven que amáis? Porque yo también sé vuestro secreto, y os hablo con el interés de un verdadero amigo. ¿Y lograréis, de ese modo, ser jamás el afortunado esposo de Athenais? No, jámas; porque entre ella y vos se interpondría el anciano de quien os habríais vengado, porque ese anciano era su padre adoptivo. ¿De Trajano? y ¿cuál es la falta de aquel joven extranjero, nacido en la península ibérica, si hoy ciñe una corona que llevará con gloria, os lo aseguro, y si le ofrecen por compañera en el trono á la más hermosa de las mujeres de Grecia é Italia? ¿Debe rechazarla, sólo porque á vos no os

acomode que él sea su esposo? Ridícula pretensión sería por cierto. Si más tarde, y convencido de que ella os ama pretendiese aún imponerla su voluntad y obligarla á recibir su mano, entonces podríais valeros de otros medios para impedir la desgracia de Athenais y la vuestra, pero nunca emplear la fuerza ¿entendeis?

—¿Y quién sois vos, para mezclaros en un asunto que no os interesa, en dar un consejo á quien no os lo pide?

—Id á Roma, continuó el extranjero sin hacer caso de la interrupción del joven, y presentáos á Trajano. Levadle esta carta, añadió; creo que con ella seréis mejor recibido que antes, y puede ser que tomen mejor giro vuestras pretensiones; pero, en todo caso, dejáos de recurrir á la violencia. Sería inútil y peligroso para vos.

—Emplearé este medio conciliatorio, os lo prometo. Llevaré la carta, pero si nada consigo.....entonces.....

—Entonces debeis morir de dolor, pero morir con honor. En vuestra familia no hay una mancha. ¿Queréis ser vos el primero en mancillar la pureza de vuestro nombre?

—Pero si así yo no puedo vivir.....

—Moriréis. Vale más que Athenais llore al muerto que sucumbió como hombre honrado, y no al vivo que sucumbió vencido por la pasión y cubrió de cieno su nombre.

—Basta ya de consejos que no os pido. Dejadme continuar en mi camino, sin detener mi marcha, ni aún para impedir que me precipite á un abismo.

Libre soy, y por los dioses que no consentiré mientras viva, el enlace de Athenais con otro hombre, aún cuando debiera .....

—Calláos y no pronuncieis una palabra que os haría despreciable á mis ojos. Si todas mis reflexiones son inútiles, si no quereis dar oidos á los consejos de un hombre, que os los ofrece para vuestro bien, yo os impediré que seais aún más que desgraciado.

—¿De qué modo?

—Poniéndoos en la imposibilidad de vengaros.

—¿Y cómo lo impedireis? exclamó el joven, avanzando un paso hácia el estranjero, y mirándole con ademán sombrío.

—Pronunciando una palabra que os sorprenderá, y os hará abrirme los brazos, en lugar de amenazarme. Yo os protejo, y os haré feliz, por vos y por la joven que os ama. No exijáis más, porque ahora es imposible añadir una sola sílaba.

—Misterioso sois, pero respeto vuestro misterio. Voy a regresar á Roma y os ofrezco conservar la calma necesaria, mientras no haya grave peligro; pero si el momento llegare en que Athenais vaya á entregar su mano á otro.....entonces.....

—Estaré yo á vuestro lado. Partid tranquilo, y que los dioses os sean propicios.

Los dos hombres se separaron, y Escipión emprendió solo su viaje hacia la capital del mundo.

CAPITULO IV.

La ultima lágrima.

La noche se acercaba, y el joven después de varios dias de precipitada marcha, atravesaba agitado, la campiña romana, presa de una profunda melancolía. Divisábanse al horizonte los palacios de la imperial ciudad, envueltos en la bruma de la tarde, como gigantes fantásticos, y más cerca, y en el primer término de aquel sombrío pero bello paisaje, aparecía la choza humilde de un pastor, y sobre ella se elevaba una blanca columna de humo que en graciosas espirales subía al cielo, indicio probable de que aquella choza estaba habitada.

Escipión avanzaba penosamente; un mundo de ideas bullía en su mente, mientras se acercaba á la ciudad donde pronto debía decidirse su porvenir. Las palabras del extranjero le infundían cierta esperanza; pero desconfiaba también. ¿Quién será ese hombre? ¿Cómo podrá protejerme contra dos emperadores? Ridícula y necia vanidad, sin duda, ofrecerme su apoyo, cuando á mí, que puedo más que él, nada me es dado esperar. Tengo fortuna, juventud, ilustre nombre, y sin embargo mi porvenir se estrella ante la voluntad de un hombre, ¿cómo podrá él dominarla? Pero aquel aire de seguridad con que habla.....aquella mirada franca y leal..... ¿esperaré aún?

Miró un momento la choza que se elevaba, al borde del camino, y un suspiro exhaló su pecho.

—El hombre que habita aquella cabaña es sin duda, feliz. ¿Qué importa que viva pobremente, y duerma sobre un poco de paja, si su alma, que es lo único noble que hay en su sér, es dichosa? ¿De qué me sirven los salones dorados, los espléndidos palacios, mis jardines, mis esclavos, si mi corazón gime, si mi existencia es una existencia dolorosa? Cambiaría mi palacio con su cabaña, mi muelle lecho con su lecho de tosca paja, mi opulenta servidumbre con su pobre rebaño, si en cambio pudiera también abrigar bajo el mismo techo, y libre de zozobras, aquella cabeza querida que hoy pretenden abrigar bajo el purpúreo pabellón del trono de Roma. Pero nada.....debo sufrir, y.....callar.

Quedó un momento contemplando tristemente la

humilde morada del pastor, y continuó su interrumpida marcha.

—Es tarde, añadió, pero debo esperar la noche para entrar en Roma. Descansemos, pues, un rato, en esta cabaña; y sea ese pastor mi huésped. Puede ser que algo sepa de lo ocurrido en Roma y tal vez me sea conveniente enterarme antes. La puerta está entreabierta, entremos.

Mas, al poner el pié en el umbral, un grito terrible se escapó de sus labios, y quedó clavado en el sitio, como si hubiera echado raices su cuerpo en aquel lugar.

Dentro de la pobre cabaña, y tendida sobre el mísero lecho del pastor, había una joven, tal vez muerta ya, tal era su palidez; y, á la luz incierta del crepúsculo, Escipión reconoció á Athenais.

Nadie más había en la cabaña.

Toda la sangre se agolpó al corazón del joven á este espectáculo, y vacilante como un hombre ebrio, avanzó hasta el pié del lecho.

No se había equivocado. Aquella joven era Athenais, y estaba muerta.

Para ciertos dolores no hay lágrima. La intensidad del sufrimiento las absorbe, como la intensidad del calor absorbe en una hoja de acero candente la gota de agua que cae sobre él.

Miró á la muerta, y sin conciencia de sí mismo, cayó de rodillas delante del cadáver.

Transcurrió una hora. Al crepúsculo había sucedido la noche, y las tinieblas invadían la humilde morada.

De repente, un hombre se presentó en el umbral

con una antorcha de secas yerbas, y una luz vacilante se extendió, iluminando aquel fantástico cuadro. Su mirada se fijó colérica y terrible sobre aquel que lloraba al pié del lecho fúnebre.

Era Trajano, el prometido esposo de Athenais.

Pasó un momento. La mirada fija de Trajano se detuvo sobre el romano, y de su pecho salió un ronco gemido, semejante al llanto de la hiena herida por el venablo del cazador.

—Tú la has muerto! exclamó por fin impetuosamente, tú la has muerto! Tu amor ardiente ha dejado tan profunda huella en el corazón de Athenais, que en su lucha entre el amor y el deber, sus fuerzas se han agotado, y ha sucumbido al dolor. ¿Quién os llama aquí? ¿venís aún á estorbar mi enlace con ella? Pues bien, retiráos, es ya inútil vuestra presencia; un cadáver sólo necesita un poco de tierra que le oculte á la faz de los vivos. Y, como en mi justa cólera puedo vengarme de tí, huye pronto y no te expongas á ella, joven presuntuoso y cobarde.

Escipión levantó sus ojos humedecidos con el llanto, y mirando fijamente al emperador, le dijo con voz apagada.

Cobarde yo! ¿Hay cobardía en el sér ignorado que ha gemido en silencio, que ha llorado en medio de su desesperación, sin más testigo que el azul cielo y la tierra árida que con su llanto ha regado? Cobarde yo! cuando he amado en silencio, y mientras el César disponía de su mano en vuestro favor, de la mano de Athenais que es mía, yo solo he tenido por lote el aislamiento y la soledad! Cobarde

yo! si las fuerzas del alma se midieran por los extremecimientos del dolor, que no mata, pero que tortura, estoy seguro de que soy el gigante mayor de la tierra entera. Cobarde yo! ¿quien será más cobarde, Trajano: la víctima que se endereza bajo el pié que la oprime y destroza, ó el ladrón que roba á la víctima el único bien que posee, cuando ese ladrón puede disponer de los tesoros de un mundo? Yo soy la víctima, vos....el ladrón. No me llameis cobarde, pues; llamadme mártir.

—Yo no os he robado vuestro amor, como decís; me he sometido únicamente á la voluntad soberana del emperador. Apenas conocía á aquella joven y no la amaba. ¿Quién os ha dicho que procedí contra vos? En mi sangre hay nobleza como en la vuestra, y allende el mar nací en tierra tan noble como la tierra en que vos nacísteis.

La Iberia fué mi patria, y vine á Roma por orden de Nerva. ¡Nunca la hubiera dejado! Yo también amaba, como vos; pero sacrifiqué mi amor á la obediencia que debo al César! Vos debíais haber hecho como yo, y entónces no habríais llorado sobre su cadáver; y si no hubiera sido vuestra esposa, al menos la hubiérais contemplado radiante de juventud y de belleza, sobre el primer trono del mundo; pero vos la habeis sacrificado, y en lugar de huir de la corte romana y hacerle olvidar vuestro amor....

—Hacerle olvidar mi amor! prefiero llorarla muerta! Pero ¿cómo se encuentra aquí, en esta cabaña y vos también? Hablad, señor, hablad.

—¿Qué derecho teneis para interrogarme? ¿Quién debe preguntar aquí: vos ó yo?

—Señor....os lo pido en nombre de mi dolor.

Tan suplicante era la mirada del joven que el emperador se conmovió.

—Un hombre debía adelantarse á la comitiva, por orden mía, para avisarme su llegada y venir yo á su encuentro. Recibí hoy el aviso, y vine solo á esperarla. Poco después apareció la litera, pero tan lentamente avanzaba que tuve necesidad de adelantarme para encontrarla. Dentro de ella venía la joven, pero, según me aseguraron los que la acompañaban, hacía dos dias que sufría mucho. Inquieto, sobremanera, me acerqué á la litera y la encontré desmayada. Dí voces; los hombres que la escoltaban me ayudaron á trasladarla á esta cabaña, porque temí no podría llegar á Roma en el estado en que se encontraba, é inmediatamente les hice partir á todos, en diferentes direcciones, en busca de hombres de ciencia. Aquí me he quedado solo, porque he querido atenderla, yo mismo, y mientras yo había subido sobre aquella colina para espiar su regreso, vos habeis venido. ¿Qué ha sucedido, pues, decidme vos ahora, y cómo la encuentro muerta en tan poco tiempo, cuando yo sólo la dejé desmayada?

—Ignoro, señor; la veis como yo la encontré. Entré poco há, y ya la ví muerta.

Y un sollozo se escapó del pecho del joven, mientras miraba con ternura el rígido cadáver.

—Llorais, dijo el emperador conmovido, ¿mucho la habeis amado, pues?

Una sonrisa se dibujó en los labios del joven,

mientras toda su sangre afluyó al corazón con tal fuerza que iba á estallar dentro de su pecho.

—¿Si la he amado? Preguntad á la flor si ama al rayo de sol que la colora y dá perfume; preguntad al pez si ama al líquido elemento donde respira y fuera del cual se ahoga y muere; preguntad al ave si ama la tranquila brisa donde apoya sus alas para elevarse á las alturas; pero....no....no pregunteis nada, porque nadie pudiera contestaros.... ¡Si la he amado! ¿pero no sabeis que era mi vida?

Y mirando de nuevo al rígido cuerpo que yacía inmóvil, se arrodilló, y tomando una de sus frias manos....¡Athenais, dijo, me preguntan si os he amado!

—Bien, dijo el emperador, os lo creo; pero ya veis que ha muerto: por consiguiente nada debeis esperar. Retiráos, pues, y lloradla en silencio; justo es que lloréis su muerte, pues la habeis amado tanto.

Escipión se irguió terrible.

—Os equivocais, señor....el alma ha abandonado ese despojo mortal, es verdad; pero queda su cuerpo que es mio: yo le conduciré á su morada, yo cerraré sus ojos, yo encenderé la pira donde ha de consumirse, yo recojeré sus cenizas, yo regaré esas cenizas con lágrimas, en lugar de los perfumes que le aguardan, yo guardaré esas cenizas y construiré un templo de oro para depositarlas, y después moriré al pié de su tumba. Ya veis que me falta mucho que hacer.

Y levantándose, de nuevo, alzó el cadáver en sus brazos, como hubiera alzado el cuerpo de un niño.

Trajano le miró sorprendido.

—¿Estáis loco? dijo adelantándose.

—¿Loco yo?....sí, estoy loco de dolor....pero os aseguro que tengo suficiente cordura para ahogar en mis brazos al que pretenda detenerme, ¿lo oïs?.. Solos estàmos, emperador de Roma; y soy más fuerte que vos....Atrás os digo, ladrón de mi dicha.... atrás!....plaza os digo!

Y apoyando la cabeza del cadáver sobre su hombro, y acercando el corazón helado de la muerta á su corazón lleno de vida y de dolor, salió de la cabaña, sin mirar atrás. Diez pasos más lejos se sentó sobre una piedra, y poniendo el cuerpo sobre sus rodillas, comenzó arrullarlo como una madre arrulla á su hijo para hacerle hacerle dormir en su regazo. Un canto dulce y triste salió de sus labios, mientras mecía en sus brazos á la muerta. La razón iba lentamente desprendiéndose de aquella alma fuerte.....

Trajano la contemplaba desde lejos con emoción profunda.

—La amaba mucho, se dijo....¿qué derecho tiene el hombre para separar dos corazones que se aman? El amor, que es la mayor de la fuerzas que se conocen....arrancarle de un corazón, equivale á pretender separar dos astros que giran en el espacio atraidos el uno por el otro, y obligarles á seguir en curvas diferentes. ¿Quién puede luchar con lo imposible?

Y permaneció un momento silencioso.

Pocos instantes después, un hombre vestido pobremente, apoyado en un largo y nudoso palo, apa-

reció al recodo del camino. Vió el grupo de los dos jóvenes, se acercó, tomó el brazo de Athenais, interrogó el impulso, buscó la vida bajo aquellos párpados cerrados, y alzando la voz dijo con acento solemne.

—Esta mujer no está muerta.

Dos gritos contestaron á esta exclamación. Escipión, loco, delirante, abrazaba á aquel hombre que había pronunciado esas palabras salvadoras, y Trajano, haciendo acercar su litera, puso suavemente en ella el cuerpo de la joven; y el grupo extraño de aquellos tres hombres, siguió detrás durante la marcha hacia la ciudad de Roma.

—Sois médico? preguntó Trajano al anciano.

—Sí, señor, contestó éste.

—¿Cómo os llamais?

—Calpurnio, señor.

—Pues bien; yo que os hablo, emperador de Roma, os ofrezco, si curais á esta joven, tal poder, que sólo yo sea superior á vos en la tierra entera.

—Yo curo á mis enfermos, señor, contestó Calpurnio descubriéndose; pero jamás recibo un óbolo.

CAPITULO V.

En las galias.

Eustaquio había salido de la dorada mansión de Athenais, antes que el sol hubiera aparecido en el horizonte. Gracias al dón de la joven, pudo continuar su piadosa peregrinación, sin muchas dificultades. Rocorrió una gran parte del norte de Africa, sin recibir el más pequeño indicio, sin encontrar la más pequeña huella de los seres queridos que buscaba. Volvió, entonces, sobre sus pasos, resuelto á viajar siempre, mientras conservara un soplo de vida y de fuerza. Llegó, por último, á Antioquia, bella ciudad, cuyo esplendor en

aquella época rivalizaba con las ciudades de Atenas y Roma.

Permaneció algunos dias en aquella espléndida ciudad; pero un secreto instinto le hizo empuñar de nuevo el báculo del peregrino. Su alma atormentada por el dolor no le permitía un momento de reposo, y su corazón le decía, siempre que se detenía en algún lugar:

—Adelante!

Y él, dócil á aquella voz, decía á su cuerpo cansado:

—Adelante!

Y sacando nuevas fuerzas, iba adelantando, sin llevar una ruta determinada, sin detenerse casi en las poblaciones que recorría.

Viajó largo tiempo. Una noche, mientras su cuerpo fatigado descansaba apenas sobre la piedra dura de las gradas de un templo pagano, su alma vagaba en las regiones superiores, y los recuerdos del pasado humedecían sus ojos de lágrimas: un secreto impulso, una inspiración súbita hizo levantar su cabeza.

Le pareció haber oido pronunciar una palabra, y esperaba ver á la persona que la había pronunciado. Nada: silencio y soledad le rodeaban por todas partes. Sin embargo, allá en lo íntimo de su alma, oyó por segunda vez la misma voz, que decía claramente:

—Anda á Roma!

—A Roma! exclamó. ¿A Roma, el teatro de mis desgracias, la ciudad de donde he salido proscrito y miserable; la ciudad opulenta donde mientras se

adula al poderoso, no hay un pan para el mendigo; la ciudad de los placeres para unos, y de tormentos para otros; á Roma, donde en fango vil, se huella la virtud, el honor y la justicia? ¿Qué haré yo en Roma?

—Anda á Roma, repitió la voz.

Eustaquio se levantó.

—Vamos, pues, á Roma, exclamó. Obedezco toda inspiración que viene de arriba, con la humildad del que cree y espera en vos, oh Señor! Si vos lo ordenais, hágase vuestra augusta voluntad.

No estaba lejos de la gran ciudad; dos dias después entraba en ella y se hospedaba en una de las más pobres hosterías.

La débil luz de una lámpara, hacía apenas visibles los objetos en aquella miserable vivienda. Sin embargo, Eustaquio distinguió en uno de los extremos de la habitación, un hombre envuelto en una ancha capa, cuyo rostro estaba oculto en la penumbra. Sentóse á su lado, y permaneció silencioso. No pasó mucho tiempo sin que el desconocido hiciera un movimiento, y observando que había otro huésped allí, dirijió hacia él su mirada.

Los dos hombres se vieron y se reconocieron.

—Calpurnio! esclamó Eustaquio, ¿vos aquí?

—¿Sois vos, Plácido, dijo Calpurnio, levantándose y acercándose á Eustaquio, sois vos, en este traje, en esta humilde morada, vos á quien he visto lleno de honores en la corte de Nerva?

—Dios lo ha querido, contestó Eustaquio; hágase su voluntad.

—Así sea, repitió Calpurnio. ¿Y de dónde venís?

—Vengo de Africa.

—Y yo de las Galias, amigo mio. Desde la última vez que nos vimos juntos en casa de Salustia, ¡cuántos acontecimientos no han sucedido! ¿Y vuestra esposa? vuestros hijos?

Eustaquio lanzó un gemido.

—Han muerto, contestó.

—Muerto! ¿y vos habeis caido en la desgracia del César?

—Pido de limosna el pan que como.

—No la pediréis en adelante, porque me acompañaréis. Vivo solo, y os ruego aceptéis mi casa y mi mesa.

—Gracias, Calpurnio; pero no puedo aceptar por mucho tiempo. Soy un peregrino, que debe tener siempre el báculo en la mano, y marchar hacia adelante. El reposo no puede sonar para mí, sino en el sepulcro.

—Hágase lo que querais; pero mientras permanezcáis en Roma os ofrezco mi humilde mesa y mi pobre hogar.

—Acepto así. Pero decidme, ¿venís de las Galias? ¿Habeis visto á Dionisio?

—Le he visto morir, contestó Calpurnio palideciendo.

—Morir!

—Morir, amigo mío; morir con el valor del héroe, con la abnegación del mártir. Oid esta historia, dolorosa por cierto, pero llena de ejemplos para los que viven y de lecciones para los que desconfían de la voluntad divina. Oidme Plácido, y si teneis dolores, esta historia será el bálsamo que los calme,

como ha calmado los mios. La angustia y el tormento han desaparecido de mi corazón, y una santa conformidad existe en mi alma desde el día feliz en que el bautismo, regenerando todo mi ser, me hizo otro hombre, y me obligó á levantar la vista hacia el cielo, en lugar de inclinarla hacia la tierra, á buscar el espíritu en lugar de llorar el cuerpo.

—Sois cristiano? esclamó Eustaquio, alborozado. Bendita sea la Providencia divina!

Y levantándose abrazó tiernamente á Calpurnio.

—Sí lo soy, contestó Calpurnio. Al fin mis ojos se abrieron á la luz, y ví. Pero como era ciego de nacimiento, necesité de una curación maravillosa, y Dios, en su infinita misericordia, ha tenido compasión del pobre ignorante, y ha dado luz á sus ojos y fé á su alma.

La muerte de Dionisio, ha realizado aquella obra. Testigo de su vida pura, de sus virtudes austeras, lo fuí también de su muerte gloriosa. Predicando con el ejemplo en medio de pueblos bárbaros, cada dia un triunfo nuevo alcanzaba el apóstol y rápidamente iba creciendo la legión cristiana, que se congregaba en las criptas al pié de la cruz, símbolo de eterna dicha y memoria de inefable bondad. Pero un dia, el augusto anciano, fué arrebatado de aquel lugar de paz y de oración, y llevado ignominiosamente ante los tribunales, que le condenaron porque era justo, y le sentenciaron á muerte porque era santo. Azotaron su cuerpo horriblemente, aherrojaron sus manos y sus piés, priváronle del alimento, y después de tan cruel tratamiento, un heraldo anunció al pueblo una diversión nueva: iba el tribu-

nal á proporcionarle la dicha inmensa de ver morir á un hombre.

Ese día llegó; y yo tuve valor de ir á presenciar el cruel suplicio.

Todavía no era cristiano, pero sentía desgarrado mi corazón al pensar en la muerte de Dionisio. Quise verlo por la última vez, y aunque con gran dificultad pude hacerlo pocas horas antes de que le condujeran al tormento. Me arrojé á sus piés, reguélos con mi llanto, gemí; pero Dionisio, tranquilo, resignado, dichoso quizás, tomó una de mis manos, y señalándome el cielo que se veía por las ventanas de la prisión, me dijo con acento profético:

—Allá voy, y allá os veré. No lloreis, Calpurnio, alegraos, porque llegó la hora de participar del banquete sagrado. Mi asiento está vacío, voy á ocuparlo. Largos años he suspirado por la llegada del día solemne en que debiera presentarme ante el Señor; y hoy será ese día. ¿Por qué gemir? Cuando en medio del asombrado aréopago, las tinieblas un día invadieron la sala, mientras los sabios de Atenas, estremecidos, no articulaban palabra, yo hablé, y hablé inspirado por Dios: lancé el dilema tremendo, y no erraron mis labios. Hoy también os hablo, Calpurnio, y os digo: allá en el cielo os aguardo; voy á morir hoy, pero mi alma transfigurada, hermosa, radiante de dicha y de felicidad, contemplará hoy á Dios: creed como yo, regeneraos por el bautismo, que es la vida, y día llegará en que las puertas del cielo se abrirán también para vos.

Yo lloraba.

Forzoso fué, sin embargo, separarnos. Al despedirme por la última vez de Dionisio, el venerable anciano se acercó á mí y me dijo con voz tranquila:

—Deseo que esteis presente á mi suplicio; no falteis.

Le hice aquella oferta terrible, y la cumplí.

Pocas horas después, el mártir, delante de un inmenso pueblo, se inclinaba sobre el tajo, y el verdugo cortaba aquella noble cabeza, mientras un alarido inmenso del pueblo cubría los aires, como una reprobación palpitante de aquel horrendo crimen.

Pero entonces sucedió una cosa inaudita y que hizo retroceder á las masas dominadas por un terror santo. Aquel cuerpo sin cabeza, Plácido, aquel cuerpo muerto á la vida terrestre, aquel cuerpo sangriento y destrozado, se puso en pié en medio de aquel inmenso pueblo, adelantó algunos pasos, se inclinó, recogió con las muertas manos la pálida y yerta cabeza, y en medio de un solemne silencio, avanzó en dirección á mí, con paso tranquilo, grave uniforme. Estremecido, palpitante, llenos de lágrimas mis ojos, salí al encuentro de aquel cadáver vivo, y recibí en mis manos el precioso depósito, ofrenda sagrada que debía conservar como un precioso y santo recuerdo.

Eustaquio oia esta sorprendente relación con asombro mezclado de júbilo. No dudaba, creía en la verdad de la narración, y su alma, llena de fé, sentía la emoción suprema. Pendiente de los labios de Calpurnio, oía, como en un éxtasis, aquella maravillosa historia, y como si no existieran los lazos

de la materia veía con el alma aquella escena, tal cual la refería ese testigo ocular.

Calpurnio continuó.

—Un estremecimiento corrió por la muchedumbre, al presenciar tal espectáculo; parecía que el soplo de Dios había pasado por allí, impregnando el aire con el perfume de la santidad; y de todos los ángulos de la inmensa plaza, salió un grito unánime, vibrante, lanzado por todas las bocas, salido de todos los pechos, enérgico y poderoso, que hizo vacilar las columnas de los templos paganos; y aquella multitud, á un tiempo, como dominada por una fuerza sobrenatural, cayó de rodillas esclamando: "Gloria á Dios!" sublime palabra, que debió subir como un himno de inmensa armonía hasta el trono del Señor.

Plácido, amigo mio, aquel fué un hermoso día. Veinte mil personas creyeron en Jesús, y París desde entónces es una ciudad cristiana. El alma del mártir ha subido al empíreo, llena de un santo regocijo, pues al dejar la tierra regada con la sangre del cuerpo que había animado, llevaba consigo la santa satisfacción de dejar cimentada la fé en la hermosa tierra de las Gálias.

Calpurnio se recogió un momento y continuó:

—Desposité con religioso respeto la santa cabeza del mártir, al lado del cuerpo, y acompañado de algunos cristianos, cuando la noche hubo llegado, fuimos á esconder el tesoro en una de las bóvedas de las catacumbas. Allí, delante de esas preciosas reliquias del hombre justo, he orado y llorado mucho, y Dios ha oido mi oración, y ha tenido piedad

de mis lágrimas, porque soy otro hombre y el consuelo visitó mi alma.

Dos dias después de la muerte de Dionisio, é instruido de los dogmas de la fé cristiana, recibí el bautismo.

—Somos, pues, hermanos en Cristo! dijo Eustaquio, estrechando afectuosamente la mano de Calpurnio.

—Sí, amigo mio, y por eso os pido me acompañeis en mi soledad, para que hablemos siempre del mártir que está allá arriba.

—Gracias por segunda vez, pero no puedo aceptar. Hay una voz que habla á mi oido y dirije mis pasos, Ella me ha ordenado venir á Roma; tal vez mañana disponga que salga de nuevo de esta ciudad, y volveré á salir.

—Adios, pues, dijo Calpurnio levantándose; yo voy á cumplir con otra misión. Hace algunos dias, al entrar en Roma, divisé un grupo, compuesto de dos hombres y una mujer: los dos hombres lloraban; la mujer parecía muerta. Me acerque, y reconocí que aquella vivía. Desde entónces visito diariamente á la enferma, y en virtud de algunos conocimientos que poseo en medicina, voy logrando volverla á la vida. Esta es la hora de mi visita, y voy allá.

Los dos hombres se estrecharon de nuevo la mano, y Calpurnio, envolviéndose en su capa, salió del albergue.

CAPITULO VI.

El iris después de la tormenta.

DOS meses habían transcurrido, y las ceremonias para el consorcio de Athenais con Trajano, se cumplían con la exactitud que requerían los ritos religiosos y civiles de la ley. Habían sido consultados los auspicios; y el emperador había ofrecido un sacrificio á Juno, para que fuera esta diosa favorable al proyectado enlace. A pesar de las lágrimas de Athenais y de las súplicas de Trajano, el inflexible anciano no había cedido, y debía cumplirse la orden del amo. Inútil era toda resistencia, y hubieron ambos de plegar ante la volun-

tad soberana del César. El restablecimiento de la joven se aguardaba solamente para dar cumplimiento á la imponente ceremonia.

Llegó por fin ese día. En un estremo del palacio resonaban alegres las músicas y preparábase el festín; en el otro, Athenais acompañada de una esclava, lloraba amargamente, y veía con desesperación acercarse el instante fatal de su eterna desventura. En vano contemplaba de cuando en cuando una hoja de papiro, donde había escritas por mano desconocida estas consoladoras palabras; *no temais que yo velo por vos*; no creía en ellas, y su único deseo era morir al pronunciar el *sí* fatal que confirmaba un enlace aborrecido.

Escipión, por el contrario, permanecía firme como una roca batida por la tempestad. Semejante al marino que lucha tenazmente contra el horrible temporal, había sostenido á su vez una lucha horrenda, y al verse vencido, quizo serlo conservando la dignidad de su raza. El sabía muy bien que aquel dolor debía matarlo, pero quería manifestarse fuerte, y morir sin exhalar un gemido ante la mujer, que iba á sacrificarse por llenar un deber. Seguramente él habría deseado que la enfermedad que atacó á la joven en su marcha á Roma, la hubiera muerto más bien, antes que verla desgraciada, arrastrando un manto de púrpura que debía pesar sobre sus hombros como un sudario, y llevando su cabeza una corona, que debía quemar sus sienes como un hierro candente.

Pero los hados lo habían dispuesto de otro modo, y era forzoso someterse. Y sacando fuerzas de su

mismo abatimiento, resolvió ser espectador de la tremenda ceremonia: quiso ver á la joven que amaba unir su suerte á otro sér; quiso oir la desgarradora palabra que debía destrozar su corazón; quiso contemplarla una vez más, bella, más bella y radiante que nunca, para conservar esa última aparición como un recuerdo querido; quiso en fin, ser testigo de su propia desventura y de la felicidad de su rival.

Fué pues al palacio del emperador.

Llegó la hora solemne.

Comenzó al desfile, tan imponente en las ceremonias prescritas por las leyes romanas.

El matrimonio debía celebrarse en el mismo palacio imperial, por ser la morada del prometido esposo de Athenais.

Cinco hombres iban delante, llevando las teas nupciales; en seguida iba un niño, llevando sobre su cabeza una caja de alabastro, con las joyas regaladas por el emperador á su hija adoptiva; iban después los senadores y servidumbre de Nerva, los tribunos y los sacerdotes, y por último Athenais, en medio de dos apuestos jóvenes, mientras un tercero elevaba sobre su cabeza un hachón de pino encendido. Detrás de la novia iban seis esclavas con ruecas de lana y un huso de estambre, simbolizando el trabajo doméstico á que debe entregarse toda mujer casada (*) y cerraba la marcha Nerva, rodeado de numerosa y brillante comitiva.

Athenais estaba hermosa, soberanamente hermo-

(*) Plinio, VIII, 48.

sa: la palidez misma de su fisonomía la daba un aire tal de nobleza y distinción, que á su aparición un prolongado murmullo de admiración se hizo oïr.

Nerva sonrió: estaba satisfecho de la ovación hecha á su hija.

Vestía la joven una túnica blanca, guarnecida de púrpura, sujeta á su cintura por un lazo de lana blanca; un velo encarnado, sumamente transparente, cubría su rostro, y sus pies iban calzados por sandalias del mismo color, bordadas de ricas perlas. Su abundante y sedosa cabellera, perfumada con exquisitas esencias, iban recogida con un flexible lazo de oro, y una corona hecha de hermosas flores adornaba su blanca frente.

Adelantó la joven con la imponente magestad de de una diosa, y acompañada de toda la brillante comitiva, entró en el aposento destinado á la celebración del matrimonio. Allí la esperaba Trajano, rodeado de sus amigos, y cuya fisonomía pálida contrastaba, singularmente, con el aire apacible y sereno de Athenais. Adelantóse el joven, y saludó profundamente á la que debía ser su esposa: en seguida miró á todos los lados con ansiedad, como buscando alguna persona, y después esperó.

Hubo, entonces, un silencio solemne. Un joven de los que acompañaban á Trajano, adelantóse, llevando en su mano derecha una lanza de oro, y se acercó á Athenais.

Iba á verificarse la primera ceremonia del rito romano para la celebración del matrimonio.

Escipión, entonces, vino á su encuentro, y toman-

do la lanza de oro, de mano del joven, dijo en alta voz:

—Declaro aquí, y juro por los dioses inmoritales, que esta joven es la amiga de mi corazón; voy á perderla para siempre, pero ántes quiero llenar el primero de los ritos en la ceremonia nupcial. Según las leyes, el primero de sus amigos debe hacerlo; yo soy ese, y lo haré.

Y sin esperar más, y con seguro paso adelantó hacia la joven: levantó la corona de flores que adornaba su cabeza, la puso sobre una almohada, que un esclavo llevaba en sus brazos, y deshaciendo el hermoso peinado, hizo flotar sobre las espaldas de Athenais la suelta cabellera. Entonces, con la lanza de oro dividió el pelo en seis partes iguales, y hecha esta operación y separadas esas seis madejas de modo que fuera visible la separación, volvió á ocupar su lugar entre el grupo de hombres que acompañaba á Trajano (*).

Athenais parecía una estatua de mármol. Al ver la prueba de fortaleza que acababa de darle el elegido de su corazón, comprendió que debía ella ser fuerte, á su vez. Dióle las gracias con una mirada, é inclinándose delante de él, como lo exijía el rito, volvió á levantar su hermosa y pálida cabeza, donde estaba grabado el sello de una energía poderosa.

Estaba tranquila: más que tranquila, parecía dichosa.

Pero quien hubiera visto aquellos dos corazones, habría experimentado un estremecimiento. Bajo

(*) Ovid, Fast, II. 50.

aquella tranquilidad aparente había un volcán en cada pecho, y un instante más de prueba les habría hecho estallar.

Trajano, entonces, se acercó á la joven, y poniendo en la mano de ésta una moneda de oro, la preguntó con voz temblorosa:

—Athenais, hija adoptiva del César de Roma, ¿quereis ser la amiga, la compañera, la esposa de Trajano, que es también emperador de Roma?

Hubo un silencio solemne. La respuesta de Athenais, era la consagración del acto. Todos los pechos estaban oprimidos, como si presenciaran una ceremonia dolorosa.

Escipión palideció de tal modo, que su rostro tomó el sombrío color de un cadáver.

Athenais vaciló. Había oido las palabras de Trajano, las había oido, una por una; una por una habían resonado en su corazón, como resuenan los golpes de martillo en el pecho del condenado al tormento, y bien sabía que una sílaba de sus labios, una sola sílaba, era la última palabra de su vida. Detrás de ella había la esclavitud, el deber, la noche sombría y dolorosa, la muerte lenta y desesperada.

Pronunciada esa palabra, ya no podía volver á ver á Escipión; lo que no era una falta, se convertía en un crimen; tenía que hacer desaparecer su imagen de su memoria, rechazarla de su corazón como una imagen maldita; huir del que amaba, y sonreir al que no amaba, porque ese hombre que iba á ser su esposo tenía el derecho de pedirle cuenta de sus

pensamientos; mentir á su conciencia, decir *sí*, cuando el corazón decía *nó*; jurar lo que no sentía; engañar al mundo con una frase mentirosa.

Vaciló, pues, pero armándose por fin de todo su valor, se preparó á pronunciar el *volo* fatal.

Entonces, y antes que hubiera abierto la joven sus labios, resonó una voz que salía de los más lejanos grupos, y se oyeron estas palabras:

—Dí no quiero, porque no lo quiero yo.

Todos los circunstantes se miraron asombrados.—¿Quién había dicho *no quiero*, delante del emperador?

Nerva se inmutó. Adelantó arrogante hacia el grupo de donde había salido la voz, y dijo con pausado acento:

—¿Quién habló aquí?

Un hombre salió del grupo, y se acercó al emperador. Estaba envuelto en una larga capa que le cubría casi enteramente. Uno de sus cantos caía como por casualidad sobre su rostro, que le ocultaba por completo.

—¿Quién sois, y por qué os mezclais en lo que no os importa?.....Guardias! añadió dirigiéndose á los soldados que le rodeaban: tomadle!

—Oidme antes, César. Toda ley, sea divina, sea humana, condena el acto que aquí tiene lugar. El hombre no es el amo de la conciencia, de la voluntad, del amor. Atropellar la conciencia humana, por medio del acto odioso que se sanciona aquí, es faltar á la ley. Y todo aquel que es testigo de una violación de esta ley, tiene el derecho de decir, como yo he dicho:

"Oponéos á la violencia, y no os hagais cómplice y víctima: si el corazón dice *no quiero*, la boca debe pronunciarlo también; ni hay ni puede haber poder capaz de turbar la paz del alma, durante el porvenir: sobre el César está la ley, y sobre la ley, la conciencia humana, la voluntad del ser libre, que se llama el hombre."

Había tanta calma, tanta dignidad en aquel hombre que hablaba, que todos quedaron sorprendidos: Nerva mismo permaneció silencioso; su alma, que era una alma justa, sintió el choque, y conoció que la razón no estaba de su lado.

Athenais se estremeció. Como el iris después de la tormenta, veía dibujarse los colores del arco hermoso que anunciaba la dicha y tuvo ya un momento de esperanza.

El hombre contiuuó:

—Veis esta joven, señor? Bella como las flores de la primavera, como el rocío suave que se desprende de la nube en noche serena, ¿por qué quereis marchitar esa flor, lanzando sobre ella el aquilón de la desventura? por qué quereis hacerla desgraciada? Si la amais, dadle la felicidad por dote, y no un trono que será el martirio de su vida: si la amáis, si esa joven es vuestra hija, ¿porqué preferís verla sentada bajo el solio imperial, y cubiertos de lágrimas sus ojos, más bien que bajo el humilde techo de la pobre cabaña, y con la risa de la felicidad retozando en sus labios? La dicha, señor, no se compra con oro, la dicha no se halla bajo la púrpura, la dicha se encuentra sin buscarla, porque la felicidad es un dón del cielo, y como todo lo que es

celestial, se anida en el corazón, sin que sea necesario engastarla en oro y piedras, sin que sea necesario cubrirla con un manto de escarlata. Dadle la dicha, aun cuando no la deis un palacio, que os lo agradecerá más, y os bendecirá siempre.

La voz del desconocido temblaba ligeramente; se conocía que estaba conmovido. Tal vez si se hubiera visto su rostro, se hubiera reconocido en él la huella de una lágrima.

Nerva replicó:

—Quien quiera que seais, no reconozco en vos el derecho de contrariar mi voluntad: yo amo á mi hija, y deseo por consiguiente hacerla feliz. ¿Quién os dice que no lo será con el esposo que la destino? ¿podéis asegurarme que será desgraciada en el porvenir? Dadme esa prueba, y juro por los dioses que no será la esposa de Trajano; pero si nada podeis afirmar sobre el porvenir de mi hija, en quien os interesais *demasiado* tal vez, dejad hacer, y no os mezcléis en lo que no os conviene.

—La prueba.....la prueba pedis, señor, de que será desgraciada? Mirad su rostro, y pedid aun una prueba más. ¡Vedla, señor!

En efecto, ante esa esperanza que se desvanecía, el corazón de la jóven había vacilado, y una lágrima ardiente brotó de sus ojos y corrió lentamente sobre la enrojecida megilla; poniendo de relieve la angustia de su alma, y dando á su fisonomía la expresión más perfecta y exacta del dolor.

Nerva vió aquella lágrima, y vaciló. Sin embargo, el inflexible anciano había concebido aquel enlace, y dominando el buen sentimiento que llamaba

á su corazón, juró en su interior que la ceremonia continuaría.

Hizo, pues, seña á Trajano, para, que repitiera la fórmula que ordenaba el rito; pero Trajano no la repitió.

—Venid pues, Trajano, dijo Nerva con voz tranquila ya.....

Trajano se adelantó, y tomando de repente una resolución, iba á hablar, cuando el desconocido añadió:

—Habría deseado guardar el incógnito, pero no puedo hacerlo. Aquí hay un poder, señor, que impedirá la sanción del acto injustificable que allí se verifica; un poder ante el cual vacila el poder del César; un poder que aniquila todo otro poder, ya venga de la sociedad, venga del César, ó de la ley.

—¿Cuál es ese? dijo Nerva sorprendido.

—El mio, señor.

—¿El vuestro, exclamó el emperador adelantando, y lanzando una carcajada irónica, ¿el vuestro?

—El mio, señor. Allá en la tienda del árabe errante, como en el dorado palacio del habitante de las ciudades; en medio de la selva donde se alza la cabaña del pastor, y al pié del trono donde se huella la púrpura imperial, existe un poder, que toda ley respeta, que toda religión sanciona. Es el poder del patriarca, del jefe de la familia, del padre. Ante ese poder, no hay quien resista, porque viene directamente de la Divinidad, y por consiguiente es inmutable y eterno. Ese es el mio.

Y alzando rápidamente el extremo del manto que

cubría su rostro, dejó ver ante la asombrada reunión, la noble fisonomía del hijo de Nerva.

—Marco! exclamó el emperador, retrocediendo: ¡vos aquí!

—Yo, señor, respondió tristemente el hijo de Nerva; yo, que he venido para impedir el sacrificio de mi hija. La he seguido paso á paso: he espiado los instantes de su vida con tierna solicitud, y hoy que iba á realizarse en ella el gran problema de la vida de toda mujer, no he vacilado en presentarme ante vos, para deciros:

—Esta es mi hija, señor: y como padre tengo el derecho de hacerla feliz. Destruid, pues, el enlace que la haría desgraciada, y vuelvo á mis montañas libre y feliz. Sois el César, y no os pido oro ni honores; no solicito el mando de una provincia: pido únicamente que deis á mi hija lo que es patrimonio del pobre, lo que la haría dichosa.

Y Marco, conmovido, se arrodilló delante de su padre, quien le miró fijamente.

Athenais, extremecida, presa de una emoción suprema, miraba á su padre, y sólo tuvo fuerzas para caer de rodillas lado de él, exclamando entre sollozos: ¡Padre mio, bendito seais!

Escipión no habló: creyó sólo que era el juguete de una alucinación, y temblaba.

Trajano palideció. La presencia de Marco podía no sólo arrebatarle la esposa, podía tal vez hacerle perder el trono. La aparición del hijo de Nerva, en aquellos momentos, trastornaría, quizás, el imperio.

Marco lo comprendió, y dirijiéndose á Trajano, le dijo dulcemente:

—Vengo por mi hija, Trajano: ¿no es justo que un padre desee hacer feliz á su hija?

Y pasando uno de sus brazos al rededor del cuello de la joven, la abrazó con tan tierna efusión, que todos los circunstantes se conmovieron.

—Marco, hijo mio, dijo por último Nerva: tu presencia aquí me ha sorprendido en gran manera. Sé bien venido. Si por efecto de mi cariño, he creido que el esplendor del trono haría feliz á tu hija, que es también mi hija, vacilo ya, cuando veo que tu voluntad se opone á la mia. Razón has tenido: ante la voluntad del padre, queda sin fuerza la voluntad del abuelo. Amadme siempre y bendecidme, porque yo también os amo y os bendigo.

Y abriendo sus brazos temblorosos, estrechó contra su corazón aquel hijo y aquella nieta, formándose un grupo encantador del abuelo, del hijo y de la hija del hijo, circundado de una aureola de cariño, tan pura, tan hermosa, como el arco brillante que en el cielo forma el rayo del sol al través de las cristalinas gotas, arco espléndido que augura la bonanza.

Cuando levantó de nuevo su cabeza, los circunstantes vieron conmovidos deslizarse una lágrima por la arrugada megilla del anciano.

—Señores, continuó Nerva; ya lo veis. Athenais no será la emperatriz de Roma, pero será feliz, que es algo más.

Y haciendo una señal, los cortesanos abandonaron en silencio la cámara imperial, quedando en ella únicamente Marco y su hija, con los cuales el emperador se entretuvo largamente.

CAPITULO VII.

La muerte de Nerva.

Al dia siguiente de estos acontecimientos, Nerva hizo llamar precipitadamente á Marco y su hija, ordenando, igualmente, que fuera conducido á su presencia el joven Escipión. Todos se dirijieron inmediatamente á la cámara imperial, llena de numerosa servidumbre. Nerva hizo una seña, y todos abandonaron silenciosamente el aposento, quedando únicamente las tres personas llamadas por el emperador.

Nerva estaba sumamente pálido.

—Escúchame, Marco, dijo cuando estuvieron solos; los dioses te han hecho venir, para que puedas

asistir á tu padre en su última hora. Veo que las fuerzas se agotan, la edad me abruma, y ya es tiempo de dejar el mundo. Bastante he vivido; no me quejo:venga en buena hora el momento de morir.

—¿Qué decís, señor? dijo Marco ¿qué ideas de muerte os han venido, cuando sólo debemos entregarnos al júbilo de vernos reunidos después de tan larga separación? Morir! y porqué?

—Por que ya es hora, hijo mio. Tiempo há que una enfermedad desconocida me abruma: siento que mi pecho se rompe con agudo dolor: la respiración me falta, y algunas veces mi vista turbada vaga en el vacío, y mi mano trémula busca un apoyo que muchas veces no encuentra. He vivido ochenta años; mi cuerpo es ya un cuerpo gastado por la edad y por los sufrimientos; justo es que ceda mi puesto y mi parte de aire, de sol y de vida á los que vendrán. Ayer la emoción que he experimentado, me ha acercado un paso más á la tumba. Venid, hijos mios, para que os bendiga por segunda vez.

Y acercó de nuevo las dos queridas cabezas, mientras el padre y la hija cayeron de rodillas á los piés del emperador, sollozando.

—No lloreis, continuó el emperador; mi muerte será dulce, como inocente ha sido mi vida. Jamás ha sufrido un hombre por mi causa: oscuro hijo de Grecia, viví siempre pobre, entregado al estudio y á la meditación; elevado al trono, sin comprender cómo sucedió eso, he reinado apenas diez y ocho meses; pero en ellos, he alijerado los impuestos, he impedido los sacrificios sangrientos, he llamado á Roma á todos los desterrados, he castigado á los

delatores y espías, he vendido mis bienes para socorrer á los infelices, y jamás mi mano ha sentenciado á muerte á ningún hombre. Hoy que voy a morir, veo que todo eso estuvo bien hecho, y me alegro de haberlo hecho así. Muero, pues, contento, dando gracias á los dioses, porque me han permitido verte aún, hijo mio!

Marco y Athenais lloraban.

—Venid acá, joven, añadió el emperador dirijiéndose á Escipión: sois noble, y sois bueno. Si Athenais ha de ser feliz con vos, yo os la doy; amadla siempre, porque es digna de ser amada.

—Oh señor, dijo Escipión arrodillándose á su vez, os lo juro por los dioses inmortales.

—Sí, hacedla feliz, porque ella os ama! Ahora, hijos mios, mi cabeza se turba, mis ojos se apagan; acercáos, para que yo os vea algún tiempo más. Nadie puede impedir á la tijera de la parca cortar el hilo de una existencia. Llegó mi hora y debo morir.

Llamad á Trajano.

Marco, con el corazón desgarrado de dolor, salió de la estancia, y llevó á Trajano á presencia del emperador moribundo.

—Trajano, dijo Nerva, con voz doliente: os dejo el mando supremo de la tierra. Sed padre, no tirano. La execrable memoria de Nerón y de Domiciano, os recuerde siempre que los reyes que no son justos sufren, además del remordiento de su conciencia, la maldición de la posteridad. Ved mi fisonomía tranquila, porque tranquila está mi conciencia; no es así como han muerto los emperadores que han sido el oprobio y la vergüenza de Ro-

ma. Cuando muráis, procurad que el remordimiento no se siente á la cabecera de vuestro lecho, y que no se escuchen en las calles sino bendiciones por el que muere. Esa es la llave que abre las puertas de los campos elíseos, donde moran los justos.

Trajano, conmovido, palpitante, besó respetuosamente la orla del vestido imperial.

Y en aquella cámara se oyeron durante largo tiempo sollozos y gemidos desgarradores.

Un facultativo, buscado por la servidumbre, á cuya noticia había llegado la enfermedad repentina del emperador, entró en este momento: todas las miradas consultaron ansiosas al hombre de ciencia. Este examinó detenidamente al enfermo, y movió con desaliento la cabeza.

—No hay remedio, dijo; morirá bien pronto víctima de una enfermedad al corazón, desarrollada violentamente por alguna emoción grande.

Nerva, como si hubiera oido aquellas palabras, ó como si hubiera esperado aquella sentencia, abrió sus ojos, extendió sus brazos, y estrechó por última vez entre ellos á Marco y Athenais. Poco después, sus nervios se aflojaron, un temblor convulsivo ajitó su cuerpo, y su cabeza se inclinó como doblada por el huracán. Una de sus manos había caido sobre el pecho de Athenais, y se había posado en la cruz que pendía del cuello de la joven.

¿Era casualidad? ¿había allí una revelación de la tumba?.....

La mano estaba inerte; el cuerpo rígido: Nerva había muerto.

CAPITULO VIII.

Los funerales.

Marco se levantó, y ante los inmóviles testigos de aquella escena, cerró los ojos de su padre, con la ternura del hijo amante y respetuoso. En seguida, sin derramar una sola lágrima, pero más desgarrador en su elocuente silencio el dolor que agitaba todo su cuerpo, se inclinó delante del cadáver, y dijo con voz firme:

—¡Nerva, padre mio, padre querido, adios, adios para siempre!

Athenais se inclinó, á su vez.

—Adios, padre! adios, señor! exclamó con voz temblorosa. ahogada por las lágrimas.

Trajano siguió luego, y repitió aquel adios, tierna despedida, que las ceremonas romanas exijían de los testigos de esta escena fúnebre.

—Adios, César, añadió Escipión, adios!

Las puertas del aposento mortuorio se abrieron entonces, y un heraldo anunció á la servidumbre imperial, que el emperador había muerto.

Entonces, Marco y Trajano levantaron en hombros el cadáver, y le trasladaron al aposento donde debían tener lugar los espléndidos funerales prescritos por las leyes romanas.

El cadáver del emperador, vestido con una túnica blanca y adornado con la pretesta, fué colocado en el lecho fúnebre, cubierto de flores. Mientras tanto, un heraldo anunciaba al pueblo romano, que los funerales serían públicos, é invitaba á todos á asistir á ellos en traje de ceremonia.

Un ramo de ciprés fué colocado á la puerta del palacio, á fin de hacer saber al pontífice máximo, que allí había un cadáver, pues no le erá permitido pasar el dintel, sin quedar profanado. Athenais, Escipión, Marco y Trajano, se instalaron en la cámara mortuoria, vestidos de luto riguroso, para recibir á los senadores y altos funcionarios que entraban, en grupos numerosos, á dar el último adios al cadáver del que fué rey del mundo.

Los ocho dias de exposición pasaron, y llegó el noveno dia, en qué debía tener lugar la incineración.

Antes que el sol apareciera en el horizonte, el cuerpo de Nerva, lavado y perfumado con exquisitas esencias, vestido de púrpura y oro, y llevado en hombros de seis *vestillones*, fué depositado en el umbral del palacio. Poco á poco fueron llegando los numerosos convidados, y el cortejo fúnebre se puso en marcha.

Iba delante el maestro de ceremonias (designator) rodeado de lictores vestidos de negro; después coros de música que poblaban el aire de tristes armonías, las plañideras lanzando gritos desgarradores, los cantores de himnos fúnebres, los cómicos, y los numerosos libertos del difunto. En seguida aparecían las insignias imperiales, y el retrato de Nerva bajo un arco de flores; detrás iba el cadáver del emperador, custodiado por los oficiales de alto rango, los cuales llevaban en sus manos largas lanzas, cuyas puntas miraban á tierra. Veíase, después, el senado romano, en traje de gran ceremonia, y cerraban la marcha los amigos y parientes del emperador, quienes rodeaban á Marco y á Trajano, vestidos de luto riguroso.

Así avanzó el cortejo fúnebre hasta llegar fuera de Roma al lugar en donde se había construido un pabellón dorado: frente á la pira, delante de ese pabellón, había una tribuna, y Trajano subió á ella.

Iba á dar el último adios á los restos mortales de Nerva.

Todos los circunstantes se descubrieron.

—Romanos! dijo con voz alterada por la emoción, ¿veis ese cadáver? ¿llorais por el hombre que ha-

béis perdido? ¿rasgais vuestros vestidos? ¿cubrís vuestras cabezas de cenizas en señal de dolor? Justo es que así lo hagais, porque no sólo habéis perdido á vuestro padre! ¡Cuán corto ha sido el tiempo que ha permanecido entre nosotros, y sin embargo cuánto bien ha hecho! ¿Quién de vosotros ha tenido jamás que enjugar una lágrima por causa suya? ¿quién ha vertido una sola gota de sangre? ¿cuál es el que ha tenido que abandonar su lares? Sus brazos siempre estaban abiertos para estrechar contra su pecho á todos sus súbditos que eran sus hijos; su mano bondadosa se extendió siempre para socorrer al desgraciado. El no ha sido guerrero, no ha llevado estandartes victoriosos más allá de las fronteras del imperio; mas ¿qué importa eso, cuando por esa misma causa no ha llevado la desolación á las familias, no ha turbado el reposo de las cabañas, ha conservado el padre para la hija, el esposo para la esposa, el hermano para la hermana?

Romanos! delante de ese cadáver, venerable por la púrpura que le cubre, venerable por la edad que ha encanecido su cabeza y arrugado sus mejillas, y más venerable aún, por la austeridad de su vida y la rectitud de su corazón, yo os ruego que jureis por los dioses inmortales obedecer su última voluntad. Sabéis que he sido elejido por él para ocupar su lugar en el trono de Roma.

Obedecedle y sostenedme!

Yo os juro, á mi vez, haceros felices, y que durante mi reinado no se escuchará de un extremo á otro del inmenso imperio romano, ni un suspiro, ni se verterá una lágrima!

Trajano bajó, mientras el pueblo entero, senadores y ejército presentes, hacían un juramento de fidelidad al nuevo emperador.

Entonces fué levantado nuevamente el cadáver y colocado sobre la pira, de forma cuadrangular y que terminaba en una pequeña meseta. Marco, hijo de Nerva, subió lentamente, y con mano temblorosa abrió los ojos del muerto y puso un triente en su boca. El y Trajano acercaron, después, hachas encendidas, y la pira comenzó á arder.

Vasos llenos de perfumes, vestidos, inscripciones, armas, cayeron entonces sobre la ardiente pirámide, última ofrenda del pueblo, que tanto había amado al anciano emperador.

El fuego consumió prontamente esos despojos mortales, y del hombre que pocos dias antes mandaba á la mitad de la tierra, sólo quedó un poco de polvo blanquecino, que fué encerrado en una urna de alabastro, y humedecido con magníficas esencias. Un sacerdote hizo, en seguida, tres aspersiones de agua pura con una rama de olivo sobre los asistentes, mientras una de las plañideras, con voz grave y solemne, y poniéndose de pié sobre un banco de piedra, dijo:

—ILICET.

Es decir, *partid.*

Y otra añadió:

—*Nos te ordine, quo natura permiserit, cuncti sequemur.*

Mientras una tercera exclamaba:

—*Sit tibi terra levis.*

El funeral había concluido.

Marco, Trajano y Athenais regresaron, acompañados de la misma numerosa comitiva, á guardar los nueve dias de luto prescritos por las leyes romanas, luto que ellos llevaban verdaderamente en su corazón.

CAPITULO IV.

El amo del mundo.

Nerva yacía en la tumba hacía dos meses, y Trajano, con quien había dividido el imperio de la tierra, era el amo absoluto del orbe entero. La ambición dominaba á aquella alma enérgica, y no contento con ver á sus plantas á todo un hemiferio, quería avasallar el otro y reducirle á su dominación.

Era una noche. En una de las más recónditas salas del palacio imperial, é iluminado por la vacilante luz de una lámpara etrusca, estaba un hombre sumerjido en profundas meditaciones. Su mirada

vagaba incierta al rededor de la estancia, como si buscara un punto donde detenerse, y después se fijaba con desaliento en el pavimento de mosaico de la imperial cámara.

Aquel hombre sostenía una lucha en el interior de su pecho; una lucha en que la energía de su alma escollaba ante algún obstáculo poderoso.

Y el obstáculo debía ser bien grande, porque aquel hombre se llamaba Trajano.

A su lado se hallaba un hombre de fisonomía severa, negro traje, y barba poblada y blanca. Participaba de la turbación del amo, y el esclavo también estaba preocupado.

—¿Y bien, qué me aconsejais, Sura? dijo, por fin, el emperador. ¿Debo lanzarme adelante, seguir el impulso que me arrastra, realizar el sueño que me persigue tenazmente, ó debo abandonar esta idea que me devora, y considerarla como un inútil é irrealizable proyecto? ¿Esa fantasma puede tener algún dia brillante cuerpo? ¿Creéis que soy hombre capaz de llevar á cabo tan grandiosa obra? ¿Daré yo á Roma tan bello porvenir!

—César, contestó Sura: si yo pudiera daros consejo:.....

—Dádmelo, amigo mio, dádmelo. Bien sabeis que siempre os he dado verdaderas pruebas de cariño y de confianza ciega. Recordaréis que un dia me dijeron queríais matarme, y en lugar de dar crédito á tan negra acusación, fuí á comer á vuestra casa, y me hice afeitar de vuestro barbero, y contesté á los acusadores: *si Sura hubiera querido matarme, lo habría hecho hoy.*

El anciano tomó la mano del emperador y la besó.

—Vos, añadió Trajano, veláis siempre mi sueño; y si antes el palacio imperial durante las noches estaba guardado por numerosa cohorte, hoy sólo un hombre duerme al pié del lecho del César, y ese hombre sois vos....Bien veis que tengo plena confianza en vuestra lealtad.

—Y hacéis bien, señor, porque jamás palpitó en pecho humano corazón más leal que el mio. Vuestra vida, vuestro porvenir y vuestra felicidad, son los tres únicos deseos que abriga mi alma: muera yo, señor, con tal de que vos seais dichoso.

—No es necesario que muráis, interrumpió el emperador sonriendo, porque me sois necesario y porque sin vos me faltaría un apoyo poderoso. Pero decidme, ¿qué debo hacer acerca de los proyectos que os he confiado? Yo he consultado á los *augures*, y su respuesta ha sido favorable; he referido mi sueño á los *conjectores*, y han opinado que mi empresa tendrá un resultado feliz; he visto las ceremonias de los *arúspices*, y la víctima se ha acercado al altar sin resistencia, ha muerto al primer golpe y la sangre ha corrido abundantemente. ¿Todos estos signos no son favorable?

—Favorables son, señor.

—Pero, añadió el emperadar, tengo dudas aún, y para hablaros con toda la verdad, no creo en tales predicciones; mi alma rechaza las prácticas de esos hombres, y mi opinión es que los augures, los arúspices y los conjectores, son charlatanes sin vergüenza que explotan la ciega credulidad del que les consulta.

—¿Y por qué lo hacéis, vos, Señor?

—Lo hago, Sura, lo hago, porque el pueblo cree en esas prácticas sepersticiosas, y si experimentara una desgracia, el pueblo me mataría por no haber consultado á sus adivinos.

—¿Y, si á pesar de sus respuestas favorables, sois derrotado?

—Entonces, el pueblo los matará á ellos. Creedme: vale más un consejo prudente que todas esas respuestas evasivas de aquellos charlantes; ese consejo os lo pido, y vos me lo daréis ahora.

—Hablaré entonces, y seguid después vuestra inspiración.

—Os escucho, dijo el emperador.

—Pues bien, señor: en tiempo en que vos érais aún un niño que jugaba en los pórticos de los templos de Sevilla, Roma era gobernada por un hombre llamado Domiciano, de execrable memoria. Entre los soldados que componían su guardia, distinguíase un hombre cuyo valor nunca fué desmentido, y cuya reputación como soldado de fortuna le acompañó siempre. Venció en cien combates, y sus triunfos le conquistaron, á pesar de su juventud, un nombre de tal manera célebre, que dos veces paseó su gloria por las calles de Roma, llevando sobre su cabeza la corona de laurel del vencedor. Pero aquel hombre no sólo era valiente, era también sagaz, y prudente. Su mirada de águila abarcaba de una vez hasta los más oscuros problemas de la estrategia del guerrero, y jamás fué vencido.

Muerto Domiciano, vuestro padre adoptivo, el inmortal Nerva, eliminó de las filas de su ejército á

algunos soldados y jefes: entre ellos estaba el hombre de que os hablo. Ignoro qué razón tuvo el César para separarle; pero lo que sí puedo aseguraros es, que no hubo falta alguna en aquel soldado, y que si ese hombre estuviera hoy con vos, ambos realizaríais el gran problema que meditais, y que tal vez no podríais resolver solo.

—¿Y ese hombre donde está, y cómo se llama?

—Desapareció, señor, y durante largo tiempo no se oyó hablar de él. Creyóse que había muerto, cuando ayer, entre los mendigos que al pié del Capitolio tendían su mano, yerta del frío, á los transeuntes, me pareció reconocerle. A pesar de su blanca barba y destrozado vestido, sus facciones se revelaron á mí, y acercándome aún más al mendigo, reconocí en él al opulento romano y afortunado triunfador que cien veces empuñó la espada victoriosa y ciñó su cabeza con la corona del vencedor. Reconocí á Plácido, señor.

—Plácido, decís?.....Yo recuerdo haber conocido un soldado de ese nombre, que formaba parte de la guardia imperial, al advenimiento de Nerva al trono de Roma. Sí, recuerdo muy bien que ese soldado era valiente y leal.....no sé qué causa puede haber obligado á mi padre adoptivo á separarle del ejército.....Traedle, Sura, traedle, que yo le haré más grande de lo que entonces fué.

—Y haréis bien señor. Voy, pues, á hacerle venir.....debe estar tendiendo su mano, en el atrio de algun templo, é implorando la compasión del pueblo romano.

—Yo pondré en esa mano el anillo de oro, que es el distintivo de los tribunos; yo le haré el tribuno de la cohorte (*) en la más acreditada legión.

Sura salió rápidamente, y poco tiempo después penetraba de nuevo en la estancia imperial, seguido de Eustaquio, quien lleno de asombro, no acertaba á explicarse por qué le llamaba con tanto interés el emperador de Roma.

Eustaquio se acercó, é inclinándose delante de Trajano, dijo:

—Salud al César!

—Venid, contestó el emperador, venid, Plácido, y escuchad lo que tengo que deciros. Sensible es para mí veros en tan triste estado; nunca creí que el hombre de fortuna de ayer, se haya visto obligado á mendigar, y sufrir el hambre y el frio. Pero los dioses justos, al fin os han hecho justicia; héme aquí para hacer cesar vuestra desgracia. Terminaron vuestros sufrimientos, y de hoy en adelante seréis lo que habéis sido en otra época. Si vuestro cuerpo se ha encorvado y envejecido, vuestra alma, estoy seguro, conserva el mismo temple de acero, el mismo vigor, la misma energía.

Necesito de vos, Plácido.

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

—Escuchadme, Plácido. Tengo como Atlante el mundo sobre mis hombros, y busco quien me ayude á soportar el peso. Mil proyectos cruzan por mi

(*) Llamábase así al tribuno que mandaba diez centurias: seis tribunos eran los jefes; pero el tribuno de la cohorte, era el general principal.

mente, y necesito quien me ayude á realizarlos. ¿Quereis ser vos ese hombre?

—El alma, señor, está aún en todo su vigor y fuerza. Todo ese vigor y toda esa fuerza están á vuestra disposición, señor, con tal de que lo que me ordenéis sea justo y noble.

—Hablásteis bien, Eustaqnio, y bien se vé que aún sois el hombre de alma grande y corazón generoso. Un hombre como vos me era indispensable. Oidme, pues.

Trajano se recojió un momento como si consultara su conciencia, y continuó:

—Había muerto Nerva, y me ví solo con el mundo por herencia. La primera vez que me oí llamar César, sentí un orgullo inmenso; pero después se apoderó de mí un desfallecimiento supremo. Mis primeras noches fueron lúgubres; el insomnio se apoderó de mí, y el sueño huyó de mis ojos. ¡No es tan hermoso el cargo, ni tan brillaute la aureola que rodea la frente de un César! Muchas veces aquel brillo fascinador quema como el fuego; muchas veces aquella luz que se desprende de un trono, deslumbra; muchas veces el perfume que despiden los inciensos que se queman ante el ídolo, ahoga. Pero el hombre es así: prefiere aquel ruido y aquel esplendor, con tal de ver una inmensa muchedumbre de rodillas ante él, y ser obedecido á una leve señal de su mano.

Quise ser *amo* y lo soy.

Pero mientras el esclavo duerme, el amo vela, y mientras el esclavo es libre, el amo es esclavo.

Ah, Plácido! más feliz sois vos tendiendo la mano al transeunte para recojer el óbolo de la limosna, que yo al tender la mia para recibir el oro de cien provincias.

—Lo sé, señor, contestó Plácido.

—Una noche, continuó el emperador, conseguí, al fin, tener la dicha de dormir, y un sueño tuve, simbólico sin duda, pues no me es posible atribuirlo á la casualidad.

Oidlo, Plácido.

CAPITULO X.

El sueño de Trajano.

Soñé, dijo el emperador, que había sido trasladado á una montaña elevada, próxima á Ménphis, y desde su cumbre veía la mitad de la tierra. Al norte divisé, medio oculto entre brumas, el vasto imperio, del cual soy amo. Ví la Italia, la Hispania, la Galia, la Germania, la Iliria, la Britania; los mares de Sarmacia y de Cantabria, los estrechos Gálico y Gaditano; las islas de Córsica, Sardinia y Sicilia, y el inmenso Mar interno, que baña las costas de un inmenso territorio. Aquello me pareció grande, expléndido, suntuoso, y lleno

de orgullo y de alegría, exclamé alborozado: *todo esto es mio.* ¡Cuán poderoso me ví yo, que podía á una señal de mi mano hacer caer de rodillas aquel inmenso hormiguero de seres que se agitaban á mis piés! cuán fuerte y arrogante cuando contemplaba al través de la bruma el reflejo de los rayos del sol sobre las frámeas galas, los picos romanos, las armas de templado acero de las huestes hispanas, y me decía: todos esos guerreros obedeceu á un hombre, y ese hombre soy yo: si quiero, hago precipitarse como un alud un millón de hombres, y abato las montañas, y seco los ríos, y transformo la faz de la tierra; si es mi voluntad, haré poblar el mar de barcas, y podré pasar á pié enjuto desde Masilia hasta Cartago!

Pues bien, Plácido: miré al sur, y mi orgullo se humilló, y el gigante se convirtió en pigmeo. Miré al sur, donde el sol se pone, y ví desiertos que no eran mios y donde podía caber mi imperio entero; miré al este, y encontré vastísimos reinos, poderosos como el mio, y como el mio, florecientes; ví ríos tan anchos como algunos de nuestros mares, y ví muy lejos, allá en el extremo horizonte, un vasto país centellante de oro, cuyos templos brillaban al sol poniente con un fulgor espléndido. Entonces gemí, porque aquello no era mio, y la ambición se apoderó de todo mi ser. Volví á mirar mi imperio, y lo encontré mezquino; la Italia, la Germania, la Sarmacia, la Iberia, la Iliria eran miserables rincones de tierra; los ríos eran delgadas líneas, los mares charcos fangosos, las islas puntos imperceptibles. Enton-

ces lloré, Plácido, ¿lo ois?, lloré, y este llanto mío, aunque haya sido en un sueño, hay que rescatarlo; cada una de mis lágrimas debe costar una provincia de aquellos estados desconocidos, y he jurado llevar la guerra al mundo entero, y pasear mis legiones victoriosas por todos los imperios, y humillar á todos los reyes, y sentarme sobre un trono, que esté más alto que todos los tronos.

Y para esto, necesito de vos. Sé que sois valiente, sé que sois cuerdo, lo que vale más que lo primero; sé, en fin, que si me ayudais, venceré al mundo. ¿Queréis, pues, cambiar esos harapos que os cubren, con la púrpura real? ¿queréis ser procónsul de todas las naciones que venceremos juntos? Decid una palabra y vuestro porvenir se decide hoy mismo; decid *sí*, y esta noche, esta misma noche, dormiréis, nó en las gradas de un templo, sino bajo el más rico pabellón de Roma.

—Señor, contestó Eustaquio: aquel brillante sueño no debe realizarse. Os hablo con la franqueza y la lealtad que he acostumbrado siempre, franqueza y lealtad que me han reducido á la humilde situación en que me veis, pero en la cual me encuentro feliz, porque duermo tranquilo. No debe realizarse, porque vos mismo, en la nobleza de vuestra alma, hallaréis justa mi réplica.

Trajano se inmutó, y una palidez súbita pasó por su rostro. Veíase contrariado, él, el que encontraba pequeño el mundo para su estatura.

Iba á hablar, mas Eustaquio continuó con firmeza:

—Sois poderoso, señor, y con vuestras legiones venceréis á todos los reyes de la tierra: para eso no me necesitais; vuestro valor y vuestra espada son suficientes para llevar á cabo esa obra inmensa. Nadie venció jamás á las tropas del imperio romano. Pero.....

—¿Qué cosa? dijo Trajano.

—Pero no habéis mirado esta importante cuestión, sinó bajo un punto de vista; el que satisface vuestra vanidad, y engrandece vuestro poder. Señor, señor, mirad por el otro lado, ved el reverso de la medalla y temblaréis. ¿Con qué derecho turbar la paz de esos estados, que en nada os han ofendido? ¿Porqué llevar la guerra á donde nadie ha inferido injuria alguna á vos, ni á vuestro imperio? Cerrad los ojos y contemplad esos campos talados por vuestros soldados, los ríos arrastrando cadáveres por sus corrientes, las aldeas incendiadas, los columnas de humo que suben al cielo pidiendo venganza, los clamores de la multitud que huye aterrada delante de vuestras legiones, las cuales van sembrando la muerte por do quiera; las viudas que se tuercen de dolor en la sombra, los niños que llaman á su padre, el anciano encorvado cavando el sepulcro de su hijo ó de su nieto muerto en la guerra; y decidme, señor, si esto no conmueve á vuestra alma demasiado justa para comprender que allí hay un mal inmenso del cual seréis autor.

Trajano escuchaba pálido, estremecido, palpitante.

Plácido calló.

El emperador reflexionaba.

—No, dijo después de un momento; no Plácido, no puedo mirar ese cuadro sombrío. Quiero ver las legiones victoriosas, las ciudades de gala recibiendo al vencedor, los reyes inclinados ante mí, los gritos de júbilo, los carros de oro en que haré mi triunfal entrada en la ciudad de los Césares, el júbilo, la alegría, el poder inmenso de que estaré investido.

—Sí, pero detrás de vos habrá millares de sombras que os acusen en las gradas de vuestro trono; habrá sangre.

—Plácido!

—Señor: me habeis pedido que os hable con franqueza, y os hablo. En medio del concierto de alabanzas, se hará oir el gemido de las víctimas.

—Plácido!

—Oh señor! dejad esos sueños de oro, y mandad en el vasto imperio que os ha tocado en suerte. No deis oido á la ambición: os perdería.

—Plácido, basta. Soy aquí el amo, y os mando callar.

—Callaré!

—Os mando preparar vuestra marcha para el Oriente, con las legiones romanas, en los próximos idus.

—Obedeceré.

—Salid....

Eustaquio se inclinó, respetuosamente, delante del emperador, y salió de la cámara.

Trajano, sólo ya, tocó un timbre particular, y Sura estuvo delante de él.

—Oye, Sura, ese Plácido es un ave de mal agüero. Puede ser valiente y por eso lo llevo, pero te prevengo que le adviertas una cosa.

—¿Cuál?

—Si repite una sola palabra de las que ha pronunciado hoy aquí, no verá la luz del siguiente dia. Dile también que yo sé.....

—¿Qué cosa?

—Dile que sé que es cristiano.

—¿Cristiano? dijo Sura.

—Sí, vete. Quiero estar sólo.

Sura salió.

Trajano enteramente solo esta vez iba á entrar á sus aposentos particulares, cuando hacia la parte opuesta se descorrió una cortina de púrpura y una joven con paso de reina avanzó hasta la mitad de la estancia.

Trajano se volvió.

—Athenais? vos aquí? qué deseais?

—Sentémonos y hablemos. Tengo muchas cosas que deciros.

—Oh, señora! mal rato habéis escojido, os lo prevengo.

—He pasado tantos malos ratos en mi vida, que bien puedo pasar éste.

—A quién os dirijís? ¿es al César á quién buscais? es el hermano?

—Primero al hermano, después al César.

—Pues bien, hermana mía, dijo Trajano, sonriendo: os escucho.

CAPITULO XI.

Omnia vincit amor.

Athenais se sentó. Su fisonomía revelaba una calma profunda. En sus ojos había la mirada dulce de la paloma, pero al mismo tiempo la enérgica expresión de la resolución suprema.

Trajano, á pesar de su sonrisa, estaba inquieto.

—Hablad, hermana mía, repitió, ¿qué deseais?

—¿Qué deseo? dijo Athenais, mirando fijamente á Trajano, ¿qué deseo? Pues bien, quiero que me digais por quién llevo el luto que veis en mis vestidos y el que llevo en mi corazón, luto que os revelan mis ojos ardientes por el insomnio, y la palidez de mi rostro en donde hallaréis aún el surco de mis últimas lágrimas.

—Pues es muy sencillo decíroslo: ese luto y esas lágrimas, son por vuestro padre adoptivo, por vuestro abuelo según la sangre, el emperador Nerva, que yace en la tumba hace dos meses. Muy justo es que lloréis; yo también lo hago, porque ha sido muy bueno con vos, y os ha amado mucho.

—Muy bien, contestó Athenais con firmeza. Y....¿por nadie más he llorado y lloro aún?

—Pues no sé lo que queréis decir.

—¿No lo sabéis, Trajano? ¿Lo ignoráis, *hermano mío*? Pues voy á refrescar vuestra memoria. ¡Dos meses de mando supremo pueden hacer olvidar tantas cosas!

—¿Qué decís, Athenais?

—Digo que habéis olvidado varias cosas, que sino son *importantes* para vos, para mí sí lo son. Trajano, ¿os acordáis de la última vez que vísteis á Nerva?

—Sí, me acuerdo.

—¡Qué triste estaba! Y sin embargo, qué dulce era su fisonomía, qué amor rebosaba su corazón hacia los seres queridos que le rodeaban! Y....os acordáis cuántos éramos los que rodeábamos el lecho mortuorio? Hermano mio, ¿os acordáis?

Trajano palideció.

—Tal vez no. Habíamos cuatro. Vos, á quien dejaba en legado el mundo; yo, á quien dejaba la felicidad; Escipión, aquel descendiente de la más noble de las razas de Roma, á quien dejaba....sabéis lo que dejaba á Escipión?

—Athenais, escuchadme.

—Tal vez no os acordáis: le dejaba mi mano.

Queda Marco, mi padre, el hombre á quien no he visto sinó dos veces, y que las dos veces ha dejado en mi corazón una huella profunda; queda Marco, el hijo de Nerva, ¿oís bien, hermano mio? el hijo de Nerva: ¿sabéis lo qué Nerva dejó á su hijo?

—Vamos, hermana, permitidme....

—Permitidme concluir. Nerva nada dejó á Marco.

—Sí.....pero....

—Sé lo que me váis á decir, sé que me váis á probar que Marco nada quiso, y eso es muy cierto. Pero también es cierto que Marco quedó contento con el legado hecho á su hija, porque labraba su felicidad. Ahora bien; decidme, vos, el heredero universal, el encargado de cumplir las últimas voluntades de Nerva, ¿las habéis llenado religiosamente? ¿dónde está Escipión? ¿dónde está Marco? Responded, hermano mio!

—Señora....

—¿Por qué no me decís hermana?

—Pues bien, hermana, sabéis que están ausentes.

—Sí, lo sé. Y por eso vengo á preguntaros, porqué?

—Por orden mía. Si Escipión ha de ser vuestro esposo, necesita depositar á vuestros piés nuevos laureles. Un nombre oscuro no puede enlazarse fácilmente con el de la hija de un César. Le he mandado á pacificar la Dacia, que se ha insurreccionado. Si vuelve triunfante, obtendrá el premio más valioso que puede desear; vuestra bella mano.

Athenais lanzó un relámpago de su mirada.

—¡Nombre oscuro decís! Tal vez no han llegado á Sevilla las glorias de la más ilustre de las fami-

lias que, durante tres centurias ha tenido el privilegio exclusivo de llamar la atención del mundo! Nombre oscuro? Preguntadlo á Aníbal y Asdrúbal, preguntadlo á Sagunto, preguntadlo á Zama, preguntadlo á Cartago. Allí hay grabado un nombre que, de generación en generación, ha ido cubriéndose de glorias, y que no tiene rival en Roma. ¡Nombre oscuro! decid más bien que es demasiado ilustre para enlazarlo con el de la nieta de un poeta de Grecia.

—Poeta, que fué emperador de Roma.

—Lo que vale menos. Nerva no será célebre por haber ceñido una diadema, pero lo será por haber sido el padre de sus pueblos.

—Nerva tiene una estatua, que es el honor que puede hacerse á un hombre.

—Esa estatua deshonra á Nerva. Fué erigida por Nerón, y todo lo que lleva el nombre de ese emperador, de tan sombría memoria, está cubierto de lodo. Debéis purificar esa estatua.

—Está bien; pero mientras vuestro prometido esposo no triunfe de los dacios, no vendrá.

—Paréceme que tomáis demasiado interés por Escipión. Quien debe aquí ser juez, soy yo, mujer libre, que puede escojer libremente al esposo que ha de ser el compañero de mi vida. He hablado bastante al hermano; me dirijo ahora al César pidiendo justicia.

Y levantándose y recogiendo suavemente su largo vestido negro, se inclinó palpitante y estremecida delante de Trajano. Dos lágrimas ardientes brotaron de sus ojos y humedecieron sus mejillas blancas como el mármol, y como el mármol pálidas.

Trajano tuvo compasión de su dolor digno y mudo.

—Hermana!

—No hay hermana para vos. Pido al César lo que el hermano ha negado. Ese lazo dulce y tierno, que yo me complacía en creer duradero, le habéis roto yá. De hoy en adelante soy la súbdita.

—Calmáos, Athenais!

—Calma!....debo tenerla en efecto; debo ser fuerte para no llorar: la nieta de un emperador, obligada á suplicar!....Nerva debe agitarse en su tumba, al ver vuestra ingratitud y mi dolor.

—Pues bien, Athenais, yo os diré por qué se halla ausente Escipión; os diré cuándo vendrá; os revelaré mis proyectos y mis esperanzas, pero calmáos; por todos los dioses, calmáos.

Athenais ahogó un sollozo y esperó.

—Le he mandado á pacificar la Dacia, porque deseo hacerle grande, para hacerle más digno de vos. Después irá conmigo á la conquista de la India, y cuando vuelva lleno de laureles, obtendrá la preciosa recompensa de vuestra mano.

—¿Es eso todo lo que teníais que decirme? Pues todo eso me lo habíais dicho ya. Lo que sí tengo que deciros es nuevo, y os sorprenderá. Hoy parto.

—A dónde?

—A la Dacia!

—A la Dacia vos?

—Sí; ¿quién lo impedirá?

—Yo.

—Vos? ¿y con qué derecho?

—Con el de que estais bajo mi tutela.

—Yo haré inútil ese derecho. Desde hoy me declaro emancipada.

—Y cómo?

Presentando ante los jueces competentes esta acta de emancipación firmada por mi padre. Oh! yo también tengo mis armas.

—¿Eso haríais?

—Lo haré, os lo aseguro. Permitidme, pues, pura y simplemente partir. No voy sola; me acompaña un hombre que es mi médico, un venerable anciano, que es el que me salvó la vida poco tiempo ha: debéis recordarlo.

Trajano quedó un momento pensativo. Después levantándose y acercándose á Athenais, la miró con ternura, y tomando su blanca mano:

—Athenais, le dijo, cese ya vuestro dolor. Habéis vencido. No creais que es la amenaza de partir la que altera mi resolución: es el convencimiento de mi impotencia ante vuestra voluntad inquebrantable. Hoy mismo veréis á Escipión, y será vuestro esposo. Quería probar vuestro cariño, y veo que sois dignos el uno del qtro.

—¿Qué decís ? ¿No está Escipión en la Dacia?

—No, hija mia, no está en la Dacia: está aquí.

—¿ Es posible?

—Mañana salgo á la conquista de la India. El quedará en Roma: le veréis diariamente, y cuando yo vuelva triunfante, porque triunfaré, no lo dudéis, seréis la esposa del hombre á quien amáis. Tened fé en mí. Yo os lo prometo por la sombra de Nerva, vuestro padre y mio.

CAPITULO XII.

Un capítulo de historia.

Aunque no escribimos una novela, pues todos los personajes que hemos introducido pertenecen á la historia, hay momentos en que se hace necesario suspender el hilo de la narración, y dejando aparte toda escena novelesca, referir un capítulo de historia *pura*, cuando así conviene, para poner en relieve más alto cierta época, ó cierto individuo.

Esto hacemos ahora.

Roma, cuya historia es la historia del mundo, estaba en la época á que nos referimos, en el apogeo de su grandeza. Después del reinado pacífico de

Nerva, bien corto sinembargo, vino el imperio de Trajano, turbulento y guerrero. Trajano paseó el estandarte de Roma por todos los paises conocidos en aquel tiempo. Venció á los dacios, obligando á Decébalo á pedir la paz bajo onerosas condiciones; pasó el Danubio sobre un puente de piedra de mil cuatrocientos piés de longitud, construido por Apolodoro de Damasco; conquistó Armenia; se apoderó del Adiaben, y ocupó la Asiria, entrando como conquistador en Nínive, Arbela y Gaugemala, y extendiendo su imperio hasta Babilonia. De regreso á Antoquía, emprendió una segunda espedición, y penetró hasta el Golfo Pérsico; atravesó el grande Océano, tomó el puerto de Adem, conquistó la Arabia Feliz, y dominó en la Arabia Petrea, venciendo en todo el litoral del Mar Rojo, hasta el estrecho de Bab-el-Mandeb.

Durante esta larga correría, en la que atravesó, de un extremo al otro, todo el Oriente, dejó Trajano á su tránsito por Antioquía, una huella sangrienta.

Ignacio, uno de los héroes de nuestro libro, y al cual no hemos visto desde la entrevista que tuvo en casa de Salustia, con el célebre Apolonio, donde había hablado con tanta energía en defensa de la fé cristiana, había ido á predicar la misma doctrina en Antioquía, siendo nombrado obispo de aquella importante ciudad. La fama de sus milagros, y la autoridad de que gozaba, le atrajeron la aversión de Trajano, quien no podía consentir la sombra de autoridad delante de él.

Hizo comparecer al noble anciano y le preguntó cómo se llamaba, y cómo se atrevía á predicar una doctrina contraria á las leyes del imperio.

Ignacio contestó: Me llamo Teóforo, es decir, llevo á Dios en mi corazón; y jamás he pretendido trastornar las leyes del imperio. Predico la verdad, y la verdad jamás puede perjudicar.

—Y yo también soy Teóforo, replicó el emperador, pues llevo á los dioses en mi corazón.

—Vos llevais al demonio del error, dijo el anciano, no al Dios de la verdad.

—¿Y quién es el vuestro? preguntó Trajano.

—Es el creador del cielo y de la tierra: el ordenador del universo: el padre de los hombres. Ante él todo se encorva, su poder es inmenso como inmensa es su bondad: él cuida del insecto que se esconde bajo la roca madrepórica, y del monstruoso cetáceo que retoza en los mares: el ave de vistoso plumaje canta sus alabanzas, y la flor que desarrolla sus pétalos bajo su mirada, envía á su excelso trono su más rico perfume. Una corte de ángeles es su servidumbre, y aquellos espíritus, más puros que la luz, tiemblan de respeto en su presencia. El trueno es el eco de su voz poderosa: la tempestad se desencadena á una mirada suya: los mundos vacilan en su presencia, y todos los poderes de la tierra son átomos impalpables ante ese poder y esa magestad inmensos. Tiene por palacio la inmensidad; por techumbre las profundidades de lo infinito; por pavimento los millones de estrellas que huella su planta divina. Ese Dios, supremo poder, suprema bondad, suprema justicia, suprema providencia, se llama JEHOVAH, y ante ese nombre toda rodilla debe do-

blarse, todo ser creado debe humillarse con humildad profunda.

Y el anciano obispo se arrodilló, delante del emperador, al pronunciar el nombre del Señor, con tan íntima expresión de respeto y adoración, que Trajano mismo, vencido por una fuerza sobrenatural, sintió pasar por su corazón una cosa desconocida que le hizo temblar.

—Y, añadió después de algunos momentos de silencio: Jesús, á quien los cristianos nombran con frecuencia, ¿quién es?

—Es el Hijo único de Dios, y Dios El mismo, cuyo reino es eterno, y al cual aspiro yo.

—¿Hablas del que fué crucificado en tiempo de Poncio Pilato?

—*Sí; de aquel que me libró de mis pecados y de su autor: y el cual pone toda la naturaleza y los demonios á los piés de los que le llevan en el corazón.*

—Y moriríais por confesar la fé de Jesús?

—Mi muerte, contestó el obispo, sería mi gran triunfo. Con la palma del martirio entraré sereno en la mansión del Señor.

—Pues voy á proporcionarte ese triunfo. Prepárate á morir; pero como todo triunfo debe ser público, morirás no en Antoquía sino en Roma, delante de los senadores, en el gran circo de la noble ciudad, devorado por los leones, que son los que mejor trituran los huesos humanos. ¡Llevadle!

Y aquel anciano lleno de años y de virtudes salió de la presencia del emperador, sin que una queja saliera de sus labios, y bendiciendo á Dios.

La marcha del santo obispo á la ciudad de Roma fué un verdadero triunfo. Los obispos, los sacerdotes, los pueblos en masa, salían á recibirle, besaban sus cadenas, y se prosternaban sobre la huella de sus plantas.

El dia que entró en Roma fué dia solemne. Creyóse, por un momento, que quien penetraba bajo los arcos de la espléndida ciudad, cuyas calles estaban tapizadas de flores, era el mismo Trajano, triunfalmente recibido en carro dorado; pero no... era un anciano que entraba á pié, pobremente vestido, con hierros en sus manos y en sus piés, y que iba á morir.

Dos meses después, en el circo, delante de un inmenso pueblo, aparece el mártir de Antioquía. Se arrodilla sobre la arena humedecida con la sangre de tantos mártires que le habían precedido, y mientras una plegaria sale de sus labios, dos leones se precipitan sobre él, le ahogan con su fétido aliento, le destrozan con sus garras, despedazan con sus carnes, trituran sus huesos, y aquella alma pura sube al cielo, embellecida con la corona del martirio.

Hé aquí la huella sangrienta que dejó Trajano á su paso por Antioquía. Esto hizo el emperador á quien los historiadores han llamado *piadoso*.

Pero los reyes y conquistadores jamás piensan que la fortuna que les ha favorecido puede un dia volverles las espaldas. Envanecido Trajano con sus triunfos, creyó poder conquistar la Judea. Pero había llegado la hora de la reacción, y todo el sueño del conquistador debía evaporarse. Un terremoto, derriba gran número de ciudades del Asia;

los hebreos se insurreccionan; los griegos se levantan en masa contra el césar de Roma; los partos les siguen; los armenios triunfan del conquistador, y Trajano, impotente para defenderse contra tantos ataques simultáneos, vé con dolor desaparecer su hermoso sueño, y pierde, una por una, todas las provincias cuya conquista había costado tanto oro y tanta sangre. Su sueño había durado doce años, y el despertar fué bien doloroso para el ambicioso conquistador.

Pero si sus conquistas, como guerrero, apenas duraron lo que dura un sueño, las obras públicas con que embelleció á Roma han durado hasta nuestros dias. Trajano creó magníficos caminos desde el Ponto Euxino hasta las Galias, abrió bibliotecas, fundó teatros, ensanchó el circo, restauró edificios públicos, levantó la columna Trajana, condujo aguas potables á la ciudad, fundó el famoso Foro allanando una colina ciento cuarenta y tres piés, y levantando sobre esa planicie un edificio cuadrado, adornado de un pórtico espléndido, y tantos palacios y templetes que eran una maravilla en la ciudad de las maravillas. Ultimamente, durante su reinado las letras adquirieron el mayor esplendor (1).

Trajano, después de haber reinado diez y nueve años, murió en Cilicia, y sus cenizas llevadas á Roma en una urna de oro, fueron recibidas en triunfo, y depositadas bajo la columna que recordaba sus conquistas (2).

---

[1] César Cantú, tom. II, cap. XI.
[2] Id. id. id.

CAPITULO XIII.

El sucesor de Trajano.

Hemos dejado, intencionalmente, transcurrir todo el intervalo que separa los reinados de Nerva y Adriano, resumiendo esos diez y nueve años en un capítulo de tres páginas. La historia que nos ha guiado para componer la sencilla novela que publicamos, tiene ese punto oscuro, cuyo velo no hemos podido descorrer. Entre la súbita elevación de Eustaquio á las mayores dignidades del imperio, y su muerte tan preciosa para el cristianismo, existe ese vacío de casi cuatro lustros que no hemos podido llenar. Se sabe tan sólo que

acompañó á Trajano á todas sus conquistas, y que muchas de ellas fueron debidas al esfuerzo y energía del valiente tribuno.

Cuando le volvemos á encontrar, es en la tienda de Adriano, sucesor de Trajano en el imperio de Roma. Esta tienda se hallaba situada á dos leguas de Roma, en el camino que conducía á Ostia. Allí iba reuniéndose un poderoso ejército que debía marchar hacia la Galias y Germania, para pacificar las continuas revueltas de esos paises. Eustaquio debía ponerse al frente de una de las legiones.

Un dia se presentó una anciana solicitando justicia. Adriano le contestó: *no tengo tiempo para oirte.*

—¿Y para qué sois entónces emperador? replicó la anciana irritada.

Adriano, sin incomodarse, la oyó entonces.

Apolodoro, célebre arquitecto, siendo llamado para examinar una estatua de Venus sentada, hecha por el emperador, y demasiado grande para el templo donde debía ser colocada, dijo sonriendo:

—Está buena, mientras permanezca sentada; mas, si se alza en pié, ¿dónde quedará la cabeza?

Súpolo Adriano, y le mandó quitar la vida.

Entre los jefes de sus legiones á quien distinguía, sobre todos, era á Eustaquio.

—Con este hombre, solía decir, me atrevería yo á conquistar la tierra entera.

Como se preparaba á pacificar la Galia, le había mandado llamar, y escuchaba atentamente las observaciones del viejo general.

—Decidme, Eustaquio, ¿creéis posible la pacificación de la Germania? A mi juicio, es poco oportuna la marcha de las tropas en esta estación de lluvias: dentro de dos meses tal vez se logrará un éxito mejor. ¿No os parece bien consultar antes la Eneida? (*).

—Sería una consulta inútil, señor: la Eneida no puede guiar nuestros pasos ni enseñarnos el mejor camino.

—¿No creéis, pues, en esa clase de adivinación, tan acreditada hoy?

—No, señor. Lo que sí creo es, que vuestra opinión es más acertada que la luz que puede daros la Eneida. Dos meses más tarde, la estación de las lluvias habrá pasado, y podréis avanzar con mas seguridad y sin pérdida de muchos hombres.

—Bien; seguiré vuestro consejo. A propósito, ¿sabéis algo de nuevo acerca de aquella pobre mujer que se presentó en el campamento pidiendo audiencia del César? Dicen que es loca, Eustaquio.

—Lo ignoro, señor. Según vuestras órdenes, ha sido puesta bajo la inspección de una guardia, y se espera el fallo de los facultativos. Yo no la he visto aún.

—Pues vedla. Dice que tiene grandes cosas que revelarme: hoy mismo quiero oirla.

—Se hará, señor, lo que deseáis: permitid que me retire.

(*) Se acostumbraba consultar la Eneida, abriendo á la casualidad en una página, y leyendo el primer verso, el cual era interpretado por los adivinos.

—Retiráos cuando gustéis: ya sabéis que siempre tengo el mayor placer en veros, por que os considero, no como un súbdito, sinó como un amigo.

—Gracias, señor; pero yo no olvido jamás que vos sois el César.

—El amigo, antes que el César. Deseos tengo de concederos alguna gracia: buscad pronto la ocasión de satisfacerme.

Eustaquio se inclinó profundamente y salió.

—He aquí un hombre que vale un imperio, dijo Adriano:tengo resuelto decretarle el triunfo á nuestro regreso de las Galias.

CAPITULO XIV.

Dicha.

Eustaquio entró en su tienda, y se sentó pensativo y sombrío. Los diez y ocho años transcurridos le habían envejecido algo más, pero no habían apagado el fuego de sus ojos, ni debilitado la energía de su alma. Era el mismo hombre que había servido bajo cuatro emperadores; y, aunque había cambiado los harapos de la miseria por la púrpura de la opulencia, no por eso había un átomo de orgullo en su alma. Era humilde sin bajeza, grave sin altanería. Las tropas le amaban, y muchos habían dicho en alta voz, que él era más digno de sentarse sobre el trono, que Adriano.

Su tienda se hallaba en el centro del campamento, y como era el jefe de las tropas, el emperador le había ordenado tuviera una guardia de doce hombres para su custodia. Esta guardia estacionaba en una tienda inmediata, separada únicamente por una cortina de seda. Cuando Eustaquio tenía algún asunto que exijía reserva, pasaba á una habitación más lejana, donde estaba seguro de no ser escuchado por los curiosos.

En aquella tarde se hallaba solo. Oía las conversaciones y risas de los soldados de su guardia, que pertenecían á una legión venida dos dias antes del extremo de Italia.

—Señores, decía uno: la alegria es un dón de los dioses: corazón alegre, quiere decir, alma sin remordimientos. Yo estoy por el hombre que tiene siempre la risa en los labios, no por el que constantemente se halla taciturno. En éste, ó hay un remordimiento ó un pesar.

—Y en los soldados, sobre todo, no sienta bien la melancolía, añadió otro. ¿Por qué estar triste, cuando no se puede contar con un dia completo? Sean, pues, alegres las horas que van pasando!

—Bien dicho! me agrada la teoría de Aristipo. Pitágoras el silencioso ya ha muerto, y su doctrina también!

—Pero Pitágoras ha cumplido su juramento de no hablar: hace seis centurias que ese grande hombre no ha pronunciado una sola palabra!

—Después de la muerte todos somos pitagóricos, añadió otro riendo.

—Agapito, replicó un tercero: habla tu también. Hace diez dias que nos hallamos juntos, y hasta ahora no has hablado sino por monosílabos, y luego cuando te hallas solo durante las noches, á la hora del reposo es cuando tu lengua se desata. ¿Con quién hablas entonces?

—Con Dios, contestó Agapito dulcemente.

—Habla también con los hombres: no sigas las huellas de Teopisto, que parece mudo: ese tampoco habla. Deberiáis estar en la misma legión: más aún, deberiáis haber sido hermanos. La primera vez que hablemos con el general, vamos á pedirle haga ingresar en su guardia al taciturno Teopisto. Una guardia que no habla es un tesoro.

Eustaquio, en medio de su meditación, había oido pronunciar aquellos dos nombres y su corazón latió apresuradamente.

—Agapito! Teopisto! esclamó, oh Dios mío! ¿qué agitación es ésta? ¿por qué tiemblo? ¿qué tienen esos nombres para mí? ¿no hay mil hombres que se llaman así? ¿por qué han de ser ellos?.....

Y si fueran ellos!....Señor! ¿habrá llegado la hora de vuestra promesa? ¿será posible que aún pueda contemplar esos rostros queridos?....Mas ¿por qué dudo?....Señor! perdonadme este momento.....Corramos!

Y pálido, con el sudor en la frente, iba á salir de la tienda, cuando se detuvo rápidamente.

—Silencio, corazón! dijo: calma y serenidad! Veinticinco años ha que mando en tí: hoy no puedes rebelarte; te ordeno, pues, que calles. No soy

el padre que va á buscar á su hijo; soy el general que va á llamar al soldado.

Y aquel hombre extraordinario revistió su fisonomía de una calma serena y tranquila.

Separó, entonces, con segura mano, la cortina de seda y apareció en el umbral.

La guardia se puso respetuosamente de pié á la vista del general.

—¿Cuál de vosotros se llama aquí Agapito? preguntó Eustaquio.

—Yo, señor; contestó el joven inclinándose.

—Venid: tengo que hablaros.

Y vos, añadó, dirijiéndose á uno de los guardias, haced venir inmediatamente á mi tienda á aquel joven llamado Teopisto, de quien hablábais hace pocos instantes. Ahora mismo, ¿entendéis?

—Serán cumplidas vuestras ordenes, general.

—Está bien. Venid conmigo, joven.

Eustaquio entró seguido de Agapito y penetró en la tercera tienda. Allí podía hablar sin temor de ser oido.

—Contestad á todas las preguntas que voy á haceros, dijo al joven soldado;y contestad, sobre todo, la verdad pura.

—Siempre he hablado con verdad, señor; jamás una mentira ha salido de mis labios.

—¿Cómo os llamáis?

—Agapito, señor.

—¿Qué edad tenéis?

—Treinta años.

—¿Dónde nacísteis?

—Lo ignoro, señor, pero creo que nací en Roma.

—¿Vuestros padres?

—Apenas me acuerdo de ellos: les perdí muy joven, y toda esperanza de volverles á encontrar ha desaparecido de mi corazón.

Eustaquio se estremeció.

—Referidme algo de vuestros primeros años.

—Señor; me habéis pedido conteste con toda verdad á todas vuestras preguntas. La historia de mi infancia, tiene un episodio, tan sorprendente y tan raro, que á pesar del juramento que os haga, vacilaréis en creerlo.

—Hablad siempre, dijo Eustaquio con emoción creciente.

—Me acuerdo muy poco de mis primeros años; pero, como en un sueño, viene á mi memoria un hecho tan extraordinario, que como sueño lo he tenido siempre. Oidlo señor.

Eustaquio escuchaba con toda su alma.

—Confusamente, como todo lo que se recuerda de aquella época de la vida en que el hombre es un niño, veo ante mí un buque que cruza el mar, después una costa árida y desierta, oigo gritos de varios hombres, y por último véome después transportado á la orilla de un río. Allí, súbitamente, soy arrebatado....

—Por una loba! esclamó Eustaquio levantándose estremecido, delirante.

—Señor! ¡cómo lo sabéis!

—Cómo lo sé? No ves mi agitación, no miras mi rostro rejuvenecido, radiante de felicidad? Agapi-

to: tienes delante de tí al hombre que te ha llorado veinte años, al hombre que ha cruzado el mundo en busca de su corazón perdido en las costas africanas, al hombre que ha llevado en su alma el luto doloroso de la pérdida de todos los seres que amaba! Dios ha cumplido su promesa! Bendito sea!

Y tendiendo sus brazos al joven, esclamó entre sollozos:

—Yo soy tu padre!

Su padre! Agapito sintió á esta palabra tan dulce, tan armoniosa, tan bella, que la vida se escapaba de su ser; sus piernas vacilaron y cayó de rodillas delante de Eustaquio, sin fuerzas para sostenerse, sin voz, sin alientos, y sólo pudiendo revelarse su emoción por medio de sus lágrimas. Aquellos dos seres estuvieron largo tiempo abrazados.

En este instante abrióse la cortina de la tienda, y un oficial apareció. Era Teopisto.

—General, dijo inclinándose respetuosamente, me habéis enviado llamar y he venido: estoy á vuestras órdenes.

Parecía que un espejo había reflejado la imágen de Agapito. La misma estatura, la misma fisonomía, idéntica expresión en el semblante; y por una singular coincidencia, iban vestidos de la misma manera.

A la vista del joven que acababa de entrar, Eustaquio se estremeció. Los latidos de su corazón eran tan fuertes, que ese hombre altivo, que había desafiado durante veinte años todos los tormentos, creyó morir de alegría, y comprimiendo con su ma-

no trémula el pecho palpitante, lanzó un grito tan doloroso y tan desesperado, que los oficiales de su guardia, asustados, penetraron en la tienda á pesar de la consigna. Eustaquio, no pudiendo resistir el gozo de su alma, había caido de rodillas, arrastrando con cada una de sus manos, una de las manos de sus hijos; y los tres, formando un grupo digno del cincel de Fidias, ó del pincel de Apeles, elevaron al cielo sus miradas, y derramaron lágrimas abundantes.

Eustaquio no necesitó preguntar nada al segundo de sus hijos; los hermanos no tuvieron por que reconocerse: el corazón había hablado, y aquellas tres grandes almas que habían estado buscándose á través de todos los horizontes, se habían reconocido.

Eustaquio lloraba. Su mirada, transfigurada, se elevaba hacia el cielo con expresión sublime de rereconocimiento, y bajaba á encontrar las miradas de sus hijos fijas en él. Aquel día, fué un bello dia.

Hubo, sin embargo, una sombra. Los dos hijos de Eustaquio, impulsados por el mismo sentimiento, dejaron escapar esta palabra, que hizo estremecer á Eustaquio.

—¿Y nuestra madre?

Hubo un penoso silencio. Eustaquio había oido aquella frase, que como un hierro candente había herido su corazón. ¿Qué diría á aquellos hijos, milagrosamente encontrados, de su madre?

El alma de Eustaquio gimió dolorosamente. De repente, como impulsado por una fuerza interior, su rostro se serenó, volvió la tranquilidad á su alma

y la luz á sus ojos, y con voz segura, miró al cielo y á sus hijos, y en seguida les dijo:

—Vuestra madre! la veréis hoy. Os aguarda, hijos mios!

CAPITULO XIV.

La madre.

Eustaquio dispuso que sus hijos habitaran la misma tienda que él. Aquel mismo dia los presentó al emperador, quien dió un ascenso en el ejército á los dos jóvenes. Comenzaba, pues, á cambiar la faz de esa vida tan llena de dolores, y á aparecer el porvenir sin sombras.

Aquella noche, Eustaquio, cumpliendo las órdenes del emperador, hizo entrar en su tienda á la mujer á quien, por loca, se guardaba en una habitación próxima, hacía algunos dias.

Una lámpara de alabastro derramaba una luz

suave en la tienda. Eustaquio estaba en la sombra proyectada por una pantalla situada entre la lámpara y él. Lo demás se hallaba iluminado.

La mujer adelantó guiada por un soldado.

—Allí está el general! dijo á la mujer y salió.

Eustaquio se hallaba en uno de esos momentos de dicha suprema. Había encontrado á sus hijos, y esta felicidad inaudita inundaba todo su ser. Cuando no los veía, cerraba sus ojos para verlos con los ojos del alma. Por naturaleza indulgente y suave, hoy lo era más aún: la dicha que él gozaba habría querido compartirla con todos los seres del universo: esa pobre loca á quien él iba á interrogar, le interesaba vivamente, y estaba resuelto á hacerla tan feliz cuanto de él dependiera. Tomó, pues, una actitud tranquilizadora, y apoyando suavemente su mano sobre la superficie de la mesa, hizo adelantar á la mujer, que temblaba á algunos pasos de él.

—Pobre mujer, ¿qué deseáis? la dijo con dulzura.

—Hablar al César, señor.

—Yo soy un representante del César: habladme á mí.

—No es lo mismo, contestó la mujer. Lo que tengo que hablar, lo que tengo que pedir, lo he de suplicar, de rodillas, con las manos juntas; lo que tengo que alcanzar, por que lo he de alcanzar, es del César de donde debe venir.

—Os prometo que lo que pidáis, si el César lo puede hacer, lo hará. Tened confianza, hablad: el César me envía á vos.

—Os creo, señor, y hablaré. Pero ¿por dónde

comenzar? ¿qué puedo yo hacer, pobre mujer, para obtener tan gran merced?

—Qué pedis? dijo Eustaquio.

—Señor, ¿vos sois amigo del César?

—Lo soy.

—¿No os rehusará nada?

—No me rehusará nada.

—¿Ni aún lo imposible?

Eustaquio sonrió.

—¿Tan difícil es lo que tenéis que pedir? dijo en seguida.

—Oh, señor! dijo la mujer, con las manos juntas en actitud de súplica suprema. Oid mi historia y veréis si al terminarla, vuestros labios se cierran: veréis si vuestra piedad enmudece.

Yo soy noble, y nací en Roma. Hija de padres gentiles, por un milagro de la gracia divina escuché la doctrina del Cristo, y el agua santa del bautismo regeneró mi ser. Yo soy cristiana, y no os será, talvez, posible comprender cuán feliz y tranquila quedó mi alma cuando salí de las tinieblas á la luz.

—¿Sois cristiana? dijo Eustaquio: pues bien, un hermano os escucha, porque yo también lo soy.

—Vos? exclamó la mujer, ¡vos cristiano! bendito seais! tengo yá esperanza en vos.

Y continuó:

—¿Veis estas canas que cubren mi cabeza con su manto de plata? ¿veis estas arrugas que surcan mi faz? ¿Veis este temblor que agita mi cuerpo? ¿Véis esta vacilación de mi mirada? Pues bien, no

son los años los que han alterado mi ser entero; no es el frio invierno de la vida el que ha cubierto de nieve mi cabeza; no son los ardores del sol los que han tostado mi piel: es el dolor.

—Yo también he sufrido, contestó Eustaquio, y os comprendo: seguid.

—¿Vos habéis sufrido? ¡Error! No sabéis lo que es sufrir. ¡Yo he perdido á mi esposo!

—Y yo á mi esposa! añadió Eustaquio levantándose y mirando fijamente á aquella mujer.

—Si! vos la habréis perdido á vuestro lado, cuando herida por la guadaña de la parca os llamaba hasta su último momento; vos habréis espiado los latidos de su corazón, uno por uno; vos habréis cerrado sus ojos después de haber rendido ella el último suspiro; vos habréis sepultado su cadáver en tierra bendita, vos.....

—Os equivocáis, pobre mujer. Yo la he perdido en medio del huracán, cuando la tierra se estremecía, cuando las olas se elevaban como montañas, cuando el rayo cruzaba el horizonte enrojecido. La he perdido en medio de la noche, en las tinieblas, quedando de repente en el aislamiento, en la soledad; la he perdido sin saber de qué manera, como si me la hubiera arrebatado la tempestad; la he perdido y he quedado en la tierra solo, sin apoyo; y la he perdido, sin que haya muerto.

—¡Es singular! dijo la mujer; yo también creo poder asegurar que mi esposo no ha muerto. Hemos sido separados, y me han llevado á tierra extranjera. Le he buscado veinte años, y aún le bus-

caré mientras mi alma resida en mi cuerpo. Necesito hallarle, señor, á él primero, y después.....

—¿A quién? dijo Eustaquio levantándose.

—A mis hijos.

—¿A vuestros hijos? ¿Habéis perdido á vuestros hijos? ¡Singular coincidencia! ¿Y cuántos habéis perdido? Hablad, señora.

—He perdido á mis dos únicos hijos, el mismo dia en que perdí á mi esposo.

—¡Qué decís! ¿Y dónde les perdistéis?

—En la costa de Africa, en una noche de horrible recuerdo.

Apenas estas palabras habían salido de los labios de la mendiga, cuando Eustaquio, transfigurado, tembloroso, se acercó á la mujer estupefacta, la miró largo tiempo, y en voz baja, y como delirante:

—Sí, ella es; sus ojos siempre bellos: su tez está pálida porque ha llorado; ha encanecido porque sufre; yo también tengo blancos mis cabellos: sí, es ella, vacila....porque tiene hambre: está encorvada porque ha andado mucho....pero es ella....es mi dulce Teopista.

La mujer lanzó un grito terrible.

—¡Qué nombre habéis pronunciado?

—Qué nombre! dijo Eustaquio; pues el nombre de mi esposa.

Y haciendo explosión su naturaleza, en un irresistible arranque, haciéndose la luz en su cerebro, la envolvió en sus brazos con ternura infinita, y habló entre sollozos.

—Sí; eres tú á quien he buscado veinte años: ¿te

acuerdas?....el bajel, la tormenta....aquel hombre que te arrebató....Mis hijos, tan bellos, ángeles del cielo, los he visto hoy, Teopista....los he encontrado también....los verás, están grandes; mucho habrán sufrido, pero yá estamos reunidos.

La mujer enloquecida oía aquellas frases, que le iban revelando la presencia de un esposo amado y por tanto tiempo perdido; y mirando fijamente, á través de sus lágrimas, la noble fisonomía de Eustaquio, salió de su boca el nombre que siempre había estado en su corazón.

—Eustaquio!

—Teopista mía!

Los dos cayeron de rodillas, exclamando:

—Henos aquí! ¡cuán bueno es Dios!

CAPITULO XV.

La última nube.

Eustaquio salió corriendo, llamó á sus hijos, los abrazó estrechamente, y enseñándoles la habitación donde se hallaba su esposa, les dijo:

—Os había ofrecido que veríais hoy á vuestra madre; entrad y la veréis.

Renunciamos á descubrir tal entrevista. La pluma fácilmente puede hacer una narración dolorosa; para escenas de felicidad, es casi impotente. Aquellos seres, tan rudamente sacudidos por la adversidad, inquebrantables en medio de los más grandes

infortunios, firmes como la roca á los embates de la ola embravecida, habían pasado ya los dias de prueba: la hora señalada por el Señor de su nueva reunión, había sonado, y así como los átomos arrastrados á lugares distantes se reunen al soplo del mismo huracán que les separó, así aquellos seres unidos largo tiempo, y separados por veinte años, volvieron á encontrarse bajo el mismo techo. Angustias, dolores, fatigas, todo lo olvidaron; aquellos veinte años, que habían contado, instante por instante, se presentaban ya como un pasado doloroso, pero que había terminado. Y en medio de su júbilo, bendecían á Dios, que les había reunido.

Penetremos en la tienda, donde Eustaquio escucha, estremecido y palpitante, la narración que su esposa le hace de su veinte años de peregrinación.

Teopista tiene á sus dos hijos de rodillas delante de ella y enlazados su brazos al rededor de su cuello. Eustaquio contempla con orgullo y amor ese hermoso grupo.

—Imposible me es pintaros, decía, la angustia y desesperación que se apoderó de mí, al verme sola á bordo de un buque, del que habían arrojado violentamente á mi esposo y á mis hijos. Creí volverme loca, y sin la protección visible de la Providencia, tal vez habría muerto á impulso del dolor.

Pocos instante después de nuestra violenta separación, vino la tempestad: el buque no pudiendo resistir al choque de los elementos, se hizo mil pedazos, y yo caí al mar, y habría perecido, si no me hubiera apoderado de una tabla que flotaba á mi la-

do. El patrón del buque también pudo asirse á la misma tabla, y así permanecimos no sé qué tiempo entre la vida y la muerte, hasta que el empujé de las olas nos llevó con inrresistible ímpetu á la vecina costa de Africa.

Perdí el conocimiento; cuando volví en mí, me encontré sola en una tierra desconocida, muerta de sed y de fatiga.

Me levanté penosamente, y paso á paso pude ir avanzando por la misma orilla sin internarme por temor de extraviarme. Como dos horas más tarde, ví en una pequeña ensenada una barca tripulada por tres hombres, pescadores sin duda.

Aquellos hombres me escucharon, me comprendieron se compadecieron de mi infortunio y me llevaron en su barca á una población vecina. Allí he pasado largos años sirviendo en la casa de un rico propietario, el cual en cambio me daba alimento y vestidos.

Mas, una mañana un impulso violento, una sacudida de mi corazón, me hizo salir de aquella casa.

A buscarlos! hé aquí mi deber, me decía. Cumplámoslo.

Y salí y recorrí todo aquel país. Yo sabía que no estaba muy distante del lugar en que se había verificado la inicua obra del patrón del barco, y esperaba que tal vez os habríais establecido en aquella comarca.

Poco á poco fueron faltándome los escasos recursos que me había proporcionado generosamente el propietario en cuya casa me había hospedado, y llegó el dia en que me faltaron por completo.

Entonces tuve hambre. Comía los frutos de los árboles que encontraba en mi camino, sin saber muchas veces si serían nocivos; bebía el agua estancada de las lagunas, y avanzaba siempre. Por último, esto me faltó también, y resolví, hijos mios, mendigar para no morir.

—Madre mía! dijeron los jóvenes, con ojos llenos de lágrimas.

—Pobre esposa mía! esclamó Eustaquio.

—Mendigar! palabra horrible que, como un fantasma se presentaba delante de mí durante mis noches de insomnio. Mendigar! ponerse en el camino público, tender la mano al transeunte, recibir en vez de la limosna muchas veces el insulto; esperar durante largas horas al viajero para detenerle y pedirle un pedazo de pan. Ah, hijos mios! el dia en que mendigar fué para mi una necesidad; la mañaña en que, resuelta ya, me levanté para ir á pedir una limosna, el rubor de la vergüenza enrojeció mi faz, y creo que en aquel día mi cabellos encanecieron.

Pero estaba decidida á vivir y debía vivir. Caminé todo el dia, y cuando llegó la noche, me encontré á las puertas de una rica casa, construida á las orillas de un río; sin fuerzas para continuar me senté en un banco de piedra, y lloré.

Dios me oyó. Pocos instantes después abrióse una ventana y un ser generoso arrojó á mi lado una moneda de oro, que me salvó. Había recibido la limosna, pero la había pedido.

—¿Y dónde fué eso? dijo Eustaquio, á quien vino un recuerdo repentino, ¿dónde fué?

—No lejos de la ciudad de Timelio, en la costa septentrional de Africa.

—Bendito sea Dios para siempre, esposa mía! Esa moneda de oro que te guardó de la mendicidad, y que salvó tu vida, fuí yo quien te la dió.

—¡Es posible!

—Continúa tu historia querida Teopista, continúala, que yo te referiré, después, la mía. Pero sabe que no has mendigado la moneda de oro, la has recibido de quien tenías derecho para recibirla.

—Esa moneda, continuó Teopista, me salvó. Ella me sirvió para trasladarme á Italia y huir para siempre de la devoradora tierra de Africa, qué me había sido tan fatal. Una vez en Italia, me establecí en Ostia.

Allí he vivido hasta hace poco tiempo, del producto de mis manos. Pero una mañana resolví, de nuevo, continuar mi peregrinación. La Providencia me ha conducido aquí, porque aquí debía tener lugar la realización de sus promesas, y terminar la larga serie de mis desgracias.

Eustaquio entonces refirió á su esposa y á sus hijos, todos los acontecimientos que habían ocurrido en su azarosa existencia, durante los veinte años transcurridos, y después de esta historia, oyeron la doble narración de los dos jóvenes, bastante semejante en el fondo.

Agapito, el mayor, el que había sido arrebatado por el león, conservaba un recuerdo vago de aquel acontecimiento. Desde la época en que él conservaba ideas claras de su infancia, tenía presente haber vivido en casa de un pastor que lo había educado po-

bremente. Este pastor le refirió que cazando en el bosque, había encontrado un león que llevaba entre sus poderosas mandíbulas un niño, y que deponiendo al verle su furor natural, había soltado la presa delante de él, huyendo en seguida á las profundidades de la montaña. El pastor recojió al niño desmayado, pero sin daño alguno, y lo llevó á su casa.

Ese niño era él.

Pasados algunos años, le llevó á la ciudad de Roma, y algún tiempo después, regresó en calidad de soldado en las filas del ejército. Sus ascensos fueron rápidos, y muy joven aún, llegó á una graduación elevada.

Teopisto, rocojido por una anciana al borde de un camino, había pasado su niñez y juventud en las labores del campo, hasta que muerta la pobre mujer que le había servido de madre, reunió el escaso dinero con que contaba, y también se dirijió á Roma. No pudiendo elejir otra ocupación para su subsistencia, ingresó también en el ejército, donde había tenido lejos de su hermano, y sin conocerle, los mismos ascensos, de modo que ambos se hallaban bajo el mismo pié en el ejército.

Eustaquio, lleno de noble orgullo al ver á sus hijos, honrados, estimados y sirviendo á la patria, les ofreció presentar al siguiente dia al emperador, y referir la rara historia de los veinte años durante los cuales habían estado separados.

CAPITULO XVI.

Confesión de la fé.

Adriano recibió á los dos hijos de Eustaquio, y les dió ascensos en el ejército. Y no sólo hízolo, sinó que los agregó especialmente al servicio de su persona. Eustaquio y sus dos hijos fueron, desde entonces, considerados como miembros de la familia imperial, y tuvieron voto aún en los asuntos privados del César.

Tanta elevación, produjo naturalmente envidiosos que pretendieron derribarle, y comenzó en la sombra una conjuración, fomentada por los mismos que más se escorvaban ante él.

Un dia, uno de los áulicos que tenían entrada en palacio, aprovechó de la ausencia de Eustaquio, para comenzar su plan de ataque delante de Adriano. Comenzó, con maestría consumada, á hacer la apología del amigo del César, mientras Adriano escuchaba tranquilamente.

—Es un valiente, Señor, y sus virtudes son tan sólidas como su valor. Si viérais la multitud de desgraciados que socorre, os asombraríais. Las sumas enormes que prodiga á los infelices, bastarían para alimentar la mitad de Roma.

—No puede emplear mejor la renta de que disfruta.

—Así es, Señor: y por eso es amado del pueblo. Cada vez que recorre las calles, parece que se ha decretado nuevo triunfo para él. El pueblo le sigue, y le victorea y le aclama, y varias veces, he oido decir en distintos grupos, que era digno de llevar la corona imperial.

—Lo es, en verdad.

—Ciertamente. Y una vez le oí llamar *imperator*.

El emperador frunció el ceño. Sin embargo repuso:

—Bien sabéis, que puede llevar este nombre, puesto que ha obtenido el triunfo.

—Lo sé, señor, y por eso no me sorprendo. Pero lo que sí me extrañó un día, y hace poco, fué ver que delante de él, iba un hombre llevando un vaso de alabastro con lumbre, y quemaba perfumes. Este es exclusivo atributo de la persona sagrada del César.

Adriano se levantó.

No creo eso, dijo; sinembargo....bueno es tomar algunas precauciones. Tanta popularidad, puede perjudicarle. Por bien de Eustaquio mismo, trataré de evitar esos paseos triunfales.

El cortesano comprendió que ya era tiempo de lanzar la última flecha, y con tono de indiferencia agregó:

—Por lo demás, esas voces que circulan de que es cristiano, y lo son sus dos hijos, es indudablemente una calumnia.

Adriano saltó de su lecho de púrpura, y mirando con ojos sangrientos al delator.

—Si no me pruebas, ahora mismo, que Eustaquio es cristiano, te juro, por los dioses, que te hago quemar á fuego lento, dentro del toro de bronce, que debe colocarse al pié del capitolio, y que ya está prendido, frente á mi villa de Tívoli.

El hombre tembló. Sinembargo, repuso con tranquilo acento:

—Os bastaría, Señor, el testimonio del mismo Eustaquio?

—Sin duda, y voy á desmentirte, infame calumniador: prepárate á recibir el tormento mayor que ha experimentado un hombre.

Adriano mismo, salió á la puerta de la estancia imperial, y ordenó á uno de sus guardias, que llamara inmediatamente á Eustaquio.

Pocos momentos, después, el noble soldado estaba de pié, delante del emperador.

Adriano, se acercó violentamente á Eustaquio, le

tomó por el brazo sacudiéndole con fuerza, y poniéndole frente al delator:

—Eustaquio, le dijo: aquí tienes á este hombre infame, que ha venido aquí á calumniarte. Pero tú le vas á confundir: no temas; mi venganza será terrible; díle que no eres cristiano, como él lo asegura; dice que esas voces circulan; dáles un mentís en mi presencia.

Eustaquio miró respetuosamente al emperador, y dijo con tranquilo acento:

—Este hombre no ha mentido, señor: yo soy *cristiano*.

—Ah!.....dijo el emperador como si hubiera recibido una lanzada en el corazón.

Y tambaleando como un hombre ébrio, fué á caer sobre el lecho de púrpura.

Eustaquio se precipitó hacia el emperador, y trató de tomar su mano.

—Déjame, dijo el emperador, no te acerques á mí. Y tú espía y delator, huye de mi presencia, porque sería capaz de ahogarte con mis propias manos.

El hombre huyó precipitadamente, pero al salir lanzó una mirada de triunfo sobre Eustaquio.

Eustaquio le contestó con otra de dulzura infinita.

—¿Con que es verdad, dijo Adriano, que eres cristiano? ¿Me has engañado hasta ese punto? ¿Mi mejor soldado, mi mejor amigo, afiliado en esa secta aborrecida? ¿qué me queda que esperar? Responde, repíteme que eres cristiano, no.....no puedo creerlo.

—Oh! señor: si supiérais lo que es esa doctrina que

tanto aborrecéis, la amaríais y os engrandeceríais....

—No me hables...no me hables....me has ofendido cruelmente. Yo que te amaba como un hermano; yo que acababa de decretarte los honores del triunfo, por segunda vez; yo que pensaba elevarte sobre todos los hombres, porque en realidad eres superior á todos por la virtud, por la nobleza del corazón y el valor; yo que he puesto á tus hijos á mi lado, como si fueran mios. ¡Dioses! qué hacer? Eustaquio, Eustaquio, escúchame: no es el empeperador el que te habla, es tu mejor amigo: renuncia á esa religión que yo no puedo soportar en mi imperio, renúnciala, abandónala: te quedo yó, el amo del mundo, y bien puedes dejar á tu Cristo por mí. Responde ...es la última llamada que hago á tu corazón.

—No, señor. Bien sabeis que estoy dispuesto á vertir por vos toda mi sangre; pero antes que el César está Dios. Haced de mí lo que queráis, pero no podréis nunca hacer vacilar mi fé. Oh Adriano! con cuánto placer diera mi vida, por veros abandonar la falsa religión que profesáis y abrazar la fé del Cristo, á quien ofendéis sin conocerle. ¡De qué brillo se cubriría vuestro nombre, si elevárais la cruz sobre la cúpula de vuestros templos, y permitiérais el libre culto de Jesús en todo vuestro imperio. Sois un hombre de vasta instrucción pero no conocéis la verdadera ciencia; estudiad y veréis si los cristianos no son los mejores súbditos de vuestro imperio, y si la fé de Jesús no vale más, que la de tantas falsas divinidades en que vos mismo no

creéis! Adriano, escuchad la voz más amiga que puede hablaros; no la desoigáis.

Adriano había cubierto su rostro con su dos manos, mientras Eustaquio hablaba. Después de un silencio de algunos minutos miró al soldado, con expresión tranquila y le dijo:

—¿Qué día es hoy?

—Faltan tres dias para los idus de Setiembre.

—Dentro de tres dias, entonces, tendrán lugar las fiestas en mi villa de Tívoli. Allí he elevado un templo á Vesta, templo que debe consagrarse con sacrificios. ¿No te parece un buen día para abjurar la religión de tu Cristo, allí delante del pueblo entero?

—Abjurar? jamás, dijo Eustaquio con entereza.

—Jamás? has dicho.

—Jamás!

—Pues bien, Eustaquio, estamos separados. Ya no eres el amigo; no el servidor leal, que no obedece á su señor, eres el ciudadano de Roma que desconoce las leyes grabadas en nuestros códigos; eres el esclavo que se rebela contra el amo.

Este decreto, dándote los honores del triunfo, que como tú sabes no se ha concedido durante mi reinado á ningún súbdito, va á ser roto, por que no puedo acordarlo á un cristiano: ya no puedes servir en mi ejército ni como simple soldado; te borro, pues, de la lista de generales entre los que tu nombre figuraba el primero: no puedes pertenecer, ni un solo dia. Despójate de las insignias que caracterizan tu alta graduación entre mis tropas: no puede un cristiano llevarlas. Pero nó, Eustaquio: aún es

tiempo; no abandones á un amo tan bueno para tí: sabe que lloraría eternamente verte separado de mi lado, y que sinembargo, tendría que inmolarte. Los dioses lo ordenan, y con las lágrimas en los ojos y el luto en el corazón, yo mismo encendería el fuego que deberá consumirte. Evítame tamaño dolor!

—Oh César! dijo Eustaquio tristemente: no es la amenaza de una muerte dolorosa, la que atribula mi espíritu. Bien podéis pensar, que quien durante veinte años ha sufrido cuantos dolores pueden amargar la existencia, sostenido por aquel, que es la fuente de vida y de esperanza, no vacilará en los momentos en que deben ceñir sus sienes la inmortal corona. El triunfo que yo espero no es el que vos pensabáis acordarme: ese espectáculo de brillante púrpura, de cantos militares, de perfumes, de armonía, pasa como el humo; mi triunfo es otro: es la muerte gloriosa, la transformación del ser perecedero en el ser inmortal; el paso de la vida de dolores á la eterna vida: la visión de Dios. Oh! César: escucha, por última vez, al servidor á quien llamaste amigo. ¡Qué grande seríais si instruido en la fé de Jesús y persuadido de la verdad de su doctrina, dáis nuevo ser á este poderoso imperio! ¿Creéis en Júpiter, cuya escandalosa historia le pone en nivel inferior al de los hombres? En Venus, en Neptuno, en Juno, en Marte, fabulosa serie de dioses, formados en la imaginación de los poetas y forjados por el martillo y el cincel de vuestros artífices? Vuestra alma elevada y noble, no puede admitir tamaños errores y mientras el incienso humea delante de vuestras estatuas, vos rechazáis dio-

ses de tan impuro origen. Creedme, y no rechacéis la última llamada que Dios hace á vuestro espíritu, y á vuestro corazón.

Adriano le escuchaba sorprendido.

Eustaquio continuó:

—Dad, señor, al mundo, tan bello espectáculo. Mueran los dioses falsos, abajo esos ídolos que manchan vuestros templos! Purificadlos, elevad la cruz sobre sus cúpulas, que el incienso humee delante del Dios único; que esa religión tan pura, de moral tan severa, ostente á la luz su doctrina, hasta hoy conservada por muy pocos, y escondida en las criptas. Veréis, entonces, transformarse el imperio, y se hará tan grande como fuerte, y vos seréis el más ilustre de los Césares, que se han sentado sobre el más augusto trono del mundo. ¡Qué porvenir os aguarda!

Adriano vacilaba. Permaneció pensativo durante algunos momentos, y en seguida se levantó.

—Nó, dijo: suceda lo que quiera, yo no puede alterar las creencias religiosas de un pueblo: no puedo romper sus códigos, no puedo derribar sus templos. Eustaquio, prepárate á sacrificar á los dioses, mañana en mi templo de Tívoli: no desobedezcas mi orden: teme las consecuencias.

Y despidió á Eustaquio, con ademán tan solemne, que este salió de la estancia imperial seguro de que aquel era su último día.

CAPITULO XVII.

La nueva cristiana.

Eustaquio llegó á su casa, y encontró á su esposa Teopista, radiante de felicidad.

—Alégrate, esposa mia, exclamó al verla: alégrate porque ha llegado la hora predecida por el Pontífice Clemente; ha llegado el momento de cantar á Jesús delante del pueblo romano. Pronto los agentes del César vendrán á buscarnos, y nos conducirán á la inmortalidad por el martirio.

—¿Qué dices Eustaquio?

—Sólo la carne perece, contestó; unas horas de prueba y el alma desprendida de los lazos terrenales

subirá al empíreo entonando celestiales cánticos. Ya llegó el momento supremo: el valor de un instante, dá la eterna dicha. Necesario es purificarse para poder contemplar á Dios.

—¡Eustaquio!

—Que vengan mis hijos: ellos son fieles también. Familia bendecida por el Señor, depurada por los sufrimientos, separados sus miembros como las aristas que el huracán esparce, nos hemos reunido, para ir juntos al sacrificio. Partamos. Llama, Teopista, á nuestros hijos.

Agapito y Teopisto entraron.

—Hijos míos, benditos hijos míos, á partir para el mundo celeste, patria de los hijos del Señor. Adriano ha sabido que somos cristianos y espera nuestra confesión para enviarnos á la muerte. ¡Vamos, pues, á confesar á Cristo!

Una explosión de alegría tuvo lugar. El grupo de aquellos cuatro seres que íntimamente se amaban, cayó de rodillas, y un cántico de alabanzas al Eterno, se elevó en aquella habitación transformada en templo.

Eustaquio se levantó. Lentamente se dirigió á un extremo de aquella habitación, y abriendo una lacena, sacó de él un vestido de pobre tela.

He aquí mi librea, dijo con una sonrisa radiante: librea del pobre, la librea de Jesús. Yo pertenezco á él y debo llevarla. ¡Afuera, bordados y sedas, cothurnos de lujo, fantasmagoría del mundo; afuera! Yo soy el viajero errante, que por espacio de veinte años, ha recorrido todas las tierras en busca de los seres queridos á mi corazón: les he encontra-

do, y les llevo conmigo á la mansión donde no hay dolores, donde no podemos separarnos más. Teopista....Vamos á la morada imperial, y que el soberano señor del orbe, oiga el canto de fé que de labios cristianos se alza al Todopoderoso.

En este momento apareció un servidor de la casa.

—Señor, dijo: una dama, desea hablaros.

Eustaquio, sorprendido, ordenó la hicieran entrar.

Una mujer de edad de treinta y cinco años, y cuya belleza era sorprendente, apareció en el umbral.

Eustaquio, miró á aquella mujer, y la reconoció.

—Señora, dijo; hace diez y nueve años que no os he visto, y os he reconocido.

—También yo Plácido. ¿A donde vais?

—Voy al palacio del emperador Adriano.

—Deseo hablaros Plácido. ¿Podéis concederme unos momentos?

—Nada puedo negaros, señora: hablad.

Y dirijiéndose á su esposa é hijos que asistían inmóviles á esta escena, dijo:

—Aquí tenéis á la noble hija de Grecia, de quien me habéis oido hablar con frecuencia, y á quien debéis haberme vuelto á ver. Sin la noble hospitalidad que me otorgásteis en Timelia, no habría podido continuar mi marcha, señora, y no habría encontrado á la esposa é hijos que os presento hoy, lleno de reconocimiento.

—¿Vuestra esposa é hijos son, Plácido? Os felicito de todo corazón.

Y tiernamente abrazó á Teopista, y tendió sus manos á los dos jóvenes.

—¿Qué deseáis Señora? Estoy á vuestras órdenes, aunque poco tiempo tengo de qué disponer.

—¿Váis á hacer algún viaje, Plácido?

—Y muy largo, señora.

—Pues bien, seré breve. En pocos instantes voy á instruiros del objeto de mi venida, y á manifestaros el inmenso servicio que de vos espero.

—Os escucho, señora.

—Plácido, vos sois feliz ya, y después de veinte años de vida errante. Yo todavía sufro.

—Vos, señora?

—Sí, yo; la hija adoptiva del emperador Nerva, la hermana del emperador Trajano. Vos ignoráis mi historia, y creéis sin duda que las personas que, como yo, han ocupado casi el trono imperial, y se han oido llamar hija por un César y hermana por otro, no sufren. Os equivocáis, amigo mio.

Diez y nueve años han transcurrido desde la última vez que os ví en mi morada de Timelia. Desde entonces acá, grandes acontecimientos han tenido lugar para mí. Encontré á mi padre como vos encontrásteis á vuestros hijos; sólo que ellos, dichosos y tranquilos, están á vuestro lado, y mi padre murió en mis brazos, proscrito de esta corte fatal que causa la desgracia al que aspira el aire de los palacios; vos habéis encontrado á la compañera de vuestra existencia, noble como siempre, como siempre digna, y yo, yo he sentido todos los dolores, y todas las agonías, cuando el emperador Trajano, leyó ante mí, el parte terrible que anunciaba la muerte del que debía ser mi esposo, allá en el ex-

tremo del mundo, combatiendo con las bárbaras tribus de la mansión del dia. (*) Escipión, el amigo de mi infancia, el esposo que mi abuelo Nerva designó para mí, en el lecho de su agonía, no quiso pertenecerme, sin conquistar el triunfo romano, y partió á la guerra, á pesar de mis lágrimas y de mi dolor.—No, Athenais me dijo: el emperador desea que yo conquiste pueblos para extender su imperio: yo iré y venceré á esas naciones de las indias, y vendré á depositar á tus pies las joyas de sus tesoros y adornaré las habitaciones con los mármoles de sus palacios. Partió no pude detenerle; y en vez de venir triunfante como esperaba, sólo vino la fatal nueva de su muerte en un combate terrible. Desde entonces, he vuelto á ese rincón del mundo que vos conocéis, para descontar esas horas felices, con bien amargos años. Ayer llegué á Roma: vengo á hacer una súplica al emperador Adriano, y sabiendo que sois su mejor amigo, he ocurrido á vos, para que interpongáis vuestra influencia para con el César. Sé que lo que vos queréis, él lo quiere. ¿Deseáis y podéis servirme?

Plácido la respondió dulcemente.

—Señora, todo cuanto soy, y todo cuanto valgo, lo pongo á vuestras órdenes, sólo que....

—¿Qué Plácido?

—Sólo que el privado de ayer, el hombre omnipotente á quien el César había honrado con su confianza, el general á quien el pueblo romano concedió el triunfo, es hoy.....

(*) El Oriente.

—¿Qué?

—Un hombre que va á morir.

—¿A morir? ¿Y por qué?

—Porque soy cristiano, señora; y el emperador quiere dominar en mi conciencia como manda en mi espada. Y esto no puedo hacerlo yo. Le debo mi vida terrestre, pero no puedo sacrificar mi ventura eterna. Antes que el César, está Jesús.

—¿Qué decis? ¿vos también cristiano? ¿Qué religión es esta que cada dia adquiere nuevos prosélitos, y se extiende como la luz que sube por el horizonte, encendiendo las esferas?

—La luz de que os hablé en Timelia, señora; la luz que brillará en vuestro corazón, y muy pronto.

—¿Cuando Plácido?

Eustaquio levantándose, entonces, puso su mano sobre la cabeza de Athenais, y con profética inspiración.

—¿Cuándo señora? dijo.

—Sí, cuándo?

—Hoy.

Athenais dió un grito y se levantó.

—¿A dónde íbais Plácido.

—Al palacio imperial, á entregar todas las insignias de mis diversos empleos públicos; á vestir el ropaje del peregrino de otro tiempo, y á morir en seguida.

—Plácido! partamos: yo quiero acompañaros, y á vuestra esposa é hijos al palacio imperial:

—¿Queréis venir? Pues bien, vamos!

CAPITULO XVIII.

La cruz.

Adriano, después de la salida de Eustaquio, permaneció algunos instantes preocupado y sombrío. Amaba á Eustaquio, conocía su valor y sus méritos y sentía una emoción profunda al verse obligado por las leyes del pueblo de Roma á separar de su lado al cristiano, y no sólo separarle, sinó sacrificarle, entregándole á una muerte ignominiosa y terrible. Una lucha formidable tenía lugar en su corazón, y su pensamiento comprimido en el cerebro, le volvía loco. Por un lado, la amistad, los servicios prestados por el soldado, la abne-

gación de que siempre le había dado constantes pruebas; por otro, la razón de estado. Lucha que hizo envejecer al emperador diez años, en diez minutos.

Veía que la resolución que iba á adoptar, era de graves consecuencias: la muerte de un hombre en quien tenía la más absoluta confianza, y á quien amaba como á un hermano; ó el trastorno completo de todas las leyes del imperio, y talvez su caida.

Dominado por esta emoción se hallaba presa de una atonía moral que embargaba, por completo, sus facultades. Poco á poco, fué cayendo en una especie de sopor, que le separó enteramente del mundo.

Entonces, sin hallarse dormido, asistió á un espectáculo extraordinario, que ante su vista se presentaba: cuadro mágico, que iba desarrollándose lentamente delante de sus ojos asombrados; espejismo sorprendente, que le presentaba maravillas sobre maravillas.

Vió, extenderse la esfera de acción de su mirada y hallóse sobre una altura dominando las ciudades, los campos y las montañas: Roma se hallaba á sus pies; Roma, la reina de las ciudades, la espléndida soberana del orbe, con sus mil palacios y jardines, entre los cuales iban las aguas cenagosas del Tiber á confundirse con las olas del mar. De repente, comienza á cambiar esta decoración espléndida: los palacios se hundían, y del seno de la tierra brotaban otros nuevos: vacilaban las columnas de mármol de los templos, y estos caían con horroroso estrépi-

to; las estatuas oscilaban sobre sus pedestales, y como empujadas por una mano poderosa, se precipitaban en el polvo de las plazas. El sol enrojecido lanzaba no olas de luz sinó olas de sangre sobre la ciuda eterna, y al través de ese rojizo resplandor todos los objetos tomaban un fantástico tinte, que causaba horror. Un gemido inmenso se elevaba del fondo de aquel abismo, y Adriano estremecido escuchaba cantos armónicos también, que dominaban con su ritmo sagrado aquel tumulto inmenso. Más tarde, el cambio fué completo: la antigua Roma, había desaparecido y sobre sus restos palpitantes, como si hubiera, la inmensa ciudad, tenido vida propia, apareció una nueva ciudad, esplendente de luz, suave como la de la aurora, y sobre los nuevos templos aparecía la cruz dominando en el lugar de donde durante tanto tiempo había querido proscribírsela.

Adriano con los ojos dilatados por la sorpresa, contemplaba aquel cuadro sublime, y vencido ante el espectáculo que le dominaba, cayó lentamente de rodillas, exclamando:

Oh! Cristo! ¿vencerás á los dioses del Olimpo?

—Sí señor, contestó una voz.

Adriano la oyó, y volvió á la realidad. Hallóse en su habitación, y delante de él estaba Eustaquio, con su esposa y sus hijos. Una mujer vestida de luto, les acompañaba.

—Quién ha hablado? preguntó el emperador.

—Yo, señor, contestó el soldado. Habéis hecho una pregunta, y he creido deber contestarla.

—¿Qué pregunta?

—Preguntábais si Cristo vencería, y os he respondido que sí.

Adriano se inmutó.

—Plácido,dijo:yo no sé que ha pasado hoy por mí, pero nada me hará vacilar. He tenido un sueño, y en sueño, ha aparecido ante mí, la cruz dominando la ciudad imperial; que la domine en sueños, pues al volver á la realidad, contemplo de aquí al Júpiter Olímpico,muy firme sobre su pedestal de bronce. Plácido, me atengo á lo que ahora veo.

—Plácido sonrió tristemente, y miró al emperador con tal dulzura, que éste sintió como una especie de dolor en su corazón.

—¿Quién es esta mujer que te acompaña,Plácido?

La mujer velada se descubrió, y Adriano la reconoció.

—¿Vos señora? ¿de dónde venís? ¿Vos, la hija de Césares, la noble patricia cuya ausencia ha llenado de luto á la corte de Roma, volvéis? ¿Qué pedís? ¿Venís á implorarme por Plácido? Bien sabéis que yo le amo también, y sólo depende de él, ser como ayer, mi predilecto amigo, más que eso, mi hermano. Le he dicho que adore á los dioses nuevamente,y hoy se lo repito: mi afecto hacia él le exime del culto público: en nuestra presencia solamente, sin testigos: Júpiter le vé de lo alto, allá en el Olimpo, yo le veo aquí: estos dos testigos bastan. Voy á traer una estatuilla de oro del padre de los dioses y un grano de incienso: suba esa columna de perfumado humo, y me doy por satisfecho.

—Es inútil señor que os molestéis: yo tengo aquí

también un símbolo sagrado: veréis como Plácido le venera.

Y retirando de su cuello una cinta de oro, mostró al emperador una cruz de preciosos diamantes, engastados con la más artística perfección.

Adriano miró la cruz y retrocedió. Plácido cayó de rodillas con su familia y exclamó como ante una aparición.

"Oh cruz! cruz salvadora, cruz bendita! Sí: yo te venero sagrado símbolo de redención, cruz en la cual el mártir sin segundo rindió su último aliento por salvar á la raza pecadora del hombre. No tardará mucho tiempo sin que seas la presea más brillante, el objeto ante el cual la humanidad entera doble sus rodillas como lo hago yo hoy; cruz, antes emblema de ignominia, y hoy de gloria: en tus brazos abiertos descanse yo, aunque sea desgarrado y sangriento, antes que en lecho de rosas y de lirios; oh! cruz, yo te amo, y te bendigo; cruz que he llevado veinte años sobre mis hombros sin que su peso me haya hecho vacilar: cruz, camino que lleva á la gloria, entre las espinas, cruz de Jesucristo, escala misteriosa y augusta, noble distintivo del que cree y espera; cruz, bendita seas."

Y con los ojos llenos de lágrimas, besó aquel sagrado símbolo.

En ese momento un vivo resplandor iluminó el aposento; de aquel objeto que Athenais tenía en sus manos, salieron destellos más brillantes que el sol.

Athenais lanzó grito, y cayendo también de rodillas, exclamó:

—Oh madre mía! me has salvado. Te veo radiante, acercarte á mí y llamarme á la mansión que tú habitas: te sigo.

Y depositando la cruz sobre el pavimento, con las manos juntas, dijo:

—Augusto emperador, creo en Jesús; le adoro también yo; entro en el número de los proscritos, de los condenados á la muerte, al tormento, al dolor; aquí estoy; sólo la cruz salva, y yo me salvaré con ella.

Y levantando la cruz, la abrazó estrechamente sobre su pecho, mirando al cielo con expresión sublime de amor y reconocimiento.

Adriano estaba absorto. Veía y no comprendía. Súbitamente se levanta, abre la puerta con violencia, y con voz estentórea.

—¡Mi guardia! dijo.

La guardia entró.

—Tomad presos, á todos los que están aquí; llevadlos á la cárcel mamertina, y mañana haréis caldear el toro de bronce destinado á las fiestas de Vesta y que se halla frente al templo; le haréis caldear al rojo vivo, pero antes ¿entendéis? poned dentro á los que aquí os entrego. Salid!

CAPITULO XIX.

El toro de bronce.

Era el 20 de Setiembre, según el calendario Gregoriano, y el dia quinto después de los idus del mes citado, de conformidad con el calendario romano. Una muchedumbre inmensa salía desde las primeras horas del dia, precipitándose como un alud, hacia las puertas de la ciudad, que conducían á la *vía appia*, la más hermosa calzada que han visto los siglos. Poco después, aquella muchedumbre que ondulaba como una inmensa serpiente, se inclinaba hacia la derecha, y pasaba sobre el río *Annio*, cuyas aguas azufradas hacían

irrespirable la atmósfera. Más allá, apareció radiante de la luz matutina, la ciudad de Tívoli, llena de villas espléndidas, cuyo lujo era superior á cuanto se ha visto después, á pesar de veinte siglos de refinamientos en el arte.

El templo de Vesta con su peristilo circular, cuyas columnas eran una creación maravillosa de arquitectura, se hallaba esplendidamente adornado.

Frente al templo estaba el palacio imperial, y entre estas dos magníficas construcciones, en el centro de la plaza, se alzaba un toro de bronce de colosales dimensiones.

La multitud invadía todo. Los curiosos, á pesar de la triple guardia, habían encontrado medio de penetrar en el recinto reservado. Se había ofrecido un espectáculo, y el pueblo encontraba dos.

Poco después, un grito que cubrió todos los ámbitos de la plaza, un saludo, semejante al rugido del océano, subió como una inmensa caricia, al palco imperial. El César hacía su entrada en él, y el pueblo lo saludaba.

Adriano se inclinó levemente, y volvió á sentarse.

Su fisonomía respiraba tristeza profunda. Preocupado y sombrío, paseaba su mirada casi con terror por aquella plaza adornada espléndidamente, sobre aquel océano de cabezas que se agitaba como el tempestuoso mar, y se fijaba estremecida sobre aquel monstruoso toro destinado á ser el instrumento del suplicio de su mejor amigo.

¿Por qué le hago morir? se decía. ¿Me ha faltado como soldado? No: siempre ha sido leal y valiente;

¿como amigo? jamás; él ha sido en quien siempre he confiado y nunca traicionó esa confianza en él depositada. ¿Porqué le hago morir?

Una nube sombría pasaba por su ofuscado cerebro y ráfagas luminosas pasaban por sus ojos. Veía á Eustaquio, transfigurado, radiante, mirarle con tristeza y dulzura, y le parecía oir una voz suave que á su oido hablaba y le decía:

Adriano: ¿qué os he hecho para que me deis tan cruel muerte? ¿qué os han hecho mis hijos á quienes apenas habéis conocido? Pensadlo bien, vamos á morir, asumís una inmensa responsabilidad: este crimen pesará eternamente sobre la cabeza del que va á cometerlo: aún es tiempo.

Gruesas gotas de sudor brotaban de la frente del César. Indiferente á lo que le rodeaba, sólo veía aquel fantasma luminoso; sólo oía aquella voz amiga.

De repente, nuevos gritos del pueblo le hacen volver á la realidad.

Los aplausos continuaban y Adriano vió, entonces, á los mártires entrar lentamente á la plaza.

Vió á Eustaquio, sereno, avanzar, llevando de la mano á su esposa Teopista; vió á los dos hijos del tribuno, vestidos con las insignias de su graduación en el ejército, y entre los dos vió á la nieta de los Césares, vestida de blanco, adelantando suavemen- y como si rozara apenas la tierra, cual una aparición.

Los sentenciados á tan cruel muerte, llegaron al centro de la plaza, y se situaron frente á la estatua colosal del toro. Numerosa guardia los rodeaba.

El pueblo sintió como un estremecimiento. Parecía que un viento helado había pasado por aquel lugar, dejando estatuas en vez de hombres. Ni un ruido se oyó, ni un hombre se movió. Aquel mar de cabezas humanas quedó como petrificado; un un silencio absoluto, solemne, sucedió á los gritos: era la soledad de la tumba.

Entonces vióse un espectáculo tierno, que conmovió las fibras más delicadas de los corazones de los testigos de esa escena; vióse á la mujer vestida de blanco, adelantar lentamente, y arrodillarse delante del anciano tribuno;vióse á este rodeado de su familia,que también cayó de rodillas,alzarse solo y dominar aquel grupo, y elevando sus brazos y bendiciendo á los que á sus pies se hallaban, decir con voz serena y vibrante.

Partamos!

Adriano se levantó y extendió sus dos brazos, como si quisiera detener el martirio de los creyentes: se detuvo, sinembargo.

Eustaquio avanzó lentamente, y con la vista buscó el magnífico palco de Adriano. Hallóle, y envió su despedida al antiguo amigo.

Adriano le miró, á su vez, y sintió un vértigo. El toro de bronce, comenzó á vacilar sobre su base; todos los edificios de Tívoli giraron en torbellino inmenso,como si estuvieran arrastrados por una trompa sobrehumana; la multitud apareció como á través de un incendio, é inclinando la cabeza, cerró sus ojos y perdió por un momento la facultad de pensar.

Por esto, no oyó la inmensa gritería del pueblo pidiendo gracia para el valor y la nobleza, repre-

sentada por el soldado romano, para la virtud serena de su esposa, para la juventud é inocencia de los dos jóvenes, para la belleza regia de Athenais. Los cinco mártires avanzaron lentamente, y al través de la rojiza puerta, alzada á uno de los costados de la estatua de bronce, vióseles desaparecer dentro del monumento enrojecido.

El fulgor de un relámpago en tan sereno dia, hizo estremecer á la muchedumbre, que abandonó la inmensa plaza en grupos tumultuosos, y el rayo cayendo del seno de la nube, deshizo la mole de bronce, donde habían rendido el último aliento los cinco héroes del cristianismo naciente.

Cuando Adriano volvió en sí, nada había. Velada su vista, no notó que estaba solo: alzó su voz, como si hablara al pueblo entero; extendió su mano y dijo:

—Gracia!

—Es tarde, contestó una voz; Eustaquio, es ya tribuno de la legión de los arcángeles, que custodian el trono de Dios.

Adriano, volvió la vista y buscó quien le hablaba. Una sombra, atravesó la plaza.

—¿Quién ha entrado aquí? dijo al jefe de su guardia. ¿Quién me ha hablado?

El soldado se inclinó y contestó:

—Nadie ha subido aquí, Señor. Estábais solo.

—¡Solo! dijo Adriano; solo, aislado, sin amigo, sin un hombre en quien tener confianza, sin un soldado á quien confiar mi guardia; solo.... no: tengo el remordimiento.

Y en su pecho estalló un sollozo tan grande, que

la guardia que cuidaba la puerta del palco imperial, se estremeció.

Adriano abandonó el palco, y entró en palacio meditabundo y sombrío. Desde entonces, presa del remordimiento, recorrió á pié y descubierta la cabeza, todas las provincias de su imperio; viaje inmenso que duró trece años, y á su regreso, se encerró en su palacio de Bayes, donde publicó su *Edicto Perpetuo*, y las leyes prohibiendo los sacrificios humanos y el comercio de esclavos. Murió en 138.

NARRACIONES FANTÁSTICAS.

Del mismo autor

OBRAS PUBLICADAS.

Elementos de Física y Astronomía, declarada texto por el Gobierno.....	2	ediciones.
Estudios sobre el Calendario.....	1	"
Cuadros Históricos de los Concilios Ecuménicos de la Iglesia Católica.....		Agotada.
Viaje por la Provincia del Guayas...	1	tomo.
Viaje de Guayaquil á Cuenca.....	1	"
De Guayaquil á Washington.....	1	"
A través de los Andes.....	1	"
Galería Biográfica de Ecuatorianos Célebres.....	1	"
Viajes por Inglaterra, Escocia é Irlanda.....	1	"
La Receta.....	1	"
Tradiciones Históricas.....	1	"
Breve Historia sobre las Municipalidades.....	1	"

EN PUBLICACION ACTUAL:

Compendio histórico de Guayaquil desde su fundación hasta el año de 1820.

EN PREPARACION:

Narraciones Científicas.

BIBLIOTECA ECUATORIANA
VOLUMEN II.

NARRACIONES FANTÁSTICAS

POR

Francisco Campos.

Repartida en entregas anexas á la Revista "Guayaquil."

GUAYAQUIL
EMPRESA EDITORIAL, OLMEDO, 54 ENTRESUELOS.
1894.

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 6/91

Es propiedad.

NECESARIO

es, que digamos algo, nosotros, antes de que el lector empiece á solazarse con las *Narraciones Fantásticas,* como llama, modestamente, el señor doctor Campos, á la interesantísima serie de obras cuya edición principiamos hoy ; y juzgamos así, porque observamos que el autor, funda con ellas, entre nosotros, una nueva escuela que tendrá pocos prosélitos, pues con dificultad se tiene el acierto de unir lo útil á lo agradable, como quieren los preceptistas, y con mu-

cha mayor, todavía, si se agrega á estas cualidades, la de hacer que el lector, sin advertirlo, vaya adquiriendo conocimientos científicos é históricos, al mismo tiempo que, con un estilo sencillo y elegante, distraiga sus horas de ocio ó de hastío, saboreando la forma novelesca de una obra.

Ignoramos que haya habido escritor hispano-americano con suficiente valor para imitar á Julio Verne, ese célebre novelista que ha vulgarizado tanto la Ciencia. Sin que pretendamos, nosotros, equiparar el género y el mérito de las obras de éste, con las del doctor Campos, porque no es de nuestra incumbencia, podemos asegurar que el lector menos avisado, después de recorrer todas las páginas de las *Narraciones,* convendrá, indudablemente, con nosotros, en que el insigne autor francés no tendría á menos poner su firma, al pié de ellas.

Dadas la importancia de las obras, y la distinguida posición que ocupa su autor,

en el mundo de las letras, no hemos vacilado en acogerlas, con reconocimiento, y confiamos en que el público las recibirá como que se merecen, buen nombre de la Patria.

LOS EDITORES.

VIAJE AL REDEDOR DEL MUNDO

EN 24 HORAS.

I

Encontrado! amigo mío, encontrado!

—¿Qué cosa?

—Lo que busco hace años. Oh! cuando á mí se me pone, entre ceja y ceja, una cosa, me salgo con la mía. Es la ciencia que me invade, que me ahoga, que me domina, que se esparce al rededor de mí, en irradiación espléndida.

—Todo eso está muy bueno. Demuestra tu moderación, pero no me dice qué es lo que has encontrado.

—Allá voy. Hace ciento cincuenta y siete años, cuatro meses, once días y nueve horas, que subió el primer globo al espacio, y aún no acaba de subir. Ensayos y más ensayos ha sido todo. Unos, porque el globo era más pesado que un volúmen igual de aire ; otros, porque era menos pesado ; otros, porque se rompían ; otros, porque no se rompían ; el hecho es,que han roto los globos, más cabezas, física y moralmente, que años han transcurrido.

—Al grano !

—Al grano voy. Yo he descubierto el sistema, no de viajar al rededor del mundo, en globo, sinó de que el mundo viaje al rededor mío. Esto es más curioso y más práctfco.

—Hombre !

—Sí señor. Y te contaré cómo pasó á mi mente esta idea grandiosa. Toda idea grandiosa es obra de la casualidad: pues bien, esta casualidad que me suministró la idea grandiosa de que hago mención, es la siguiente.

—¿ Será largo ?

—No : dos palabras. El viaje dura vein-

te y cuatro horas, y verás que la relación debe durar veinte y cuatro segundos.

—Oigamos la relación.

—Me hallaba una noche [de esto hace dos meses justos y cabales] leyendo detenidamente los diarios de la ciudad, y tenía por delante una lámpara muy particular, que yo mismo he hecho.

Te contaré la historia de la lámpara. Mandé á buscar un globo, perfecto, de cristal, á cuya parte superior.....tú dirás que un globo no tiene parte superior ni inferior, porque es esférico; pero yo te digo, que llamo parte superior, á la que según mi proyecto, debía estar arriba ¿entiendes?

—Sí: adelante.

—Pues bien: á la parte superior hice un agujero, de una pulgada de diámetro, al cual adopté un tubo de diámetro igual. Hecho esto, llené hasta la mitad, el globo de agua, y sobre el agua pura, aceite, hasta llenar los dos tercios; y sobre el aceite un corcho, y sobre el corcho un pábilo que se impregnaba de aceite. Hé aquí la primera parte de mi obra.

—Pasa á la segunda.

—Paso á la segunda. Tú sabes que soy muy amante de la Geografía. Yo soy filogeógrafo. Hice dibujar sobre el cristal de mi globo, en

claro, todos los continentes, islas, penínsulas, cabos, promontorios, mares, océanos, estrechos, etc., etc., y en relieve las montañas que eran más oscuras, y proyectaban su sombra sobre el cristal. Hé aquí la segunda parte.

Voy á la tercera y última. Añadí paralelos y meridianos; marqué los polos norte y sur, y por último, incliné el globo 23 grados y medio, colocándolo sobre un zócalo, provisto de una rueda dentada, de modo que con un pequeño manubrio podía hacerlo girar al rededor de su eje. Tenía pues, una lámpara geográfica.

—Curioso, en efecto!

—Curioso y útil. Continúo pues. Una noche estaba leyendo los diarios, como te he dicho, y ví en los telegramas, las noticias de la guerra de la China con el Japón. Moví el manubrio, y puse delante de mí esas dos naciones, para seguir la lectura. Debo advertirte que mi lámpara-globo mide cincuenta centímetros de altura.

—Entonces es una lámpara mónstruo!

—Y, por consiguiente, un globo mónstruo. Pues bien, al girar sobre su eje la lámpara, y poner el Japón y la China ante mis ojos, ví una mosca, sobre las isla Nifón, de pié, in-

móvil, cubriendo con su cuerpo todo el norte de la isla.

Dejé la lectura y me puse á observar la mosca.

El animalito, avanzó lentamente al sur, pasó por Tokío, y llegó al extremo de la isla. Allí se detuvo, y ¡ cosa rara ! en lugar de seguir caminando y, como si supiera que tenía el mar por delante, voló, y fué á situarse en la costa de la China, sobre la ciudad de Tient-sing, cerca de Pekín. Después recorrió, lentamente, todo el territorio de Manchuria, el Turquestan, y comenzó á ascender los montes de Herat, deteniéndose en la cima. Allí se detuvo, y comenzó á rascarse la cabeza. Creo que meditaba si entraría á Persia ó visitaría la India.

Te aseguro que si yo hubiera estado en lugar de la mosca también me habría rascado la cabeza.

—Pero en fin, ¿ qué hizo ?

—Se decidió por la Persia, y entró en Teheran, en el momento en que daban las diez de la noche.

—¿ En el reloj de Teheran ?

—No : en el mío.

—Pasó en seguida á la Arabia, atravesando por la Península del Sinaí. Momentos después,

ponía un pié en el Cairo, otro en Suez, otro en Damieta, y otro en Puerto Said. Parecía el coloso de Rodas sobre el canal de Suez.

Pero entonces sucedió una cosa muy curiosa. Mientras la mosca avanzaba al sur, como investigando los orígenes del Nilo, un insecto alado de esos muy pequeños, que hay durante las noches de invierno, y que se acercan á las lámparas, subía por el Zambese, país de los Gallas, Nubia, y alto Egipto, y llegó á encontrarse con la mosca. Se saludaron, indudablemente, y juntos emprendieron su peregrinación al oeste, llegando ambos, á Timboctou. Allí se detuvieron á descansar; descanso necesario y merecido, después después de un viaje á través del Sahara.

Timboctou, en mi globo, era el límite del hemisferio visible, y entonces dí vuelta al manubrio, y el globo empezó á girar, apareciendo las costas del Atlántico. Pero la mosca voló, como no atreviéndose á atravesar la gran masa de agua, y se colocó, de un solo vuelo, en el polo Norte.

Inmóvil la mosca, en aquel lugar, estuvo como dos minutos, mientras el globo daba una vuelta entera al rededor de su eje. Volví pues, á ver al pequeño insecto en Timboctou, donde

es seguro, fijó su residencia, y la mosca sobre su polo, giraba también con la tierra.

Entonces, amigo mío, entonces, una inspiración súbita me vino: la luz se fijó en mi cerebro, y dando vueltas en mi cuarto, exclamé como Arquímedes:

¡ Eureka !

Había encontrado el modo de emplear los globos como medio de locomoción, constituyéndolos en globos de inacción.

—No comprendo, le dije.

—Ahora comprenderás y me adorarás como á un ser sobrenatural. Mi descubrimiento, es superior al descubrimiento del vapor, de la electricidad, de todos los descubrimientos. Yo te hago viajar estando quietos tú, y el globo que te lleva. ¡ Oh paradojas de la ciencia ! ¡ cuán grande eres ¡ oh ciencia! cuando te anidas en un cerebro tan bien organizado como el mío !

—Sigues con tu modestia. ¿ Pero en dónde está tu descubrimiento ?

En esto: óyeme bien, escucha bien, fíjate bien, y comprenderás. Aunque tú eras el último de la clase de Geografía, porque eras el más ocioso, hoy con tu razón completa, y la atención que entonces te faltaba, verás cómo comprendes.

—Gracias!

—No hay de qué; y prosigo, haciéndote las siguientes preguntas.

—¿ En cuánto tiempo gira la tierra al rededor de su eje ?

—En veinte y cuatro horas.

—Segunda pregunta. Si tú te situaras inmóvil en el espacio ¿ verías dar á la tierra, la vuelta al rededor de su eje, en veinte y cuatro horas ?

—Sí.

—Tercera pregunta. Si te situaras en la atmósfera, á una altura de mil metros, nada más, ¿ podrías ver este giro de la tierra ?

—No, porque la atmósfera me llevaría consigo, y me arrastraría en el movimiento de la tierra, de la cual la asmósfera toma parte.

—Aprobado. Veo que los años te han aprovechado. La ciencia dormida se despierta.

—Cuarta pregunta. Y si una fuerza cualquiera domina el empuje de la atmósfera, ¿ quedaría inmóvil el objeto, es decir, quedarías inmóvil tú, que eres el objeto ?

—No, porque quedaría aplastado.

—¿ Por qué ?

—Porque la tierra gira en 24 horas, y tiene 9.000 leguas de diámetro. Por consiguiente, su velocidad es, por hora, de 375 leguas ; por

minuto de 6 leguas y ¼ ; y por segundo de 520 metros.

—Adelantas mucho. No has olvidado las reglas de dividir. Creo que nos entendemos.

—Hasta ahora, creo que no nos entendemos.

—Vamos á verlo. ¿ Crees, pues, que la velocidad constante, invariable de la tierra, es de 520 metros por segundo ?

—No sólo lo creo, sino que es así.

—Convenido. ¿ Y la velocidad de una bala de cañón ?

—Esta varía : puede ser de quinientos, de mil, ó de dos mil metros, por segundo.

—Ahora bien ; si yo tiro un cañonazo en la dirección opuesta al movimiento de la tierra, ¿ vence la bala el movimiento de la atmósfera ?

—Hombre; pues, creo que sí.

—Ya no pongo bala de cañón : pongo bala de rifle, ¿ vencerá á la atmósfera ?

—Supongo que sí.

—La cuestión no es suponer, sino afirmar.

—Pues bien, lo afirmo.

—¿ Y un tren ?

—También pasa.

—¿ Y un hombre á caballo ?

—Lo mismo.

—Luego, según tu propia confesión, todo lo

que se mueve en la tierra, contrarresta al movimiento de la atmósfera, que gira en sentido contrario.

—Pero ni la locomotora, ni el hombre á caballo, andan con una velocidad de 520 metros por segundo.

—Convenido: pero sí la bala de cañón.

—¿ Y piensas meterte en una bala de cañón, y ponerla fija en el espacio ?

—No sería imposible, pero no trato de eso. He encontrado el medio de contrarrestar las fuerzas, dando al globo una resistencia igual á la potencia atmosférica, en movimiento.

—Vaya !

—Sí señor.

—Pero se te romperá como vidrio.

—Ya vuelve el físico ignorante. Dime: si colocas una rama de árbol delgado, vertical, que un soplo podría derribar, y pones una cuerda de un lado, y otra de otro, de modo que estén en opuestas direcciones, y dos hombres de fuerzas iguales, ó dos caballos, ó dos trenes en las mismas condiciones corren opuestamente, ¿ derribarán el árbol ?

—No, porque habría equilibrio.

—Entonces....

—Pero aquí es lo contrario. Si las fuerzas de los dos hombres, ó de los dos trenes, tratan

no de equilibrar, sino de conspirar juntos, volverán al árbol una tortilla.

—Bravo! reaparece el físico. ¿Luego todo lo que se trata de hacer, es evitar ese choque, que convierte en tortilla el árbol?

—Sí, nada más que eso.

—Pues, hé allí mi descubrimiento.

—¿De veras? Pues eres un grande hombre.

—No lo dudo. Ahora es necesario que sepas tres cosas que no sabes.

—Sepamos.

—La primera cosa que debes saber, es que las corrientes atmosféricas, son más fuertes en la superficie que en las alturas.

—¿Cierto?

—Ciertísimo. La segunda es, que la tierra gira más rápidamente que la atmósfera.

—¡Qué me cuenta usted!

—Lo que usted oye. Por consiguiente, en las regiones superiores, hay un viento en sentido inverso al de la tierra, que es constante, siempre constante. Este viento no lleva sinó la diferencia entre el movimiento terrestre, y el movimiento atmosférico.

—¡Es posible!

—La tercera cosa que no sabes y que sabrás ahora que yo te lo diré, es que este fenómeno es preciso y constante en el ecuador. Por con-

siguiente, combinándose estas tres causas, resulta que á la altura de 10.000 metros, hay una zona atmosférica, tranquila, de muy poca resistencia, y que un globo puede perfectamente dominar quedando fijo en un lugar, como un buque anclado. El que está en el globo, verá á la tierra girar bajo sus piés, es decir, bajo su globo.

—Y ese globo ¿ está haciéndose ?

—Está hecho. He esperado este día para hacer el experimento, porque en esta fecha las influencias magnéticas y de atracción del sol y de la luna, en cuadratura, neutralizan la acción de los vientos, y tendrémos calma completa en los aires.

—¿ Tendrémos ?

—Sí ; pues tú me vas á acompañar.

—Eso no lo verás.

—Eso lo veré. Con que, prepárate, porque mañana á las doce, en punto, del día, estarémos á la altura de 10.000 metros y comenzarémos á ver países nuevos.

Yo me eché á reir, y mi amigo salió diciéndome :

—Voy á llenar el globo. Se halla en el patio grande de mi casa. A las diez de la mañana ,en punto, te espero.

II

Una hora después de esta conversación, pensaba detenida y tranquilamente en este grave asunto. Me parecía imposible, y me parecía posible. Sin embargo, estaba decidido á no ir.

Llegó la noche, y mi resolución permanecía firme é inalterable. A las ocho de la noche me acosté en mi cama, resuelto definitivamente á dormir hasta el siguiente día. A las ocho y media de la mañana me levanté ,y durante treinta minutos estuve dando vueltas al rededor de mi cuarto. Parecía que era un ensayo de mi vuelta al rededor del mundo. A las 9, puse la mano en la llave de mi habitación. A las 9 y ¼ estaba en la calle, y á las 10 entraba en el patio de la casa de mi amigo que estaba solo, y acababa de llenar el globo.

—Hola! dijo al verme, falta todavía un instante, pero siéntate en la barquilla.

Inconscientemente me senté en la barquilla, y mi amigo me dijo:

—Allí, cerca de ese saco de arena. Cuando yo suba, arrojas el saco al patio. Yo ocuparé el lugar del saco.

El globo se puso tirante. Cuatro pajes salieron, entonces, y se pusieron frente á cuatro cuerdas, que debía cortar simultáneamente.

Llegó el momento: mi amigo entró en la barquilla, los cuatros hombres cortaron, simultáneamente, los cuatro cables, y el globo balanceándose, se elevó en el espacio. Eran las doce en punto del día.

III

—Ya ves: qué suavidad de movimiento. Nos ha tocado un buen día hasta para la ascensión. Ni una sola nube turba el azul purísimo del espacio. Contempla el Guayas, que parece una cinta de plata, que se dirije al mar. Hé allí Puná; el Muerto, está más adelante: vé la costa de Santa Elena que huye al Norte, y la costa del Perú que va al Sur.

La ascensión era en línea absolutamente perpendicular y uniforme. Al cabo de unos cuantos minutos, habíamos llegado á la altura calculada. Una corriente de aire de las capas inferiores, nos había hecho subir al Norte, como dos grados, de modo que nos hallabamos justamente, bajo la línea equinoccial. Al llegar á este lugar, eran las 12 y ½ de la mañana.

—Ahora, dijo mi amigo, preparemos las hélices, para resistir al movimiento que las capas atmosféricas impriman al globo, y le im-

pedirían permanecer en el mismo punto. Hecho esto, cúbrete con esta gran capa, pues hace frío, más intenso que en el Chimborazo, y provéete de este anteojo, para ver lo que pasará de bajo de nosotros.

Nos hallamos á 0 latitud, y sobre la costa del Pacífico. Por consiguiente, nuestro viaje va á ser monótono al principio, puesto que girando la tierra de Oeste á Este, lo que primero tiene que pasar es el Océano Pacífico, que no deja de tener alguna anchura. Pero como aquí todo tiene que venir á hora fija, no hay sinó consultar el reloj y el mapa.

El primer grupo que debe desfilar, es el grupo de las islas de Galápagos, que está situada á 200 leguas de la costa. Como la relación entre grados y minutos de grado, con horas y minutos de hora, es de 15 del primero para una hora, y siendo el grado geográfico de 20 leguas, tendremos que llegar á Galápagos en 40 minutos. A la 1 y 10 se hallará pues el Archipiélago á la vista, y si el Gobernador del Archipiélago tiene reloj, nos verá á su paso á las 12 y ½.

—¡ A la una y diez !

—A las doce y media, porque él es el que anda con su Archipiélago. Nosotros estamos quietos.

Con efecto, á la hora fijada, pasó el grupo de islas, y con la ayuda del anteojo, pude ver la reciente población de Chatham, y la inmensa isla Albermale, que huía hacia el Norte.

—Ya vé Ud., amigo mío, que no nos movemos: estamos anclados, y el sol casi perpendicular sobre nuestras cabezas.

—¿ Y cómo se te ocurrió este medio tan sorprendente ?

—La casualidad, como te he dicho: la casualidad.

—Pero tú debes hacer conocer tu descubrimiento. Esto es admirable.

—Mientras más admirable sea, es mío. Y lo que me pertenece, lo guardo para mí y mis amigos. Supón que quieres ir á París; pues me prestas mi globo; subes como he subido, y te dirijes á París, ó más claro, París te viene á buscar. Cuando hayas llegado á la longitud de París, buscas una corriente favorable, en capas inferiores, que te lleve á París, y asunto concluido.

—Hemos escogido un paralelo poco conveniente. Casi no hay tierras, y si recorremos la inmensidad de los mares, poco hemos de ver, le dije.

—Mucho hemos de ver: no tengas cuidado. Espera.

—El primer archipiélago que debemos observar, es el de las islas Guilbert en Oceanía. Es verdad que están un poco lejos, algo como 80°, pero en cinco horas habrán pasado bajo nuestro meridiano. Y, si cuando viajas á un país remoto, cinco horas antes de llegar, llamas tú haber llegado, no comprendo por qué te parezca largo ahora. Allí tienes sardinas, pan y buen jerez; almuerza, y te parecerá más corto el tiempo.

Como todo pasa, pasamos las cinco horas, durante la cuales sólo habíamos visto, la superficie del Océano, y uno que otro buque, que pasaba por el campo de nuestro anteojo. Por fin, pasó el grado de las islas Guilbert, que parecía un archipiélago de fuego.

—¿Por qué están rojas esas islas, que parece que hay incendio?

—Porque son de coral. Allí todo es coral; los hombres y las mujeres se adornan con objetos de coral; las chozas tienen grandes ramificaciones que se pagarían á peso de oro en los palacios de Europa, y hasta los anzuelos con que pescan son de coral, y muy estimados en toda la Polinesia. Estas islas deberían llamarse coralinas.

Grupos de indígenas se veían en los umbrales de las chozas; pero casi no había tiempo

de verlos. Pasaban con una rapidez vertiginosa.

—¿ Qué hora es ? preguntó.

—Las doce y media en el sol : en mi reloj las 6 y 50 minutos de la tarde. Ya llevamos recorrido un cuarto de la esfera.

Más tarde pasó la isla Christmas, perteneciente á los Estados Unidos ; la isla Bequer, la isla Apamane, las islas Greenwich y Atlántica, y entramos, finalmente, en el poblado archipiélago de las Molucas.

—¿ Poblado ? contesté. Si apenas tiene todo el archipiélago medio millón de habitantes.

—Pero tiene doscientas islas. A esta altura, no debemos contar los habitantes, sinó las islas. Yo llamo poblado á un archipiélago, cuando tiene muchas islas.

Las Molucas aparecieron, y poco después, atravesamos el mar de este nombre, cruzando en seguida, la gran isla de Célebes, sintiendo no haber visto su capital Macasar, que quedaba muy al Sur.

El estrecho de Macasar, vióse como un simple hilo de plata, y Borneo, la rica Borneo, que los indígenas llamaban Dayakwaruni, con 700.000 kilómetros cuadrados de superficie, y cuatro millones de habitantes, apareció á la luz del medio día.

—¡ Aquí hay tierra, amigo mío, aquí hay tierra. Vamos á atravesar esta isla casi en su mayor anchura, y esta mayor anchura mide 8 grados, Por consiguiente, tenemos media hora de tierra. Lo que nos importa es fijarnos en el extremo occidental, para ver pasar la capital Pontianak, que se halla bajo la línea, á 0 grados, 0 minutos y 20 segundos. Teniendo pues, el grado veinte leguas, 20 segundos nos dan 555 metros, ó cinco cuadras. La línea equinoccial pasa por los barrios del Norte de la población.

Pontianak pasó, y sólo pude ver un grupo de individuos, que debieron pertenecer, por sus trajes, al estado de los Mupambas. Pero pasaron como el huracán, y el mar de Java al Sur, y el mar de la China al Norte, brillaban como dos inmensos espejos. Un momento después, Sumatra pasaba debajo de nosotros, y lo cruzamos justamente, en su región central.

—¡ Alto ! dije, ¡ quiero ver Sumatra !

—Alto !, dijo mi amigo riendo, aquí no hay alto. Ni todos los cañones de todas las escuadras, ni todas las fuerzas, pueden decir *¡alto!* al globo terrestre. Cuando Dios ha puesto en movimiento un cuerpo, sólo El puede detenerlo. Ahora, te pregunto, á tí que has dicho *¡alto!* ¿ crees que haciendo alto el globo te-

rrestre, verías á Snmatra? Entonces habrías detenido una de las fuerzas del movimiento, y la ierra, inmóvil un momento, perdería su fuerza de traslación, y existiendo sólo la de gravedad, caería al sol, en 64 días. Con que, ya ves si te sería posible contemplar á Sumatra, á tu gusto.

—Pero Sumatra, es una isla digna de verse, y tiene para mí un aliciente más, porque es el antípoda de Guayaquil.

—Es evidente, y por consiguiente, deben ser las doce y media de la noche.

Efectivamente, mientras, el astro del día, había permanecido fijo en el zénit, habían transcurrido doce horas completas, y en Guayaquil, como en nuestros relojes, eran las 12 de la noche.

Salimos de Sumatra, y un inmenso océano pasa. Tres horas transcurren, y vemos cortado el océano, por una línea interminable de costa.

El Africa! el Africa avanzaba, y penetramos en ella, viendo un momento la población de Juba, que se halla bajo la línea. Más tarde, pasaron los montes Kenia, y el lago Victoria, como un espejo casi redondo de plata, á la simple vista, como un inmenso océano, con la ayuda de nuestros anteojos pasó debajo de

nosotros. Durante quince minutos pudimos contemplarle, y al fin aparecieron las orillas occidentales. Entramos en el territorio de Uganda, y atravesamos el Congo ó Livingstone por dos veces, llegando á región la del Africa Ecuatorial.

—Aquí tienes, me dijo mi amigo, la gran región del Africa Ecuatorial. Aquí encontró Stanley á Emín Bajá. Desgraciadamente, no podemos bajar á inspeccionar los nuevos establecimientos. Si hubiéramos subido algunos grados al Norte, veríamos á Timboctou, á donde acaban de llegar los franceses. El gran río Senegal ha sido la arteria principal de esta inmensa región de Senegambia. René Caillié fué el primero que, á principios de este siglo, visitó esa misteriosa capital del desierto, y después de él hubo muchos que le siguieron, aunque no todos llegaron á la capital del Soudan.

—¿ Y el mayor Laing, no estuvo antes que Caillié ?

—Sí, pero el mayor Laing, no regresó. Murió en Timboctou, ó al salir de esta ciudad, en el desierto.

Después de Caillié, el que más se internó, fué Barth, que llegó, también, á la Capital del Soudan. Más tarde, Mage, y el doctor Quin-

tín, llegaron á Sego y Sasanding. Por consiguiente, lentamente han ido formándose establecimientos franceses en Bakel, en Mediria, en Sasanding, en Sego, y por último, en 1894, en Timboctou.

El Africa avanzaba, rápidamente, y llegamos á la orilla occidental, habiendo tardado en atravesarla, tres horas.

Casi al mismo tiempo llegamos á la isla de Santo Tomás, teniendo por delante cerca de 50 grados, ó más de tres horas de marcha sobre el océano atlántico.

Pasaron esas tres horas, y vimos la desembocadura del Amazonas, y la isla de Marajos, que ocupa una gran extensión. A lo lejos se desarrollaba el inmenso río, que casi corta, en dos, la América Meridional.

—¿ Es grande la isla de Marajos ?

—Sí. Más grande que la Suiza, que tiene 41.418 kilómetros cuadrados, mientras que esta isla del Brasil, contiene 62.400. Por consiguiente, ocupa una extensión casi igual á Suiza y Bélgica reunidas.

—Según eso ¿ la República del Ecuador entera ?

—La República del Ecuador contiene 643, 295 kilómetros cuadrados, y tiene una superficie mayor que la de Francia. En su recinto ca-

brían, desahogadamente, Italia, Suiza, Bélgica, Grecia y Dinamarca, sobrando todavía 173, 188 kilómetros cuadrados.

Avanzámos rápidamente, ó más bien, giraba rápidamente la tierra, presentándonos la superficie de la América del Sur en su mayor latitud. Nuestro reloj señalaba cerca de las diez del día; por consiguiente, en dos horas debía la América pasar bajo nuestras miradas.

El Brasil nos mostró todas las magnificencias de su exhuberante vegetación; y el inmenso río Amazonas, con sus numerosos afluentes, pasó como dibujado en un mapa de colosales dimensiones.

En este momento, ví palidecer á mi amigo, y le pregunté lo que había. Nada me contestó, pero le ví arrojar lastre con violencia.

—¿Qué hay? repetí sobresaltado.

—Nada, amigo mío, que estoy buscando cómo subir, pues, se nos viene encima el Chimborazo, que tiene mayor altura, y justamente corresponde á nuestro paralelo. Hemos bajado algo de nuestra primera elevación, y es posible que nos encuentre esa célebre montaña.

El globo subió como dos mil metros, y alcanzó la altura de ocho mil sobre el nivel del mar. El frío se hizo intenso, y la rarefacción de la atmósfera paralizaba nuestros mo-

vimientos. Pero duró segundos, talvez ; pues dominamos esa cumbre gigantesca, siguiendo al mar Pacífico, que apareció en seguida.

Pero entonces sucedió una cosa que ni mi amigo ni yo, habíamos previsto. Una corriente de aire superior nos dominó, llegando á la región de los vientos constantes que soplan del Ecuador al Polo, durante seis meses, y del Polo al Ecuador, durante otros seis, y dominados por ese viento no podríamos descender á la tierra. Estábamos, pues, en la circunstancia de medir con el mayor provecho el cuadrante del meridiano terrestre; sólo que debíamos medirlo muchas veces hasta que se nos acabaran las provisiones.

—¿Crees que bajaremos á la tierra? pregunté al aeronauta.

—Creo que nó.

—¿ Entonces ?

.....

¿ Quién contó esta historia ?.....

Un día después, se encontró en el pueblo de Chone, en la Provincia de Manabí, un paquete cerrado, que decía en su cubierta :

"El que encuentre este cuaderno, entréguelo á la autoridad del lugar más próximo."

El cuaderno contenía la relación anterior.

¿ Cuándo ocurrió esto ?

Nuestros lectores recordarán que en 1874, se vió un globo en Cuenca y que después apareció en otros lugares de la República, pero siempre á la misma latitud : dos ó tres grados al Sur. Nunca se supo nada de este globo que fué visto en Loja y en Guayaquil. El periódico "La Nueva Era" de 5 de Febrero, se ocupa de este globo, y dice que lo extraño es que se había empeñado en bogar en el espacio, y no descendía.

¿ Habría, pues, aquel aeronauta, descubierto el sistema de dar la vuelta al mundo en veinte y cuatro horas ?

¿ Y por qué no ?

FATA MORGANA.

Era una tarde de Mayo.

El sol comenzaba á hundirse detrás de las montañas, permaneciendo suspendido durante algunos segundos, sobre las crestas de las montañas, como un globo inmenso de oro rojo, que iba perdiendo su forma circular, á medida que avanzaba en su marcha hácia el poniente. Los cortes

atrevidos y abruptos de la cordillera, se dibujaban netamente sobre el azul del cielo, azul que variaba de matices, á cada instante, adquiriendo colores que ningún pintor podría reproducir.

El silencio y la serenidad de aquella tarde eran imponentes, y convidaban al recogimiento. Ningún ruido turbaba ese recogimiento de la tarde, que parece que entregara al reposo, á los árboles, á las piedras, al camino mismo.

Yo viajaba por la inmensa selva de la costa, que va ascendiendo, junto con el monte, hasta dominar las alturas. Después de haber atravesado las zonas bajas, laberinto de vejetación sorprendente, donde los árboles se entrelazan, y sus enormes ramas parecen gigantescos boas tendidos de uno á otro, formando puentes seculares, había subido al aire, la luz, el esplendor del paisaje abierto y extenso. Mi vista dominaba las cimas de los árboles del valle y tenía, frente á mí, los primeros peldaños de esa cordillera inmensa cuyo peso equilibra al mundo.

Avanzaba yo, lentamente, y la tarde con rapidez. El crepúsculo, tan corto en las regiones equinocciales, había invadido los espacios, y la noche venía. Era preciso buscar un lugar de refugio y descanso. Después de quince ho-

ras de marcha, el cuerpo y el alma necesitan de algunas horas de inmovilidad el primero, de tranquilidad la segunda.

Busqué, pues, dónde pasar aquella noche, y divisé á lo lejos un árbol, solo, aislado, que dominaba á la selva como un rey de la comarca cuyas raíces se habían incrustrado en las piedras, y alzaba erguido su ramaje espléndido, capaz de dar descanso, bajo su sombra, á un centenar de viajeros.

Me acerqué, y ví en su tronco una abertura, que dejaba un espacio libre interior. Esta gruta vegetal me pareció magnífica.

Bajé del caballo, y lo dejé solo y libre. Inmediatamente se puso á arrancar la yerba de aquella planicie. Yo entré á la gruta.

Jamás espectáculo agreste más bello hirió mi mirada. El espacio aquel, estaba tapizado de hojas; estaláctitas vegetales formaban como guirnaldas y festones, semejantes, en la forma, á las que se ven en las grutas basálticas del norte de Escocia é Irlanda. Un perfume penetrante, emanado de la corteza del árbol, saturaba el ambiente, y al pié de la gruta, riachuelo murmurante de agua cristalina, daba frescura y lozanía á todo el espacio inmediato al árbol. Allí había flores de colores espléndidos, que aspiraban las gotas del rocío de la tar

de, y caminos como formados por el hombre, convergentes al árbol.

Era pues, una gruta deliciosa, digna de una ninfa, ó de una dríada.

Instaléme como mejor pude, y después de haber tomado un ligero refrigerio, saqué de mis provisiones un excelente oporto, llené mi vaso pequeño de viaje, que había comprado, algunos años antes, en el norte de Irlanda, y dije con voz solemne:

—A la salud de la Dríada que habita este árbol.

Entonces percibí como un rumor en el centro de la gruta; y, como un suspiro, oí esta palabra.

—¡Gracias!

Lleno de curiosidad y asombro me levanté, y recorrí la gruta. Las sombras de la noche la habían invadido.

—¿Quién ha dicho aquí ¡gracias!

—Ilumina la gruta! me contestó, suave, la misma voz.

Saqué de mis bolsillos fósforos, y una bugía de mi maleta de viaje; y un instante después, la gruta estaba iluminada.

Entonces, lectores míos, no me creais, no exijo que me creais, pero esto no impedirá que el hecho haya sido absolutamente cierto, y vues-

tra duda no podrá dejar de conservar la convicción profunda en mi alma, de la verdad de mi narración. Entonces ví, en la mitad de la gruta, algo como sobrehumano y esplendente. Una mujer de cabellos de oro, ojos de purísimo azul, y que lanzaban destellos que hacían palidecer la luz de mi bujía: blanca como el alabastro oriental, y vestida de una túnica blanca también, sembrada de perlas y diamantes, con sus dos brazos arqueados, con gracia sobre su cabeza, me miraba sonriendo. Sus piés calzados de una especie de cothurno griego, no descansaba en tierra: flotaba esa mujer en los aires, y sus cabellos de oro, como he dicho, estaban como salpicados de polvo de diamante.

—¿Quién sois? repetí.

—Ya os lo he dicho: soy la dríada de este árbol. Oye mi historia, será corta.

Yo estaba inmóvil: escuchaba asombrado.

—Hace quinientos años, continuó la aparición, que habito en este árbol. Hoy termina mi plazo, y me dirijo á otro árbol, que crece aislado también, en el recinto en que estuvo Babilonia.

Nosotras tenemos la misión de permanecer en el mismo lugar, durante quince épocas de la existencia media del hombre. Recogemos todos los datos que deben conservarse, y los transmitimos al último ser que pasa por nuestra

morada. Ese eres tú. Escucha, pues, y guarda en tu memoria esta narración, que será completada por la inspección visual, como los grabados de un libro, ilustran las páginas escritas. Es, pues, una relación intuitiva.

Entonces, me tocó con una vara de un solo diamante, que llevaba en su mano, y fuí transportado á la cima de la montaña próxima. Una luz que no era la del día, inundaba los valles y las cordilleras con vivo esplendor. La dríada continuaba á mi lado, invisible.

—¿ Te acuerdas, me dijo, del hombrecillo rojo de Napoleón ? Ese hombre era un gnomo, como yo soy una dríada. El contó á Napoleón, la historia de las Pirámides, pues había permanecido en ellas, cerca de cuatro mil años. ¿ Te acuerdas de los enanos de las selvas alemanas ? ¿ aquellos enanos que habitan los antiguos palacios arruinados ? Pues son gnomos habitadores de comarcas, desde tiempos inmemoriales. Yo que te hallo, he vivido mil años en una encina de Menphis, durante la dinastía faraónica ; después he pasado á Neucratis, sobre el Nilo, donde ví transcurrir los años y los siglos, y contemplé la conquista de Egipto por Cambises. Mas tarde fuí á Roma, y durante siete siglos estuve domiciliada en

una yedra del sepulcro de Cecilia: he visto, pues, mucho, porque he vivido mucho.

Me hallaba en España, á principios del siglo XIV, cuando salí de Barcino, teniendo por habitación una rosa embarcada en un buque, que se dirigía á las islas Canarias. En este buque iba Juan de Bentacourt.

Un día cayó la rosa al mar, y flotando en las ondas amargas, avanzó cual frágil navecilla, sobre los insondables mares. Iba yo allí, y cuidaba de mi buque. El hecho es, que llegué á la costa americana, antes que Colón, un siglo antes; de manera que quien descubrió la América fuí yo.

La rosa subió un río, el Esmeraldas, y un indio la vió, la sacó de las aguas y la puso en una vasija de barro. Pasé al antiguo Quitu, y fuí á posar en los cabellos de la esposa de Autachi Duchicela, acerca de cuyo reinado nada se sabe, á pesar de haber durado sesenta años. Pero yo sí lo sé, porque estuve allí.

—Cuéntame algo, hermosa dríada, de esta época oscura de la historia de los Shirys.

—Con mucho gusto. Sin embargo de que todo lo que se puede decir se reduce á dos palabras: *nada hizo.*

Pero vino Guallca, su hijo primogénito, hombre malo y aborrecido de todos, de manera

que Autachi, declaró heredero del reino á Hualcopo, hermano de Guallca.

—Entonces algo hizo Autachi.

—Sí: *algo hizo.*

—¿ Y Guallca, qué fin tuvo ?

—Uno muy trágico: se ahorcó.

—¿ Dónde ?

—Aquí: en este árbol. Mira.

Y pendiente del árbol que acababa de ocupar, para pasar aquella noche, y donde había encontrado á la dríada, ví á un hombre que se debatía en las últimas convulsiones de la agonía.

—¿ Ese es Guallca ?

—El mismo.

—¡ Corramos á salvarle !

—Es inútil. Hace quinientos años que ha muerto.

—Pero si aún se mueve !....

—Estás viendo una reproducción de la escena ocurrida hace ya quinientos años, como te he dicho. Mira ahora.

Y por delante de nosotros, en la planicie de la montaña, muchedumbre inmensa de pueblo acompañaba á una especie de trono, en el cual venían cuatro hermosísimas mujeres, tipos perfectos de la raza oriental, de Ceilán ó de Cachemira. En el centro del trono iba, en una

especie de silla, sentado un hombre, llevando en su frente la esmeralda imperial. Una música guerrera acompañaba á los cánticos que se entonaban en loor del Shiry.

Aquel hombre era corpulento, y de dulce y tranquila mirada. Alzó sus ojos hácia mí, y la driada me dijo.

—Salúdale! es Hualcopo.

Entonces, como naturalmente, ó cual si hubiera aprendido la lengua quitu desde mi infancia, me incliné y le saludé en dicha lengua.

Hualcopo me contestó.

—¿A dónde se dirije? pregunté á la dríada.

—Se dirije al gran palacio que ha construído en la región del Cotopaxi. Es la más espléndida de las construcciones que se han ejecutado en esta nación. Vamos á verlo, antes que el Shiry llegue.

Pasé como un meteoro sobre los nevados Tungurahua, Chimborazo y Carihuairazu. Este último se elevaba á una altura de 9.600 metros sobre el nivel del mar, y por consiguiente, era superior, en altura, al Chimborazo, que estaba á su lado, y aún superior al más alto pico del Himalaya en la India.

—Esta montaña, me dijo mi guia, es la más

alta del globo, y en los primeros tiempos de la formación de la cordillera, los dos nevados, no formaban sinó uno solo.

—¿ Qué altura tenía ?

—Doce mil metros.

Llegamos á una inmensa llanura, que conocí era la de Callo, por la posición de las montañas, jalones colosales, puestos para orientarse en aquella región que abrazaba enorme espacio. Descendimos á la citada planicie, y ví descatarse, en el centro, un edificio de piedra. digno de figurar en Babilonia. Eran cubos de cincuenta metros, unidos por galerías interiores, y sobre puestos de cubos menores. Más de dos mil indios obreros trabajaban en el edificio, al que daban las últimas reparaciones.

—¡Pero esto es la montaña, el cerro actual de Callo ! dije á la dríada.

—Sin duda. Dentro de aquel monte se encuentran los restos de este edificio, refaccionado más tarde, por Huainacapac. Pero no perdamos tiempo. Voy á hacerte ver un espectáculo raro. Vas á estar presente á un entierro Cara.

—¡ Será posible !

—Sí, será posible. Casi todos los obreros que trabajan en este edificio, son Caras, y con-

servan sus ritos, costumbres y prácticas. Aquí cerca, han construído un pueblo, donde habitan con sus familias. Acaba de morir uno de sus jefes, y las ceremonias de la sepultura y funerales van á comenzar.

Efectivamente, numerosos grupos se dirigían á una población pequeña, donde probablemente se fundó más tarde el pueblo de Mulhaló, y formaban círculos concéntricos, al rededor de la población ; después se abrieron en dos alas interminables, ocupando el centro, numerosos personajes, amigos ó parientes del difunto, llevando en alto, cada uno, las armas del jefe. Más adelante, el cadáver, fajado como una momia egipcia, era llevado por cuatro de los más inmediatos de su familia, tendido en una especie de red, trenzada de hilo de colores, y cerraban la marcha, multitud de mujeres, gritando desesperadamente.

El cortejo fúnebre avanzó unas dos millas fuera del pueblo, y se detuvo en una pequeña altura, que fué rodeada por la concurrencia. El cadáver fué colocado en el centro, sobre la superficie del terreno, perfectamente nivelado. En seguida, al rededor de él, se pusieron las armas, al alcance de sus manos : á los piés las alhajas más preciosas que había poseido, y se procedió á la ceremonia de la construccción de

la tumba. Los parientes más inmediatos llevaban piedras que iban colocando al rededor del cadáver, formando una especie de muralla oblonga y sin esquinas. Sobre esta pared, se levantó el techo, ó cubierta, formando una especie de bóveda interior.

Tres días duró este trabajo, y durante este tiempo no cesaron las lamentaciones y gemidos. Al tercer día, todo había concluido.

—¡ Pero esto es oriente puro !

—¿ Y por qué nó ? ¿ Tú sabes de dónde vinieron los Caras ?

—No : porque los historiadores no lo saben, ni lo han sabido nunca.

—Los historiadores me inspiran lástima. No dudo que los haya de mérito real, y los hay en verdad. Mi lástima proviene de que muy á las puertas de su relación, dos ó tres mil años, comienza la bruma de lo incierto. Más atrás, ya es una opaca nube que impide ver más allá. Y por último, puerta de bronce donde escolla toda investigación.

—Ven conmigo, nuevamente. Entra en esta choza.

Dos mujeres Caras, y cuatro niños, había en la choza. Un hombre entró.

Entonces, comenzó este canto fúnebre :

"La mar es grande: la frágil barca puede zozobrar."

"Puede zozobrar," repitieron, en coro, todos los presentes.

"¿Dónde está Bal, el héroe guerrero? ¿Dónde está? Dónde está la gran tierra separada de las otras tierras, dónde está la tola de Adama? (*)

—¿Dónde está?

"Un fuerte temblor separó la tierra pequeña de la grande. ¿Qué se han hecho los guerreros de la gran tierra?

—¿Qué se han hecho?

El hombre, entonces, empuñó una especie de lanza, y, poniéndose de pié, entonó con voz gutural.

"El guerrero soy yo, que represento á los de la gran tierra. Mis padres cruzaron el gran lago, y encontraron muchas islas. Pero encontraron al fin el gran río (**) y se internaron en él. Yo soy el representante de la gran nación. Los Caras han vencido á los Quitus. Yo soy el último de los Caras."

(*) Ceilán, separada de la India por el estrecho de Palk. Allí suponen los orientales que está la tumba de Adán.

(**) Esmeraldas.

—" El es el último de los Caras, " repitió el coro.

—" Mi hermano ha muerto ! mi hermano ha muerto ! mi hermano ha muerto ! Yo he construido su tola, como mis hermanos pasados construyeron las tolas de los jefes en la gran tierra ! Le hemos tendido mirando al sol, para que su espíritu vaya allá : le hemos dejado las armas al alcance de sus manos, para que venza á sus enemigos : le hemos dejado sus riquezas, para que no tenga que buscar el sustento. "

" Yo tengo el derecho de llevar dos hileras de plumas en mi corona. Solo el Shiry lleva tres. "

" ¡Es un gran guerrero, " dijo el coro, " es un gran guerrero. "

El guerrero quedó en silencio.

La dríada me dijo entonces :

—¿ Qué deduces de este canto ?

—Deduzco que los Caras vinieron de Ceilán y de la India.

—Y estarías en lo cierto.

Sonidos de música guerrera hirieron mis oídos. Era el Shiry Hualcopo que llegaba á su palacio.

—Ahora, dijo la dríada, tienes algún cono-

cimiento de la época de Huálcopo. Conviene que conozcas el fin de este reinado.

Una especie de niebla invadió el horizonte, y la tierra desapareció. Transcurrió el tiempo, y cual cortina de nubes, que se abre rápidamente, el cielo, ó más bien, la tierra, volvió á aparecer, y volví á contemplar el paisaje. Mas no era ya el mismo.

Ví entonces, multitud de guerreros, que rodeaban á un hombre llevado en hombros, sentado en trono de oro. Esos hombres hablaban lenguas diferentes, y oí distintamente estas palabras :

"Yupay chayqui mi llay cuti
Campac tucuy cuchu suti
Hinantinpa canqui homa." (*)

—¿Quién es este hombre? pregunté á la dríada.

—Es el inca Tupac Yupanqui.

—El padre de Huainacapac?

—Sí : viene á empezar la conquista del imperio Shiry.

Nos hallamos en el año de 1450. Acaba de

(*) «Ríndote homenajes, por veces sin cuento. Para tí, de todo rincón patente está el asiento. Sois de todos la autoridad suma.»—Verso quichua del drama «Ollanta.»—Diálogo entre el Sumo Pontífice del Imperio Huilla-Huma, y Ollanta. Verso 22.

vencer el Inca en Huancabamba, Cajas y Cascayunca, y marcha sobre la gran provincia de Cañar.

—Y Hualcopo, qué hace?

—Se halla en la inacción. Solo tiene un jefe, Epiclachima.

—Y esos hombres esperan que quede completamente conquistado el pueblo de sus mayores?

—Hualcopo edifica una fortaleza en Puruhá.

—¿ Quién vencerá ?

—Yo lo verás.

El Inca pasó dirigiéndose al Cañar, con todos sus guerreros. Entre estos, sobresalía uno, alto, imponente, grave, á quien todos le tributaban homenaje. Era Ollanta, el héroe legendario, que aún en vida estaba rodeado de la aureola del guerrero antiguo. Era joven y parecía ya viejo. Ollanta era digno de combatir con Epiclachima.

El Cortejo de Tupac Yupanqui desapareció, y á lo lejos, ví una gran ciudad. Era Tomebamba.

—Mira, ahora, me dijo la dríada. Y ví los jardines del palacio de Hualcopo. Un joven simpático de rostro, de fisonomía triste, andaba lentamente, por aquellos jardines, y arran-

caba flores hermosísimas que hollaba bajo sus plantas.

—¿ Quién es ese joven ?

—Es Cacha. Será el último de los Shirys.

—¿ Puedo hablarle ?

—Sin duda.

Entonces me acerqué á Cacha y le saludé.

Cacha me miró fijamente y me dijo :

—¿ Quién sois ?

—En este momento soy el porvenir. A mi vez te pregunto.

—¿ Qué haces ?

—¿ Ves estas flores ? me dijo Cacha ; pues bien, tengo el funesto presentimiento, de que cada una representa una provincia de mi reino. Estoy triste, porque ese funesto presentimiento, me dice que así como al tocar cada una de estas flores, cae al suelo, caerán también mis provincias al soplo de la conquista.

—¿ Y quién las conquistará ?

—Lo ignoro. Pero anoche he visto en sueños á la ciudad de Tomebamba, y sobre la población flotaba una especie de gigante, rodeado de los rayos del sol. Y aquel hombre tenía en su frente la esmeralda de los Shirys. Yo lo he visto.

—¿ Y qué deduces de esto ?

—Que se acerca el tiempo. Lo que no me explico, es una cosa.

—¿ Cual ?

—Tengo una hija á quien amo con todo mi corazón. Por ella sentiría perder el mando supremo: por mí, no. Es hermosa como la estrella de la tarde, que cuando el sol empieza á ocultarse, despide resplandor intenso; es buena, como es hermosa, y en su frente reside el sello de la magestad del que manda, no del que obedece. Pues bien, la esmeralda de los Shirys, brillaba en su frente.

—Eso quiere decir que reinará.

—Sin duda, pero es lo que no me explico. Yo he visto en mis sueños, un campo inmenso, donde se habían levantado doce mil tolas, y esas tolas, eran las tumbas de todos mis guerreros. Si todos han muerto, ¿cómo mi hija podrá reinar ?

En fin, añadió Cacha con voz sombría, suceda lo que deba suceder, después de los Quitus los Shirys, después de los Shirys.....

En este momento, grandes aclamaciones se oyeron, y percibí distintamente, estas palabras :

¡ Gloria á Huainacapac !

Estruendo horrible se escucha. Nieblas espesas dominan el valle, y cuando volvió la luz,

solo ví á una hermosísima joven, de rodillas, delante de un cadáver. A su lado, de pié, un hombre con una borla encarnada en la frente, la miraba con tristeza.

—Llora! Pacha, llora, es muy justo. ¡Ay, padre mío! sollozó la joven, ¡último Shiry de tu raza! ¡ni aún el consuelo de una tola, digna de tí, para guardar tus restos venerables!

—Te engañas, Pacha. Yo, el vencedor, te ofrezco una tumba digna de un rey, para tu ilustre padre.

Pacha no contestó.

Huainacapac continuó:

—He vencido á los Shirys, pero tú me has vencido. En ninguna frente puede colocarse con mayor brillo la esmeralda de tus mayores. Guárdala.

La dríada me dijo:

—El imperio de los Shirys ha concluido, Comienza el de los Incas, corto pero magnífico. Comienza por la conquista, concluirá por ella. Este hombre, pondrá, sobre su cabeza, la corona del vencedor, y la conservará treinta y ocho años. Su hijo la adquirirá, pero será reemplazada por otra: la del martirio.

Deja, pues, pasar esos treinta y ocho años, y contempla el impulso inmenso dado por el conquistador, durante aquel período.

Entonces, cual águila que tiende su vuelo sobre los espacios, atravesé inmensas regiones, ví caminos reales de mil seiscientas millas de extensión ; levantábanse templos al sol en todas partes ; corrían los chasquis en todas direcciones, llevando las órdenes del gran rey á las extremidades del imperio ; todo quedó bajo el dominio de aquel hombre que transformó una nación, y treinta y ocho años, bastaron al Inca Huainacapac, para hacer un floreciente imperio, del pueblo de los antiguos Quitus.

Terminó esta larga travesía, y entré en 1525. Acababa de morir Huainacapac.

El Cortejo fúnebre, avanzaba lentamente, compuesto de altas personalidades del imperio. Allí se veían los gobernadores de todas las Provincias, los Curacas de todas las tribus, los generales y jefes del ejército. Presidía el cortejo fúnebre, Atahualpa, llevando la esmeralda, símbolo de la soberanía.

Me acerqué al Inca, y le acompañé hasta el término de aquel triste viaje. La dríada seguía invisible para todos, menos para mí.

—¿ Qué va en esa urna, Atahualpa ? le pregunté.

—El corazón del Inca mi padre, me contestó.

—Y el cuerpo ?

—El cuerpo irá al Cuzco, según sus últimas disposiciones.

—¡ Gran rey fué tu padre ! le dije.

—Muy grande y muy leal. Muy bueno y muy noble. Y tú quién eres ? tú no eres de mi raza, ni de mi pueblo.

—No : ni aún de tu tiempo soy.

—Ni aún de mi tiempo ? dijo Atahualpa, y hablas conmigo ?

—También hablé con Hualcopo, con Cacha y con Huainacapac. Hace ciento y treinta años que recorro estos países.

—Sigue, pues, tu camino. Yo sigo el mío. Hemos llegado.

—¿ Qué templo es ese ?

—El de Pachacamac. Allí está depositada la estatua de Viracocha.

—¿ Puedo verla ?

—El que la vea debe morir.

—Deja ese temor. Yo la veré sin peligro. Entré en el templo, y ví la estátua de Viracocha, que nadie había visto desde los primeros tiempos. El templo quedó á oscuras, por poco tiempo, á mi juicio. Mas, cuando la luz volvió á aparecer, y salí, encontré un guerrero, de aspecto temible, mirada torva, y aspecto sangriento. Alzé la vista, y luego la dirigí á

la ciudad, que á mis piés se hallaba, y lanzé un grito de terror.

—La ciudad entera ardía!

—¿Quién eres tú, oh! guerrero formidable, que miras impasible la ruina de una ciudad tan bella?

Una carcajada me contestó. Soy Rumiñahui.

—Y esa muchedumbre que entra detrás del Yaraví?

—Es el cadáver del último de los Incas de Quitu, que viene á ser enterrado en la tumba de sus mayores.

—Entonces.....

—Entonces, yo mando aquí.

Un puñetazo hizo vacilar al jefe indio.

—Te engañas. Tú no mandas, quien manda soy yo.

Y surgió un hombre de barba negra y mirada centelleante.

No necesité preguntarle quién era.

—Sois Benalcázar! dije.

—Sí señor, soy Benalcázar. He venido á reconstruir la ciudad que este hombre acaba de incendiar: derribaré los templos elevados al sol, pero elevaré templos consagrados al Cristo; acabaré con las prácticas paganas de

los Incas, pero haré adoptar las leyes de gracia y perdón de Jesús.

—Pero todas! le dije. Procurad que sean todas. Que la conquista sea dulce, y ya que habeis vencido á un pueblo, no le humilleis.

Benalcázar me miró más que asombrado, asustado.

—No tengo tiempo que perder, dijo. Voy á hacer una fundación en la Corte.

—¿Cual?

—Aún no he pensado en el nombre.

—En dónde?

—En la región Huancavilca.

—¿Quieres verle? me dijo la dríada.

—Sí.

—Pues vamos.

Los grandes nevados huyeron, la selva apareció. Crucéla como un huracán, y entré en la zona ardiente. Allí, al pié de un monte pequeño, á orillas de un río, había una choza.

—Entra en la choza.

Entré. Allí había un indio. Vestía una túnica color de escarlata. Sobre su cabeza había dos órdenes de plumas. Una lanza formidable sustentaba su mano, y á su espalda un carcaj con flechas. Era un jefe.

—¡Guayas! gritaron hácia afuera.

—Entrad, dijo el indio.

Multitud de jefes entraron, y se sentaron al rededor del indio.

—Hable el jefe, dijeron todos.

Guayas dijo:

—Jefes Huancavilcas: tenemos que arreglar la paz. He convenido con el jefe Orellana, en permitir la fundación de la ciudad y hacer la paz y no la guerra. No nos hostilizarán, y nosotros no los hostilizaremos. Esto dice el jefe Huancavilca á sus hermanos. ¿Está dicho?

—Está dicho, contestaron los jefes. Arregla las condiciones.

—Ven, me dijo la dríada.

Entré en otra choza.

Allí había otro hombre.

—¿Y quién es este? pregunté á la dríada.

—Orellana, me contestó.

Miré con curiosidad profunda, al verdadero fundador de Guayaquil. Era un hombre de treinta y seis á cuarenta años. Alto, de ojos azules y muy vivos, barba rubia y ligeramente rizada; cabellos rubios también, largos y echados hácia atrás, con gracia y ligereza. Llevaba al cinto una espada, y calzaba botas de cuero altas y anchas, en la parte superior. Escribía en un papel, algunos renglones, que

parecían cláusulas de un contrato ó arreglo. Miróme un instante, y después me dijo :

—¿ Qué quereis ?

—Acabo de ver á Benalcázar, y he querido veros también. Sé que vais á fundar una ciudad aquí.

—Sí señor.

—¿ Qué nombre le pondreis ?

—El nombre de su último Régulo.

—Es justo. ¿ Cuando la fundareis ?

—Mañana 25 de Julio de 1537.

—Dónde la fundaréis ?

—Aquí, al pié de esta colina.

—Por qué no esperais á que haya más construcciones ?

—Porque tengo que partir. Pizarro me llama, y debo acompañarle á un gran viaje.

—¿ Cual de los Pizarro ?

—Gonzalo.

—¿ Vais á Quito ?

—A Quito, y al oriente de Quito.

En este momento entró un nuevo visitante.

—Don Rodrigo ! dijo Orellana.

—Don Francisco ! contestó don Rodrigo. No nos hemos visto desde que estuvimos en Nicaragua. Desde entonces he pasado por terribles pruebas. He acompañado á Alvarado,

por caminos formidables, y ahora vengo á descansar.

—Un hombre, como vos, no descansa jamás. Teneis que encargaros del mando de esta ciudad, cuya fundación tendrá lugar mañana. Pondreis la primera piedra, y la conservareis en su lugar.

—¿Cuántas familias españolas se establecerán aquí?

—Pocas aún: habrá cien colonos.

—Está bien: me conviene Necesito de reposo.

—No lo tendreis tan completo, como lo deseareis. ¡Desconfiad de los Huancavilcas!

La dríada me hizo una señal. Comprendí al punto, y salí de la cabaña. El río murmuraba suavemente al pié de la colina, y se extendía por unas dos millas de ancho, dirigiéndose al mar.

Desapareció la visión, y me ví de nuevo recorriendo los espacios dilatados. Pero entonces iba hácia el Noroeste. Crucé selvas inmensas, y me ví al lado de un río muy ancho y caudaloso. Allí una barca bajaba á impulso de blanca lona, empujada por el viento.

—¡Un buque! dije á la dríada.

—Sí: un buque. El primero que surca estas aguas.

—¿ Quién lo manda ?

—Orellana.

—Si acabo de verle á las orillas del Guayas!

—Han pasado ya cuatro años desde entonces. Orellana va á llegar al Atlántico. Este río es el Amazonas.

—¿ Y sus fundaciones ?

—No las verá jamás.

—Entonces....

—Está asegurada la dominación extranjera. Comienza la Colonia.

—¿ Y ahora ?

—Mi misión ha concluido.

Súbitamente me ví, de nuevo,en el árbol primitivo, á cuya sombra había descansado, y me hallaba en la misma gruta.

La dríada estaba inmóvil, en el mismo lugar donde apareció por vez primera.

—¿ Partís ? le dije.

—Parto, me contestó, tristemente.

—¿ Y por qué no me haceis ver lo ocurrido durante la Colonia ?

—Porque eso pertenece á la historia. Léela.

Sin embargo, voy á desarrollarte un último cuadro. Mira con toda tu mirada : mira con todas las fuerzas de tu alma ; mira con todo el poder de tus facultades.

Miré y quedé absorto.

En la cima de los nevados, aparecieron luces de espléndidos colores. Arcos de todos los matices del iris, iban de un monte á otro monte, y rayos esplendorosos, cruzaban en todos sentidos. Una inmensa aurora dominaba ese paisaje, inmenso también, y, abriéndose las cortinas de esa aurora boreal de un mundo, en el foco principal, como un santuario, ví á un hombre circundado de luz. A su lado otro hombre, tan brillante como él, y una corona sostenida por cinco genios alados, abarcaba las dos nobles cabezas.

Bolívar !....Sucre !....

El paisaje cambió. Entonces ví el horizonte, teñido de celeste azul, en cuyo manto de lapislázuli, estaba grabado con estrellas centelleantes, como una constelación, esta cifra:

9 DE OCTUBRE
1820.
Guayaquil Independiente.

La dríada sonrió ante mi asombro. En seguida se elevó algo más sobre el suelo, desplegó dos alas blancas como las alas de un arcángel, y poniendo un dedo sobre sus labios, me dijo:

—Adiós !....yo soy la Tradición.

LA SEMANA DE LOS 3 JUEVES.

Caballero, os aseguro que vuestro discurso me ha probado que sois hombre de ciencia y hombre de mundo. Pero, al mismo tiempo, os digo también, que mi hija no se casará con vos.

—¡Pero si yo amo á Ernestina!

—No lo dudo. Ernestina, sin embargo, es

muy joven, y por otra parte, yo tengo ofrecida mi palabra á otro.

—¡ Es posible !

—Muy posible. De manera que, con harto sentimiento mío, me veo en la necesidad de no aceptaros por yerno.

—¿ Es esa vuestra última resolución, señor don Pancracio ?

—La última, amigo Luis. Esto no impedirá que seamos buenos amigos, y que vengais con frecuencia á mi casa.

—No vendré más, don Pancracio. Por el contrario, pienso poner el diámetro de la tierra, entre esta casa y mi persona.

—¡ Partís ?

—Al otro mundo.

—¿ Vais á mataros ?

—No : digo al otro mundo, refiriéndome al otro hemisferio. Voy á visitar á los senegaleses de Yolof,á los mandingas del Soudan, á los árabes del desierto, á los cafres y los hotentotes, á los enanos de las selvas del Congo, á los zelandeses y á los habitante de Papuaria.

—¡ Me traereis un album con los retratos de todos aquellos tipos de pueblos raros !

—No volveré, don Pancracio. Mi pensamiento era casarme con Ernestina; y como vos, os oponeis, voy á dar la vuelta al mundo,

una vez en cada paralelo, tanto al Norte como al Sur, y estar así viajando, constantemente, hasta que llegue la hora de pasar al....

—¿ A dónde ?

—Al gran cristalino.

—¿ Qué es eso del gran cristalino ?

—Es un círculo, una zona, un espacio, que se encuentra después del tercer móvil.

—¿ Tercer móvil ? ¿ Sabe Ud., que estas palabras son nuevas para mí ?

—Porque es usted un hombre poco....instruido en Astronomía. Si Ud. conociera el sistema de Tichobrahe, sabría que el sol, ocupa el tercer lugar. Primero Mercurio ; segundo Venus ; tercero el Sol, y al rededor del Sol, Marte, Júpiter, Saturno y Urano. Después de esta combinación de círculos, viene el primer móvil; en seguida el segundo móvil, y después el tercer móvil. A continuación se hallan los dos cristalinos, y por último, la morada de los bienaventurados. Pero todos los bienaventurados, tienen que pasar por el primer cristalino. Allí esperaré que se muera Ernestina, para verla al paso.

—Y cuando yo pase....

—Ud. no pasará por allí, don Pancracio.

—Y por qué no pasaré ?

—Porque su ruta es diferente. Su itinerario será otro.

—¡ Tendría curiosidad de saber mi itinerario !

—Muy fácil. Una vez muerto Ud., pasará primero por los terrenos Cretáceos.

—¿ Qué quiere decir cretáceo ?

—Quiere decir compuesto de creta.

—Siga Ud.

—Después penetrará en los Jurásicos; más adelante en los Carboníferos. Allí se transformará Ud. y se volverá negro.

—¿ Y para qué, hombre ?

—Para variar. Continuará Ud. á los terrenos de transición, y más adelante llegará á los terrenos estratificados primitivos.

—¿ Todo esos son también círculos ?

—Pues....sí. Son círculos, puesto que dan la vuelta al mundo.

—Bueno. ¿ Y cuándo vuelvo á blanquear ?

—Cuando llegue Ud. á los terrenos graníticos, que son los últimos, vuelve á cambiar de color. Entonces se volverá Ud. rojo.

—Hombre ¡ qué cambios !

—Nada tiene de particular. Como se va Ud. acercando al fuego central.....

—¿ Al sol ?

—Al sol ú otro fuego. El hecho es que Ud. llegará á un gran fuego líquido, y se embarcará en una lancha de amianto.

—¿ Para qué ?

—Para hacer la primera visita al rey de esos dominios.

—¡ Curioso viaje !

—Muy curioso. Después de tres veces veinte y cuatro horas de marcha, llega Ud. á una gran puerta, que se abrirá apenas toque, y se encontrará en presencia de.....

—¿ De quién ?

—De Satán, amigo mío, de Satán.

—¡ Se ha lucido Ud. !....Me viene con muchos preámbulos y prólogos y preliminares y advertencias, para darme á entender que me he de condenar. ¿ Y así se atreve Ud. á pedirme mi hija ?

—Pues, porque Ud. me la niega, es que va á realizar tal paseo. ¿ Por qué se opone Ud. á hacer mi felicidad, y la de Ernestina y la suya misma ? Yo amo á Ernestina, Ernestina me ama, y por consiguiente, este matrimonio hará la dicha de ambos.

—Calle usted ! Nunca se la concederé, puesto que ha tenido la insolencia de hacerme volver negro, cuando pasaba por los terrenos car-

boníferos, y rojo cuando estaba en los graníticos.

—No importa. Eso lo vé Ud., todos los días.

—¡ Cómo que lo veo todos los días ?

—Sin duda. Usted conoce á los camaleones ; esos cambian de color tres veces por día. Al amanecer, son blancos ; á medio día, son rojos, y de noche, son negros.

—¡ Es decir que yo soy un camaleón !

—No he dicho eso.

—Hum !

—Por otra parte, don Pancracio, Ud. es un hombre pobre, y yo soy un joven rico. Ofrezco á Ud. que dotaré á Ernestina con cien mil pesos.

—Eso no. El otro joven que la pretende, también es rico, y la dotará con doscientos mil.

—¡ Pero ella no le ama !

—¿ Quién se lo ha dicho á Ud ? ¿ella ?

—No señor. Pero puede Ud. preguntárselo.

En este momento, el paje anunció, con voz solemne :

¡ El señor don Anacleto de Contreras!

El señor don Anacleto de Contreras, entró saludando primero á las consolas ; avanzó, len-

tamente, dando pasitos cortos y estudiados, hasta que llegó donde estábamos.

—Oh ! don Anacleto, cuánto gusto de ver á Ud. en mi casa ! dijo don Pancracio.

—El honor, y el placer, son para mí, don Pancracio.

Don Anacleto era un hombre entre dos edades, y podría tener treinta y cinco años, como sesenta. Largo como un bambú, amarillo como un limón, llevaba una cadena de oro, que parecía un grillete. Vestido irreprochablemente, pero sin gracia alguna, parecía un maniquí vestido.

—Aquí nos tiene Ud., mi querido amigo, abogando en su favor.

—Gracias, mi buen amigo. ¿ Y qué ha dicho la señorita Ernestina ? ¿ Acepta mi mano y mi corazón,que le tengo ofrecidos hace ya algunos meses ? Desenredemos este asunto de una vez. Usted sabe, don Pancracio, que soy el hombre de las resoluciones activas é inmediatas. Los matrimonios, soy de opinión, deben hacerse pronto. Pero observo que aquí hay un tercero que no tiene nada que ver en este asunto.

—¿ Lo dice Ud. por mí caballero ? dijo Luis.

—No se necesita ser lince para descubrirlo.

Habemos en esta sala tres personas: el señor don Pancracio, que es el padre de la niña; yo, que soy el novio; luego, el tercero...

—Soy yo, sin duda alguna. Pero está Ud. en un error, pues tengo que ver en este asunto.

—¿Cómo?

—Soy también pretendiente, señor mío.

—¡Hombre! ¿y qué pretende Ud?

—Pretendo casarme con la señorita Ernestina.

—¡Hombre! repito que no se exponga Ud., porque lo deshago. ¿No vé Ud. que el padre quiere casarla conmigo?

—Hombre, repitió Luis ¿no vé Ud. que la señorita Ernestina quiere casarse conmigo, y yo con ella? Aquí tenemos que resolver la incógnita, y es preciso que....

—Uno de los dos tiene que morir hoy, dijo bufando don Anacleto.

—Corriente, contestó Luis. Muérase Ud., que en cuanto á mí, procuraré vivir lo más que pueda.

—¡Un duelo! agregó don Anacleto!

—Un duelo, agregó Luis, es imposible!

—Atención! gruñó don Pancracio. Esto pasa de castaño á oscuro. Si quieren romper-

se el alma, rómpansela, pero en la calle. En mi casa, no. Lindo modo de hacer la corte á mi hija, amenazándose como dos matasietes. Don Anacleto: en Ud. me sorprende mucho, porque le he creido un joven moderado y prudente.

—Pero don Pancracio, ya ve Ud. que no es muy agradable, encontrarse uno, derrepente, con un rival á cuestas.

—Eso es cierto; pero hay que tener paciencia y no atufarse.

—Don Anacleto, dijo Luis: hagamos un arreglo.

—Cual?

—Usted es pretendiente de la señorita Ernestina, y yo también.

—Sí señor.

—Pues bien, partamos; y al que traiga un obsequio más raro, á don Pancracio, para su hija, ese obtendrá la preferencia.

—Ya esto se compone, observó don Pancracio. Ya no es lucha de fuerzas, sinó lucha de fortunas. Esto me conviene más.

—Es decir, dijo don Anacleto, algo así como la alfombra misteriosa, el anteojo milagroso, ó la manzana cuyo olor sanaba á los enfer-

mos? Pero ya no es tiempo de las hadas, ni estamos en Bagdad, ni en Bassora.

—Irémos á Bagdad ó á Bassora.

—Aun cuando fuéramos, ya no hay de venta esos objetos. Eso fué en aquel tiempo en que las semanas tenían tres jueves.

En esto entraba en la sala un tercer personaje, en el cual poco fijaron la atención. Era un joven de veinticinco años, distinguido, inteligente, instruido, pero pobre. Era un sobrino de don Pancracio, llamado Carlos. Conocía á don Anacleto, y sabía que era un tonto y conocía á don Luis, y sabía que era un fatuo. Por otra parte, era el elegido de Ernestina, y por consiguiente, el verdadero novio.

Oyó las últimas palabras, y dirigiéndose á don Anacleto, dijo:

—Pues todavía hay semanas de tres jueves, y por consiguiente hay hadas.

—¿Semanas de tres jueves? replicó don Anacleto.

—Sí señor. Puedo demostrárselo.

—Demuestre, joven.

—La demostración es muy facil, pero necesito para ello, diez mil duros.

—Yo doy cinco mil, dijo don Anacleto.

—Yo los otros cinco, añadió don Luis.

—Y yo, dijo don Anacleto, doy mi hija al que me pruebe que hay semanas de tres jueves.

—La demostración se hará dentro de tres meses. El jueves 25 de Setiembre de este año, os encargo esteis en esta casa á las doce en punto del día.

—Aceptado!

—Aceptado!

II

—No hay Juda, Ernestina mía. Venceré en esta cuestión, y probaré á tu padre, que hay semanas de tres jueves. Ya tengo tomadas todas las medidas, y sólo queda el tiempo.

—Pero si es imposible, Carlos.

—Es evidente. No te lo digo, porque quiero también reservarte la sorpresa.

—Mi padre ríe, cada vez que se trata de esto, y dice que ni las hadas pueden hacerlo.

—Pues yo no soy hada, y sin embargo lo haré.

—Dios lo quiera!

—Y qué dirán tus pretendientes don Anacleto y don Luis?

—Ellos creen que triunfarán, pero yo tengo confianza en tí, Carlos.

III

—Señores, dijo Carlos, á los dos individuos: hé aquí de lo que se trata. Usted, va simplemente, á dar la vuelta al mundo, por el derrotero que le indicaré, llegando, dentro de noventa días, á la isla de Puná, de regreso de su largo viaje. Allí espera Ud. al señor, que va, igualmente, á dar la vuelta al mundo por otro derrotero, llegando á Puná en el mismo tiempo, dónde esperará al otro, si llega Ud. primero. En Puná es absolutamente prohibido permanecer sino el tiempo extrictamente necesario para esperar al que debe llegar.

Segunda condición: es absolutamente preciso que lleve cada uno de ustedes, un cuaderno en blanco, donde vaya apuntando sus impresiones, día por día, sin faltar uno, hasta el mismo día de su regreso á Guayaquil. En este diario hay que anotar, forzosamente, el día de la semana. Por consiguiente, debe comenzar, cada día, de este modo:

Sábado 10 del presente Junio.

Domingo 11 de id.

Tercera condición. Una vez encontrados en Puná, vendrán inmediatamente á Guayaquil; y sin hablar con nadie, se dirigirán á mi habi-

tación que es en la que se hallan este momento. Advierto, por último, que ningún día dejarán ustedes de hacer alguna anotación en su diario, y si nada nuevo ocurre, consignen en ese día, alguna observación meteorológica ó astronómica. El hecho es, no dejar un solo día, sin consignar algo.

—Veamos los itinerarios, dijeron los dos viajeros.

Carlos desarrolló un plano sobre la mesa.

—Hé aquí el planisferio, dijo. En líneas rojas el primero, y en líneas azules el segundo, están trazados los itinerarios. Helos aquí:

Itinerario Nº 1º Salida de Guayaquil al Callao. Tómase la línea de vapores que del Callao va á Australia. Pasa en seguida á Ceilán; viaje de Ceilán al mar Rojo, y entrada á Europa por el canal de Suez. Regreso de Europa por Panamá. Llegada á Puná.

Itinerario Nº 2º Salida de Guayaquil á Panamá. Viaje á Europa. Embarco en Marsella para la India y Australia. Viaje al Callao, regreso á Guayaquil. Ultimo punto de escala, Puná.

He aquí los itinerarios y las condiciones. Espero las vuestras.

—Son muy sencillas : cinco mil pesos cada uno.

Aceptado también ; y ¿cuándo la salida ?

—Mañana.

—Asunto concluido.

IV

Había llegado el 25 de Setiembre, día Jueves, en el Calendario, y este nombre aparecía en enormes letras en lo alto de las paredes, de la casa de don Pancracio.

Don Pancracio ocupaba el centro de la sala, á su derecha don Anacleto, y á su izquierd don Luis, conversaban tranquilamente con él.

Faltaban sólo cinco minutos para las doce, y esperaban con impaciencia á Carlos.

—No vendrá, dijo don Pancracio. Hace tres meses no lo he visto, y creo que se ha ausentado. Apuesta inútil, agregó, puesto que es absurda.

Dieron las doce. En este instante Carlos subía las escaleras de la casa, acompañado de dos hombres. El uno estaba vestido de chino, y el otro de turco.

—Señores, buenos días. Aquí estoy.

—Sí señor; aquí está usted, pero esos dos caballeros, ¿quiénes son ?

—Son los otros dos jueves; yo soy el tercero.

—¡ Cómo se entiende eso ! ¿ Los señores se llaman jueves ?

—Entendámonos y veremos claro. ¿ Tendría Ud. la bondad de decirme, don Pancracio, en qué día estamos ?

—En día Jueves, dijo don Pancracio.

—¿ Y Ud., señor Turco, qué dice ?

—Digo que hoy es Viernes, y por consiguiente, ayer fué Jueves.

—Y Ud., señor Chino ?

—Mucho me sorprenden esas afirmaciones. Siendo hoy Miércoles, el Jueves será mañana.

—Absurdo, absurdo. El Jueves es hoy, y lo sostendremos á pié, y á caballo, con las armas en la mano.

—Paz, señores ; esto no es lucha de armas, sino lucha de la ciencia. Tan cierto es que hoy es Jueves, como que lo será mañana para el señor, y como lo fué ayer para el turco. Paso á demostrarlo.

El hombre á quien Uds. ven, vestido de turco, acaba de dar la vuelta al mundo, con dirección al Este; es decir, ganando cada día, en pronorción de la rapidez de su marcha, tantas veces una hora, como 15 grados recorridos, de modo que en 30 grados ganó 2, y en 360, ganó 24;

por consiguiente, para él la fecha del Jueves, fué ayer, y no hoy. El Chino por el contrario, viajando hacia el Oeste, ha ido perdiendo horas en la misma proporción. Por consiguiente, entre los dos hay una diferencia de 48 horas, ó dos días, y el Jueves es mañana. Estos dos días son los dos jueves, complementarios de los tres, siendo el tercero, el Jueves que está escrito en las paredes de esta casa. ¿ Me entiende Ud. don Pancracio ? ¿ Me entiende Ud. don Anacleto ? ¿ Me entiende Ud. don Luis ?

—Todo eso no significa para mí, nada, dijo don Anacleto, y para perder mis cinco mil duros, y también la mano de Ernestina, necesito convencerme, hasta la evidencia, de la realidad del hecho, que estamos discutiendo.

—Nada más fácil don Anacleto. Ahora mismo va Ud. á entenderlo, aun cuando tenga Ud. la cabeza más cuadrada que un tablero de ajedrez.

—¿ Cómo se entiende eso ?

—Comienzo por hacer á Ud., y á los dos caballeros aquí presentes, é interesados en la cuestión, algunas preguntas preliminares, á que no dudo contestarán, pues deben haberlas aprendido en la escuela.

—*Primera pregunta.* ¿ Cómo se llama el movimiento que hace la tierra al rededor de su eje ?

—Movimiento de rotación, contestó don Luis, muy satisfecho con su erudición.

—Perfectamente. ¿ Cuánto tiempo dura este movimiento ?

—Veinte y cuatro horas, dijo don Anacleto.

—Muy bien, don Anacleto. Ahora háganos el favor de mirar el reloj que está en la pared, y que tiene grande la esfera. Y Ud. don Pancracio tenga la bondad de poner la hora en las doce en punto.

—¡ Pero así se descompone mi reloj ! exclamó don Pancracio.

—No se descompone.

Don Pancracio colocó el minutero y el horario, en las doce en punto.

—Muy bien, dijo Carlos. Ahora, atención.

—Suponga Ud. don Pancracio, que este reloj tiene dos minuteros y un horario, y suponga, también, que el uno de los minuteros avanza hácia la derecha, y el otro avanza hácia la izquierda.

—Está supuesto.

—Muy bien. En este momento, en que el

reloj señala las *doce*, y en el cual los tres punteros coinciden.....¿ Sabe Ud. lo que significa el verbo coincidir, don Anacleto ?

—Caballero, contestó don Anacleto, diré á Ud. que en el colegio obtuve, como premio, por mi certamen de Gramática, un ejemplar de las fábulas de Lafontaine.

—Debieron haberle obsequiado una gramática. Pero continúo.

—Ahora bien; si don Anacleto hace girar el minutero hacia la derecha del reloj, al mismo tiempo que don Pancracio hácia la izquierda, ¿ en donde encuentra don Anacleto al minutero ?

—En la *una*, más un dozavo, del espacio entre la una y las dos.

—Es decir, en términos fijos, y divididos los cinco minutos en segundos, ó sean 300 segundos, en la *una* y veinticinco segundos. ¿ Y Ud. don Pancracio ?

—En el mismo lugar.

—Bien. ¿ Y cuánto ha recorrido Ud. de esfera para este encuentro ?

Don Anacleto contestó :

—He recorrido diez horas, y doscientos setenta y cinco segundos.

—¿ Y Ud., don Pancracio ?

—Yo, trece horas y 25 segundos.

—¿ La suma de los dos ?

—Veinte y cuatro horas.

—¿ Y la diferencia ?

—Tres horas y cincuenta segundos.

—Pasemos á la segunda vuelta. ¿ Cuándo encontrará don Anacleto el horario ?

—A las 2 y 50 segundos.

—¿ Y don Pancracio ?

—A las 9 y 275 segundos.

—¿ Y la diferencia entre los dos ?

—Cinco horas y 100 segundos.

—Va Ud., pues, notando, don Anacleto, una diferencia sensible de horas, diferencia que va creciendo, por aumento de un lado, y por disminución del otro. Estas diferencias se notan fácilmente por los viajeros de Estados Unidos á Europa, en cuya travesía tienen que recorrer más de tres mil millas, ó sean más de mil leguas.

—Siguiendo el mismo orden, espero que don Luis, tendrá la bondad de escribir esta serie de cifras, que pondrán tan claro este asunto, como una suma y una resta de enteros. ¿Sabe Ud. don Luis las cuatro reglas de enteros ?

—¿ Se burla Ud. de mí, don Carlos ? Dicte Ud.

—Escriba Ud., pues:

12		 12	
13	25	 10	275
14	50	 9	250
15	75	 8	225
16	100	 7	200
17	125	 6	175
18	150	 5	150
19	175	 4	125
20	200	 3	100
21	225	 2	75
22	250	 1	50
23	275	.....	25
24		 0	

—Ahora bien; ¿cuánta es la diferencia entre 12 de la primera columna, y 24 de la última?

—Doce horas dijo don Anacleto.

—¿Por aumento?

—Sí, por aumento.

—Y Ud., don Pancracio ¿cuánta es la diferencia?

—Doce horas, don Carlos.

—Por diferencia?

—Por diferencia; es indudable.

—Doce horas de diferencia, y doce horas de aumento, hacen 24 horas, ó sea dos veces doce. Luego, si en lugar de 12 horas, hubiera tenido el reloj 24, el resultado habría sido de 24 ho-

ras por exceso y de 24 horas por diferencia, ó sean 48 horas, ó dos días. Estos dos días son los dos jueves.

—Pero en fin, replicó don Anacleto ¡esto no es real! porque no creo que el señor turco, ó el señor chino hayan vivido un día más ó un día menos que nosotros.

—No señor: es real y evidente.

—De modo que si doy la vuelta al mundo, vivo un día más ó un día menos, del que hubiera vivido si no me muevo de Guayaquil?

—Días que podemos llamar *naturales*, es decir, intervalos entre dos apariciones del Sol, sí; pero ni un segundo más de tiempo.

—Ahora lo entiendo menos.

—La razón es clara; porque si gana un día, este día es el resultado de las horas que lentamente ha ido perdiendo durante el viaje en los días que han transcurrido; y si pierde un día, es el resultado de las horas que lentamente ha ido ganando en los días anteriores. Es exactamente lo mismo que si Ud. divide una recta en 11 partes, en 10 ó en 9. En el primer caso, las divisiones son menores que en la segunda, y en el tercero, mayores. Las divisiones son los días; la longitud de la recta, igual en los tres casos, es el tiempo.

—¡Como que me voy convenciendo! dijo don Pancracio. ¿Qué dice Ud., don Anacleto?

—Yo digo que Ud. sólo pierde cuatro horas; mientras que yo pierdo cinco mil duros y una lindísima novia.

—Y yo también, dijo don Luis. Lo que no me explico es cómo en el caso de las horas, el uno gana y el otro pierde; y sólo para nosotros hay pérdidas, pues ambos perdemos.

—Pero yo gano, declaró Carlos, triunfante.

—Y nosotros también, dijeron el turco y el chino, pues hemos ganado experiencia en el viaje.

—¡A costa de nuestro; dinero replicaron, á un tiempo, los dos pretendientes.

—Alguno ha de ser el que paga. Felizmente han pagado la mitad cada uno, y la pérdida no es considerable.

—Una última pregunta, Carlos. Supongamos que de Londres viniera una noticia importante á Guayaquil, por ejemplo, hoy á las dos de la tarde, ¿á qué hora se sabría en Guayaquil?

—A las 9 y ½ del día.

—Pero si esto es imposible! ¿cómo puede saberse una cosa ántes de que suceda? ¿cómo pueden saber en Guayaquil, á las diez

de la mañana, lo que ha pasado á las dos de la tarde en Londres?

—El instante es el mismo don Anacleto, pero la hora es diversa. Usted no sabe, ni antes ni después, viniendo la noticia instantáneamente por cable, lo sabe en el momento que ocurre; sólo que su reloj señala una hora, y el de Londres otra, debido á la diferencia de meridianos.

—¡ De horas ! dirá Ud.

—Sí ; pero á causa de la diferencia de meridianos.

—Esto es, por la distancia entre los dos lugares, dijo sentenciosamente don Pancracio.

—No es por la distancia, don Pancracio, sinó por la longitud. La distancia nada tiene que hacer en esto. De aquí resulta que estando Washington, casi en el mismo meridiano que Guayaquil, la hora de las dos ciudades es próximamente la misma, á pesar de haber una distancia entre ellas de cerca de tres mil millas ; mientras que en Guayaquil y las islas de Galápagos, que están al Oeste de la Costa ecuatoriana, á 10º, tienen una diferencia horaria con Guayaquil, de 40 minutos.

—¡ Vea Ud. la importancia de los meridianos, rayitas que creía insignificantes !

—Y agregó para qué sirven los paralelos? don Luis, ávido por instruirse.

—Sirven para conocer la *latitud*, ó lo que es lo mismo, la distancia al Ecuador. Y también para saber la distancia de un punto geográfico á otro, medida en este círculo máximo.

—Hombre! ¿de manera que, sentado en mi silla, con un mapa sobre mi mesa, puedo saber la distancia entre dos lugares?

—Sí señor. Basta saber que habiendo 360 grados, en la circunferencia, cada grado vale 20 leguas. Por consiguiente, conociendo la diferencia de grados, se multiplica ésta por veinte, y tenemos las leguas.

—Quisiera saber, por este medio, la distancia entre París y San Petersburgo.

—Nada más fácil, pero advierta Ud. que esta distancia se mide en línea recta. De París á San Petersburgo, hay una diferencia de meridianos, igual á 35 grados. Calculando esta distancia en el Ecuador, y multiplicándola por 20 leguas, nos dá 700 leguas.

—¿Luego la circunferencia de la tierra?

—Esta circunferencia, comprende 360 grados, que multiplicados por 20, dan 7200 leguas de 20 al grado. Estas 7200 leguas, comprenden 21.600 millas marinas, cada una de las

cuales se compone de 1852 metros. Por consiguiente, la circunferencia del globo es igual á 40.003.200 metros, y he aquí por qué el *metro* es la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre.

—Completo; y he aquí por qué el sistema métrico es el mejor: porque tiene por base un submúltiplo del cuadrante del meridiano terrestre.

—Y, dejando de lado, esta discusión científica, observó Carlos; el triunfo es mío, y por consiguiente, mi querido tío, espero me otorgará Ud. la mano de Ernestina.

—Concedida, sobrino; pero con la condición de que el matrimonio se celebrará en cualquier día de la semana, menos el jueves.

FIN.

RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the
NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
2-month loans may be renewed by calling
(510) 642-6753
1-year loans may be recharged by bringing books
to NRLF
Renewals and recharges may be made 4 days
prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

MAY 10 1995

RETURNED

JUN 12 1995

Santa Cruz Jitney

20,000 (4/94)

U.C. BERKELEY LIBRARIES
B003009136
YB 43326
M96516
789
C1987
pla
THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY